


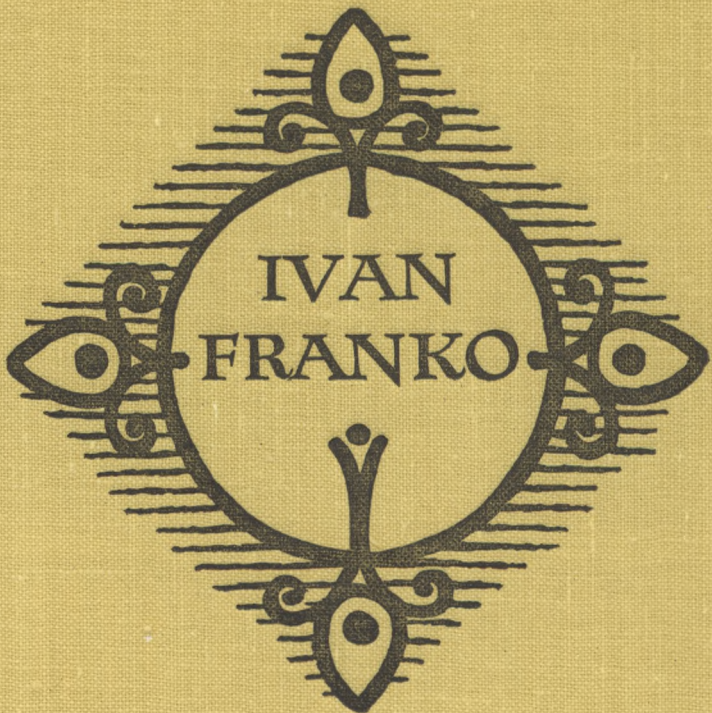
1c7/n  
F-834

IVAN FRANKO

OBRAS  
ESCOGIDAS



icn / n  
F-834









# IVAN FRANKO

OBRAS ESCOGIDAS

---

Editorial Progreso  
Moscú

**ИВАН ФРАНКО · ИЗБРАННЫЕ ПРОИЗВЕДЕНИЯ**

На испанском языке

Traducido por *A. Herráiz* (poesía) y *R. Estrela* (prosa y drama)

Presentación de *G. Klodt*

# PREFACIO

---

## CLASICO DE LA LITERATURA UCRANIANA

La obra literaria de Iván Frankó, este “titán del trabajo”, como le denominan en su patria, es extraordinariamente variada. Poeta, prosista, dramaturgo, crítico, teórico e historiador de la literatura, publicista, son facetas en las que resplandece el múltiple talento de Iván Frankó. Junto a sus obras originales, figuran numerosas traducciones de literatura de distintas épocas, que abarca desde escritores antiguos hasta contemporáneos suyos: rusos, españoles, alemanes, ingleses, checos, polacos y otros. Frankó tradujo una antología de poetas griegos, que incluye obras de Homero, Sófocles, Safo, Ovidio, Horacio y muchos otros. También vertió al ucraniano baladas, romances y canciones de diversos pueblos del mundo: antiguas baladas inglesas, escocesas, irlandesas y noruegas, canciones populares y romances españoles, italianos, portugueses y alemanes, la *Divina Comedia* de Dante, obras de Shakespeare, Byron, Heine, Goethe, Pushkin, Lérmontov, etc., y la original rima de los versos de Cervantes en el *Quijote*.



Frankó concedía gran importancia a la traducción literaria: “La transferencia de la poesía extranjera de distintos siglos y pueblos al idioma natal —escribía— enriquece el alma de toda una nación, le da formas y expresiones de sentimientos que no tenía hasta entonces, tendiendo el puente de oro de la comprensión y la simpatía entre nosotros y hombres lejanos o de generaciones antiguas”.

Al editar una selección de obras de Iván Frankó traducidas al español, proseguimos, en cierto modo, la empresa iniciada por el escritor ucraniano. Sus versos, su prosa y su drama *La dicha robada*, incluidos en este libro, servirán tal vez de “puente de oro” para la unidad espiritual de los pueblos y el enriquecimiento mutuo de sus culturas.

Frankó, al caracterizar la obra de los escritores, la comparaba con un árbol eternamente en flor que “se adentra con sus raíces en el terreno nacional, natal, tratando de absorber y asimilar la mayor cantidad posible de jugos vitales, mientras que su tronco y su copa se elevan a la atmósfera internacional de los intereses ideológicos”.

Así es también la propia obra de Frankó. Surgida en el terreno ucraniano, original y profundamente nacional, está impregnada de ideas comunes a toda la humanidad.

\* \* \*

Iván Frankó nació el 27 de agosto de 1856 en la aldea de Naguyévichi (actualmente Iván Frankó), región de Lvov, en la Galitzia oriental. Desde fines del siglo XVIII hasta comienzos del XX, esta parte de las tierras arrebatadas a Ucrania estuvo bajo el poder de la monarquía austro-húngara.

El padre del escritor, herrero rural, y la madre, campesina, inculcaban al inquieto hijo, desde su tierna infancia, el amor al trabajo y el respeto a la gente sencilla.

El niño creció en un pintoresco valle, en cuyo horizonte se distinguía, entre la neblina azul, la cordillera de los Cárpatos. Amaba a su riachuelo, le gustaba pasear por entre la alta hierba ribereña y escuchar el canto de los pájaros.

En la herrería donde trabajaba su padre, el muchacho se encontró, por primera vez, cara a cara con la vida. Situada al lado de la carretera principal que conducía a las regiones petrolíferas, adonde multitud de campesinos semihambrientos se dirigían con la esperanza de encontrar trabajo en las

explotaciones de petróleo, la herrería del padre era para los campesinos como un centro de información de los acontecimientos que tenían lugar en la comarca. Se reunían allí clientes de las aldeas vecinas, y allí se conversaba sobre diversos temas, especialmente sobre la dura vida de los campesinos. Llegaban allí rumores referentes al penoso trabajo y los sufrimientos de los obreros (campesinos de ayer) en las explotaciones petrolíferas y las minas de ozoquerita en Drogóbych y Borislav, donde de día en día se ampliaba la explotación del petróleo y de la cera mineral en los ricos yacimientos descubiertos hacía poco. Allí oyó hablar por vez primera de la despiadada explotación de los obreros en las zonas petrolíferas, donde con frecuencia, en los profundos pozos, tenían lugar derrumbes y perecían decenas de personas.

Aquellas impresiones infantiles dejaron honda huella en la memoria del escritor. Pasados muchos años, Frankó escribiría a este respecto: “En lo hondo de mis recuerdos, allá en lo más profundo, arde un fuego. La pálida luz de una cálida llama esclarece los primeros contornos que surgen en la oscuridad del alma infantil. Es el fuego de la herrería de mi padre. . . y me parece que recogí reservas del mismo en mi alma, siendo niño, para el largo camino de mi vida. Y hasta hoy día aún no se ha extinguido”.

Después de terminar los estudios de la escuela rural, el muchacho ingresó en Drogóbych en el Colegio de la Orden de Vasili el Grande. Allí el hijo del herrero de aldea conoció a un maestro cruel y obtuso que, delante de sus alumnos, mató a vergajazos al primer compañero de escuela de Frankó. En el cuento “El padre humorista” el escritor describió más tarde la sangrienta escena del tormento del alumno en la clase durante una lección. “El inhumano acto del maestro-intendente quedó impune, lo mismo que otros muchos actos inhumanos suyos. Mas para el hijo del campesino no pasó sin huella, quedó en su corazón como el primer germen de indignación, desprecio e imperecedera hostilidad a toda violencia y opresión” —escribía Frankó.

Pero, por otro lado, allí encontró también a otros maestros, que le revelaron los secretos de la naturaleza, la belleza y el hondo sentido de la literatura y de las canciones populares.

Siendo ya alumno del Liceo, Frankó leyó mucho: a Shakespeare, Cervantes, Homero, Goethe, Sófocles, Horacio,

Zola, Mickiewicz, Pushkin, Gógol. Leyó asimismo el *Kobzar* de Tarás Shevchenko, fundador de la nueva literatura ucraniana y luchador por los derechos del pueblo. De las páginas de *Kobzar* iban surgiendo ante él los legendarios héroes populares: Gonta, Zhelezniak, Bogdán Jmelnitski, y los vivos cuadros de la Sech de Zaporozhie, con sus miles de campesinos trabajadores ucranianos que habían huido para reunirse allí y sublevarse contra la arbitrariedad de los crueles *panes*\*. Este librito produjo toda una revolución en las concepciones del joven Frankó, le indicó el objetivo máspreciado de la vida: convertirse en defensor de los intereses del pueblo, y le sirvió de impulso para una creación independiente.

En sus últimos años de Liceo, el joven Frankó empezó a reunir canciones populares y escribir versos. A fines de 1875, ya había recogido en las aldeas vecinas más de 800 *kolomii-kas*, cuentos, canciones y anécdotas populares. Más tarde, Frankó diría: “Estas obras del joven y ardiente corazón del pueblo servían y continúan sirviendo de modelo para los poetas... En estas canciones, el pueblo ha puesto todo lo que le es querido y cuanto le es odioso, su gloria y fuerza, sus ideas y concepciones”. Las primeras poesías de Frankó, que tenía a la sazón 18 años —*Canciones populares y Mi canción*—, fueron publicadas en la revista estudiantil *Drug* (“Amigo”) de Lvov, en 1874. En ellas el poeta ensalzaba las creaciones populares que se habían convertido en rocío vivificante de sus canciones.

Después de terminar brillantemente los estudios del Liceo, en 1875, Frankó ingresó en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Lvov e inmediatamente entró de lleno en la vida literaria. Pero no encontró allí ni ciencia verdadera, ni medio ambiente creador. “Hasta hoy —rememoraría Frankó muchos años después—, me entran escalofríos al recordar las conferencias pedantes y sin sentido... Yo ansiaba con pasión conocimientos, y recibía tan sólo mercancía muerta... Estudiar para ganarse el pan y no para la ciencia, tal era la consigna de la universidad de aquella época... me desilusioné, sentí repugnancia y empecé a buscar conocimientos fuera de la universidad”.

Los intelectuales de Lvov, como señalaba Frankó, esta-

---

\* *Pan*: señor (en Bielorrusia y Ucrania zaristas).

ban divididos en dos bandos enemigos: los “Moscófilos” y los “Naródovtsi”. Pero él comprendió en seguida que los dos grupos eran ajenos al pueblo: uno servía al monarca austriaco; otro, al zar ruso. Después de reunir un pequeño grupo de hijos de campesinos, como él, Frankó emprende la lucha por un lenguaje popular y una orientación democrática de la revista estudiantil *Amigo*, en cuya redacción prevalecían los “moscófilos”. En 1876 entró a formar parte de la redacción, junto con sus correligionarios Mijaíl Pavlik e Iván Beléi. Desde las páginas de esta revista Frankó inició una lucha decisiva contra la estética idealista alemana, que predominaba en aquel entonces, y por el realismo y el carácter popular de la literatura. Señalaba que “. . . la literatura solamente se convertirá en cosa seria y saldrá de los marcos de la distracción, cuando sea patrimonio de las masas populares, su ayudante y consejera, comprensible y útil para ellas”. Frankó formuló con precisión sus opiniones sobre el papel social de la literatura, la cual, como explicaba él, no era ya producto de una impetuosa fantasía, de los sueños y caprichos de diferentes personas, sino que tenía una tarea más seria: presentar cuadros exactos de la vida del pueblo en todas las capas y relaciones sociales; debía “. . . mostrar a la sociedad sus necesidades, errores y defectos e indicarle, a la vez, por doquier, los elementos vivos y sanos que pudieran servir de base para la edificación de un futuro libre y feliz de millones de seres”.

Allí mismo publicó sus poesías, llenas de preocupación por los destinos del pueblo, así como sátiras en verso (*El progresista* y otras), en las que se burlaba de la cerrazón mental y los limitados horizontes de los intelectuales clericales de Galitzia.

En los tiempos en que vivió en Lvov, salía con frecuencia a las zonas industriales de la región —Drogóbych y Borislav—, donde se entrevistaba con los obreros de las explotaciones petrolíferas, conocía su vida y las condiciones de trabajo, les daba conferencias. En 1877, en las páginas de *Amigo* aparecieron sus cuentos dedicados a la vida de los obreros de las explotaciones petrolíferas de Borislav —*El petrolero*, *En el trabajo* y *El pecador convertido*— que dio comienzo al llamado “ciclo de Borislav”. Este ciclo (que en su forma definitiva incluye siete cuentos y dos novelas: *La boa* y *Borislav ríe*) abrió una nueva página en la literatura ucraniana, en la cual no habían figurado hasta entonces temas

obreros. En *Amigo* se publicó, asimismo, traducida por Frankó, la novela del demócrata revolucionario ruso Nikolái Chernishevski *¿Qué hacer?*. Frankó estableció relaciones con los populistas revolucionarios rusos de los años 70, que, desde Ginebra y otros centros de la emigración, transportaban, a través de Lvov, literatura ilegal a Rusia y Ucrania. Por su participación en el movimiento obrero de Galitzia, Frankó fue detenido el 12 de junio de 1877 y acusado de ser miembro de un círculo socialista clandestino. A pesar de no existir en aquel entonces semejante círculo, estuvo recluido en la cárcel durante nueve meses. Refiriéndose a este episodio de su vida, el mismo Frankó escribía: “Me metieron en la peor celda. . . Los estafadores y los fulleros “nobles”, que de vez en cuando iban a parar a la cárcel y gastaban mucho dinero, tenían las mejores celdas, luz, servicios, distintos privilegios, eran los verdaderos aristócratas. Durante los nueve meses pasados en la cárcel, estuve recluido preferentemente en una celda grande, donde se encontraban de 18 a 28 presos, donde en invierno no se cerraba nunca la ventana y donde yo, enfermo de los pulmones, lograba con dificultad el privilegio de dormir junto a ella . . . , pero casi siempre me despertaba con la cabeza cubierta de nieve”.

Al salir de la cárcel, Frankó tuvo que pasar por una prueba todavía más dura. Sus conocidos se apartaron de él, fue expulsado de todas las sociedades culturales, suspendieron la revista *Amigo*. Se sumó a esto una desgracia personal. El sacerdote Roshkévich, padre de Olga, la muchacha amada, prohibió a su hija entrevistarse y hasta mantener correspondencia con Frankó, que tenía ya fama en toda la comarca de ser el delincuente de Estado más peligroso.

Sin embargo, todo esto no pudo doblegar al escritor. Junto con Mijaíl Pavlik, empezó a editar la revista *Drug Obschestva* (“Amigo de la sociedad”), en cuya primera página apareció la poesía de Frankó *A los compañeros de la cárcel*, llena de decisión de luchar.

En el combate debemos mantenernos firmes,  
Sin retroceder ni un paso.

Este y el segundo número de *Amigo de la sociedad* fueron confiscados por la publicación de trabajos que desmascaraban el régimen reaccionario; entre ellos, la novela *La boa*, en la que Frankó muestra una vez más su talento al crear la figura del gran capitalista Guerman Goldkrémer,

dueño de las explotaciones petrolíferas y yacimientos de cera mineral. En dos recopilaciones siguientes —*La campana* y *El martillo*— se publicaban versos, cuentos y artículos de Frankó que flagelaban la opresión social y nacional de las masas populares (En su cuento *Mi encuentro con Olexa*, Mirón Stórozh da a conocer a los campesinos la futura sociedad socialista). Allí mismo vio la luz la poesía programática de Frankó *Canteros*. Estos son hijos valerosos del pueblo, que se alzan contra el mal y la violencia sociales, por un luminoso futuro de la humanidad.

Estábamos seguros de que la roca se rompería,  
de que a nuestros golpes el granito cedería.  
La sangre y los huesos nuestros firme camino abrirían  
por el que con certeza, tras nosotros, vendría  
una vida nueva, luz de un nuevo día.

Al mismo tiempo, Frankó fue el primero que tradujo al ucraniano *El Capital* de Carlos Marx y el *Anti-Dühring* de Federico Engels. Y aunque no pudo publicar estas traducciones, ellas influyeron grandemente en la formación del propio escritor y en sus trabajos sucesivos. El conocimiento de las obras de Marx y Engels, de los artículos de Belinski y Chernishevski, contribuyó a que Frankó llegara a ser uno de los teóricos de la estética materialista. “Una literatura que se encuentre por encima de los partidos —razonaba Frankó—, es sólo un sueño suyo, una fantasía suya, pero, en realidad, semejante literatura no ha existido nunca. El único código estético que tenemos es la vida”.

En 1879 Frankó empezó a escribir una epopeya de la vida de la clase obrera: la novela *Borislav ríe*. Pensaba mostrar el surgimiento y desarrollo del movimiento de la clase obrera en Galitzia y los primeros pasos de la lucha organizada de los obreros por sus derechos, contra la explotación capitalista. Se había planteado el objetivo de crear imágenes de los hombres nuevos, procedentes de los medios obreros, que estaban a la cabeza de las masas trabajadoras. En septiembre de 1879, en su carta a Olga Roshkévich, Frankó decía: “Será una novela de un diapasón más amplio en comparación con mis novelas anteriores”.

La difícil situación económica no permitió al escritor realizar inmediatamente su idea. Tuvo que marcharse a una aldea de la montaña para ganarse el pan dando lecciones particulares. En marzo de 1880, camino del lugar de des-

tino, Frankó fue detenido de nuevo, como presunto organizador de una sublevación campesina.

Al salir de la cárcel y regresar a Lvov, continuó escribiendo la novela *Borislav ríe*, y en el primer número de la revista *Sviet* ("Luz"), fundada por Iván Beléi y él, que apareció el 10 de enero de 1881, fue publicado el capítulo inicial de esta epopeya.

Seguía dedicado a dicho trabajo, cuando, en abril de 1881, debido a la falta de medios, Frankó se vio obligado a abandonar la ciudad por segunda vez, ahora para ir a la aldea en que naciera: Naguyévichi. Durante el día trabajaba en el campo, como todos los campesinos, y por la noche, a la mortecina luz de una lámpara, tomaba la pluma, y ante sus ojos, en la penumbra de la jata campesina, pasaban las imágenes de los obreros sublevados de las explotaciones petrolíferas de Borislav. En tales condiciones se escribía la novela *Borislav ríe*, que iba publicándose de número en número en la revista *Sviet*. Frankó creó toda una serie de imágenes de obreros y capitalistas mostrándolos en sus colisiones y luchas. El problema de la lucha entre el trabajo y el capital, planteado en esta obra de Frankó, constituyó un elemento nuevo en el realismo de las postrimerías del siglo XIX. Por primera vez en la literatura ucraniana, la clase obrera apareció no sólo como un objeto de explotación, sino, además, como una fuerza dotada de razón, capaz de defender sus intereses de clase. Allí mismo, en Naguyévichi, fue escrito el cuento *Bosques y pastos*, una de las obras programáticas del autor sobre el tema del agro.

La estancia en la tierra natal dio la posibilidad a Frankó de sumirse aún más en la vida de los campesinos oprimidos y agobiados por los numerosos impuestos y cargas fiscales. Con profundo dolor, describió Frankó la penosa vida de los campesinos en el ciclo de poesías *Cuadros de Galitzia* (*En la taberna, Pascuas, La abuela Mítrija, Pensamientos junto al trigal del mujik* y otras.) Pero en esta crónica trágica de la vida campesina encontramos también líneas esclarecidas por la luz de la esperanza y dedicadas al porvenir del pueblo ucraniano. En la poesía *Pensamientos en la linde* se expresa la alarma del poeta por la suerte del pueblo y el presentimiento de una Ucrania nueva y libre.

Yo pensaba en una fraternidad humana, nueva,  
y pedía a esos tiempos que vinieran.  
Veía los campos sin lindes ni vallas.

La tierra, de todos, por el trabajo renovada,  
a mi pueblo libre y feliz frutos daba.  
¿Era aquello Ucrania? ¿Eran sus trigales?  
¿Sus campos empapados de sudor y sangre?  
¡Sí, era mi Ucrania, liberada y nueva!  
Y el corazón, mitigado el dolor, latía con fuerza.

En la aldea, Frankó trabajó también en un ensayo sobre la obra de Tarás Shevchenko, tradujo la tragedia de Goethe *Fausto*, escribió numerosos artículos de crítica literaria y sociología, en los que hablaba de la penosa situación del obrero y del campesino pobre. Enviaba sus trabajos a la revista *Sviet*, a un periódico obrero polaco y a otras publicaciones. Su vida seguía siendo muy dura. El gran trabajo literario no le reportaba ganancia alguna. De las condiciones materiales de su vida en Naguyévichi, tenemos noticia por una carta dirigida a Beléi y escrita en el otoño de 1881. “Parece que voy hoy a Drogóbych, aunque, a decir verdad, aún no sé a quién puedo tomar prestadas unas botas, ya que mis zapatos se han destrozado por completo. . . Ropa no tengo, botas tampoco. . . En la calle hay fango por doquier, el fangal nos ha interrumpido las faenas del campo. . . Es triste ahora la aldea”.

Las cosas se complicaron aún más, cuando, por falta de recursos, cesó la publicación de la revista *Sviet*, a finales de 1882. Con el propósito de ayudar a la revista, Frankó tomó parte en un concurso de novela histórica. Escribió la novela corta *Zajar Bérkut*, dedicada a la lucha de los eslavos contra la invasión tártaro-mongola en 1241. Zajar Bérkut y su hijo Maxim son personas valerosas y fieles a la Patria. El padre sacrifica sus intereses personales e incluso la vida de su hijo en aras de la salvación de la Patria del yugo extranjero. Al morir dice: “Mientras viváis unidos, defendiéndoo inquebrantablemente todos a cada uno y cada uno a todos, ninguna fuerza enemiga será capaz de venceros”.

Desde el comienzo de 1883 Frankó vive de nuevo en Lvov.

Un acontecimiento relevante en la vida literaria de Ucrania fue la aparición en 1887 de la antología de versos de Frankó titulada *Alturas y tierras bajas*. Después del *Kobzar* de Shevchenko, este libro de poesías abría una nueva época en la literatura ucraniana. La antología comenzaba con la poesía *Himno* (“El eterno revolucionario”), que cantaba la pujanza inmortal del pueblo que se alzaba a la lucha contra la opresión, la esclavitud y la violencia de todo género. El



espíritu revolucionario del pueblo, eternamente vivo, llama siempre a la lucha. Esta poesía es de la misma tonalidad ideológica que *Canteros*, que también forma parte de dicha recopilación.

Las poesías del ciclo *Canciones de primavera* ocupan en la antología un lugar preeminente. En el ciclo se utilizan con amplitud diversas formas poéticas —el soneto, el terceto, las octavas reales, el verso libre—, que el autor armoniza magistralmente con las formas populares de la canción. El poeta pinta con fino trazo paisajes de la naturaleza patria y da a cada uno de ellos un sentido alegórico. Así, en la poesía *Se asombraba el invierno* aparecen dos fuerzas en colisión: la Primavera y el Invierno. La Primavera es la voluntad del pueblo, que empieza a despertar, para la lucha por la libertad. La imagen del Invierno representa las fuerzas que oprimen al pueblo. El poeta se dirige a la Madre-Tierra, que personifica al pueblo, y le pide ayuda en su lucha. En sus *Sonetos* el poeta muestra “la ígnea fuerza” que ha de acabar con el viejo mundo de violencia y explotación.

*Alturas y tierras bajas* llevaba una carga revolucionaria enfilada contra la sociedad de los propietarios, contra la esclavitud y la opresión e infundía fe en el futuro luminoso de la humanidad. Un contemporáneo de Frankó, el destacado escritor ucraniano Mijaíl Kotsiubinski, escribía con admiración, refiriéndose a esta antología: “Junto con la fe en el hombre, en el alma de Frankó vive la fe en el porvenir luminoso de nuestra tierra. Vendrá, vendrá esa nueva vida, al mundo llegará el nuevo bien, sólo hace falta romper la dura roca de la iniquidad y abrirse el camino hacia la luz, aunque haya que pavimentar con los propios huesos el camino de la nueva vida”.

Un nuevo éxito de Frankó fue la recopilación de cuentos *Con el sudor de la frente* (1890). Formaban parte de ella cuentos ya conocidos y cerca de veinte nuevos. La recopilación contiene toda una galería de tipos sociales y caracteres bien delineados, tomados de la vida misma: campesinos, obreros, artesanos, revolucionarios intelectuales, maestros, abogados. . .

En 1891 Frankó escribió el drama *La dicha robada*, que puso de manifiesto la alta maestría de Frankó dramaturgo. El autor se reveló como un verdadero maestro del conflicto dramático y del diálogo, y un sutilísimo conocedor del arte escénico; convirtió en elevada síntesis artística el trágico

destino de una joven aldeana a la que sus hermanos, para apropiarse de su dote, unos cuantos metros cuadrados de tierra, casaron a la fuerza con un viejo al que ella no amaba, y mostró que el destino trágico de los protagonistas personifica el destino del pueblo oprimido.

El drama constituye un acta de acusación contra el régimen de los propietarios que oprime a la personalidad humana, engendrando la avidez y la injusticia. Frankó crea una imagen brillante de la campesina Ana, que trata de abandonar el reino del oscurantismo, romper las ligaduras que la maniatan y recuperar la dicha que le ha sido robada. Esta imagen es de gran fuerza plástica y asombra por su ternura y singular sencillez.

En 1893 Frankó rinde con éxito en Viena los exámenes correspondientes, y le es otorgado el grado de Doctor en Filosofía, por su ensayo *Barláan y Josaf*, novela espiritual cristiana antigua, y su historia literaria”, en el que fue su dirigente científico el destacado eslavista profesor Jagitsch.

Gran amigo del pueblo ruso, Frankó seguía atentamente el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios en Rusia e informaba de ellos a los lectores ucranianos. En las páginas de la revista *Zhizn y slovo* (“Vida y palabra”) Frankó publicó en los años de 1896 y 1897 amplias informaciones acerca de las huelgas obreras en Rusia y Ucrania, así como sobre la actividad de la “Unión de lucha por la Emancipación de la Clase Obrera”, leninista. Durante la revolución de 1905-1907, Frankó llamaba a los ucranianos a apoyar a los trabajadores rusos en su lucha contra los terratenientes y la autocracia, considerando que la libertad política en Rusia traería también la libertad al pueblo ucraniano. Bajo la impresión de los acontecimientos en Rusia, Frankó creó en 1905 su poema filosófico *Moisés*. Mijaíl Kotsiubinski, que lo visitó en Lvov por aquel entonces, lo caracterizaba así: “Un hombre de estatura mediana, pero robusto; frente despejada, ojos grises, un poco fríos; en los trazos de la barba hay algo enérgico y tenaz. Vestido modestamente, es tranquilo y parece insignificante mientras calla. Pero cuando empieza a hablar, te sorprende cómo esta persona de mediana estatura va creciendo más y más ante tus ojos, igual que en un cuento de hadas. Te verterá la luz y el calor de su mirada y su hablar no parecerá de palabras, sino de acero, que golpea el pedernal y le arranca fulgurantes chispas.

¡Naturaleza fuerte y tenaz, que ha salido íntegra de la lucha por la vida! En su mísera casucha, estaba sentado descalzo a la mesa y tejía redes de pesca, como un pobre apóstol. Tejía redes y escribía el poema *Moisés*. Yo no sé si lograría atrapar peces con sus redes, pero mi alma la cautivó con su poema”.

El pueblo, como fuerza motriz fundamental de la historia, es el protagonista principal del poema. Y todo él parece iluminado por la esperanza de un porvenir de libertad para el pueblo ucraniano.

Pero llegará el día, y con halo de púrpura,  
entre los pueblos libres y sin ningún pesar,  
más allá de Beskid y de sus brumas,  
llevarás al mar Negro el grito de tu libertad. . .

En 1906 el Consejo Científico de la Universidad de Járkov adjudicó a Frankó el título honorífico de Doctor en Letras Rusas. Los destacados hombres de ciencia rusos Alexéi Shájmatov y Fiódor Korsch, apoyados por sus colegas miembros de la Academia de Rusia, propusieron su candidatura para académico. Mas los círculos reaccionarios impidieron su elección.

En abril de 1908 Frankó cayó gravemente enfermo. A consecuencia de un trabajo superior a las fuerzas humanas y de la constante excitación nerviosa, se le paralizaron las dos manos. Ya no podía escribir él mismo, pero no cesó de trabajar, dictando a su hijo Andréi. En 1911, publicó su *Esbozo de la historia de la literatura ucraniana hasta 1890*, y en 1914, la selección poética *De mis años mozos* y una serie de trabajos científicos y en prosa. En estos años tradujo gran número de obras de la literatura mundial; entre ellas, dramas de Alejandro Pushkin, baladas y canciones de diversos pueblos del mundo, obras de Dante y ensayos acerca de él, versos de poetas griegos y romanos; escribió también un ensayo sobre Ovidio y tradujo sus poesías; creó obras originales inspiradas en los motivos de la historia de Roma antigua, de la Rus de Kíev, etc. (Actualmente el Instituto de literatura T. G. Shevchenko, de la Academia de Ciencias de la RSS de Ucrania en Kíev, ha emprendido la publicación de las obras de Frankó en 50 tomos, a la que deberá darse cima en el año en curso, 1972.)

En 1913 las personalidades progresistas de Ucrania y Rusia celebraron solemnemente el cuarenta aniversario de

la actividad literaria y socio-política de Frankó. En la recopilación *Saludos a Iván Frankó con ocasión de sus cuarenta años de trabajo como escritor, 1874-1914*, preparada para la imprenta en 1914, tomaron también parte los escritores rusos Máximo Gorki y Vladímir Korolenko. Máximo Gorki dedicó personalmente mucha atención a la preparación de los "Saludos".

Al gran precursor del nuevo día de Ucrania, Iván Frankó, le faltó muy poco para ver convertido en realidad su sueño de la liberación completa del pueblo ucraniano del yugo social y nacional; murió el 28 de mayo de 1916 y fue enterrado en el cementerio Lichakóvskoye de Lvov, pero continúa viviendo en sus obras geniales, ayudando al pueblo ucraniano en su gran trabajo creador: la edificación de la nueva vida.

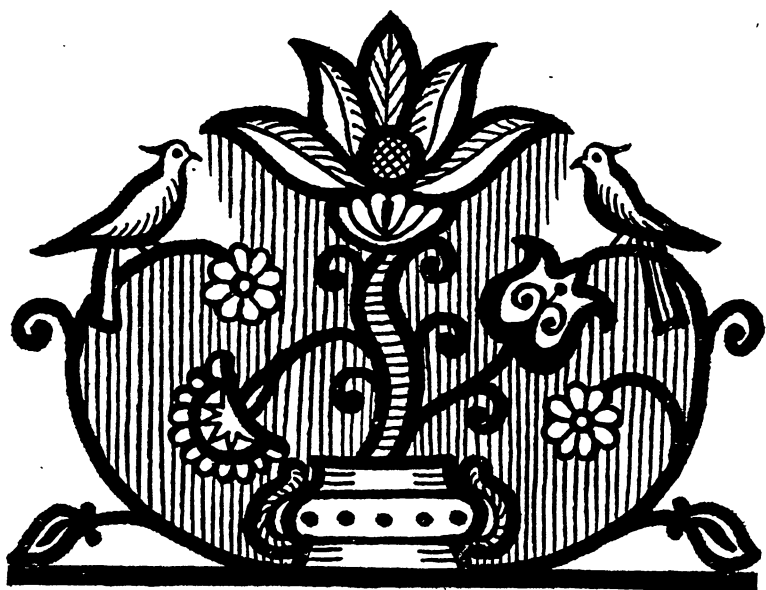
"La senda por la que el pueblo va a Frankó, no será abandonada —escribía el poeta soviético ruso Nikolái Tíjонов—. Llegarán a él nuevas y nuevas generaciones, porque en sus obras encontrarán la verdad sobre el tenebroso pasado, sobre la opresión del hombre por la fuerza del oscurantismo y la violencia, encontrarán el fuego, eternamente vivo, del amor al hombre, a la libertad, a la independencia, encontrarán el llamamiento a la lucha".

El destacado escritor y personalidad social de Colombia Jorge Zalamea Borda, al intervenir en nombre del Consejo Mundial de la Paz en las fiestas del Centenario de Iván Frankó señalaba que "Si el pueblo ucraniano comprende a los pueblos de Inglaterra, España, Francia, Italia, Norteamérica o Alemania, ello se lo debe en no pequeña medida a Iván Frankó, que dio a conocer a sus compatriotas lo mejor de la aportación de aquellos pueblos al tesoro de la cultura universal. . . Debemos seguir su ejemplo para no quedar con él en deuda".

La recopilación de obras de Iván Frankó que ofrecemos al lector de habla española es un eslabón más en esta gran cadena de amistad de los pueblos.

IVAN BASS

*Kiev.*



# POESIA

---

## HIMNO

### A MANERA DE PROLOGO

Revolucionario eterno,  
alma que impulsa al cuerpo a luchar  
por el bien, el progreso y la libertad,  
con su inmortal ejemplo.

Ni las intrigas clericales,  
ni los cañones de acero,  
ni las mazmorras de los zares,  
ni los soldados, ni los gendarmes,  
ni los policías del mundo entero  
han llevado al titán al cementerio.

¡No ha muerto, aún está vivo!  
Nacido hace miles de años,  
sólo ahora se ha despertado  
y avanza por el camino.  
Sus propias fuerzas le empujan  
por donde ya el día apunta:

Como un clarín, al combate  
llama con su voz potente,  
millones de hombres le siguen,  
millones que su alma sienten.

Esa voz la escuchan todos:  
en las isbas campesinas miserables,  
en los talleres lóbregos, sin aire,  
donde las tinieblas sobren  
y las alegrías falten.  
Al mandato de esa alma,  
las penas dejan la tierra,  
surge el tesón, la potencia:  
¡No doblegarse, a luchar,  
que nuestros hijos, al menos,  
tengan la felicidad!

Revolucionario eterno  
—alma, ciencia, pensamiento, libertad—,  
no ha de quebrarse jamás  
la roca que eres tú ejemplo.  
Rotos los diques del mal,  
en marcha la torrentera,  
¿qué fuerza será capaz  
de detener su carrera,  
de apagar el fuego grana  
de la luz de la mañana?

1880

## CANCIONES DE PRIMAVERA

### I

Se asombraba el invierno:  
¿Por qué se funde la nieve  
y el hielo del ancho río  
correr quiere?

Se asombraba el invierno:  
¿Por qué me siento más débil?

¡Qué extraño este temblor mío  
en cuanto se acaba el frío!

Se asombraba el invierno:  
¿Por qué cada día la tierra  
adquiere una vida nueva,  
y se esponja, y se caldea?

Se asombraba el invierno:  
¿Cómo las flores se atreven  
a asomar rompiendo  
el manto de la nieve?

Y les lanzó el viento  
de sus helados labios,  
y les echó nieve  
en montones albos.

Se encogieron las flores,  
inclinando al instante sus corolas,  
y en cuanto amainó el viento,  
alzáronse de nuevo, retadoras.

Y lo que más pasmó al invierno  
fue no abatir la débil florecilla,  
a pesar de la fuerza  
de su gélido aliento.

*27 de marzo de 1880*

## II

¡Truena! El buen tiempo se acerca,  
tiene la naturaleza temblor de riqueza,  
lluvias fecundantes espera la tierra  
y el viento furioso por ella pasea,  
viene de Occidente una nube negra.  
¡Truena!

¡Truena! Un temblor recóndito agita a los pueblos:  
puede que ahora llegue el momento bueno. . .



Millones de seres a la dicha esperan,  
las nubes anuncian la era venidera  
que renueve al mundo cual la primavera. . .  
¡Truena!

*15 de mayo de 1881*

V

Tierra, madre buena que todo lo engendras,  
dame generosa el vigor que encierras  
para que en la lucha mejor me mantenga.  
¡Dame, madre, tu fuerza!

Dame el cálido afecto que ensancha el pecho,  
que la sangre depura y limpia sentimientos,  
colmando el corazón, ilimitadamente,  
¡de amor puro a las gentes!

Y dame también fuego que caldee palabras,  
poderío de trueno que conmueva las almas.  
Para defender la verdad con ardor,  
¡dame eterna pasión!

¡Dale a mis manos fuerza que rompa ligaduras,  
y fulgor a mi mente que el embuste fulmine!  
Dame trabajo siempre, trabajo con hartura  
¡que la vida culmine!

*1880*

XV

VIVERE MEMENTO!

¿Qué maravillas en mi pecho  
haces, primavera?  
¿O es que el corazón, de su sueño,  
a tu llamada se despierta  
para salir del pudridero?  
Ayer yo, como Lázaro, yacía  
en el sepulcro de la desdicha.

¿Qué es esta nueva aurora  
que ahora me alumbra cegadora?  
Una voz lejana me llama  
y me dice: ¡Levántate y anda!  
*Vivere memento!*

Viento templado, querido hermano,  
¿tú esas palabras has pronunciado?  
¿O es que los robles, en las montañas,  
de los bañados, han susurrado?  
¿O acaso, hierba, tú misma has sido  
la que lo ha dicho quedo a mi oído  
cuando has brotado del pudridero  
para salir a la luz de nuevo?  
¿O eres tú, río, cinta celeste  
que corre y cantá por la vertiente,  
quien te has llevado mi pena y muerte?  
*Vivere memento!*

Por doquier, voces oigo:  
de la vida el llamamiento poderoso. . .  
¡Yo os amo, primavera, bosques,  
montañas, ríos, nubarrones!  
¡Hombres, hombres!, hermano soy vuestro  
por entero, vivo para vosotros.  
No hay nada más hermoso.  
Y yo os daré toda mi sangre  
para que vuestras penas lave.  
¡O en este fuego las he de consumir  
cuando la sangre ya no alcance!  
Solamente luchar es vivir. . .  
*Vivere memento!*

*Ternópolis, 14 de octubre de 1883.*

## CANCIONES DE PESARES

### I

Yo no tengo la culpa de cantar con tristeza,  
¡hermano amado!  
Ni de que las palabras engarce con torpeza,  
¡perdón demandando!

No son fruto de bromas ni alegrías,  
vacuas divagaciones.  
En días de pesares, en horas muy sombrías,  
nacen esas canciones.

Las canta el que trabaja, la libertad perdida,  
y las crea el dolor.  
La esclavitud del pueblo y la esclavitud mía  
engendran mi canción.

*9 de mayo de 1880*

### VIII

La gente ahora me mira desdeñosa,  
¡se aparta de mí al verme, presurosa!  
Me observa de reojo, temerosa. . .  
¿Acaso mi presencia les es tan espantosa?

Vago, como una fiera por los montes,  
por rumorosas, animadas calles,  
y el corazón me dice en un reproche:  
“¡Solo estás, ya no te quiere nadie!”

Yo voy como perdido, a la ventura,  
con mi dolor inmenso, desgarrador. . .  
Todos mis conocidos se alejan con premura,  
¿con quién compartir puedo este dolor?

Si verter de nuevo yo pudiera  
mi dolor en lágrimas de sangre,  
lloraría toda la de mis venas  
para no compartir nada con nadie.

*18 de noviembre de 1880*

## PENSAMIENTOS EN LA NOCHE

### VI

En la chimenea los leños se acaban,  
la ceniza tiene ribetes bermejos. . .

Yo, sentado y solo en la noche larga,  
tejo el lienzo negro de mis pensamientos.

¿Y cuándo se extinguirá este fuego  
que arde en mi corazón, eterno?  
¿Acabarán las llamas de mis pensamientos  
con el dolor lacerante que siento?

¡Oh, cómo me abrasan esas llamas!  
¡Pero la pena es hielo, allá en el alma!  
Arde mi sangre, mas me rodean murallas,  
la esclavitud, como ceniza pálida.

Dispuesto estoy a defender la verdad,  
a dar la vida por la libertad,  
pero conmigo en guerra estoy, y lucho,  
aunque ya no podré resistir mucho.

*18 de noviembre de 1881*

## **PENSAMIENTOS DE UN PROLETARIO**

### **I. ANTE EL TRIBUNAL**

Juzgadme, jueces míos,  
mas, ¡sin falsa piedad!  
No creáis que el “impío camino”  
me dispongo ya a abandonar.  
No creáis que, sumiso, la cabeza  
ante vosotros voy a inclinar,  
ni que por un instante yo confío  
en vuestra gracia y vuestra bondad.

Juzgadme sin temor,  
pues fuertes sois, ¡ya lo sabéis!  
Y sin vergüenza, pues a ésta  
encadenada la tenéis.  
Juzgadme como os manda la ley,  
severos, con la mayor dureza,  
porque tanto la ley como vosotros  
de una misma máquina sois rueda.

Tan sólo una merced os pido,  
decid con claridad y valentía:  
¿Qué delito hemos cometido  
yo y los que están aquí conmigo?  
Decidlo sin rodeos, claramente:  
“¡Traidores son toda esta gente!  
¡Quieren cambiar, derribar,  
destruir nuestro régimen social!”

Y decid, además, por qué razón  
lo quieren destruir y aniquilar.  
Porque en él es el rico dueño y señor  
mientras se oprime al mudo trabajador.  
Porque en él el trabajo honrado  
se escarnece y se menosprecia,  
a pesar de que ese trabajo  
sostiene al régimen y lo alimenta.

Porque en él los vagos y bribones  
chupan la sangre a los trabajadores.  
Porque desde la cátedra y el altar,  
en vez de luz, se vierte obscuridad.  
Porque se derrama sangre a raudales  
para solaz de señores y zares.  
Porque los verdugos viven como dioses  
y peor que perros viven los pobres.

Decid también cómo queremos  
cambiar ese régimen vuestro.  
No por la fuerza ni con el hierro,  
ni con el fuego ni la guerra,  
sino con la verdad, con la labor  
y con la ciencia. Mas si esa guerra  
estallara sangrienta,  
nunca será la culpa nuestra.

Decid, además, quién de vosotros  
se atreverá a negar  
que predicamos siempre la verdad,  
que la buscamos por el camino recto,  
sin vacilar, de un modo honesto. . .  
Decidlo todo, jueces, sentenciad

en nombre de ese régimen *vuestro*,  
¡juzgadnos sin piedad!

*30 de abril de 1880*

### III. SEMPER IDEM

Contra viento y marea  
y la lanza buida,  
hay que llevar la cruz  
hasta el fin de la vida

Con la verdad y por la libertad,  
En dura lucha contra el mal,  
¡la libre y justa palabra  
entre el pueblo hay que sembrar!

¡Manos de trabajadores,  
preclaras inteligencias!  
Desgarrad densas tinieblas  
con la antorcha de la ciencia.

Por afilado que sea,  
no hay en el mundo puñal  
¡con el que el tirano pueda  
degollar la libertad!

Ni tampoco existe hoguera  
en que se pueda quemar,  
en unión del débil cuerpo,  
¡su espíritu, su ideal!

*3 de abril de 1880*

### V

Por doquier se persigue a la verdad,  
por doquier impera la mentira.  
Que en vuestros corazones, hermanos,  
¡nunca penetre la maldita!

Allí, para vuestra verdad sagrada,  
un dique poderoso alzado.

Que el fuego de vuestro pensamiento  
¡no se apague jamás!

Más firme que los muros de granito,  
más segura que barreras de acero,  
es contra la borrasca y contra el trueno  
la fortaleza del corazón sincero

Que una generación tras otra  
mantenga entera la verdad  
hasta que rompa la falaz ola  
de la hipocresía y la maldad.

Del mismo modo que en invierno  
el árbol, sin hojas, parece muerto,  
pero sigue echando raíces  
bajo las nevascas y los hielos,

Así la verdad, siempre viva  
entre eternas persecuciones,  
echa incesante raíces nuevas  
de un corazón a otros corazones.

Igual que el agua subterránea  
del manantial rompe la roca,  
rompiendo el mal y las murmuraciones,  
¡la verdad viva a flor de tierra brota!

*6 de abril de 1880*

### VIII

No son los hombres nuestros enemigos,  
aunque nos persiguen y encarcelan,  
nos someten a burlas y castigos,  
nos oprimen y cargan de cadenas.

¿Qué son los hombres? Piedras,  
piedrecillas como ésas arrastradas  
por la riada de la primavera  
en torrentera desbordada.

No es en los hombres donde está el mal,  
sino en las invisibles ligaduras  
que a débiles y fuertes atan por igual  
con sus trabajos y con sus torturas.

Como Laocoonte entre las sierpes,  
el pueblo se retuerce aprisionado. . .  
¿Podrá romper al fin los lazos fuertes  
con que lo tienen encadenado?

*9 de abril de 1880*

## **EXCELSIOR!**

### I. EL BRACERO

Empuñando la esteva, cantando con pesar,  
surge ante mí, encorvado.  
Afanos y trabajos, tormento secular  
su frente han arrugado.  
Aunque su alma es de niño, inclina la cabeza  
como un viejo abatido.  
Desde niño trabaja, conoce la tristeza,  
todo lo ha conocido.  
Por donde va su arado, con la reja cortando  
la corteza de tierra,  
se alzarán un mar dorado de espigas susurrando:  
la tierra recompensa.  
Entonces, ¿por qué lleva tosca camisa parda  
y caftán lleno de agujeros?  
¿Por qué pobres harapos cubren su espalda?  
¿Porque es un jornalero!  
Siervo nació, aunque gritaran sus señores  
que estaba emancipado.  
En la miseria soporta todos los dolores,  
dócil, al yugo atado.  
Vida, trabajo y libertad vende para vivir,  
por un cacho de pan.  
Y aunque ese pan amargo no le deja morir,  
nuevas fuerzas no da.  
Callado, aguanta su suerte; con una triste canción,  
labra la tierra, la ajena.



Y el canto, ese buen hermano, se lleva del corazón  
las angustias y las penas.  
El canto es como el rocío que reanima la flor  
por el calor amustiada.  
El canto es igual que el trueno y ese lejano fragor  
de la tormenta anunciada.  
Y en tanto la tormenta justiciera se acerca,  
el jornalero resignado espera.  
Como un hijo amoroso, cuida a la madre-tierra,  
como a una madre buena.  
No le importa, con sudores de sangre, regar  
unos campos ajenos.  
No le importa, con su trabajo duro, entregar  
poder al amo artero.  
Sólo quiere que la tierra en que puso sus manos  
dé más frutos de nuevo.  
Que ofrezca el paraíso a otros seres humanos  
su trabajo de infierno.

\*

Ese bracero es nuestro pueblo, que sudor, a raudales,  
en campos ajenos vierte.  
Es joven de corazón, alto por sus ideales,  
pero nunca tuvo suerte.  
Hace tiempo que su dicha espera con ilusión,  
pero siempre inútilmente.  
Sufrió el yugo de los tártaros, de los *panes*  
la opresión,  
ruinas, años inclementes.  
Pero en su gran corazón, por el dolor golpeado,  
se alza la esperanza bella,  
lo mismo que un manantial de dura roca brotado  
con vivo fulgor de estrella.  
El ve su felicidad como en un cuento de hadas,  
igual que un sueño dorado.  
Y arrastra la triste carga, con la cabeza inclinada,  
severo y esperanzado.  
En siglos de opresión tan sólo le ha salvado  
el amor a los campos queridos.  
Multitud de sus hijos la muerte han encontrado,  
pero él siempre ha sobrevivido.

Ese amor le hace fuerte como el viejo titán,  
invencible hijo de la tierra,  
que caía y se alzaba con tesonero afán  
a seguir combatiendo en la guerra.  
¡Qué más da para quién desterrona la tierra,  
cantando soñador!  
¡Qué más da que lleve una vida perra  
y haga rico al señor!

\*

¡Ara y canta, titán, al yugo uncido  
entre tinieblas y miseria!  
¡Romperemos el yugo maldecido  
y acabará la noche negra!  
No en vano, cuando el enemigo te vejaba,  
la fuerza del espíritu ensalzabas  
No en vano, en tus leyendas, con palabras magas,  
su segura victoria cantabas.  
Vencerá, derribando las funestas barreras,  
y en libres campos sin tiranos,  
empuñará de nuevo alegre la mancera,  
ya de tus lares soberano.

*10 de octubre de 1876*

## II. EL AGUILA REAL

### I

Desde el nido escondido en las rocas cimeras,  
más allá de las nubes el águila se eleva.  
Igual el pensamiento, de la abismal negrura,  
airado se levanta buscando las alturas.  
Tras recorrer el mundo, llega al cielo y demanda:  
“¿Dónde estás tú, gran Dios? ¿Dónde la verdad se halla?  
Con mis potentes alas, he recorrido el universo entero,  
penetré hasta en el átomo, mas la verdad no encuentro”.

### II

En la nebulosa altura, inmóvil, se cierne  
sobre la vida, como una imagen de la muerte,

escondida en la niebla, irrechazable siempre.  
¡Mira, va a derramar sangre sobre la tierra!  
Mira, y sentirás que el espanto te hiela.  
Sobre ti está el águila real, allí acechante, quieta.  
No escaparás de ella cuando la hora te llegue.  
¿Serán muchos los días que tu asesino te conceda?

### III

Ya se mueve. Sin aleteos, por el cielo va y viene,  
así la lanzadera del Destino nuestra vida nos teje.  
Dando vueltas serena, sin cesar baja y sube  
para perderse en el azul inmenso, o tras las nubes.  
Sólo se oye su grito, que es siniestro y hambriento  
como el gemir del pueblo en el silencio.  
Ese gemir sobrecoge a los nobles, les aterra  
como el trueno que el terremoto anuncia, bajo tierra.

### IV

Te odio, águila real, ¡con toda el alma!  
Porque tu pecho un corazón perverso guarda,  
porque la sangre bebes del pobre, de los desvalidos,  
de quienes siempre te han mantenido.  
Porque observas con desprecio su tímido temblar.  
¡Te odio porque eres zar!  
Ya está cargada el arma, resonará el disparo  
desgarrando las nubes con sus fulgores claros.  
Pero ese fuego no ha de matar más pobres en la tierra,  
morirás tú, en tu altura majestuosa y negra.  
No por Dios sentenciado, cual cadáver sin alma,  
te abatirá el castigo que mi mano te manda.  
¡Y no caerás solo! Pues los tiradores seremos millares.  
Tus iguales, los que tienen el hocico manchado de sangre,  
los que siembran el terror y la muerte en nuestra tierra  
no escaparán de la bala certera.  
Al cadáver sin alma, de un puntapié, lo apartaremos,  
y en silencio, serenos, adelante continuaremos.

*22-24 de octubre de 1883*

## V. CANTEROS

He tenido un sueño extraño. Ante mí se extendían  
unos campos inmensos, desiertos, desolados.  
Con cadenas de hierro sujeto me tenían  
al pie de negra roca. Y hasta la lejanía  
veíanse millares de hombres encadenados.

Penas y amarguras cubrían de arrugas las frentes,  
pero las miradas ardían con fuego de amor,  
mientras las cadenas, cual largas serpientes,  
se nos enroscaban al cuerpo inclementes  
y nos encorbaba un peso agobiador.

Cada uno empuñábamos un martillo, grande,  
y una voz, de arriba, clamaba tonante:  
“¡Romped toda la roca! No os amilane  
el frío ni el calor. Soportad sed, fatigas, hambre,  
pero que caiga toda la roca miserable!”

Como un solo hombre las manos alzamos,  
miles de martillos sonaron airados  
y miles de esquirilas al aire lanzamos;  
con fuerzas de ira, furiosos golpeamos.  
Rompían la testa de piedra nuestros martillazos.

Aquel martilleo tenía fragor de cascada,  
estruendo de duro y sangriento combate,  
pero, paso a paso, la gente avanzaba,  
y aunque muchos nuestros allí se quedaban,  
¡nadie ya podía parar nuestro embate!

Todos bien sabíamos que honores no habría,  
ni humano recuerdo del terrible esfuerzo,  
mas todos los hombres avanzar podrían  
si el camino abríamos con furia y porfía,  
dejando en las piedras nuestros propios huesos.

Ninguno los laureles ni la gloria buscábamos,  
nadie se imaginaba ser héroe o titán.  
Las pesadas cadenas voluntarios llevábamos

haciéndonos esclavos de nuestra voluntad,  
canteros que le abríamos camino a la verdad.

Estábamos seguros de que la roca se rompería,  
de que a nuestros golpes el granito cedería.  
La sangre y los huesos nuestros firme camino abrirían  
por el que con certeza, tras nosotros, vendría  
una vida nueva, luz de un nuevo día.

Sabíamos también que en la tierra lejana,  
—para pasar tormentos, un día abandonada—  
nuestras madres, mujeres e hijos vertían lágrimas  
y que amigos y enemigos con ira nos censuraban  
maldiciendo nuestro esfuerzo y nuestra causa.

Sabíamos todo eso. Más de una vez, dolía el alma  
y el fuego de la amargura el corazón abrasaba.  
Mas ni el dolor ni la pena que el cuerpo martirizaban,  
ni las viles maldiciones nos apartaban en nada  
de nuestra empresa: los martillos, incesantes,  
golpeaban.

Y seguimos adelante, en mole compacta unidos,  
y adelante seguiremos empuñando los martillos.  
Aunque el mundo nos olvide, aunque seamos maldecidos,  
abatiremos la roca, la verdad tendrá camino,  
y sobre los huesos nuestros, vendrá, para todos,  
un feliz destino.

1878

## UCRANIA

### I. MI AMOR

Resplandece hermosa,  
con belleza clara  
y expresión calmosa  
en la dulce cara.

Ha pasado tanta pena,  
con su carita lozana,

que de dolor está llena  
toda canción ucraniana.

¿Cómo puedo no quererla,  
no darle mi amor ardiente?  
Después de bien conocerla,  
la adoraré eternamente.

Y queriendo así a la amada,  
del alma su imagen pura  
jamás podrá ser borrada,  
¡ni en la misma sepultura!

¿Puede ella censurar  
ese cariño elevado  
a todo el que, por luchar,  
sangra y pena encadenado?

Quien a él no sepa apreciar,  
como el sol a la tierra, cada día,  
nunca a ti te sabrá amar,  
Ucrania, ¡adorada mía!

*23 de junio de 1880*

## CUADROS DE GALITZIA

### VIII. PENSAMIENTOS EN LA LINDE

#### 1

Por doquier, esta serpiente avara y verde  
se arrastra entre escuálidos campos sombríos.  
Son los “términos” nuestros, es la linde inclemente,  
señal indicadora de lo “tuyo” y lo “mío”.  
Ahí están esas cuatro parcelas de Trofim  
y aquí, las otras tres de Mijaíl:  
Vive en la tuya y paga por tu “querida” tierra.  
¡No tomes ni un *vershok*\* de la ajena!  
¿Quién recuerda que en esas miserables parcelas  
Mijaíl y Trofim pasan mil penas,  
a pesar de que los pobres se desloman en ellas,

---

\* Medida de longitud, equivalente a 4,4 cm.

y el hambre les empieza desde la primavera?  
¿Quién recuerda que su ganado, sin saber por qué,  
enflaquece y apenas puede tenerse en pie  
y que la tierra da cada año menos,  
aunque, como el que más, la cuidan con esmero?  
¿Quién recuerda que los brazos, a veces,  
se caen con desaliento y con desgana?  
“¡Poca tierra tenemos! ¡Con estas estrecheces,  
las deudas se nos meten por puertas y ventanas!  
Se acabó. . . En la miseria ya caímos,  
¡como el pez en la red nos debatimos!”

¡Cuánto duele oír sus tristes lamentos!  
¿Cómo poner fin a sus sufrimientos?  
Me hallo en estas lindes que separan tierras:  
Si los dos las juntan, son siete parcelas,  
y resultaría ya una hacienda hermosa,  
que daría pan para ocho personas. . .  
¡Y entre los dos tienen tan sólo seis bocas!  
Entonces, ¿por qué no se unen al punto  
y juntan las casas, las bestias y aperos?  
¿Qué motivo ignoto les impide hacerlo?  
¡Las lindes! Arteras, separan a ellos,  
dividen sus fuerzas, fraccionan sus huertos.  
Sin ellas, no habría pobreza en sus casas.  
Con ellas, a ambos la miseria aplasta.

2

Cuando yo era niño, todas esas lindes ya las conocía,  
porque con mi madre iba cada día  
al atardecer, a recoger hierba  
para nuestra única vaquita lechera.  
Y allí, en cada linde, sin grandes trabajos,  
podíamos llenar cada uno dos sacos.  
Libre, las pisaba con mis pies descalzos.  
¡Anchas, se extendían separando campos!  
Ahora, cuando en torno tiendo la mirada,  
encuentro los campos que antes encontraba,  
mas no aquellas lindes antiguas y anchas:  
son ya finos hilos que na advertiría la mirada extraña.

Uno cortó un poco; otro, dos pulgadas,  
por tener más tierra, más tierra anhelada.

¿Por qué cada uno tanto la desea?  
¿Por qué tan estrecho se vive en la tierra?  
¿Nace demasiada gente en ella?  
¿Las necesidades sin cesar aumentan?  
No; los pobres no tienen más necesidades,  
hay la misma gente, o menos, que antes.  
La roban y esquilman codiciosos zánganos  
que ansiosos se abaten sobre ajenos campos.

No falta quien nos diga con ceguera:  
“Si estallara la guerra en nuestra tierra,  
a todos los que sobran mataría  
y, con mayor holgura, los demás vivirían”.  
¡Mayor holgura, sí! Pero, además de traernos pesar,  
nos dejarían sin los mejores brazos para el laborar.  
Las desdichas del pueblo continuarían,  
¡y otras nuevas se le agregarían!

El pueblo, prisionero entre lindes sin cuento,  
no puede ver la fuente de todos sus tormentos,  
las complicadas raíces de sus males,  
lo que le chupa la sangre a raudales.  
¡Oh, lindes, de la tierra grilletes y cadenas,  
al pueblo habéis sumido en abismo de penas!  
Hambriento, en las tinieblas busca con ansiedad:  
¿Quién nos enseñará el camino de la holgura  
y la libertad?

3

A pedirme consejo un hombre se me acerca:  
“Dígame, ¿qué es lo que debo hacer?  
Mi abuelo vivió un siglo en esa misma tierra,  
aunque, ya ve, es pequeña, no da para comer.  
Pero antes se debía vivir de otra manera,  
no con tanta estrechez como en la actualidad:  
ni muy bien, ni muy mal, vidilla llevadera,  
y así logró llegar a esa avanzada edad.



Crió dos hijos, los casó al ser mayores  
y todos se quedaron en la casa del padre,  
que decía: "Vuestra parte os daría con mil amores,  
pero nuestra hacienda no es grande.

Entera, nos mantiene, aunque malamente,  
pero si la partimos en trocitos, ¿cómo vivir?

No, no quiero que viváis pobremente,  
yo no os mando por el mundo a pedir.

Partíros la vosotros cuando yo muera".

A él y a sus hijos, por desventura,  
el tifus los segó una primavera.

Quedamos sin amparo cuatro criaturas.

Yo, que tenía tres años, era el mayor,

las nenitas mamaban todavía,

el otro, el de mi tío, aún no tenía dos,

y en casa, hombres ya no había.

A los chicos nos entregaron a una familia vecina,

rica y sin hijos. Las dos viudas les dijeron:

"Todo lo que de ustedes ahora reciban,

con su trabajo se lo pagarán luego".

¡Y bien que lo pagamos! Nuestras madres murieron.

Yo tenía veinte años, y la cuenta me dieron.

Volví a casa y, pronto, me casé.

Dueño ya de la hacienda heredada del viejo,

a vivir con pobreza de nuevo comencé.

Pensaba: Pagaré cuanto antes las deudas

y, cumpliendo el deseo del abuelo,

quedará entera nuestra tierra.

Trabajándola bien, levantaré cabeza

sin ayuda de "gente compasiva",

reuniré la dote de las chicas

para su boda. Y en cuanto al primo,

alguna viuda le dará cobijo. . .

La tierra y la camisa no hay que partir,

mejor es darla entera a otra persona,

¡pues dos no caben nunca en una sola!

Eso mismo a mi primo le decía

cuando a verle a menudo yo acudía.

Supliqué horas y horas al querido primo,

y él, en un momento, como un enemigo,

me llevó al juzgado pidiendo en su escrito

que divida todo en partes iguales,

sin olvidar nada: casa, tierra, aperos,

como si un tío lejano fuera el muerto.  
Cuando supe aquello, ¡me entró un sentimiento!  
Le mandé vecinos para convencerlo  
de que recibiese, en pago, mi dinero.  
Le rogué yo mismo, con razonamientos:  
“¿Cómo viviremos en trozos pequeños?  
Sabes que el abuelo se resistió a hacerlo.  
¿Vas a no cumplir lo que mandó el muerto?”  
¡Pero él ni oír quería hablar del dinero!  
Hemos pleiteado dos años enteros.  
Y ahora el juzgado manda un documento  
dividiendo aquello que juntó el abuelo.  
Hay que hacer de todo dos partes iguales,  
y a cada hermanita dar también su parte.  
¡No cabe en el mundo desgracia más grande!  
La ruina completa, si es que eso se hace.  
¡Medio campo! El mío ya está hipotecado,  
mi hermana con eso no adelanta nada.  
Quiero que testigos digan al juzgado  
que no quería el viejo dividir los campos.  
Y tal vez ordenen que acepte mi primo la compensación.  
Y si no lo ordenan, ¡no lo querrá Dios!”

4

Yo pensaba en una fraternidad humana, nueva,  
y pedía a esos tiempos que pronto vinieran.  
Veía los campos sin lindes ni vallas.  
La tierra, de todos, por el trabajo renovada,  
a mi pueblo libre y feliz frutos daba.  
¿Era aquello Ucrania? ¿Eran sus trigales?  
¿Sus campos empapados de sudor y sangre?  
¡Sí, era mi Ucrania, liberada y nueva!  
Y el corazón, mitigado el dolor, latía con fuerza.

La visión ha desaparecido. Miro. Allá,  
entre las lindes se pelean Gritz y Stepán;  
allí, un viejo ara el campo mientras llora abatido  
por el hijo soldado que en Bosnia ha perecido;  
allí, un padre amenaza al hijo con un hacha;  
allí, maldice y grita una madrastra. . .

¡Oh, amada patria mía, por la suerte olvidada,  
mejor será que mueras si es que estás condenada  
a vivir para siempre llorosa y maltratada!

1881

## HOJAS MARCHITAS

### I

De nuevo la canción se alza  
brotando de la pena deprimente,  
como de las cenizas se levanta  
ondulando la llama refulgente.

Lo que antes pareciera calma  
era sólo ceniza que guardaba  
vivo el rescoldo del amor,  
fuego que aún alentaba.

Ardía aún, débil y en silencio,  
bajo negros tizones padecía,  
mas lo avivó de pronto el viento,  
¡y nada apagará la llama mía!

¡No! ¡No he de apagar el fuego,  
ni aplacar los embates del corazón!  
¡Que, en poderosa llamarada,  
flamee y vuele libre la canción!

### IV

¿Por qué, mi bella, yo tanto te quiero  
que el corazón me salta desbocado  
cuando orgullosa pasas a mi lado?  
¿Por qué sufro, languidezco y muero?

Quizás sea por tu aspecto altanero,  
tu belleza o ese algo guardado  
en tus ojos con pudor y cuidado  
que habla de un alma viva, tesonero.

A veces, esa alma intenta salir fuera  
mientras tu rostro oculta una honda pena.  
Y entonces, yo la vida te daría.

Pero, de pronto, una sonrisa artera,  
burlona y orgullosa, nada buena,  
me aparta y ahoga esa intención mía.

## VI

Tú, sólo tú, eres mi único amor,  
dicha que en vida no he de disfrutar,  
anhelo que oprime causando dolor  
y nunca se llega a realizar.

Eres la melodía tan soñada  
a la que nunca encuentro letra hermosa,  
la hazaña que por mí será realizada  
cuando yo tenga fe, ¡y mano poderosa!

Como a la pasión muerta y a la ilusión frustrada,  
como al anhelo muerto y a la canción, aún no cantada,  
como a todo lo grande que yo guardo en mi alma.

Como a este fuego que me caldea y devora  
a un tiempo,  
como a la muerte que se lleva, con la vida,  
el tormento,  
así mismo, mi bella, yo te quiero.

## XX. EL ESPECTRO

Los copos de nieve caen sin cesar  
en la noche fría, sobre la ciudad.  
Reina una tristeza fea, sepulcral.  
¡Qué grande y terrible es su fealdad!

Luces encendidas brillan en la noche  
y tienen reflejos de sangre en la tierra,  
las de los faroles que llevan los coches  
son cual misteriosas señas en la niebla.

Va por las aceras multitud de gente:  
abrigos, chisteras, lujosos vestidos,  
y también harapos de pobreza hiriente.  
Todo es ajeteo, apreturas, ruido.

Vago solitario entre este gentío  
procurando huir de mis pensamientos,  
pero ellos, tenaces, continúan conmigo,  
los llevo clavados muy hondo, muy dentro.

Lo mismo que el náufrago busca un asidero,  
busco entre la gente un rostro fraterno,  
algún alma hermana, entre tanto ajeno,  
sintiendo que me ahogan la pena y el tedio.

De pronto, me quedo pasmado. . .  
del pecho se escapa un gemido. . .  
Quisiera correr. . . , y sigo parado.  
Como de un mazazo, estoy aturdido.

¡No, no me han golpeado! Ante mí está ella,  
he reconocido su perfil amado,  
inclina con gracia la bella cabeza  
sonriendo a un joven que pasa a su lado.

Se vuelve de nuevo. ¡Oh, sí, son sus ojos!,  
tan hondos, tan negros cual la noche misma.  
Brillan un instante disipando enojos  
y al punto en tinieblas de nuevo se abisman.

Poste soy al que ahora zarandea el gentío;  
cubierto de nieve, no oigo ningún ruido,  
no siento torturas, no noto ya el frío,  
todas las ideas del cerebro han huido.

“¡Ella!” Del corazón brota la palabra.  
¡Qué fuerza prodigiosa encierra!  
¡Y qué poderío tan terrible guarda!  
Oprime mi pecho cual enorme piedra.

Ella, “el sueño divino” y la flor amada  
que en un tiempo fuera tan bella y preciada,

su fino perfume, su sin par fragancia  
¡todavía ahora el alma me embriaga!

Me imaginaba no había otra como ella.  
Mis pensamientos, el corazón ebrio le ofrendaba.  
Era la suprema belleza y, besando sus huellas,  
la vida entera gozoso yo le daba.

Quien sólo con un sí haberme hecho podía  
un héroe, capaz de la mayor proeza,  
y aureolado la existencia mía  
con luz de afanes y esperanza eterna.

La que tenía la llave del paraíso  
y la arrojó impasible al cenagal,  
esa palabra mágica no dijo. . .  
Aunque tal vez la quiso pronunciar.

No con una palabra, con una sola mirada fría  
me empujó a una insondable y negra sima. . .  
¿Y quién está allí abajo, para siempre perdida,  
hundida en el oprobio y en el fango? ¡Ella misma!

¿Dime, frío espectro, qué cruel destino  
desde la alta cima te lanzó al abismo?  
¿Quién tuvo la osadía de en fango pisotear  
tu belleza, fastuosa cual dorado tragal?

O quizá fuera el frío, el hambre, la orfandad. . .  
O una pasión intensa que, como un vendaval,  
desgarró el débil corazón y doblegó la voluntad  
llevándote al comercio vergonzoso y carnal.

¡Espera, amada! De amor ardo,  
milagros soy capaz de realizar.  
La llave del paraíso encontraré en el fango  
y su puerta abriré de par en par.

¿No me oye? Se esfumó en las tinieblas,  
ciega mis ojos un dolor mortal,  
y ahora que todo es ya una noche negra  
¡vuelve a mi alma la tranquilidad!

*Viena, 6 de noviembre de 1892*

**DEL LIBRO**  
**“MI IZMARAGD”**

I. HABLA EL POETA

Mi carro va hacia abajo. Como todo, las flores  
se han marchitado; pesan más las cadenas.  
¡No arden ya para mí los anhelos mejores!  
¡Perdí ya todo, hijos, sólo tengo dolores!  
*Cosa perduta!*

¡Con qué brío con la suerte luchaba!  
¡Qué elevados afanes yo tenía!  
¡Qué amor puro, sublime, me abrasaba! . . .  
¿Y qué he logrado? ¡No he alcanzado nada!  
*Cosa perduta!*

El frío no dejó que mis hojas se abrieran,  
furiosas tempestades abatieron mis flores.  
No dispuso el Destino que, heroico, combatiera  
y ello hizo que mis armas de moho se cubrieran.  
*Cosa perduta!*

Las pequeñas torturas la herida me enconaban,  
un poco de cicuta bebía cada día.  
Pero yo no veía por qué nos sojuzgaban:  
¡eslabones menudos mi cadena formaban!  
*Cosa perduta!*

¡Oh, madre mía! ¡Oh, Ucrania amada!,  
no me reproches, desnuda y descalza,  
el que tu hijo no te diera nada,  
¡nada de él recibiste, desdichada!  
*Cosa perduta!*

II. HABLA UCRANIA

No te lamentes, hijo mío, tanto,  
deja ya de verter inútil llanto.  
¡Del Destino no te debes quejar!  
Un camino espinoso tú elegiste.

Y, claro, con sus espinas te heriste.  
¿Qué otra cosa podías esperar?

Que yo soy pobre tú bien lo sabías,  
y, sin embargo, ante la puerta mía  
esperas, porque me quieres servir.  
Con mi pobreza, poco puedo pagar,  
y nadie me lo debe reprochar.  
¿Acaso te he mandado yo venir?

¿Por qué te ofendes? ¿Porque con saña  
vociferan a veces: “¡Ese no quiere a Ucrania!”?  
¡Tú no hagas caso, hijo! Yo conozco mejor  
a esa manada de “patriotas” y la falsía  
que encierra toda su dulce palabrería,  
pura trompetería, sin ningún valor.

¿Que seguirás viviendo pobremente?  
Pero tú no has robado, arteramente,  
ni un solo *kopek* en la tierra.  
Con honradez, tu pan te has sabido ganar. . .  
Y lo mejor de ti en el mundo ha de quedar:  
no irá a la tumba cuando mueras.

## MOISES

### PROLOGO AL POEMA

¡Oh, pueblo mío, doliente y extenuado,  
como en la encrucijada el caminante inválido  
que es por todas las gentes despreciado!

Tu porvenir de zozobra me llena:  
me imagino el bochorno de los que detrás vengan,  
¡y pierdo el sueño, y me abruma la pena!

¿Será tu sino trabajar resignado  
como bestia de carga, ser estiércol  
con el que el campo ajeno sea abonado?

¿Y guardar tu rencor disimulado  
porque, bajo el dogal y el palo, al opresor  
fidelidad eterna le has jurado?



¿Será posible que sólo tú carezcas  
de obras con que mostrar al mundo entero  
lo inmortal de tus fuerzas?

¿Será posible que en vano perecieran tantos  
por ese amor a ti, que sacrifica todo,  
con gozo y sin temor, y es amor sacrosanto?

¿Y que tu país fuera en vano regado  
por la sangre de tus luchadores  
y no se alce ya nunca lozano y liberado?

¿Será estéril que en tus palabras  
chispeen hermanadas la fuerza  
y la ternura, la grandeza y la gracia?

¿Que en tu cantar se unan los anhelos,  
pesares y alegrías, dolor de amores  
desdichados y una serenidad de cielo?

¡Oh, no! No es tu destino sólo penar entre tinieblas.  
¡Yo tengo fe en tu espíritu, en tu fuerza,  
en que has de renacer sobre la tierra!

¡Oh, quién un tiempo viera dócil a la palabra,  
y la palabra encendiendo los ojos con luz  
que las tinieblas, severa, disipara!

¡Quién pudiera, con ardiente canción inspirada,  
a millares de hombres darles alas,  
llevarlos al camino de la libertad ansiada!

¡Mas no es posible! . . . Con el alma que calla,  
ya sin fuerzas, por dudas lacerada,  
¡no habremos de llevarte a la dura batalla!

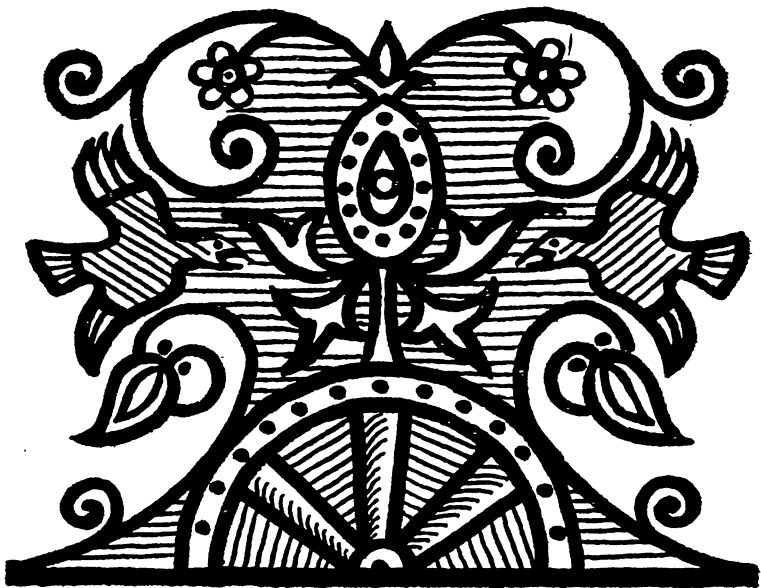
Pero llegará el día, y con halo de púrpura,  
entre los pueblos libres y sin ningún pesar,  
más allá de Beskid y de sus brumas,

Llevarás al mar Negro el grito de tu libertad  
y, como dueño señor, contemplarás  
tus campos y tu *jata*, llena de claridad.

Toma mi verso, que, aunque amargo, libre es  
y, aunque en tristeza envuelto, rebosa fe.  
En prenda del futuro te lo envío.

¡Como modesta ofrenda al noble pueblo mío!

*20 de julio de 1905*



# PROSA

---

## EL ALBAÑIL

¡Ah!, esos golpes, ese resonar, esos gritos en la calle, ante mi propia ventana, me ahuyentan de la cabeza cualquier pensamiento, no me dan ni un minuto de descanso, me distraen del trabajo. Y no tengo dónde meterme, dónde esconderme de ese insoportable golpear. Desde la mañana hasta la noche no cesa, y cuando me acuesto, agotado por el bochorno del día, lo oigo con nitidez hasta en sueños. Y así, llevo ya dos meses enteros, ¡imagínense ustedes! Desde que ante mis ventanas empezaron a construir esa nefasta casa de ladrillos, no he escrito ni un renglón y en mis oídos retumban incesantemente ese sonar y golpear.

Al no estar en condiciones de hacer algo yo mismo, me paso los días sentado junto a la ventana y miro cómo otros trabajan. El espectáculo del movimiento, el corretear, el trabajo de varias decenas de personas que van y vienen, bullen en aquella estrechez como las hormigas en el hormiguero, atenúa mi excitación nerviosa. Me tranquilizo al ver cómo, poco a poco, bajo las manos de esa masa de gente obrera crece una casa grande de ladrillos, cómo van levantándose más y más sus paredes, cómo hierve silbante y echa

humo la cal, que apagan en cajones grandes de madera y los vierten luego en el albañal, como los albañiles alisan los ladrillos, colocándolos en el lugar correspondiente, cómo mujeres y muchachas llevan cemento en cubos, pendientes de un palo, cómo los peones, arqueada la espalda, en parihuelas de madera, puestas igual que el yugo sobre ambos hombros, llevan ladrillos hacia arriba por los andamios. Todo el duro trabajo diario de esta gente pasa ante mis ojos como una especie de nube turbia; al oír sus gritos, bromas y conversaciones, me olvido de mí, como si me hundiera en una espesa niebla infinita y, vertiginosamente, sin darme cuenta, pasan las horas, pasan los días.

Sólo los contratistas con sus gritos, blasfemias, con sus mofas y amenazas a los obreros y su arbitrariedad me sacan de esa niebla profunda, me hacen recordar la abominable realidad. Son dos solamente, pero dan la impresión de estar en todas partes. Los obreros se callan y encogen en cuanto uno de ellos aparece. No hay manera de satisfacerles, nada se hace a su gusto. Por cualquier motivo empiezan a insultar, están siempre dispuestos a saltar alguna palabra despectiva, maligna, ¡y que no se atreva algún obrero a responder, a defenderse o interceder por su camarada! Porque entonces al señor contratista se le sube la sangre a la cabeza, empieza a babear de rabia, ¡y menudo rapapolvo recibe el culpable! ¡Y menos mal si le toleran aguantarlo todo, si no le echan inmediatamente del trabajo! Porque ellos son aquí los amos absolutos, su poder sobre los obreros no tiene límites, y si echa a uno, encuentran en el acto a cuatro para sustituirle, que pedirán les coloquen en el lugar del despedido. ¡Ah, este verano los contratistas se sienten a sus anchas! Elige al que quieras y quítale del jornal lo que te dé la gana, pues nada dirán los obreros y si a alguien se le ocurre quejarse al arquitecto, ¡lo echarán del trabajo y que se muera de hambre, ya que no quiere ser sumiso!

Una vez, cuando, como de ordinario, estaba yo sentado junto a la ventana, observando el trabajo, de repente empezaron a gritar en la pared de la fachada. Yo no vi el motivo, sólo advertí que el contratista se abalanzaba hacia uno de los obreros, un albañil alto y sombrío de mediana edad y empezaba a injuriarle con las palabras más soeces. El obrero no decía nada, se había inclinado y continuaba su trabajo. Pero su silencio obstinado y taciturno irritaba aún más al contratista.

— Ladrón, vagabundo, presidiario, largo de aquí inmediatamente —gritaba rabioso el contratista, arremetiendo contra el obrero.

Yo veía que la cara tétrica del albañil, inclinada sobre los ladrillos, se ponía cada vez más roja como si se llenara de fuego. Apretados los dientes, callaba.

— ¿Qué, tengo que repetírtelo cien veces, patibulario, miserable bandolero? ¡Fuera de aquí, márchate ahora mismo, si no, ordenaré que te echen por la fuerza!

Era evidente que el obrero luchaba consigo mismo para contenerse; su rostro estaba cárdeno. Por fin, sin cambiar de postura, alzando levemente la cabeza, despacio, pero con un desprecio indecible en cada palabra, masculló:

— ¡El mujik siempre será mujik! ¡Y el villano, siempre villano! ¡Líbrenos Dios de hacer señor al mujik!

Al oír estas palabras, el contratista, por un instante, se quedó de piedra. Se veía que la frase del albañil le había herido en lo más vivo. El procedía de campesinos y ahora, al haberse hecho “señor contratista”, se avergonzaba mucho de su origen. Por eso, después de estar pasmado un minuto, estalló como una caldera de vapor.

— ¿Qué? ¿Te metes conmigo? ¡Pues espera, que yo te enseñaré lo que es bueno! ¡Te voy a dar una buena lección! ¡Fuera de aquí!

El obrero no se movía del sitio y seguía trabajando.

— ¡Largo de aquí, motinero! ¡Vete a los quintos infiernos, si no, llamaré a la policía!

El obrero, obstinadamente, seguía martilleando en el ladrillo. Entonces el contratista se lanzó sobre él, le arrancó de la mano el martillo y lo tiró a la calle. El albañil, indignado, rechinó los dientes y se enderezó.

— ¡Villano! —le gritó—. ¿Por qué diablos no me dejas en paz? ¿Qué quieres de mí?

— ¡Ah, todavía me amenazas! —gritó el contratista.— ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Bandoleros!

Al oír estos gritos, llegó corriendo el segundo contratista y, juntos, se lanzaron sobre el albañil. Este no se defendía. Una lluvia de golpes cayó sobre sus espaldas. Acompañado de puntapiés, mudo de ira y desesperación, se bajó del andamio y se echó al hombro la bolsa con los instrumentos.

Los demás obreros, testigos de la escena, seguían trabajando en silencio, encorvados sobre la mampostería y con

los dientes apretados. Ninguno de ellos dijo ni una palabra.

— Por muy bien que se vista el villano, a estiércol olerá como el marrano —gritó el albañil al despedirse, ya en la calle. En su rostro había de nuevo una sonrisa forzada, pero en sus ojos brillaban las lágrimas.

— ¡Así te rompas la crisma, sedicioso, maldito bandolero— vociferó el contratista desde arriba, amenazándole con el puño.

Al día siguiente, me levanté temprano y me asomé a la ventana. En la calle aún reinaba el silencio. Los obreros iban llegando a la obra. Me asombré mucho al ver entre ellos al albañil despedido el día anterior. Lleno de curiosidad, me puse a esperar lo que ocurriría cuando llegase el contratista. Los demás obreros, hablaban de vez en cuando entre ellos, pero ninguno se acercaba al despedido, que estaba solo junto a la valla. Por fin llegó el contratista, resplando como el fuelle de una fragua. Echó una rápida ojeada sobre los obreros; su mirada, llena de ira, se detuvo en el albañil despedido ayer.

— ¿Y tú, sedicioso, otra vez aquí? ¿Para qué has venido? ¿Quién te necesita?

— Señor contratista —profirió el obrero, avanzando dos pasos (entre el silencio general se oía cómo temblaba su voz ahogada)—, señor contratista, sea usted razonable. ¿Qué le he hecho yo? ¿Por qué me deja sin pan? Usted sabe que ahora no voy a encontrar trabajo en ninguna parte, y mientras tanto en casa. . .

— ¡Largo de aquí, cara de presidiario! —rugió el contratista, a quien hoy tampoco le gustaba la sumisión del obrero, como no le había gustado ayer su silencio obstinado, sombrío.

El albañil bajó la cabeza, metió su bolsa debajo del brazo y se fue.

Toda una semana después de lo descrito, cada mañana observaba, desde la ventana, la misma escena. El albañil despedido, por lo visto, no podía encontrar trabajo en ninguna parte y cada mañana venía a pedir al contratista que le admitiera de nuevo. Pero el contratista era inquebrantable. Ningún ruego, ninguna súplica le conmovían y cuanto más se humillaba el albañil ante él y más se hundían sus empañados ojos, tanto más altanero se mostraba el contratista y más humillantes y despectivas eran las palabras con que ofendía al desdichado obrero. Y el pobre, después de

cada negativa se limitaba a apretar los dientes, metía en silencio debajo del brazo su bolsa y huía sin mirar a dónde, como si huyera de una terrible tentación que lo empujaba a cometer algo malo.

Esto ocurrió un sábado por la tarde. Una lluvia inesperada me pilló en la calle y me vi obligado a cobijarme en una taberna próxima. En la taberna no había gente. El local sucio y húmedo estaba débilmente alumbrado por una bombilla que se balanceaba tristemente bajo el techo, y tras el mostrador dormitaba la dueña, una hebrea vieja y gruesa. Eché una mirada a mi alrededor, y quedé maravillado por lo que vi: sentados a una misma mesa estaban el conocido albañil y, junto a él, su enemigo jurado, el contratista. Ante cada uno de ellos había un bock de cerveza medio vacío.

— ¡Ea, que Dios nos ayude, compadre! —dijo el albañil, chocando su bock con el del contratista.

— ¡Que Dios también le ayude! —le contestó aquél en un tono un poco más afable que en la calle, cuando trabajaba.

Tal extraña amistad despertó en mi interés. Pedí para mí un bock de cerveza y me senté un poco apartado, en el otro extremo de la habitación, en la mesa del rincón.

— Pues debo decirte, compadre —se lamentaba el albañil, que con dificultad procuraba mantener un tono desentusado— ¡no está bien que te hayas puesto así conmigo, Dios es testigo de que no está bien! ¡Por esas cosas, compadre, Dios castiga!

Al lanzar estas exclamaciones, golpeó en la mesa con el bock y pidió otros dos más.

— ¡Tú bien sabes, compadre, cuán necesitados estamos en mi casa! No tengo por qué decírtelo. ¡Mi mujer está enferma, no puede ganar nada y yo aquí, por tu voluntad, estoy toda la semana sin un céntimo! . . . Si yo estuviera sólo, aguantaría de alguna manera. Pero ya ves, la mujer, enferma, y esos renacuajos, los pobrecillos casi no pueden arrastrarse, chillan, piden pan. . . Mi corazón se desgarrá, compadre, ¡te lo juro por Dios, se me desgarrá! ¡Pues yo soy su padre!

El contratista escuchaba las palabras del obrero con la cabeza baja y meneábala como si dormitara. Y cuando la tabernera trajo más cerveza cogió el primero el bock, lo chocó con el del albañil y dijo:

— ¡A la salud de tu mujer!



— Que Dios te la dé también a ti —contestó el albañil y bebió un trago. Por su cara se veía con qué desgana sus labios tocaron la bebida. Ay, posiblemente se estaba gastando hasta el último céntimo del dinero tomado prestado hacía cuatro días con el que debía dar de comer a toda su desdichada familia hasta que llegaran mejores días, porque ¡quién sabe si podría otra vez pedir prestado! ¡Y ahora con esos últimos céntimos tenía que invitar a su enemigo, para ablandarle por lo menos!

— Tú, compadre querido, razona a conciencia. ¿Dime, qué te he hecho yo de malo? ¿Te he dicho alguna mala palabra, llevado por la ira? ¿Pero cuántas me has dicho tú? ¡Dios sabe que no está bien ofender así a un pobre hombre!

El contratista, después de beberse la cerveza, bajó de nuevo la cabeza, y la movía como si estuviera soñoliento.

— Anda —dijo indeciso el albañil—, hazme ese favor, el lunes... sabes... Ya ves, ¿dónde puede colocarse un pobre? ¿Será posible que tengamos que perecer todos, con mi mujer y los hijos?

— ¿Bueno, qué, vas a pedir que me sirvan una jarra más de esta espuma o no? —le interrumpió el contratista.

— ¡Naturalmente, claro que sí! ¡Eh, tabernera! ¡Un bock más de cerveza!

La dueña trajo la cerveza, el contratista la apuró y se limpió los bigotes.

— Dime, ¿qué vamos a hacer? —preguntó el albañil, inquieto, tratando de agarrar al contratista del brazo y mirándole a la cara.

— ¿Qué vamos a hacer? —le contestó el contratista en tono frío, levantándose y disponiéndose a salir—. Gracias por la cerveza, pero el lunes no vengas al trabajo, he tomado ya a otro. ¡Por cierto —estas palabras las pronunció cuando estaba ya junto a la puerta—, que yo no necesito motineros y patibularios como tú!

Y el contratista de un salto salió a la calle y cerró tras sí la puerta de la taberna.

El desdichado albañil quedó inmóvil, como fulminado por un rayo.

Permaneció largo tiempo sin moverse, sin saber en qué pensar siquiera. Después se recobró. Una idea salvaje cruzó veloz por su mente. Agarró con una mano la mesa a la que estaba sentado, rompió una de las patas y la lanzó contra el mostrador. El ruido, el estruendo, los chasquidos,

los gritos de la dueña, las exclamaciones de la gente que acudía, la voz del policía, todo se juntó en una sinfonía salvaje, ensordecedora. Un minuto después, el desdichado albañil apareció entre la multitud de tenderos que, rugiendo y gritando, con frenéticos alaridos, entregaron al “bandolero medio loco y endiablado” en manos del policía. El terrible guardián del orden público lo agarró del cuello y lo lanzó delante de él, de un empujón. Al lado del policía, arrastrando los pies, medio muerta de miedo, iba la tabernera que había dejado en su lugar a otra hebrea, y la gran multitud de harapientos callejeros que les rodeaba, con gritos y clamores, se dirigió al departamento de policía.

1878

## EL PETROLERO

### I

— ¡Iván, Ivánochko\*, amor mío!

— ¿Qué quieres?

— Estás hoy enfadado, muy poco afable. . .

— Habla, ¿qué quieres?

El viento otoñal resonaba y silbaba en las estrechas callejuelas de Borislav, esparciendo la arcilla mojada de los pozos, amontonada durante el día. La noche era oscura.

— ¿Qué, voy a tener que esperar mucho a que hables? Di, ¿por qué me has hecho salir a la calle con el viento que hace?

— Quería hablar contigo. . . como antes. . ., ¿te acuerdas? en la aldea.

— ¿Y qué? ¿Te parece oportuno el momento y el lugar? Habla pronto, ¿qué quieres? ¿No ves que estoy tiritando de frío?

— ¡Sí, lo veo, lo veo! —su voz temblaba, ella estaba aún más helada que Iván—. Tú, Iván, veo que ya no me quieres. . . o no me amas ya como antes.

— ¡Vaya! ¿Por qué piensas eso?

— Y esa mofletuda Ganka. . . Te pasas las noches enteras con ella. . .

— ¡Quita, mujer! ¿Yo con ella? . . . Es ella la que me

---

\* *Ivánochko*: diminutivo de Iván.

busca. ¿Cómo se lo puedo negar si es ella misma la que no me deja en paz?

— ¿Y por qué me lo prohíbes a mí?

— ¡Ay, siempre te pones por delante! ¿Qué deseas? ¿Qué quieres? Habla, tú sabes que yo nunca me he negado a ayudarte, cuando lo necesitas.

La muchacha suspiró.

— ¡Cuando lo necesito! Dios mío, si tú vieras mi necesidad... ¿Para qué decirlo?... Una sola cosa necesito, Ivánchko.

— ¿Qué?

— Tú me haces falta.

— Aquí me tienes ante ti.

— ¿Y qué, si tu corazón no me quiere? ¡Si me has olvidado, si ya no me amas! Contigo no tendría necesidad alguna. Por ti sería capaz de sufrir cualquier desgracia...

— ¡Ay, qué tonta eres! —la interrumpió Iván—. ¡Tonta, y nada más! Crees que yo me muero por esa Ganka, pues ni siquiera pienso en ella.

Luego, se acercó mucho, la atrajo hacia él y añadió en voz baja y dulce:

— ¡No temas, Frusia! ¡Yo no te olvidaré! ¿Recuerdas cómo te juré ser fiel, allí, debajo del tilo? Dios lo oyó, y es testigo. Aguantemos aquí un poco más los dos... ¿Acaso yo no sé que sufres mucho? Tampoco mi vida es fácil. Aguantemos unas semanas más... Anda, tranquilízate. Ya es hora de ir a casa. Estás temblando de frío... Entra conmigo en la taberna. Allí te calentarás un poco, pues tienes que ir lejos, a tu albergue nocturno.

— ¡No hables, vamos!

Y casi a la fuerza, la hizo entrar en la taberna, de ambiente irrespirable, que estaba abarrotada de gente, de obreros y obreras, llena de ruido, del hedor que emanaba de las camisas y los lienzos empapados de sudor y petróleo, de sonoras carcajadas y del olor de la vodka. Nadie les prestó atención. Se sentaron a una mesa, cerca de la estufa, y Frusia echó una rápida mirada para ver si en la taberna estaba Ganka, su enemiga mortal, su rival en el corazón de Iván. Ganka no estaba, y ella respiró con alivio. Después de beber una copa de licor de cerezas y recomfortarse un poco, empezó a hablar con alegría, recordando su aldea y los conocidos; por último atrajo hacia ella la cabeza de Iván, la inclinó y le susurró al oído:

- ¡Tengo una grata nueva que decirte!
  - ¿Qué noticia es esa?
  - Espero visita.
  - ¿Visita? ¿De quién?
  - Anda, adivínalo.
  - ¿Yo? ¿Cómo puedo saber a quién esperas?
  - Debes saberlo.
  - ¿Debo? ¡Caray! ¿Qué huésped es ése?
  - ¡Ay, ay!, ¡qué poco perspicaz eres!
- Le tiró de la oreja y, sonriéndose, le dijo:
- ¡Un niño! ¡Tu hijo, Iván!

Trató de pronunciar estas palabras con soltura, en tono alegre, pero le faltó audacia y le falló la voz. Su corazón empezó a latir con violencia, a palpar, lleno de emoción, en su pecho. Frusia sabía que según recibiera Iván aquella noticia, dependería en mucho, posiblemente, toda su vida futura. Y al sentir que iba a ser madre, temía más que nada el momento en que tendría que decírselo todo a Iván. ¿Qué le iba a responder? Y ahora, después de haberlo dicho todo, seguía sentada, pálida, atemorizada, como si hubiera cometido un grave pecado, como si esperara de él una terrible sentencia.

Daba la impresión de que a Iván todo le importaba un bledo.

Se volvió de espaldas a ella, fijó su mirada en el techo y, muy quedo, empezó a silbar. Luego, echando una mirada a Frusia, le preguntó con desgana:

— ¿Qué, quieres una copita más?

— No, no quiero, —respondió la muchacha con voz casi imperceptible.

Iván había pedido para él un bock de cerveza y seguía callado. Ella permanecía inmóvil, como muerta. “¡Todo se ha perdido, todo! ¡No me ama! ¡Me va a abandonar en este infierno, en esta inmundicia!” —pensaba.

La taberna rugía y borbotaba. La mujer sintió que se ahogaba, como si algo le oprimiera el corazón. Se puso en pie.

— ¿Te vas ya?

— Sí, me voy.

El no se movió del asiento, ni le pidió que esperara y siguió mirando el techo, como si buscara allí algo. Los ojos de Frusia se llenaron de lágrimas, pero hizo un esfuerzo y no prorrumpió en sollozos.

— ¡Buenas noches!

— ¡Buenas noches!

En la calle el viento la agarró en su frío abrazo; le agitada la falda, fustigaban su rostro bolitas de arcilla, pero ella no se daba cuenta de nada.

En su corazón había mucho más frío y oscuridad que en los apartados callejones de Borislav.

## II

En las mismas afueras de Borislav, en un descampado, había un gran almacén donde se guardaba cera mineral, extraída de los pozos pertenecientes al propietario Lindenbaum. Era una construcción espaciosa de madera. El almacén estaba rodeado de pozos y junto a las paredes había montones de ganga, arcilla gris sacada de los pozos. Sólo estrechas sendas, abiertas por las carretillas, corrían hacia todos lados entre los montones en dirección a las puertas exteriores del depósito.

Detrás, enfrente del portón del depósito, vivía el guarda en una casucha aneja, dividida en dos partes. El cuchitril casi desaparecía tras los altos montones de arcilla, por eso muy raramente el sol se asomaba al interior, a través de las angostas ventanillas. El guarda era viudo, los hijos que tenía los había distribuido entre la gente, para que los educaran y, empujado por el deseo de ganarse algo más de lo que le pagaba Lindenbaum, alquilaba uno de los tabucos, como albergue, a las obreras, mientras que él se contentaba con el otro porque, de todos modos, casi no dormía de noche, debía estar en vela, de guardia. Por aquel entonces en Borislav no había aún policía. Son ya altas horas de la noche. El estrecho, sofocante y sucio tabuco está lleno de trabajadoras. Las desnudas paredes son de tablas, ligeramente blanqueadas; en una de ellas hay un cuadro y un trozo de espejo; en un rincón se encuentra un catre, hecho de tres tablas y cubierto con un colchón de paja y un paño rústico a cuadros. Junto a la ventana, se halla una mesita de tres largas patas; la ventana es alta. Eso es todo lo que se puede ver en la habitación. Ni horno, ni enseres de cocina, ni mantas o almohadas, ni baúl alguno. El catre está libre, mientras que en el suelo, apretadas como sardinas en banasta, unos seres humanos respiran fuerte y fatigosamente; seres que en la lóbrega habitación se asemejan a un montón de sucios hara-

pos, a un revóltijo de pañuelos y botas. Así pasan la noche las obreras viejas, mozas y mujeres jóvenes que han venido aquí desde lejos, azuzadas por la necesidad, agotadas físicamente por el duro día de trabajo, de pie a las puertas del depósito o vaciando los cubos y entresacando la cera. Duermen ahora, amontonadas, sobre el frío suelo de madera, con el puño bajo la cabeza, apretadas unas contra otras; en primer lugar, por la estrechez del aposento y, en segundo, porque así se transmiten el calor de sus cuerpos.

Sus caras están ajadas por la necesidad, las manos parecen de arcilla y cera mineral. Sus ropas son andrajos que apenas cubren sus cuerpos. Junto a caras aviejadas por las enfermedades y las preocupaciones, llenas de arrugas, se ven otras jóvenes que aún no han perdido sus rasgos de belleza, a pesar de que su color se marchitó hace tiempo por el prematuro y durísimo trabajo, por la necesidad y el pecado. En la habitación reina el silencio, pero, de vez en cuando, alguna de las durmientes lanza un grito, agita la mano, murmura alguna blasfemia o abraza en sueños a la vecina (seguramente sueña con que está abrazando a su amante). Pero la que más intranquila duerme es esa vieja abuela que en otros tiempos fue la primera propietaria de su aldea y que ahora se diferencia muy poco de una mendiga. Durante la jornada de trabajo gana muy poco, pues sus viejos huesos tienen menos fuerza que los de una criatura. Sentada en un rincón del almacén, remueve la tierra sacada de la mina. Al día le pagan tres *shistkas*\*, y por ello aún debe darle gracias a Dios. Pero de noche se reaviva y entonces parece que en su alma resucita la vida pasada en mejores condiciones. . . Con voz ronca, barbota sus canciones de moza, hace tiempo olvidadas, en tanto tira de sus harapos como si estuviera arreglándose sus galas delante de un espejo; luego menea la cabeza, dándose importancia, como si conversara con sus antiguas vecinas y se jactara de sus nuevos collares. Se relame como si estuviera probando vodka recalentada con miel. Después se oyen maldiciones, profundos sollozos, quejas y, otra vez, fragmentos de canciones, y así toda la noche. Su vecina se despierta repetidas veces a causa de los sueños de la vieja, blasfema y la golpea en un costado, para que duerma silenciosa, pero sin

---

\* *Shistka* (del polaco "Szostka"): pequeña moneda de cambio equivalente a 6 y, más tarde, a 10 cruceros.

resultado. La vieja, cuando se despierta, no recuerda sus sueños, ni puede nunca dormir tranquila.

En la mesita de junto a la ventana arde una vela de cera mineral amarilla, no depurada. Tiembla la llama y brilla intermitente lanzando pálidos reflejos sobre las obreras dormidas. Inclínada sobre la mesa, está una muchacha. Es la única persona, en toda la casa, a la que el sueño no puede vencer. Sus tristes ojos, llenos de añoranza, siguen los rápidos movimientos de la aguja. Está cosiendo unas camisitas, pequeñas, pequeñísimas; cose con mucho esmero, por las noches, pues de día tiene otro trabajo.

“Ha dicho que no piensa en Ganka —recuerda tristemente—. Tal vez sea verdad, pero no ha dicho si me quiere a mí o no. ¿Y para qué decirlo? ¿Acaso yo misma no lo veo? ¡No, no me quiere, no piensa en mí! Olvidó su juramento, a pesar de que lo ha recordado, de palabra. . . ¿Pero qué son esas palabras? Sólo viento, y nada más. Y Dios Nuestro Señor, no va a bajar del cielo, no le va a moler a palos. Así piensa Iván y, para sus adentros, se ríe de mí. Se ríe de mí, que soy una tonta; por él abandoné a mis padres, la casa paterna, le entregué mi inmaculada pureza. ¡Todo, todo se lo di, todo lo abandoné por él! Y ahora, cuando ya nada puede recibir de mí, ya no me necesita, ¡no me puede ver!”

Y de nuevo se le saltaron las lágrimas, pero ahora ya no las retenía, no se las tragaba, y ellas se iban acumulando en gotas gruesas sobre la costura.

— ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué pecados me castigas tan cruelmente? —gimió su martirizado corazón.

La aguja se detuvo. Frusia, sin darse cuenta, miraba a la llama de la vela. Un humo azul se elevaba sobre la llama y se acumulaba formando una niebla espesa bajo el techo. Le dolía la cabeza. En la calle silbaba el viento, soplaba a través de las rendijas, penetrando en la habitación, y hacía tiritar a la muchacha.

Después de desahogarse llorando, se sintió un poco más aliviada.

— No, él me quiere. Si él dejara de amarme, me moriría. ¿Qué le he hecho yo para que me pueda olvidar?, ¿y qué voy a hacer, sin él, con la criatura que pronto traeré al mundo, qué voy a hacer con este huésped inesperado ante el cual no se puede cerrar la puerta?

Era igualmente cierto que Frusia tampoco sabía qué iba a hacer con él, con Iván, cuando naciera el niño. Pues había

visto la amarga cara que puso Iván y cómo le dio la espalda al oír que ella esperaba un hijito. Sabía que él no tenía dinero, que se pasaba los días en el trabajo y que a ella no le quedaba otra salida que el hospital. Frusia lo había visto claro hacía una hora, cuando, tiritando de frío y toda encogida, venía de la taberna al albergue. Pero ahora ya no pensaba en ello. Le causaba horror pensarlo, y al igual que el que se está ahogando se agarra a un débil junco, ella se aferraba al pensamiento: ¡Si él me amara! ¡Si estuviera conmigo! ¡Con él nada temería, me ayudaría en todo!

E involuntariamente, se engañaba con ese pensamiento, infundiéndoselo a sí misma, y ya estaba casi convencida de que todo se cumpliría. ¡Así debía ser! ¿Acaso no estaba Dios en los cielos? ¡No en vano, por Iván, había dejado ella a sus padres, no en vano había sufrido tanto! Y tampoco en vano le había dicho él que les quedaba aún un poco que sufrir y que después, todo saldría bien, que pasarían todas las desdichas. ¿Qué se habría propuesto? Ella no podía adivinarlo, pero notaba que su corazón se ponía alegre, se sentía bien, como cuando la primera hierba aparece en primavera, abriéndose paso entre la nieve.

Miraba a la vela que iba a apagarse y no daba ya luz, pero humeaba, llenando de tufo todo el cuchitril. El corazón de Frusia palpitaba cada vez con mayor frecuencia y a ella le parecía que la aguja volaba en sus manos, como el molinete que gira rápido, con facilidad. Ya no sentía cansancio, ni tenía escalofríos. Se oía música, algo brillaba como un largo y soleado camino entre los trigales. Percibió un leve cosquilleo, como el contacto de unas manos suaves, amorosas. . . Su cabeza se inclinó sobre la mesa, y Frusia se quedó dormida.

Pero de lejos, de Borislav, el viento hacía llegar apagados gritos y canciones. Gritaban y cantaban los petroleros que salían de la taberna. Y entre todas las voces, la más sonora era la de Iván, que decía:

Y yo, querida mía, no te dejaré.  
Como a una criatura en la camita te acostaré.

### III

Por la mañana, Frusia se despertó antes que las demás obreras. Le dolía la cabeza, tenía fiebre, sentía náuseas,



pero no pensaba en ello. Se lavó apresuradamente y salió corriendo hacia la taberna donde le daban el desayuno, pagado con una semana de anticipación: un pucherito de leche caliente y un trozo de pan. Pero aquello se le atravesaba en la garganta. Haciendo un esfuerzo se bebió la leche, se metió el pan en el seno y salió corriendo. ¿Adónde iba? Ella misma no podía comprenderlo. Al trabajo, aún era temprano. Quería ver a Iván, pero sabía que era muy dudoso poder encontrarlo en la calle, y no sabía dónde pasaba las últimas noches. Y caminaba al azar, chapoteando por el pegajoso y espeso barro, encogiéndose a los embates del viento, procurando apagar con el cansancio y la marcha la inquietud que agitaba su corazón.

Borislav empezaba a despertarse. De las oscuras guaridas, de los angostos y hediondos tugurios, de ambiente irrespirable, salían arrastrándose gentes sucias, soñolientas. Comenzaban el día, blasfemando y peleándose. Sin haberse lavado ni santiguado se dirigían a la taberna de donde, después de beber un vasito de vodka y comer un duro mendrugo, acompañado de una rodaja de salchichón o una cabeza de ajo, se metían bajo la camisa otro trozo de pan seco y se iban al trabajo. En los cobertizos sonaban las llamadas de las campanas, gritaban los intendentes, chirriaban los cabrestantes. Por el empedrado pasaban carros cargados de leños, sacos de patatas, pan y otras provisiones. Y sobre todo ello, el cielo gris, enfurruñado, buscaba algún hosco pensamiento, mientras a lo lejos, en las vertientes del Dil, reverdecía un alto bosque de abetos blancos.

Chapoteando por la fangosa calle, Frusia echaba una ojeada a todos los rincones, se paraba a mirar en todas las puertas abiertas de las tabernas, en los cobertizos conocidos, pero a Iván no se le veía por ninguna parte. En la esquina, junto a la hostería de Kirnitski, que era el lugar principal de concentración de la vida obrera y del regocijo nocturno, tropezó con Ganka. Esta era una muchacha de la misma aldea que Frusia e Iván. Corpulenta, de cara rosada, con ojos saltones y gruesos labios, parecía una verdadera atleta en comparación con la delgaducha y pálida Frusia. Llevando en los balancines cubos llenos de agua, pisaba firme la arcilla mojada de la calle con sus rojos pies descalzos. Sus negras trenzas estaban enrolladas alrededor de la cabeza y sus brillantes ojos negros se reían, emanando salud y una fuerza que, probablemente, nunca había carcomido el gusa-

no de las preocupaciones espirituales. Era una de esas naturalezas toscas en cuya alma es imposible penetrar. Penando, trabajando muy duramente, de hecho, no conocen las desgracias, lo que son las penas nacidas del deseo insatisfecho, de la inquietud de sentimientos por la contradicción entre lo deseado y lo posible. Parecen estar destinados para los trabajos duros, como el buey para el yugo. Su desgracia comienza sólo en el momento en que pierden la salud que, por lo general, en ellos es de acero.

Frusia, ya desde antes, no apreciaba a Ganka, pero últimamente, al ver que Iván se ponía alegre a su lado, bromeaba, bailaba con ella, había empezado a odiarla, con todo su corazón. Las palabras que Iván le dijera, el día anterior, de que Ganka iba siempre detrás de él habían caído en su corazón como agua hirviendo.

— Oye tú, Ganka —le dijo sin saludarla y acercándose a ella.

— ¿Qué quieres de mí?

— ¿Tú sirves en casa de Kirnitski?

— Sí, hace ya cuatro días.

— ¿Mi Iván estuvo ayer allí?

— ¿Tu Iván? ¿De qué Iván tuyo hablas? —dijo Ganka en tono burlón.

— ¡Bien sabes de quién! —repuso Frusia, reprimiendo su ira.

— Iván es tan tuyo como mío. Mío lo es más, pues a ti ni verte quiere, mientras que conmigo se siente alegre.

— ¡Mientes, fregona! —gritó Frusia—. ¡Mientes, mientes! ¡No te tolero que andes tras él! Y escucha lo que te digo: como te vea otra vez con él, te sacaré los ojos.

— ¡Anda, date contra la pared, espantapájaros! ¿Por qué te metes conmigo?

— ¡Déjale en paz, déjale en paz! —gritaba Frusia, sofocada—. ¡No se te ocurra incitarlo!

— ¿Y si se me ocurre, qué me vas a hacer? Ayer estuve con él, y hoy también, y cuando me dé la gana. Puedes reventar de rabia, que a mí me da igual.

Frusia, fuera de sí, se lanzó sobre Ganka con los puños en alto, pero ésta cogió un cubo y la remojó con todo un torrente de agua.

Los obreros petroleros, que en grupos estaban en la calle y oían la airada conversación de las dos contrincantes, soltaron una sonora carcajada.

— ¡Muy bien, Ganka! ¡Dúchala! ¡Que se enfríe un poco! —gritaban.

— ¡Venga, Frusia, agárrala de las trenzas! ¿Cómo se atreve a quitarte a tu amado? —la provocaban otros.

Frusia, llena de vergüenza e ira, perdió los estribos. Estaba toda mojada y temblaba de frío, pero la rabia pudo más. Se lanzó sobre Ganka, la agarró de las trenzas y empezó a tirar de ellas y a golpearla. Ganka, que seguía aún manteniendo sobre el hombro el balancín con los cubos, por un instante, pareció indefensa, no sabía qué hacer, si seguir manteniendo el balancín o defenderse. Pero pronto se recobró, dejó el balancín en tierra y con la mano que tenía libre le dio un puñetazo a Frusia en el pecho con tanta fuerza que ésta cayó a tierra en seguida y soltó las trenzas de Ganka.

— ¡Ja, ja, ja! — reían a cárcajadas los petroleros.

— ¡Vaya una moza!, ¡es más fuerte que el más bezarro soldado! ¡Dale más!

— ¡Iván! — gritaban otros, llamando a éste, que salía en aquel momento de la taberna—. ¡Ven aquí! Mira esta comedia.

— ¿Qué pasa ahí? —preguntó Iván.

— Ven y verás cómo estas dos mozas se están matando a porrazos por ti. ¡Anda, míralo, por lo menos! Bien dichoso puede estar, por él se pelean las chicas.

Iván se acercó y comprendió al instante lo que pasaba.

— Ganka —inquirió severo—, ¿qué estás haciendo?

— Pues ya lo ves —gritaba Ganka—. Esta espantapájaros se está metiendo conmigo. Se ha enzarzado en la calle conmigo y me está avergonzando ante todo el mundo.

Frusia, que apenas podía respirar, se levantó. Le dolía el pecho, se ahogaba.

— ¡Iván! —profirió.

— ¡Vete al cuerno! —gruñó Iván—. ¿Por qué me fastidias y, encima, me llenas de vergüenza en la calle ante todo el mundo? Vete a casa y cambia de ropa que estás toda mojada.

— Le he dado un remojón para cerrarle la boca —se burlaba Ganka—. Para que aprenda a no meterse más conmigo.

Y cogiendo los cubos con el balancín se fue apresurada. Iván soltó un escupitazo de asco e ira, dio la vuelta y se fue con otros petroleros al trabajo. Frusia quedó sola. Su cuerpo temblaba, se sentía débil, infeliz, abandonada. ¿Para qué

vivir? Ahora ya lo tenía todo claro, ya no le cabía duda alguna, ninguna esperanza. No recordaba cómo y cuándo llegó a su vivienda, se quitó la empapada ropa y se puso otra, pero, en vez de ir al trabajo, se echó en su catre y siguió allí recostada, gimiendo quedamente. En la casa no había nadie. Frusia sentía un terrible dolor de cabeza, un enorme cansancio en todo el cuerpo. Tenía una sed abrasadora, y con dificultad se deslizó de la cama, fue por agua, bebió y se envolvió la cabeza con una toalla mojada. Luego, se acostó y, pronto, se quedó dormida.

#### IV

Aquel mismo día por la tarde Iván entró en la taberna de Kirnitski a beber un bock de cerveza. Ganka puso ante él la cerveza pedida y se retiró sin decir palabra. Iván tampoco le prestó atención; bebiendo a sorbos, seguía sentado en silencio, como si dormitara o estuviera pensando en algo. Ganka pasó varias veces cerca de él y le lanzó unas miradas de reojo; se veía que quería zaherirle, pero no lo hacía. Cuando Iván pidió otro bock, ella, al ponerlo en la mesa, profirió con malicia, como de mala gana:

— ¿Qué, dónde está la tuya?

— ¿De qué “tuya” me hablas?

— ¡De tu novia!

— ¿Mi novia? Yo no tengo novia.

— ¡Miente más! ¿Y Frusia qué es? Ella se comporta no ya como una novia, sino como si fuera tu mujer: “¡No te tolero que molestes a mi Iván!”

— ¡Ja, ja, ja! —rió Iván con risa de conejo, como suele decirse.

— Dile a esa —prosiguió Ganka apresuradamente, con rencor—, que me deje en paz. ¡Yo no soy su fregona! No tiene por qué mandar en mí. Y si alguna otra vez se mete conmigo, no voy a compadecerme de su escuálida jeta; se la romperé, le saltaré los dientes a puñetazos, ¡para que aprenda! ¿Te enteras?

— ¡Déjame en paz! —repuso Iván—. Dile a ella misma lo que le quieras decir. Esas son cuestiones vuestras, ¡a mí dejadme respirar libremente!

Ganka se retiró. Iván siguió sentado, bebiendo cerveza. De pronto, en la taberna irrumpió toda una cuadrilla de petroleros. Al ver a Iván empezaron a mofarse de él:

— ¡Eh, Iván! Hemos oído decir que te vas de Borislav. . .

— ¡Yo? Ni lo he soñado siquiera.

— ¿Te casas con Frusia y te acoges a su hogar?

— ¿Os habéis vuelto locos?

— Ya se ve que tú eres el loco, si quieres cambiar la vida libre en Borislav por el yugo del buey.

— ¡Muchachos! —gritó Iván, irritado por dichas palabras, y golpeó la mesa con el bock—. ¡Hijo de maldita perra es quien tal cosa me dice!

— No somos nosotros quienes lo decimos. Nos lo han dicho las mozas que viven con tu Frusia. Ella misma se lo contó, como si ya tuvierais todo acordado.

— ¿Ha perdido esa moza la chaveta? ¿Qué hemos acordado? Es cierto que algunas veces me ha incitado a dejar Borislav y que yo, para zafarme de ella, le dije en una ocasión: “Bueno, bueno, vamos a esperar un par de semanas más, y después ya veremos”. Sólo eso fue lo que acordamos.

— ¡Ja, ja, ja! —reían a carcajadas los petroleros—. Bien lo ha dicho: “¡Esperemos un par de semanas, después ya veremos!” ¡Eso es! Y dentro de dos semanas nada va a cambiar, seguiremos igual.

— Claro que sí. No va a bajar del cielo Dios Nuestro Señor y hacer un milagro ni para mí, ni para ella. Ya sabéis que yo no tengo propiedad alguna; lo único que tengo es lo que me gana trabajando.

— Pero Iván, hubo tiempo en que tenías algo —insinuó uno de los que mejor conocían a Iván.

— ¡Bah! ¡Sí tenía, pero se lo llevó el río! —dijo Iván, agitando la mano—. ¿Qué provecho saco yo ahora con que mi padre fuera el más rico de la aldea? ¿Y qué me dejó?

— ¡Sólo dentera! —gritó uno de la cuadrilla.

— ¡Exacto! Sólo dentera. Y con dentera nadie puede hartarse. ¿Y qué bienes tiene Frusia? Ella dice que por mí abandonó a sus padres y se vino aquí, pero yo lo sé mejor que ella los abandonó porque se vio obligada a hacerlo, porque en su casa viven con estrechez. El padre tiene dos hijas más; hay que casarlas, pero carece de recursos para la dote. Todas sus riquezas vienen a ser dos franjas de tierra y una jata. Incluso con una franja, alguien puede cargar con la moza, siempre que él tenga tierra, aunque sea poca, y si ella está sana y es trabajadora, pero si hay que repartir la tierra entre tres, nadie va a echarle una mirada siquiera. Si la muchacha es enclenque, incapaz de cazar ni trabajar, como

esa Frusia, por ejemplo, ¿qué provecho se podría sacar de ella? Viviendo holgadamente, vistiéndola bien, si se la pudiera cuidar como a una criatura, tal vez llegara a parecerse a una persona, mientras que viviendo en la pobreza, sólo de tu trabajo, antes que casarte con tal mujer, mejor sería ponerte al cuello una piedra y echarte de cabeza al río.

— Lo que es verdad no se puede negar —asintieron los petroleros, ya no en tono de broma.

En aquel momento, de detrás de la estufa grande, apareció en un rincón de la habitación una figura pálida, toda encogida, que estaba sentada allí hacía ya varios minutos y que había penetrado en la taberna por la puerta de servicio, sin que nadie se apercibiera en medio de la algarabía y alboroto que producían los borrachos. Era Frusia. Temblaba de fiebre, sus ojos brillaban, tenía los labios casi blancos y agrietados por la calentura. Con paso vacilante, se abrió camino entre los petroleros, llegó al centro de la habitación y, deteniéndose ante Iván, se inclinó, saludándole, hasta tocar el suelo con la mano. Todos se callaron y fijaron sus miradas en ella.

— Te lo agradezco, Iván —afirmó—, gracias por haber dicho, una vez por lo menos, con franqueza y ante todos, lo que piensas. Ahora ya sé lo que me espera. No temas, nunca más me interpondré en tu camino, no te importunaré, ni te reprocharé nada. Vive como te plazca y que Dios te ayude.

Y se inclinó de nuevo ante él. Iván estaba sentado a la mesa, como sobre ascuas.

— Y en cuanto a tus juramentos de que me ibas a llevar contigo, de que recuperarías la tierra, de que volverías a hacerte propietario, ¡que Dios los olvide! Ahora ya sé que mentías, pero hasta este momento tenía fe en ti. También has mentido al decir que mi padre me echó de casa para que fuera a Borislav. ¡Mientes, amigo! Mi padre ni siquiera sabía a dónde me había ido yo. Nadie lo sabía. Sólo yo, y Dios, que me inculcó ese pensamiento, seguramente, como castigo a mis terribles pecados. Pero en cuanto me enteré de que estabas enfermo, tumbado en un cuartucho frío, de que no tenías a nadie que te diera un vaso de agua en todo el día, mi corazón dio un vuelco y me hizo recordar que nos habíamos amado, que ante Dios eras mi prometido, aunque no ante la gente. Entonces me decidí y vine aquí. Se ve que Dios necesitaba mis sufrimientos, y ya me los ha dado, en

medida completa. Tú ahora la has llenado hasta los bordes y los has vertido. ¡Te lo agradezco una vez más! ¡Adios, que te vaya bien!

Inclinóse por tercera vez y se fue.

Después de aquel inesperado acontecimiento, los petro-leros estuvieron callados un instante, pero pronto se recorbraron de su asombro. Y resonaron bromas groseras, cínicas:

— ¡Vaya una avispa, cómo pica!

— Eso es el cólera, y no una moza.

— En el trabajo no le va a ayudar al marido, pero con la lengua y las lágrimas capaz será de destrozarle el corazón.

— Si te casas con una semejante, tendrás en casa un hospital.

Sólo Iván seguía sentado, con la cabeza gacha.

## V

Al salir de la taberna de Kirnitski, Frusia, siguió andando por la calle a duras penas. Sin saber a dónde iba ni para qué. Hacía frío, todo estaba oscuro, una lluvia menuda caía en los ojos. La calle, mojada y llena de barro, parecía más bien una amplia zanja que una calle. Frusia caminaba, sacando con dificultad las botas del viscoso barro, respirando con mucho esfuerzo. Algo le quemaba el pecho, pero en sus ojos no había lágrimas, ni pensamientos en su cabeza. Sólo un sentimiento incierto, invencible que le ordenaba: ¡márchate de aquí!, ¡huye, escóndete! y la empujaba a seguir adelante. ¿Esconderme?, ¿pero dónde?, ¿de quién? Y no comprendía que quería esconderse de sí misma, de su propio dolor.

Aún no había andado cien pasos, cuando a su lado, inopinadamente, surgió Ganka. ¿De dónde había surgido? Seguramente, al oír las palabras de Frusia y verla salir de la taberna, Ganka se puso el abrigo sigilosamente y, sin que nadie se diera cuenta, salió corriendo para darle alcance. Apareció tan inesperadamente al lado de Frusia, que ésta se asustó al verla, dio un grito y se santiguó. Ganka rio quedo.

— ¿Te has asustado? —dijo—. No temas, soy yo, Ganka.

— ¿Qué quieres de mí? —profirió con dificultad Frusia.

— Nada. Ando por la calle. ¿Acaso no se puede ir a tu lado?

— ¡Pero éste no es tu camino!

— Tampoco es el tuyo. A tu vivienda tienes que ir por otra parte.

— Me da igual —repuso Frusia.

Durante un minuto las dos guardaron silencio. Alrededor no se veía a nadie; sólo de las tabernas llegaban gritos y canciones y el Dil, gigante negro, rugía y gemía a causa del mal tiempo otoñal.

— ¿Qué, Iván te ha dado tu merecido? — indicó Ganka con malicia.

— ¡Y tú te alegras de ello!

— ¿Yo? Me da lo mismo. Hace tiempo que lo sabía.

— ¿Qué sabías tú?

— Lo que has oído ahora. Que Iván no te quiere, que te engaña y no piensa casarse contigo.

— ¿El mismo te lo ha dicho?

— ¿Quién otro podía ser?

— ¿Entonces, es a ti a quien quiere?

— ¿A mí? ¡Vete a saber! Me da lo mismo.

— ¿Pues por qué andas siempre detrás de él, no le dejas en paz, te pegas a él como una chinche?

— ¡Ja, ja, ja! Ni siquiera en sueños pienso en él. El es quien anda detrás de mí, me dice infinidad de cosas, pero yo lo comprendo todo muy bien.

— Os comprendéis mutuamente, como dos bestias —dijo Frusia con desprecio.

— Eso es mejor. Yo sé que si él anda detrás de mí, es porque le conviene, y él sabe que si yo le enseño los dientes no es porque le quiera mucho, sino porque también me conviene a mí.

— ¡Puaf! —escupió indignada Frusia.

— Escupas o no, te diré que así es mejor. Tú, por quererlo mucho, has llegado a tal extremo, que ahora huyes a todo correr sin saber a dónde, mientras que yo estoy satisfecha, sana y contenta de todo. Y a él tampoco le va mal con esto.

— ¿A él?

— Claro que sí. Tú misma lo has visto; conmigo está alegre, charla, bromea, canta, mientras que contigo se pone agrio y se enfada.

— Tú lo has embrujado. Le has dado un filtro amoroso.

— ¡No, querida! ¡Yo no lo he embrujado!, ¡pero tú eres una tonta, no tienes cabeza! ¡Eso es! Tú no sabes tratar a



los muchachos. Te has pegado a uno y piensas que es el único solecito en el mundo. ¡Ja, ja, ja! ¡Deberías saber cómo viven otras! ¡Cómo proceden! ¿Que yo me muera por él y que llore? ¡Nunca lo verá! ¡Que se muera él por mí!

— ¿Y si yo no puedo?

— Si no puedes, échate a ti la culpa y no me digas que yo lo he embrujado. ¿Qué necesidad tengo yo de andarme con hechizos? Sin hechizos él va a pasar esta noche conmigo.

Al oír estas palabras, Frusia ni siquiera exhaló un grito, sólo se puso la mano en el pecho, se tambaleó y se hubiera caído, de no haberla recogido Ganka en sus brazos.

— ¿Qué te pasa? —empezó a gritar en el primer instante—. ¡Frusia! ¡Frusia! —Pero Frusia no respondía. Su cabeza colgaba del brazo de Ganka; parecía que Frusia estaba muerta.

— ¡Vaya! —barbotó Ganka, manteniendo en sus brazos a la desmayada muchacha, igual que a un haz de paja—. ¿Ha perdido el conocimiento o se ha muerto de veras?

Inclinó la cabeza y trató de oír si respiraba:

— ¡No respira, pobrecita! ¿Qué hacer aquí con ella? ¿Pedir socorro? ¿Puede que alguien se acerque y me ayude a hacerla volver en sí?

Y Ganka miró alrededor. Reinaba la más completa oscuridad, no se veía nada a dos pasos. Con la muchacha en brazos, torció por una calle lateral. En torno, no había casas, ni tabernas, ni siquiera cobertizos; sólo, altos montones de arcilla, a ambos lados. Cuando hubo observado bien todo, comprendió dónde se hallaban. Era el lugar en que mucho tiempo atrás, habían empezado a cavar los primeros pozos. Pero después de haber extraído todo el petróleo, los dejaron abandonados; los trabajos habían sido trasladados a otros lugares, y allí no quedaron más que montones de arcilla y pozos vacíos: unos tapados con tablas, otros abiertos y llenos de agua.

— ¿Qué diablos me pueden oír aquí, en un descampado? —murmuraba Ganka, manteniendo aún a Frusia en sus brazos—. ¿Me he vuelto acaso loca? ¿Para qué ayudarla a que vuelva en sí? La dejaré aquí, en medio del camino, y que recobre ella misma el sentido! ¡Vaya una pícara! ¡Me ha llamado “fregona”! ¡Me tiraba de las trenzas! ¡Ahora verás, gurrumina! Vas a saber con quién te has metido.

Y una rabia salvaje se alzó en su corazón. Volvió a mirar alrededor, prestó oído y, al no ver a nadie, como perro

que huye, se echó à un lado del camino y encaramóse a un montón de arcilla, llevando en sus brazos a Frusia, que seguía desmayada; luego, miró una vez más a su alrededor y bajó con cuidado a la cavidad, semejante a un embudo, cuyo centro era el pozo. Tanteando la tierra con el pie, llegó hasta el armazón de madera. El pozo estaba tapado con dos tablas, una de las cuales estaba rota. Ganka tanteó con las manos el agujero, tiró con fuerza de la segunda tabla carcomida hacía tiempo y fijada al armazón con dos clavos, y la arrancó; luego apoyó bien los dos pies, se inclinó sobre el armazón y, con cuidado, dejó caer a Frusia, cabeza abajo, en las negras fauces del pozo. Y como éste estaba lleno de agua casi hasta los bordes, Frusia, muy quedamente, sin ningún chapoteo, sin dar un grito, como una bola de arcilla, se fue al fondo.

## VI

— ¿Por dónde has estado, Ganka, pindongueando tanto tiempo? —la reprendió la mujer del pan Kirnitski, cuando Ganka, media hora más tarde, toda mojada, salpicada de barro y pálida como una muerte, entró en la cocina.

— ¿Dónde pindongueo? He ido por agua.

— Mientes, los cubos estaban en el zaguán.

Ganka no intentó mentir más, pero salió apresurada de la cocina, agarró los cubos y fue corriendo por agua. El ama de la casa refunfuñó un poco más y se tranquilizó. Al fin y al cabo, ¡qué más le daba a ella por dónde andaba Ganka! Sabía bien que a las criadas en Borislav no se les iba a prohibir el pindongueo.

Era ya más de medianoche, cuando los petroleros, borrachos y alegres, salían de la taberna de Kirnitski. Iban juntos por en medio de la calle, riéndose, hablando en voz alta, cantando a voz en grito. Sólo Iván parecía otro. Aquella noche había bebido poco; sentado a la mesa, permanecía quieto como un mochuelo, diríase que estaba pensando en algo, pero en realidad no se daba cuenta de nada. Sentía en su corazón algo parecido a añoranza y pena por los años de juventud vanamente malgastados, por la tierra natal abandonada y despilfarrada luego, al gustar la ociosa vida de Borislav. Las palabras de Frusia golpeteaban dolorosamente en su corazón, cual duro reproche, quitándole las ganas de comer, de beber, de gastar bromas y cantar.

— A Iván nada le viene hoy a gusto —se burlaban de él sus camaradas, pero le dejaron pronto.

Ahora, solo, como un sonámbulo, iba detrás de todos cuando, de repente, Ganka le agarró del brazo. Iván se sobresaltó, tanto más por que en la oscuridad no pudo distinguir quién se había puesto a su lado.

— ¡Ay! ¿Quién eres? —gritó.

— ¡Soy yo, Iván! —repuso Ganka en un susurro.

— ¿Tú? ¿Qué quieres?

— ¿Estás enfadado conmigo?

— ¿Yo, contigo? ¿Por qué?

— Te juro por Dios que yo no tengo culpa de nada —susurró Ganka con una prisa extraña, febril, sin soltar el brazo de Iván—. ¿Qué necesidad tenía de molestarla? Ella fue la que se metió conmigo, inició la pendencia y después se abalanzó a mí. Dime tú, ¿qué debía hacer yo?

— ¿Acaso yo te digo algo? —contestó con tristeza Iván.

— Ivánochko —prosiguió Ganka apresuradamente, con la respiración entrecortada—, ¡qué bueno eres! ¿No te has enfadado conmigo, verdad? ¿Pero por qué estás tan triste? Y en la taberna, ¿estabas también cambiado? Anda, dímelo.

Caminaba a su lado, sin dejar su brazo, apretándose contra él, como si temiera la soledad y la oscuridad de la noche.

— ¡Bah! ¿Qué quieres que te diga? —contestó Iván y quiso retirar su brazo.

— ¡No, no! ¡Espera! ¿Adónde vas? —insistió Ganka.

— A mi casa, a dormir.

— Vente a la mía. Allí estarás mejor.

— No quiero.

— ¡Anda, ven! No tengas miedo, allí se puede. . .

— No quiero.

Iván había pasado una vez la noche en la vivienda de Ganka. Ella dormía aparte, en una especie de jaula que servía de almacén para las mercancías en casa de los Kirnitski. Allí, entre los sacos y bultos, había un catre ancho. Ganka tenía dos almohadas suyas y una buena manta y aunque aquella jaula no estaba caldeada, hacía en ella más calor que en la barraca donde pasaba las noches Iván con otros petroleros. Pero ahora, sin saber con certeza por qué, no sentía deseos de ir con Ganka. El rostro demacrado, pálido de Frusia parecía estar ante él, sus ojos le suplicaban, se quejaban de algo.

Pero Ganka no soltaba su brazo. Con el otro, lo había abrazado por la cintura y tiraba de él, le pedía y rogaba que fuera con ella.

— ¡Ivánochko, querido mío! ¡Hazlo hoy por mí! ¡No sé qué me pasa, pero temo, temo horriblemente quedarme sola hoy! ¡No, no te dejes ir, no me quedaré sola! ¡Vamos!

Temblaba como si tuviera fiebre, sólo al pensar en la soledad.

— ¡Huf! —exclamó Iván—. ¿Pero qué te pasa? ¿Eres acaso una niña pequeña? ¿Temas dormir sola? ¡No faltaba más que eso!

— ¡Ay, tengo miedo! ¡Ay, sí, temo! Por nada del mundo me quedaré sola esta noche. Pégame, mátame, haz lo que quieras conmigo, pero no me quedaré sola. Si no quieres venir a mi casa, me iré contigo a donde tú duermes.

— ¿Te has vuelto loca? Aquello está lleno de hombres.

— ¡Qué me importa! No les tengo miedo, sólo temo quedarme sola... temo la oscuridad... a aquélla le tengo miedo...

— ¿A quién?

— A aquélla... A la tuya... ¡Cómo te saludaba! ¿Viste su cara cuando salía de la taberna?

El que Ganka mencionara a Frusia estremeció de dolor el corazón de Iván, como si le hubieran tocado brutalmente una herida abierta.

— ¡Déjame en paz! ¡No me la recuerdes! —dijo y, dejándose llevar, la siguió a su tabuco. Ganka le conducía o tiraba de él, sin soltarlo. Hablaba de continuo y temblaba.

— ¿Pero qué te pasa, muchacha? —preguntó al fin Iván—. ¿Te has mojado, has cogido un resfriado? ¿Tienes fiebre, estás mala? Tiembles como el pez sacado del agua, tienes heladas las manos, te arde la cabeza y hablas como si estuvieras trastornada.

— ¡No es nada, Ivánochko, no es nada! Vamos a acostarnos, durmamos, ¡y todo pasará!

Pero no se le pasó tan rápidamente como Ganka deseara. En vano se apretaba contra Iván. En cuanto él se dormía, ella sentía miedo y le despertaba.

— ¡Ivánochko, no duermas! ¡Habla conmigo! —le susurraba cerrando fuertemente los ojos, para no percibir las terribles tinieblas.

— ¿Te has vuelto loca? —maldecía Iván—. Estoy cansado, quiero dormir. ¿De qué voy a hablar contigo?

— ¡De lo que sea! ¡De cualquier cosa! ¡Pero no duermas! ¡Tengo tanto miedo!

— ¿Por qué tienes miedo?

— ¡No sé por qué! ¡No sé por qué tengo miedo! No puedo conciliar el sueño.

Prorrumpió en sollozos. Quería contárselo todo a Iván, pero algo la retenía, y apretaba los dientes, se mordía los labios hasta saltarle sangre, y no dijo nada. Sólo al amanecer, cuando en la calle empezaba ya a clarear, se quedó dormida.

## VII

Habían transcurrido varios días. Iván trabajaba, bebía, cantaba en la taberna, pasaba las noches con Ganka, no pensaba en Frusia. Ganka se tranquilizó y no temía ya a las noches, pero no se atrevía a dormir sola, por eso, cada atardecer buscaba la manera de acercarse a Iván para llevárselo a pasar la noche con ella. Iván, que antes más de una vez se lo rogaba a ella, iba ahora a casa de Ganka a desgana, sentía cierta repulsión hacia ella. Se enojaba cuando se le pegaba, la reñía cuando empezaba a irritarlo o a acariciarlo y se apartaba de ella con asco cuando Ganka se quedaba dormida a su lado. Muy pronto, aquel pernoctar se le hizo más que repugnante. Ganka se quedaba dormida en seguida, pero por la noche empezaba a quejarse, gemía o gritaba tan terriblemente, que Iván se despertaba sintiendo una incierta y sorda inquietud. “¿Qué sueña? ¿Por qué grita así?” —pensaba al oír su dificultosa respiración, después de aquellos gritos. Pero luego, ella dormía tranquila hasta que Iván, tras una media hora de sufrimiento, empezaba a dormitar de nuevo, y otra vez, junto a su oído, resonaba un terrible grito, que le volvía a despertar.

— Pero Ganka, ¿qué diablos te están martirizando en sueños, haciéndote gritar tan espantosamente?

— ¿Yo? —respondía Ganka estremeciéndose, y apretaba los dientes—. Yo no sé nada.

— Pues otra vez, que pase la noche contigo un perro, no yo —gruñía con enfado—. Gritas de una manera, que me quitas el sueño inmediatamente.

Ganka soltaba una carcajada:

— ¡Ja, ja ja! ¿De qué manera? Anda, Ivánochko, dime cómo grito.

— Como si estuvieras arrancándote el pellejo.

— ¿Y qué digo?

— ¿Acaso se te puede entender?, ¡si ruges como una fiera!

— Eso me ha pasado siempre.

— Pues mientes. Yo antes no oía que gritaras así.

— Es verdad, me ocurre a veces, pero después pasa. No temas, Ivánochko, ya se me pasará.

— Se te pase o no, tú no me traerás más a pasar la noche en tu maldita despensa.

— ¿Ves?, ya te enfadas. ¡Huf, Iván! —exclamaba Ganka—. Y al anochecer, se acercaba a él de nuevo, le rogaba, le pagaba la cerveza y la vodka, hasta que Iván, ya borracho, accedía e iba de nuevo a acostarse con ella. Bien bebido, dormía mejor y los gritos de Ganka no le despertaban. Por eso Ganka tomó la costumbre de emborracharlo cada noche y hasta se llevaba a su cuartucho una botella de vodka y la metía debajo de la almohada de Iván. Este, si se despertaba, sólo tenía que meter la mano debajo de la almohada, bebía un trago y se dormía de nuevo. Cierto es que Iván, después de semejante noche, se levantaba pálido, casi amarillo, con dolor de cabeza; pero a Ganka le daba igual, además él nunca tenía tiempo para mirarse al espejo. Con la cabeza gacha, se iba al trabajo. Sólo se notaba una cosa; se había vuelto triste, su alegría había desaparecido, no estaba ya para bromas ni canciones.

— ¡Ay, Iván!, se ve que te sientes mal —le decían sus compañeros.

— Sí, eso parece —contestaba tristemente Iván.

— ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

— Creo que no. Por las mañanas me duele la cabeza, pero, seguramente será de la vodka.

— ¡Eh, no!, por beber vodka la cabeza no empieza a doler. Pero haces mal en mezclarla con cerveza. La cabeza puede doler por eso.

— Es verdad, puede que sea por eso. No la mezclaré más.

## VIII

Una vez, al mediodía, cuando a Iván le sacaron del pozo y, medio muerto por el tufo, tumbado en el cobertizo sobre un montón de arcilla, respiraba con dificultad y se reani-

maba de vez en cuando con un vaso de vodka, entró en el cobertizo la vieja Arina, aquella obrera que vivía donde Frusia, la misma que de día parecía dormitar, y sólo se reanimaba por la noche, en sueños. La vieja estaba al corriente de la vida de Frusia, conocía a Iván y, por eso, después de saludar a los obreros, se dirigió a él directamente:

— Oye, Iván —le dijo—. ¿Tú no sabes dónde se ha metido tu Frusia?

— ¿Mi Frusia? —gruñó Iván—. ¿Qué es eso de que es mía?

— Sea lo que sea, pero lo cierto es que es más tuya que mía. Pues verás, quería preguntarle dónde está.

— ¿Acaso le sigo yo los pasos?

— ¡Ay, qué malo eres! Yo te pregunto de buena manera. . . Y tú deberías contestarle a esta viejecita con más educación, y agasajarla además con vodka. . .

Iván, sin decir palabra, llenó el vaso y se lo ofreció a la abuela. Ella bebió, torció los mustios labios, se limpió la boca con la manga sucia y, sentándose cerca de Iván, le dijo en voz baja:

— ¡Gracias por la fineza! Hasta lo más hondo del alma me ha llegado. ¿Qué quería yo decirte? ¡Ah, sí! Hablarte de Frusia. Debes saber que hace ya más de dos semanas que no duerme en nuestra casa. Yo había llegado a pensar que a lo mejor os habíais arreglado la vida en alguna parte, juntos, y quería decirle a ella que se llevara sus trapos. Allí tiene un baulito con ropas; está cerrado, no temas, nadie ha tocado nada, ¡Dios me libre! Que venga y se lo lleve.

Iván seguía sentado, como aturdido. Atontado por el tufo del petróleo del pozo, por el dolor de cabeza o por lo que la vieja le había dicho, parecía no comprender nada y escuchaba la charla de la vieja como si fuera un cuento.

— Sí, sí —barbotó, asintiendo con la cabeza—. Es verdad, que lo coja. ¿Pero dónde está ella?

— ¿Es que tú no lo sabes?

— Hace ya dos semanas que no la veo.

— ¿Y no sabes adónde se ha ido?

— ¿Adónde se ha ido? ¡Espere! ¡Aquello ocurrió al anoecer. . . en casa de Kirnitski. . . reñimos un poco. . . ella se marchó y no la he vuelto a ver más.

— ¿Y cuándo fue eso?

Iván no podía recordar cuándo había ocurrido.

— Pues si vosotros reñisteis, es posible que ella se en-

fadara y se haya puesto a trabajar en alguna otra parte, para que tú no la puedas ver. Y duerme en algún otro lugar para que no puedas saber dónde está. Deberías buscarla, pues el guarda, en cuya casa vivimos, pide que le paguemos el alquiler por ella. Nosotros no vamos a pagar por ella y es muy posible que él venda los trapos, por lo que le debe.

— Bueno, bueno, preguntaré... Ya pasará por donde viven ustedes.

La vieja se fue e Iván siguió sentado aún largo rato, no se sabía si pensando en algo o, simplemente, en un estado de semiinconsciencia. Luego, empezó a comer, pues pronto tendría que meterse de nuevo en el pozo.

Por la noche, Iván preguntó a Ganka si sabía dónde estaba Frusia. Ganka clavó en él sus ojos, desmesuradamente abiertos, se puso muy pálida y, como si se le atragantaran las palabras, balbuceó:

— No, no lo sé.

Iván no le hizo más preguntas; intentó averiguarlo entre los petroleros, pero sus indagaciones no le dieron resultado alguno. Desde el día en que Frusia se peleara con Ganka en la calle, nadie había vuelto a ver más a Frusia. Ese pensamiento atormentaba a Iván. Precisamente aquel mismo día, por la noche, él “había discutido” con Frusia en la taberna.

Preguntó otra vez a Ganka:

— Oye, Ganka, ¿tú reñiste en la calle con Frusia?, ¿lo recuerdas?

— Sí. Ella fue la primera en provocarme.

— Aquel día, por la noche ella estuvo en casa de Kirnitski.

— Yo no la vi.

— ¿No la viste? ¡Mira, no mientas!

Ganka se puso pálida de nuevo, pero se dominó en seguida.

— ¿Por qué me das la lata?

— Pues verás, la muchacha desapareció desde aquella misma noche.

— ¿Y tú qué, no puedes vivir sin ella?

— ¡Qué me importa a mi ella! Pero. . .

— Si ha desaparecido, ¡demos gracias a Dios! No temas, que el diablo no se la va a llevar. Ella vio que no se te podía colgar al cuello, y se habrá ido a su casa.

— Pero ha dejado todas sus cosas.



— ¿Y qué? ¿Acaso son muchas las cosas que tiene? Todo junto no vale más de una *shistka* y media.

— ¡Quiá!, allí están sus vestidos.

— Pues entonces ya aparecerá.

Iván se tranquilizó un poco. Efectivamente, era muy probable que Frusia, disgustada aquella noche, al salir de la taberna de Kirnitski, hubiera dejado Borislav y se hubiera ido a casa. No preguntó más por ella. El domingo fue a ver al guarda a su casa y, después de pagar lo que correspondía, tomó las cosas de Frusia y se las llevó a la suya. Decidió ir a la aldea natal durante las Navidades y llevarle sus cosas. No era porque quisiera verla o casarse con ella, pero durante los días que estuvo preguntando por Frusia empezó a sentir cierta añoranza e inquietud, como si de verdad fuera él el culpable de algo. La vida de Borislav pronto apagó aquel momentáneo sentimiento. Ni Ganka ni nadie volvió a recordar a Frusia y hasta Iván llegó a olvidarla. Sin embargo, algo parecía intranquilizarle. Andaba preocupado, perdió las ganas de beber, de divertirse y cantar y —cosa increíble para un petrolero— empezó a ahorrar dinero. En la primera semana sólo se gastó la mitad de su jornal; un billete entero, de cinco, lo guardó en su bolsillo y, como si fuera un gusano, empezó a causarle desosiego y roerle. Llevando consigo aquel billete de cinco, envuelto en un trapito, comenzó a hacerse planes. La vida de Borislav, pensaba, es en verdad una vida libre, ¿pero es acaso humana, económica? ¿Y de qué libertad se puede hablar? El único tiempo libre es el domingo y los días de fiesta. Los días de trabajo te conviertes en un buey, peor aún, eres un esclavo absoluto del dueño del pozo o de su capataz. Bajo tierra, a cada minuto, tu vida está constantemente en peligro, mientras que arriba te esperan blasfemias y porrazos. Y eternamente, esa suciedad y pestilencia, el bochorno y las borracheras hasta perder la razón. ¿Sería posible que pasase así su vida hasta que llegara la muerte, hasta la vejez? Y al pensarlo, sintió escalofríos en la espalda. Recordó los campos verdes, los prados de vivos colores, los bueyes grisáceos, las blancas y aseadas jatas y los espaciosos huertos de su aldea natal. Oía el balar de las ovejas, los graznidos de los gansos, el crujido del cigoñal de los pozos, y casi se echó a llorar de emoción. ¿Cómo pudo él cambiar, tranquilamente, semejante paraíso por este infierno? Y por su imaginación pasaron toda una serie de escenas de la vida aldeana: los labra-

dores gritan, chirrían los carros cargados de gavillas, relucen las guadañas en el prado y, con suave susurro, se va tendiendo en filas la hierba, perlada de rocío. Las familias se sientan a cenar en el anochecer de fiesta, sobre el oloroso heno. Se oyen disparos, alegres exclamaciones como “¡Cristo resucitó!”, cantos religiosos... “¡Pascua bella, Pascua de Nuestro Señor!”: están bendiciendo los *kulichs*\* en la iglesia; los niños hacen rodar los huevos teñidos, los mozos se juntan y miran cómo disparan con los cañones de arcilla.

Y después de estos recuerdos, pasaba a pensar en Frusia. Ella también había sido alegría y ornato de su vida en la aldea. Si el crujido del cigoñal sobre el pozo resurgía tan dulcemente en su memoria, era porque bajo aquel cigoñal habían estado ellos dos, a la caída de la tarde, riéndose al principio e incitándose con bromas, y conversando luego muy tiernamente. Y cuando segaban el heno, al llevar el almuerzo al padre, ¿no buscaba acaso ella la senda más alejada con tal de pasar por el prado donde estaba segando Iván, sólo para decirle con su melosa voz: “que Dios te ayude”, o para darle de beber agua fresca del cántaro gris de arcilla? Y cuando cantaban villancicos... y en la Pascua... pues entonces... entonces... La incansable memoria le hacía recordar centenares, miles de instantes en que Frusia era parte inseparable de las alegrías de su vida campesina, y el corazón le dolía, removíase en él la añoranza, se erguía la tristeza. Frusia tenía razón. Debía cuanto antes dejar Borislav y volver a casa, a la aldea. Cierto era que una alucinación desgraciada le había hecho despilfarrar todos sus bienes, tirar por la ventana su apacible paraíso, rechazar a Frusia. Pero era todavía joven, fuerte, estaba sano y aún podía recobrarlo todo. En una semana, ya había ahorrado cinco guldenes\*\*. ¡Pero podía ahorrar incluso ocho! Y en un año, llegar a juntar cuatrocientos. ¡Y por cuatrocientos guldenes se podían comprar cuatro *morgas*\*\*\* de tierra! Y tomó la decisión de, sin decir nada a nadie, comenzar una nueva vida, no malgastar el dinero, ahorrar lo que ganaba; luego, ya vería cómo proceder.

---

\* *Kulich*:— rosca de Pascua en Rusia.

\*\* *Gulden*: moneda austriaca de plata equivalente aproximadamente a 92 kopeks.

\*\*\* *Morga* (del alemán “*morgen*”): medida de tierra equivalente a 1.452, 1.317 ó sazhens (*sazhen*=2,134 m.)

Durante las Navidades, Iván pudo en efecto ir a su aldea. Llevaba en el pecho, bajo la camisa, cincuenta guldenes envueltos en un trapito y, en la cabeza, el plan ya trazado de recuperar, aunque fuera una parte de su tierra.

Se fue directamente a casa del tabernero a quien había vendido la jata del padre con la huerta, el huertecillo y tres *morgas* de tierra adyacente. El posadero compró aquel terreno no para trabajarlo; tenía la idea de abrir en la casa una taberna más, dedicarse a la usura y a otros menesteres, pero sus planes no le salían. En la aldea había ya cuatro tabernas y no podía recibir la licencia para la quinta. Con la usura tampoco le iba bien el asunto, pues había ya algunos vampiros de esa índole que “estropeaban las ganancias”. Para colmo de males, al tabernero le robaron, así que, en lugar de enriquecerse, empobreció al adquirir la tierra y la jata de Iván. “Desdichado lugar” le llamaba, y tenía la idea de venderlo y trasladarse a otro sitio. Está claro que Iván, con su plan de rescatar la tierra paterna, fue para él un huésped muy agradable, tanto más que llegaba no con las manos vacías. Se pusieron de acuerdo en que Iván, por su hacienda, vendida al tabernero por trescientos guldenes, le pagaría cuatrocientos en el transcurso del año y medio siguiente y que, mientras no se lo pagara todo, el tendero seguiría viviendo en su tierra. Al día siguiente, Iván fue con el tabernero a la ciudad, firmaron el contrato, en presencia del notario, e Iván le entregó los primeros cincuenta guldenes. Sólo entonces pudo respirar más tranquilo. Ahora ya tenía ante sí un objetivo y trabajaba con más ahínco, una nueva fuerza le alentaba.

Aquellos días pensaba poco en Frusia. El tabernero le dijo que ésta no vivía en la aldea ni había estado en ella, que su padre, al enterarse hacía poco de que la muchacha no estaba en Borislav, fue a la policía y pidió que se averiguara el paradero de Frusia, pero hasta el momento presente no había recibido respuesta alguna. A Iván aquello le era desagradable, no quería verse con el viejo y, sin volver a la aldea, desde la ciudad, regresó directamente a Borislav. A ruego suyo, otra persona le llevó al viejo las ropas de Frusia.

Pasaban los días, las semanas. La policía hacía sus pesquisas, preguntando acerca de Frusia e Iván, de Ganka y otros obreros y obreras; se interesaban por todo lo que había pasado hasta aquella inolvidable noche, pero nada más pudo averiguar y, unos días después, todo quedó en silencio. No se sabe quién hizo correr la noticia de que Frusia se había puesto a trabajar en alguna parte: unos decían que la habían visto en la ciudad, otros habían oído decir que estaba en las montañas en una hacienda alemana; otros afirmaban que se había ido con unos señores a Stri o Stanislav. Y todos se tranquilizaron.

Iván dejó a Ganka antes de las Navidades. No se puede decir que riñeran, pero ella se le había hecho aborrecible, desagradable, y no la podía ni ver. Al principio, a ella le daba lo mismo. ¿Que no la quería Iván?, ¡pues no era mucha la pena! ¡Menos preocupaciones! Sola había vivido y se pasaba sin él, pues en adelante, también se las podría arreglar sola. Pero luego, en unas semanas, palideció, se puso amarilla, adelgazó mucho. De nuevo la acometieron terribles miedos, no podía dormir sola, saltaba de la cama por la noche y gritaba. Por fin, un día, le pidió a la vieja Arina, la misma que había vivido con Frusia, que la curara de aquellos espantos. Decían que la vieja era hechicera y curandera. Ella dio su conformidad y, con cautela, empezó a sonsacar a Ganka desde cuándo tenía aquellos espantos y cuál era la causa. Ganka confesó en seguida que desde las fiestas del Manto de la Virgen (entonces fue cuando desapareció Frusia), pero no quiso decir más. La vieja empezó a susurrar sobre el agua, fundió un trozo de estaño, lo vertió en una escudilla con agua, ante la misma cabeza de Ganka, miró después la escudilla y exclamó:

— ¡Ay, muchacha! ¡Desdichada de ti, desvalida! Nada te va a ayudar.

Ganka quedó petrificada de horror.

— ¿Pués, qué pasa?

— ¡Mira, querida! El estaño se ha esparcido por el agua en gotas pequeñas.

— ¿Y qué significa eso?

— ¡Qué quieres que te diga! Mejor es no hablar, no mencionarlo siquiera.

Ganka no hizo más preguntas, pero la vieja no se mar-

chaba y seguía con la mirada fija en la escudilla con agua y las gotas de estaño. Meneaba la cabeza y movía sus mustios labios como si, en silencio, hablase con alguien. Ganka, mientras la observaba atenta, sintió en su corazón un terror frío; le parecía que la vieja estaba conversando con algún fantasma, que le escudriñaba el alma con sus ojos mortecinos y leía allí su terrible secreto. Ganka le arrebató a la hechicera la escudilla con agua y la tiró al muladar por la ventana.

— ¡Malas cosas te pasan, muchacha, malas! —sentenció la vieja—. Eso no es espanto, querida, ¡ay!, ¡no!

— ¿Pues, qué es?

— Algo tienes en el corazón, chica. Ay, sí, ahí está, en tu corazón. Y no te sentirás aliviada hasta que no lo confieses.

Ganka exclamó con arrebato:

— ¿Qué dice usted, abuela? ¿Qué tengo que confesar? ¿Acaso yo he matado o robado a alguien?

— ¡Cómo puedo yo saberlo! —repuso la vieja, encogiéndose de hombros—. Eso no es cosa mía, desdichada, no es cosa mía. No es mi entendimiento quien te lo aconseja, sino que es la santa agüita la que me lo indica. Pero tú haz lo que te parezca.

La vieja se dispuso a marcharse. Ganka sentía que ahora, después del adivinamiento, su inquietud crecería aún más y que ya no podría de ninguna manera conciliar el sueño, y decidió rogar a la vieja que se viniera a vivir con ella (Ganka ya tenía un cuarto aparte, con estufa y catre) y pasara las noches con ella. Al principio, Arina se negaba, pero Ganka siguió insistiendo y, por fin, la vieja dio su conformidad de trasladarse aquel mismo día a la vivienda de Ganka.

## XI

A Iván lo han hechizado, no puede ser otra cosa. Está completamente cambiado. No dice una palabra, ni abre el pico. Vive ahora como el oso en su guarida; no va a la taberna, no bebe, constantemente está pensando en algo, murmura no se sabe qué y ¡se ha vuelto tan avaro! Hasta para él mismo escatima. Vive como un perro, no hace amistad con nadie, se ha encerrado en sí mismo como el caracol en

su concha. Antes le gustaba andar de juerga, cantar, no rehuía a las mozas pero, ahora... ¡vaya, vaya! A Iván, no cabe duda, lo han hechizado.

Así razonaban, entre ellos, los petroleros. Trataban de abordar a Iván por todos lados, abiertamente o riéndose de él, con bromas, pero de nada les servía.

— ¡Dejadme en paz! ¿Qué sabéis vosotros? Vosotros tenéis vuestros planes, y yo tengo el mío.

Esta era la única respuesta que oían de él.

Y le dejaban, encogiéndose de hombros. Unos decían que Iván tenía pensado casarse; otros, que había vendido su alma al diablo y que ahora se arrepentía, pero a Iván todo le daba igual.

Por fin se enteraron de que tenía la idea de recuperar la tierra de su padre. El propio Iván no se lo dijo a nadie, pero alguien de su aldea trajo la noticia a Borislav.

— ¡Ah! ¡Ya está claro para qué ahorra dinero! ¡Bueno, pues vas a ver! ¡Y se esconde de nosotros, como si se tratara de un secreto extraordinario!

Unos días después le gastaron a Iván una "bromita". Por la noche, le robaron el dinero que tenía. Aunque era poco, solamente unos ocho guldenes, de todos modos, lo sentía. Iván armó ruido, pero el dinero se perdió.

— Iván, he oído decir que le robaron —le dijo el intendente.

— Sí —gruñó Iván.

— He oído decir que usted ahorraba dinero, ¿acaso quiere comprar tierrecita? —continuó el intendente.

— Sí, quiero.

— ¡Eso está muy bien! ¡Que Dios le ayude! Ya veo que es usted un hombre de bien. El dinero es cosa importante. Difícil es ganarlo, y muy fácil despilfarrarlo y ganarlo para echarlo luego a los cuatro vientos es un trabajo vano. Eso es lo mismo que tirar toda tu vida, tus propias fuerzas, al viento. ¿Para qué? Cuando llegue la vejez, o alguna enfermedad, entonces el dinero hará falta.

El intendente hablaba de manera muy razonable; era un hombre de buen corazón, e Iván acabó por confiarle sus ilusiones. El intendente le alabó mucho y después le dijo:

— Mire lo que voy a decirle, Iván. ¿Para qué llevar el dinero consigo, para que los borrachuzos se lo roben? Déjeme a mí. Compre una libreta. Cada día de pago yo le daré a usted lo que necesite para vivir, y el resto déjelo en la

caja. Yo tomaré nota en mi libreta y usted en la suya, para que no haya confusiones, y cuando usted tenga que pagar por la tierra, yo le entregaré todo el dinero en seguida. Podrá estar tranquilo, que nadie lo robará.

Al principio Iván quedó pensativo. Al intendente no se le podía creer, a pesar de haber hablado con mucha cordura. Pero por otro lado no había otra salida. Una vez ya le robaron el dinero y se lo robarían la segunda. Así que mejor sería hacer lo que le aconsejaba el intendente. E Iván dio su conformidad.

¡Dios le guardase de ello; Iván no podía quejarse. Tan pronto como acumuló cincuenta guldenes, los tomó y el intendente le aconsejó que enviase el dinero por giro postal al notario, en cuya oficina habían firmado el contrato.

Iván estaba contento de sí mismo y del intendente. Y casi seguro de que todo iría bien. Estaban tan sólo en vísperas de la Cuaresma, ¡y él ya había pagado la cuarta parte!

Vivía ahora casi exclusivamente pensando en su aldea. Trabajara donde trabajara, en el cabrestante o cavando la tierra en un profundo pozo o en alguna oscura galería, soñaba con que se bañaba en los claros rayos solares, que araba, segaba, acarreaba gavillas, trillaba en la era, se sentía ya propietario. La vida de Borislav le parecían zaguanes oscuros de los que pronto iba a salir y verse en un amplio y luminoso patio, donde reverdecía la hierba, lozana y aromosa, florecían los manzanos, graznaban los gansos y balaban las ovejas.

## XII

En la primera semana de la Cuaresma, llegó a Borislav el padre de Frusia. Se había enterado de dónde trabajaba Iván y vino a verlo.

— Iván, ¿dónde está mi hija? —se dirigió a él con estas palabras. El hombre había cambiado mucho desde que Iván le viera la última vez; había enflaquecido, se había puesto canoso. A Iván le dio lástima del viejo.

— No lo sé —le contestó.

— ¿No lo sabes? Debes saberlo. Tú la persuadiste para que te siguiera a Borislav, así que debes saber dónde está.

— Mientras ella estaba en Borislav yo lo sabía, pero en cuanto se marchó, dejé de saberlo.

— ¿A dónde se fue?

— No sé adónde. Yo pensaba que había regresado a casa. ¿Puede que se haya puesto a trabajar en otra parte?

— No se ha contratado en ninguna parte. Ya me he enterado. La policía la ha estado buscando, ha enviado telegramas a Stri y Stanislav. En Drogóbich puse un anuncio. No la han hallado en ninguna parte. Ahora, vengo a verte a ti; ¡devuélveme mi hija!

— Yo no la he escondido —repuso con calma Iván.

— ¡En la tumba la has escondido! —le gritó el padre, amenazador—. La has asesinado. Según dicen, esperaba un hijo tuyo. Tú querías deshacerte de ella. ¡La has matado!

— Dios es testigo de que no —dijo Iván, pálido como la cera.

— Aunque pongas a mil diablos por testigos, no te creeré.

— Haga usted lo que quiera, pero aunque me ahorquen, tengo que decirle que no sé dónde se encuentra.

El viejo se calmó un poco, empezó a llorar, se cogía la cabeza con ambas manos. Acudieron los petroleros y los intendentes y empezaron a consolarle.

Le contaban lo que había ocurrido aquella noche en la taberna de Kirnitski, cuando vieron por última vez a Frusia, sus desavenencias con Iván, cómo ella se había ido desde allí, no se sabía adónde y que Iván, durante mucho tiempo, hasta la media noche había estado en la taberna. El intendente ensalzaba a Iván como buen trabajador que no bebía ni despilfarraba el dinero, y el viejo, al fin, ya no sabía qué pensar. En Drogóbich, había insistido para que la policía detuviera inmediatamente a Iván, pero ahora empezaba a pensar de otra manera. No era difícil detener al muchacho pero, ¿sería justo? Era muy posible que Frusia, de súbito, en su estado de irritación, se hubiera marchado a algún lugar de la montaña, se hubiera contratado allí y, adrede, no daba noticias suyas, por estar avergonzada. Todo podía ser. Por eso los policías le decían que no perdiera las esperanzas. Sospechar que alguien es un asesino es una imputación muy seria. Otra cosa sería si se hubiera hallado algún indicio de que a Frusia, en efecto, la habían asesinado. Pero hasta aquel momento no existían tales indicios y, sin averiguar nada, el padre de Frusia regresó a la aldea, puesta toda su confianza sólo en Dios.



Habían pasado las Pascuas. Empezaba a hacer calor. En los valles, hermosa y fragante, florecía ya la primavera, a pesar de que el Dil aún exhalaba frío. La ciudad de Borislav se asemejaba a un gran hoyo sin fondo, lleno de arcilla líquida, de barro removido, mezclado con petróleo; parecía un lago de inmundicias y pestilencias en medio de la verde falda de la montaña.

Era sábado. El sol sonreía en el límpido cielo sin nubes. Por los prados secos, desiertos, entre Borislav y los Baños de Kotovski, iban por un sendero dos intendentes, con levitones de fiesta y gorros de marta, conversando.

— Preocupado estoy, Méndel, tan preocupado que el cerebro se me seca en la cabeza— decía uno de los intendentes.

— ¿Por aquel hombre que cayó en el pozo?

— Eso también es suficiente motivo. ¡El diablo llevó a ese borracho al cobertizo! ¡El diablo le aconsejó sentarse en el brocal del pozo, y el mismo diablo le empujó y le tiró abajo!

— ¿La comisión ha estado?

— Sí.

— ¿Y qué?

— Me ha castigado con veinte guldenes de multa.

— ¿Por qué, Jaim, por qué?

— ¡Por descuido! ¡Yo, descuidado! ¡No lo advertí! ¿Oíste algo semejante? Yo tenía que ir detrás de él como una niñera. Y gracias a Dios que terminó bien el asunto. Y suerte tuve en que otros confirmaran que él mismo se había subido al brocal del pozo y se había caído él solo. Si yo no hubiera tenido testigos, el amo habría dicho que lo habían tirado adrede al pozo.

— ¿Es severo el amo?

— ¡Tan severo es el *purits*\*, que Dios nos guarde de él! Ya quería cerrar el pozo y detener a alguien.

— ¿Es aquel nuevo *purits*?

— Sí, el nuevo. ¡Oh, como temblaba yo, Méndel, cómo temblaba! ¡Hasta al Señor le rogaba que me librara de tal desdicha!

— ¡Ay, ay, Jaim! ¡Dios es misericordioso! ¿Qué necesi-

---

\* *Purits* (del hebreo): señor.

dad podía tener él de enviar semejante desdicha a una persona inocente?

— ¡Oh, no me digas eso, Méndel! A Dios no se le puede comprender. ¿Por qué me ha enviado tan grandes pérdidas? ¿Me oyes? ¡En el almacén he perdido valores por cincuenta guldenes cuando menos! ¿Y quién crees que es el culpable? No se sabe. ¿Pero quién debe pagar? ¡Jaim!

— No, no he oído decir nada. ¿Qué te ha pasado?

— ¡Así reviente el amo! Compró dos cables nuevos y me los mandó al almacén, junto con otras cosas. Yo los puse en su sitio, y quien iba a figurarse que en aquella misma estancia había un botellón con ácido sulfúrico. Tú sabes que el ácido sulfúrico se utiliza para purificar la cera. Pues yo, la mayor parte del contenido del botellón la había dado ya y el resto se conservaba en el almacén. Había muy poco, sólo dos medidas, y quizás menos. Allí estaba el botellón, bien cerrado con su tapón de cristal, ¡Maldita la falta que me hacía! Una vez hubo necesidad de tomar un cable para un pozo. Fui al depósito, cogí el cable del estante y, por descuido, toqué el botellón con la manga y se cayó. ¡Menudo susto me llevé! ¡Agarré el botellón con la mano sin guante y me quemé dos dedos! Pues verás, mientras ponía el botellón en su sitio, saltó el tapón y un poquito de ese maldito ácido, posiblemente unas dos o tres gotas, salpicaron el cable. Cogí el tapón, cerré el botellón y lo dejé en un rinconcillo. Los dedos me abrasaban como el fuego. Los recubrí en seguida de arcilla mojada y los vendé con un pañuelo. Llevé el cable al patio, lo miré y, en el lugar donde había salpicado el ácido, estaba cortado, como con un cuchillo. Así se me quedó todo un rollo en las manos, partido en dos.

— ¡Ay, ay! —exclamó Méndel.

— ¡Que me muera yo, si no digo la verdad! Pues no lo he dicho a nadie. Tendré que pagar el cable y se acabó.

Méndel chasqueaba la lengua y seguía soltando exclamaciones, mostrando a Jaim su condolencia. Cuando llegaron a Borislav entró adrede con Jaim en el almacén para ver el cable cortado por el ácido. Lo examinó largo rato, chasqueando la lengua y meneando la cabeza y, cuando Jaim dio la vuelta, vertió en un frasco pequeño varias gotas de ácido sulfúrico, un poquitín, no más de un dedal. Jaim no se dio cuenta de ello. Salieron del almacén, Jaim cerró la puerta con llave y los dos amigos se despidieron, deseándose mutuamente que pasasen bien el sábado.

Habían transcurrido varios meses. En los alrededores de Borislav ya había comenzado la siega. Hacía un calor de estío. Iván llevaba todo el tiempo una vida febril. Cada día que pasaba le era más difícil permanecer en Borislav. La tierra le quemaba los pies. Algo le sofocaba, le empujaba, le quería echar fuera de Borislav. Sólo pensaba en cómo escaparse de allí. La idea de que aún tenía que trabajar bajo tierra hasta el otoño y, posiblemente, hasta el invierno, para poder pagar al tabernero toda la deuda, le llenaba de feroz espanto. “No, no lo resistiré”, se repetía más de una vez y contaba los días y las horas que le quedaban aún. Ya había ahorrado doscientos guldenes más, que tenía en depósito el intendente, e Iván pensaba tomarlos para el día del profeta Ilyá, hacer una visita a su “casa” y dárselos al tabernero. Pero cuanto más se aproximaba el día de fiesta, con más frecuencia se detenía Iván a pensar en otra cosa, y se agarraba a ese pensamiento como se aferra a una tabla el que se está ahogando: “¡He pagado ya cien guldenes —pensaba, doscientos los voy a pagar ahora y me iré de Borislav. Me marcharé y nunca más volveré aquí. El cuarto centenar que queda para pagar la deuda me lo ganaré de algún modo o lo pediré prestado. ¡Pero aquí no me quedo!” Aquel pensamiento, que al comienzo había sido una lejana ilusión, adquiriría en su alma formas cada vez más definidas: “Me caso. Hasta la novia más pobre puede llegar a tener un centenar de guldenes de dote y es posible que pueda conseguir un poco de tierra”. Otras veces pensaba en comprar un par de caballos y ganarse la vida llevando cargas, o trabajar a contrato para el terrateniente, o irse al bosque señorial como leñador. ¡A cualquier sitio, de cualquier manera, pero ganar dinero, pagar el resto al tabernero y volver a ser propietario, aunque fuera pobre, el más pobre de todos, pero dueño de su jata, por lo menos, y en su parcelita de tierra! Iván no compartía con nadie sus pensamientos. Sólo una semana antes del día del profeta Ilyá, por la tarde le dijo al intendente:

— Dígame, Méndel, ¿me podrá usted dar todo mi dinero dentro de una semana?

— ¿Por qué no? —contestó Méndel—. ¿Es que quiere usted mandarlo?

— No, quiero ir yo mismo el día del profeta Ilyá.

— ¿Para qué quiere ir usted mismo? Se puede mandar por correo.

— Tengo ansias de ver mi aldea. No sé, pero es posible que me quede allí para siempre.

— ¿Cómo, quiere usted dejarnos?

— Quisiera, pero no sé... si pudiera encontrar algún trabajo para poder pagarle el resto al tabernero...

— Pues, ¡quién sabe! —le dijo Méndel, cortando la conversación—. Le daré el dinero el viernes. ¿Qué día es el de su profeta Ilyá?

— El domingo.

— Bien, en eso quedamos. El sábado podrá usted irse después del trabajo.

Así lo decidieron y no hubo más conversación sobre el particular entre Iván y Méndel.

## XV

El viernes Iván tenía que trabajar en el turno de la noche. Aquella debía ser su última visita al mundo subterráneo, al reino de las tinieblas. Se sentía feliz, pero un caso inesperado le estropeó su alegría.

Iba ya al trabajo, después de haberse bebido un vaso de vodka y comido un panecillo, cuando se le acercó la abuela Arina, la que le trajera la noticia de la desaparición de Frusia. Llegó sigilosamente, sin que se apercibiera Iván, tendió por detrás su delgada mano negra y le agarró del brazo.

— ¡Ay!, ¿quién es? —exclamó sobresaltado Iván. Iba pensativo y ahora parecía despertarse de un sueño. Dio la vuelta y vio ante él la horrible, amarillenta y arrugada cara de la vieja que le sonreía de un modo extraño, como con frialdad, dilatando sus labios azulencos y poniendo al descubierto sus desdentadas encías. Iván se santiguó. Su primero e involuntario pensamiento fue: “Es la muerte, que me mira a los ojos”. Y un gélido y supersticioso desosiego se apoderó de él.

— ¿Ves? ¿Hasta haces la señal de la cruz! —se lanzó hacia él la vieja y de su cara desapareció la sonrisa, ocupando su lugar una expresión hosca, de enfado—. ¿Qué, me has tomado por algún demonio o por un alma perdida? ¡Mírenle! ¡Se santigua como si yo fuera el diablo! ¡Como si nunca me hubiera visto!

Iván reconoció a la vieja y empezó a justificarse:

— ¡Perdóneme, abuela! No la reconocí. Iba pensativo y, de repente, usted. . . Si me hubiera llamado. . .

— ¡Vaya! ¿Lo ves? ¡En vez de haber echado una mirada a la vieja y saludarla, agasajándola además con un vasito de vodka! ¡Que se muera la vieja, si la pobre no tiene con qué comprarla!, ¿eso quieres?

— ¡Qué va, creo que usted no está aún para morir! —le contestó Iván sonriéndose—. ¿Quería decirme algo?

— ¡Sí, querido, sí!

— No quiero pedirte nada, sólo hablar, pero. . . no sé cómo decírtelo. Pienso que, como eres de la misma aldea que ella, puede que tú estés mejor enterado.

— ¿De la misma aldea de quién?

— De Ganka. Debes saber que yo dormía con Ganka, y ahora ella se encuentra muy enferma, por eso estoy a su lado día y noche.

— ¿Ha caído enferma? ¿Pues qué le pasa?

— ¿Cómo puedo saberlo, hijo? Al principio, llegué a pensar si tendría alguna enfermedad propia de las mujeres, pero no. Se ve que es otra cosa. Yo misma no sé qué le pasa, es como si le remordiera la conciencia.

— ¿Dice que le remuerde la conciencia? ¿Grita por las noches?

— ¡Oh!, ahora grita no sólo por las noches, de día también. En cuanto se queda dormida, se le aparece algo en sueños y empieza a chillar de tal modo, que tengo que taparme los oídos. E inmediatamente salta de la cama, echa a correr y sale de estampía, igual que una endemoniada. Yo llegué a pensar que el diablo, Dios me perdone, se había metido en el cuerpo de la muchacha.

— ¿Pero usted no intentó curarla?

— ¿Cómo que no lo intenté? ¡Claro que sí, hijo! Todo lo que yo sé, todo lo hice, pero de nada sirvió. Y no puedo ayudarla, porque tiene otra cosa en el alma. Al principio me parecía que yo había adivinado lo que le pasaba, pero, la verdad sea dicha, estaba equivocada. Yo creía que la muchacha había tenido un hijo, aquí en Borislav —nada más sencillo—, que lo había matado y que, ahora, el alma de la criatura se le aparecía en sueños y no la dejaba tranquila. Ganka juraba por Dios y por lo más querido en el mundo que no. Por eso yo no sabía ya qué pensar. Más de una vez,

por la noche, intenté comprender lo que ella gritaba, pero era imposible. Sólo palabras sueltas se comprendían: “¡Mirad allí, en el pozo! ¡En el agua! ¡En el fango! ¡Se encarama, se encarama, se encarama!”, ¿pero quién, dónde, de dónde?, era imposible comprenderlo. Y vaya que yo he tratado de sacarle la verdad; pero no ha habido manera. ¡Qué obstinada es! No lo quiere decir. Se ha quedado más delgada que una tea; se ha puesto negra como un tizón, está ya en las últimas y ¡qué mozarrona era todavía este invierno, qué sanota y fuerte estaba! Ella misma comprendió que le queda poco de vida, que no puede esperar ningún milagro, pero sigue callada.

— ¿Así que usted piensa que de verdad tiene algo en el alma que ella esconde?

— ¿Cómo que lo pienso?, ahora ya no tengo por qué pensar. Ahora ya lo sé a ciencia cierta.

— ¿Y qué sabe usted?

— ¡Pues que ella es la que mató a Frusia, querido!

— ¿A Frusia? ¿Ella? ¡Dios mío! ¿Pero cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?

— ¿Tú preguntas por qué? ¡El diablo la tentó! El, maldito sea, se ve que hacía ya tiempo afilaba sus colmillos para acometerla. Escucha, pues, cómo ocurrió la cosa.

La vieja seguía andando al lado de Iván por la calle, pero como no podía ir tan de prisa como él, le agarró del faldón y le detuvo.

— ¡Espera, hombre! ¿No ves que me sofoco? No te apresures tanto al trabajo, que no vas a perder mucho. Párate y escucha.

— ¡Ya es hora de que vaya al trabajo! ¿Oye? Ya llaman al turno de la noche.

— ¡Manda a la porra tu turno nocturno! ¡No vayas hoy al trabajo! Vente conmigo a ver a Ganka. Este asunto es mucho más importante.

Iván vaciló por un instante.

— ¡No, abuela! Ya es tarde. ¿Para qué ir a ver a Ganka? Mañana, inmediatamente después del trabajo, iré y pensaremos qué vamos a hacer. ¿Pero dígame, cómo y qué es lo que usted ha sabido?

— Pues atiende —prosiguió la vieja—. La noche pasada ella no pudo dormir ni un minuto. Sufría horribilmente la pobre. Esta mañana la he mirado y estaba como si la hubieran crucificado. Sólo los ojos aún le brillan.

— Ganka —le dije—, ¿no crees que deberíamos llamar al pope? Ella saltó, como si la hubiera picado una avispa.

— ¿El pope? ¿Para qué?

— ¿Cómo que para qué, querida? Ya lo ves tú misma, poco tiempo te queda de andar por este mundo. Debes purificar tu alma.

— No, no quiero —contestó—. Ya me sentiré mejor, me podré buena.

— ¡Ay, muchacha, no gastes bromas con Dios! No hables así y no te engañes. Veo que poco te queda por vivir en esta tierra. Voy a llamar al reverendo.

— No, no hace falta —repuso—. Cuando sea necesario yo misma lo pediré. No se vaya, quiero dormir un poco.

Apenas se quedó dormida, empezó de nuevo a chillar y dio un salto.

— ¡Ay, se encarama, se encarama! ¡Ay, tiende la mano! ¡Ay, me agarra! ¡Ay, ay, ay! ¡Sálveme! ¡Abuela, sálveme!

Y se tiró de la cama, se agarró a mí, temblaba toda ella como las hojas en otoño, miraba alrededor y gritaba, chillaba como una criatura aterrorizada.

— ¡Santo, santo, santo! —le dije y la santigüé—. ¿Quién se encarama? ¿Quién te tiene agarrada?

— ¡Ella, ella! ¿Es que no la ve? ¡Mire, el brazo se ha corrompido por completo y la carne ha caído, sólo le queda el hueso, y me tiene agarrada como con unas tenazas!

— ¡Dios te ayude, Ganka! ¿Pero qué te pasa? ¿A quién ves?

— ¡A ella, a ella! ¡A Frusia!

— ¿De qué Frusia hablas?

Pero callaba obstinadamente. Temblaba toda ella, se apretó contra mí, pero no pude conseguir de ella ni una palabra más. A duras penas, logré tranquilizarla un poco, la metí en la cama, me puse a consolarla, a hablarle, y entonces, en mi cabeza, como cuando se saca un hilo tras otro, empezó a ponerme claro el asunto. La estuve hablando de distintas cosas. Puse a cocer un trocito de carne, le di de comer. Ella seguía tumbada y no dejaba que me apartara de ella.

— ¡Siga usted aquí! ¡No me deje! Hable para que yo no me duerma, que tengo miedo, pues en cuanto me duermo, ella aparece de nuevo.

— ¿Pero por qué la temes tanto? —le preguntó—. ¿Qué te puede hacer?

— ¡Ay, abuelita! ¡Ay, palomita mía! ¡Si usted supiera lo terrible que es! ¡Toda la sangre se me enfría en el cuerpo! No puedo mirarla, pero debo. Mis ojos tienen que mirarla fijamente.

— ¿Es decir, que la tienes metida en tu alma, Ganka?

· Ella callaba.

— ¡Reconócelo, querida! —le dije en tono severo—. ¿Ves?, tú creías que ibas a ocultarlo todo. ¿Qué has conseguido con callarlo ante la gente, si Dios lo sabe todo? ¿Ves? El te tocó con su dedo y ¿qué es lo que te pasa ahora? ¡Aunque te hubieran ahorcado, no hubieras sufrido ni la décima parte de lo que estás padeciendo!

Ella escuchaba, escuchaba; luego, estalló en llantos... Sollozaba como una niña...

— ¡Ay, abuela, dice usted la verdad! ¡Ay, condenada de mí! ¡Ay, qué maldita soy! ¡Yo la maté! Ella cayó desfallecida en mis brazos y yo, sin que recobrara el conocimiento, la tiré al pozo. Llegué a pensar que nadie lo sabría y que Iván se casaría conmigo. ¡Abuelita querida, aconséjeme qué hacer!

Al oír las palabras de la vieja, Iván sintió escalofríos. Quedó anonadado. En su memoria aparecían nítidamente los acontecimientos de aquel anochecer, la salida de Frusia, la noche pasada en el cuartucho de Ganka, la inquietud de ésta... Recordó sus palabras de que "le tenía miedo" y sólo ahora todo se puso en claro para él. Agobiado por aquellos terribles pensamientos, suspiraba y murmuraba sin cesar: "¡Dios mío, Dios mío!"

Y la vieja seguía relatándole las confesiones de Ganka, dónde había tirado a Frusia al pozo, cómo después algo la empujaba a ir a aquel lugar para hacer desaparecer las huellas y entonces, uno de los petroleros estuvo a punto de descubrirla allí; cómo Frusia empezó a aparecérselo en sueños y cómo Iván se le hizo desagradable y odioso.

— ¿Y qué hace ella ahora? —interrumpió Iván el relato de la vieja.

— Después de desahogarse llorando, se ha quedado dormida y ya no salta en sueños, duerme tranquila. Estuve sentada un poco a su lado y después pensé que no estaría mal ponerte a ti al corriente de todo. Así que, querido, aconséjame qué hacer.

Iván la escuchaba estupefacto. En su interior algo se removía, pugnaba por salir, gritaba, como una añoranza, un duro reproche y la comprensión de que tenía cierta culpa.



— ¡Qué sé yo lo que hay que hacer! —profirió sordamente—. Habrá que comunicárselo a la policía. Pero eso es terrible.

— ¿No sería mejor decírselo al *voit*\*?

— ¡Bueno, dígaselo! —repuso Iván apresurado, aferrándose a las palabras de la vieja.

— ¿Por qué no vienes tú conmigo? Yo tengo miedo.

— ¿Para qué ir con usted? Pueden llegar a sospechar de mí. Vaya sola. Yo iré mañana, en seguida después del trabajo. ¡Vaya, vaya usted!

La vieja no dijo nada más, se santiguó y se fue.

## XVI

Al acercarse al cobertizo donde trabajaba, Iván tropezó con Méndel, el intendente, que iba a alguna parte hablando con un petrolero de otra explotación.

— ¡Buenas tardes, Iván! —le dijo Méndel—. ¿Va al trabajo?

— Sí —le contestó Iván casi sin comprender quién era y de qué hablaba con él.

— ¿Se marcha mañana?

— Sí, me voy.

— Bien, como usted quiera. El dinero ya lo tiene preparado.

Iván, sin decir una palabra más, se dirigió al cobertizo. Méndel seguía hablando con el obrero que al día siguiente tenía que ponerse a trabajar en lugar de Iván.

— ¡Aquí estará usted bien! —decía Méndel. —Yo no soy de los que desean el mal a los demás. Pregúnteselo a ese Iván. Algunas veces, ni me pedía el dinero de su paga; me lo dejaba con el fin de juntar cincuenta o cien guldenes, luego cogía toda la suma. Ve usted, mañana se marcha de aquí, ¿y sabe adónde? A su propiedad.

— ¿A su propiedad? —se asombraba el petrolero—. ¿Y cómo puede tener él propiedad, si hace tiempo que la despilfarró toda?

— Hace tiempo que la despilfarró, pero ahora la ha recuperado.

Ayer, precisamente, tomó cien guldenes para hacer el último pago al tabernero y mañana regresa a su aldea, nos

---

\* *Voit* (polaco): alcalde rural.

deja para siempre. ¿Y quién se lo aconsejó? ¡Pregúnteselo a él mismo! ¡Le dirá que Méndel y no otro!

En aquel momento en el cobertizo se oyó un grito, luego el ruido de unos apresurados pasos. El obrero que estaba en el cabrestante corría por la calle y gritaba sofocado:

— ¡Señor intendente! ¡Señor intendente!

— ¿Qué pasa? —le preguntó Méndel.

— ¡Venga al cobertizo! ¡De prisa! ¡De prisa!

— ¿Qué ocurre allí? —apenas pudo pronunciar Méndel y, sin esperar la respuesta, echó a correr hacia el sector. El petrolero que acababa de ser contratado corrió tras él.

— ¿Pero qué ha pasado? —preguntó, con ronco susurro, Méndel al primer obrero, cuando llegó a su lado.

— ¡Una desgracia!

— ¿De qué desgracia hablas?

— ¡Ay!, ¡no lo sé! ¡Vayamos al cobertizo, usted mismo lo verá! ¡Ay, Dios mío, el alma se me escapa de espanto! Nunca oí ni vi cosa semejante!

Sin hacer más preguntas, los tres fueron corriendo al cobertizo. Allí reinaba una oscuridad casi completa; sólo una lámpara colgante alumbraba débilmente el interior de la casilla, hecha de tablas. El obrero que bombeaba el aire estaba de pie sobre el brocal del pozo y tiraba de un cable que colgaba completamente libre del árbol.

— ¿Pues qué ha ocurrido? Habla —dijo Méndel, mirando a su alrededor, como queriendo encontrar lo que tanto había asustado a los obreros.

— El cable se ha roto.

— ¿Qué? ¿Cómo puede ser eso?

— ¿Y yo qué sé? Mírelo usted mismo.

El obrero que estaba sobre el pozo tiró de nuevo del cable, lo sacudió, y éste, como un látigo, fustigó las paredes del pozo, recubiertas de tablas.

— ¿E Iván? ¿Dónde está Iván?

— En el pozo.

— ¿Cómo que en el pozo? ¿Ya está en su sitio?

— Seguramente, ¡pero no vivo! Ve usted, el cable no se ha desenrollado más de diez metros.

— ¿Y cómo ha ocurrido eso? ¡Dímelo! ¿Cómo? Cuéntalo por partes —decía Méndel. Aún no podía comprender lo que había sucedido.

— ¡Ay, Dios mío! ¿Y yo qué sé? Iván llegó, se anudó el cable y yo empecé a descenderle. Iba dando vueltas y más

vueltas cuando, de repente, al llegar al décimo metro, siento como si me hubieran dado un golpe en el brazo y se me hizo más fácil girar la manivela. En ese mismo instante, en el pozo se oyó un grito de espanto y luego todo quedó en silencio. No sé más. Se rompió el cable e Iván se fue al fondo desde una altura de cuarenta sazhens.

Méndel no respondió nada, pero empezó a tirarse de los cabellos y a correr por el cobertizo como un loco.

— ¡Ay, ay! ¡Ay, qué desgracia! ¡Pero callen! Es posible que aún esté vivo. Diga, Dmitró —Méndel se dirigió al obrero recién contratado—, ¿qué le parece a usted, puede que aún esté vivo?

— Es posible. ¿En el fondo no hay piedras, verdad?

— No, arcilla.

— Pues si no se ha caído sobre algún pico o se ha roto la cabeza contra algún saliente al caer, puede que aún esté vivo.

— En ese caso, gritaría, se quejaría —añadió el obrero que estaba junto al cabrestante.

— Es posible que haya perdido el conocimiento, que se haya contusionado —decía Dmitró.

— ¡Descienda, Dmitró! ¡Y que tenga usted siempre salud y suerte! ¡Descienda, quizá aún le salve!

— Yo bajaría —dijo Dmitró—, ¿pero qué clase de cable es ése que se ha roto bajo el peso de su cuerpo?

Se acercó al pozo, cogió el cable, cuyo extremo colgaba unos dos metros en el interior, lo sacó y empezó a examinarlo a la luz de la lámpara. Era un viejo obrero petrolero que conocía bien el trabajo, pero, en el caso presente, se asemejaba a un tonto de capirote. ¡Nunca había visto un accidente parecido! Estuvo examinando largo rato el cable en el lugar de la rotura, lo tocaba con los dedos, lo examinaba a la luz y meneaba la cabeza, como dando a entender que algo no comprendía.

Méndel, llenos los ojos de inquietud, lívido y con el alma pendiente de un hilo, seguía cada uno de sus movimientos.

— ¡Nada comprendo! No puedo comprender de qué manera se ha podido romper el cable.

— ¡Tal vez se haya oxidado? —sugirió Méndel, vacilante.

— Eso parece, pues si hubiera cortado el cable adrede, se vería, habría un corte regular. Probablemente, se había oxidado.

— ¡Ay! ¡Un cable viejo! ¡Tenía que haberlo cambiado! —exclamó apresurado Méndel—. ¡Ay, Dios mío! Por cierto que esta mañana algo, como un presentimiento, me advertía insistente: “¡Méndel, cambia el cable!” Pero después pensé: “El viernes no lo voy a cambiar. Vendrá el domingo y luego lo cambiaremos!” ¡Y ahora, ahí tienes! ¿Quién iba a pensar que no resistiría?

Dmitró seguía examinando el cable y meneando la cabeza.

— ¡Oiga usted, Méndel! ¡Eso no puede ser! ¡El cable no se ha podido oxidar tan fácilmente! ¡Ni el mismo diablo es capaz de oxidarlo! Yo tengo en la aldea un tejadillo que se mantiene colgante hace ya cinco años con un cable de este tipo. La lluvia lo moja y la nieve cae sobre él y se oxida no como aquí, pero se mantiene hasta hoy día. Y aquel tejadillo pesa algo más que un hombre.

— Mire, Dmitró, allí el cable pende en estado de quietud, mientras que aquí, día y noche, se está enrollando y desenrollando. Por esa causa es muy probable que el cable se haya roto.

— Cierto es —dijo Dmitró, después de pensar un poco—. Pero entonces se rompería poco a poco, un alambre tras otro. . . Mientras que aquí todos se han roto de un golpe. Y no lisamente, sino, Dios me perdone—, como si un ratón los hubiera roído. ¡Sí, en mi vida he visto nada semejante!

Méndel, entretanto, trajo del almacén un cable nuevo; lo enrollaron en el árbol, Dmitró se dispuso para el descenso y penetró en el pozo. Una media hora después los sacaron a los dos: a Dmitró y a Iván. Iván tenía rotas las dos piernas y el cráneo se lo había fracturado al golpearse contra el armazón de madera. Seguramente no había llegado vivo al fondo.

## XVII

Al día siguiente, antes del amanecer, el *voit* de Borislav (por aquel entonces el *voit* era elegido de entre los campesinos), con un testigo y dos gendarmes, se presentó en el tabuco donde vivía Ganka. Ella aún dormía, después de las muchas noches pasadas sin poder conciliar el sueño. Dormía, por primera vez, con un sueño profundo, como un tronco. La vieja abrió la puerta. Todos entraron y al ver el rostro apergaminado, de moribunda, de Ganka, agotado por

una terrible pena espiritual, no se atrevieron a despertarla.

— Bueno, bueno, que duerma —dijo el *voit* en voz baja—. Esperaremos en la calle.

— Pocas son las cuentas que tiene que saldar con las gentes —murmuró uno de los gendarmes.

— Dios Nuestro Señor no ha esperado el juicio humano. El mismo la ha condenado y castigado —añadió el otro.

Al poco de salir ellos, Ganka se despertó.

— Abuela, ¿está usted aquí? —preguntó.

— Aquí estoy, querida, aquí.

— ¿Lo he soñado o aquí ha estado alguien?

— ¿Quién puede venir?

— Me ha parecido, unas personas... gendarmes...

— Sí, han estado, infeliz.

— ¿Han venido a por mí? —pronunció Ganka, levantándose.

— Sí, a por ti.

— ¿Lo saben todo?

— Lo saben.

Ganka miró fijamente a la vieja, luego le tendió su descarnada mano.

— Gracias, abuela —le dijo—. No una, centenares de veces me disponía a ir y declararlo todo, pero no pude decidirme. Ahora se ha terminado ya. Ya estoy tranquila.

Y, con dificultad, se levantó de la cama. La vieja la ayudó a vestirse.

— Bien, llámelos ya.

Entró el *voit* con el testigo, entraron los gendarmes.

— Vaya, ¿qué te pasa, muchacha? —dijo el *voit*—. ¿Estás enferma?

— Sí.

— ¿Deseas declarar algo?

— Sí.

Y, con calma, relató todo lo sucedido aquella noche.

Uno de los gendarmes tomaba nota. Después la llevaron al lugar del crimen. Con unos ganchos, sacaron por partes del pozo el cuerpo ya descompuesto de la desdichada Frusia y lo trasladaron al depósito de cadáveres. A Ganka la montaron en un carro y la llevaron a Drogóbich a la cárcel del juzgado de primera instancia. Allí murió, antes de que le hicieran el primer interrogatorio.

Los gendarmes, después de este asunto, tuvieron que ocuparse de otro. Les comunicaron que en una de las explotaciones cercanas se había roto un cable y que el obrero había caído en el pozo y se había matado. Era necesario examinar el lugar, el cadáver, interrogar a los testigos.

— Algo raro me parece este asunto —dijo uno de los gendarmes, el más joven, a su superior, el jefe del puesto.

— Un descuido de los dueños. ¡El cable se oxidó!

— ¿Y no será algo peor? ¿Qué dice Dmitró sobre el dinero. . . ?

— ¿Crees tú que se trata de un asesinato? ¿Que alguien, intencionadamente, cortó el cable?

— Es muy posible. El dinero pudo ser la causa. El intendente dice que Iván le cogió el dinero, pero Iván no lo tenía consigo.

— Vamos a buscarlo en su casa.

Pero en su casa, es decir, en la taberna donde Iván pernoctaba con otros petroleros, nadie sabía ni había oído hablar de dicho dinero. Los gendarmes se enteraron de que desde aquella ocasión en que a Iván le robaron el dinero, él siempre lo llevaba consigo y lo escondía de modo que nadie supiera dónde estaba. Además, las declaraciones de Méndel sobre que Iván mandaba dinero a la notaría de Drogó-bich, para pagar la tierra comprada, las confirmó por telégrafo el propio notario; otra declaración sobre los últimos cien guldenes recibidos por Iván la víspera de su muerte, fue también confirmada por Dmitró, quien había oído cómo Méndel le decía a Iván: “el dinero ya lo tienes preparado”, y visto que Iván asentía con la cabeza. Por lo tanto, Iván, después de recibir el dinero, lo escondió seguramente en alguna parte, para tomarlo más tarde. Y siendo así la cosa no había motivo para que atentasen contra su vida.

Con ello quedó concluido el asunto. Únicamente a Méndel, por negligencia y por utilizar un cable oxidado, se le multó con veinte guldenes.

A Iván lo enterraron junto con los restos de Frusia, en una misma tumba.

## BAJOS FONDOS

### I

Una vez, al mediodía de un hermoso domingo primaveral, los dos policías, que estaban sentados en el puesto de guardia de la municipalidad de Drogówich, quedaron muy asombrados. Al puesto de guardia trajeron, inesperadamente, a un señorito, joven aún, de mediana estatura, vistiendo un traje muy presentable, pero lleno de polvo.

— ¿De dónde traen a éste? —preguntó el cabo, midiendo al joven de pies a cabeza con su mirada turbia, de beodo.

— De la alcaldía, le van a llevar bajo escolta —contestó el policía que conducía al señorito.

— M-m-m —mugió el cabo fijando su mirada en el plato que estaba ante él con restos de carne y ensalada, después dirigió la vista hacia el siguiente bock de cerveza.

El policía, mientras tanto, sacó de su faltriquera el protocolo y se lo entregó al cabo. Era una disposición de la alcaldía. El cabo cogió el papel, lo desenrolló, lo miró por todos lados y empezó a leer silabeando el nombre del escoltado que había traído, pero en vista de que no estaba en condiciones de hacerlo con diligencia, se lo preguntó a él mismo:

— ¿Cómo se llama el señor?

— Andréi Temera.

— ¿De dónde es usted?

— De Ternópol.

— ¿De Ternópol? ¡Hum! ¿Y qué vientos le han traído aquí desde el mismo Ternópol? ¿Eh?

Temera, que parecía no haber oído la pregunta, después de poner su sombrero y abrigo sobre la silla, estaba de pie y examinaba el local de la guardia.

— ¿A qué ha venido usted aquí? —preguntó de nuevo, amenazador, el cabo.

— ¡Eso no tiene importancia! —con calma y firmeza contestó Temera.

El cabo lo miró estupefacto, pero se contuvo.

— No, es importante; ¡haga el favor de responder a mi pregunta!

— No es asunto suyo interrogarme.

El cabo se puso colorado de la ira, pero no dijo nada.

— ¡Qué despejado es usted, joven, Dios me guarde! ¿Y de qué se ocupa usted?

— Eso es ya asunto mío —le contestó Temera y empezó a andar por el local de guardia, mirando por la ventana al jardín del gimnasio, lleno de exuberante verdor, por cuyas sinuosas sendas se paseaba una abigarrada multitud, alegre, despreocupada, vestida de fiesta. . . Desde allí se oía una sonora risa infantil, argentinas voces femeninas, un atrayente susurro de lo más espeso de la arboleda a través del rumor y murmullo de la fresca y abundante vegetación. Una nubecilla de melancolía y pena pasó rápida por la cara joven y hermosa de Andréi, un pensamiento de inquietud le oprimió el corazón, sus labios se comprimieron convulsivamente y sus ojos se clavaron en aquel reverdeciente lago que brillaba bajo los ardientes rayos del sol.

— Pues, ya veo, joven, que usted es demasiado inteligente, a pesar de su juventud —continuó el cabo, conteniendo su ira, y vació medio bock de cerveza—. ¡No es para bien eso, el que mucho sabe pronto se hace viejo! Bueno, ¿pero ahora no le place a su señoría pasar a nuestra “antesala”? Aquí nosotros tenemos para señores tan inteligentes una antesala especial, una magnífica antesala, ¡ja-ja-ja!

Temera se volvió rápido. En su rostro se reflejó una marcada inquietud.

— ¿El señor inspector va a venir pronto? —preguntó.

— Sí, pronto —contestó en tono burlón el cabo.

— ¿No podría yo esperarle aquí? —volvió a preguntar Temera, sin prestar atención al tono con que el cabo pronunció la palabra “pronto”.

— Eh, acaso no es igual aquí que allí —respondió el cabo—, pero allí se está más seguro y para usted, señorito, es el lugar más adecuado. Venga, tenga la bondad, tómese la molestia.

— Pues yo le rogaría dejarme, si es posible, aquí —insistía Temera.

— No se puede, caballero, no se puede —repetía con una voccecita melosa el cabo, satisfecho de que podía saldarle cuentas al insumiso señorito.

— Señor cabo —intervino el policía, que hasta este momento estaba sentado quedo cerca de la mesa—, allí se encuentran muy apretados, ¡ocho almas!. . . ¿Puede ser que lo dejemos, hasta que llegue el jefe de guardia?

— ¿Ah? ¿Qué? —gritó el cabo. —¿Ocho almas? ¿Y qué me importa a mí? ¡Donde hay ocho puede meterse también



la novena! ¡Está bien, como quieras, que se quede aquí, pero bajo tu responsabilidad!

— ¿Bajo mi responsabilidad? ¿Y quién soy yo? Puedo yo acaso tomar al arrestado bajo mi responsabilidad?

— Pues si no puedes no metas tu jeta donde no te lo piden —le cortó el cabo, quitó la llave del jalón y se puso en marcha. Temera cogió su sombrero y el abrigo y fue en pos de él.

Un zaguán, no muy espacioso, conducía de un lado a un soportal largo, pavimentado con planchas de Terebolsk, y de otro, al corredor. Desde arriba se esparcía la brillante luz solar que llegaba hasta la misma entrada del corredor. En el corredor no había nadie. Las limpias paredes pintadas, el suelo de piedra, el alto techo sin bóvedas, bien blanqueado; todo ello daba al claro corredor, estrecho y no muy largo, un aspecto acogedor y espacioso. Marchando a lo largo de aquellas paredes adornadas con florecillas verdes y dibujos, nadie podría llegar a pensar, que tras ellas se escondía algo repugnante, algo completamente contrario a este aspecto exterior, que contradecía totalmente los conceptos generales sobre la vivienda humana. Pues nuestro Temera iba tranquilamente tras el cabo, un poco pensativo, pero no sobre su suerte presente, sino sobre algunos minutos pasados que fueron mejores.

Deteniéndose delante de una baja puerta de haya, muy limpia y no guarnecida con hierro, el cabo hizo sonar un pequeño cerrojo colgante de hierro. Demoró bastante hasta que, por fin, metió la llave en la cerradura. La llave rechinó alegremente, el cerrojo chirrió, se abrió la puerta, el cabo dio un paso atrás, cogió a Temera por el hombro y, empujándolo hacia adelante, con voz ebria, le dijo en tono burlón:

— ¡Venga, tenga la bondad!

## II

Temera quedó como clavado en el umbral. Una densa oscuridad, negra como la pez, le azotó los ojos y lo encegueció por un minuto completamente. Hasta por su mente pasó la idea de que ante él se le había abierto un misterioso subterráneo sobre los que había leído en novelas antiguas. Al principio no pudo distinguir nada ni a nadie en aquella oscura cueva. Parecía ser que una mano invisible, fuerte, lo había cogido del pecho y le mantenía en el umbral sin dejarlo pasar

adentro. Pero la mano visible del cabo, que resultó ser más fuerte, le empujó hacia dentro y cerró tras él la puerta de la tenebrosa celda.

Andréi estaba de pie cerca de la puerta, miraba a todos lados y prestaba oído para ver si se dejaba oír alguna voz humana, pero nada se oía. Pasado algún tiempo sus ojos se hicieron ya tanto a la oscuridad que él pudo, por fin, examinar detenidamente su nueva vivienda. Era una celda pequeña de no más de seis pasos de largo por cuatro de ancho, con una diminuta ventanilla enrejada. Abierta muy alta, casi al nivel del techo, ésta daba al soportal, pero de tal modo que por ella sólo se veía el tejamani, ya grisáceo de tan viejo, y los cabrios del alero sobre el soportal. El sol nunca penetraba allí. Las paredes oscuras, extremadamente sucias, de este tabuco, en su parte baja estaban, casi por completo, cubiertas de gotas de humedad. El suelo de asfalto estaba mojado por el agua vertida, por los escupitazos y el barro. La puerta, desde dentro, resultó no tan amarilla e inocente como desde fuera, al contrario, estaba negra de la humedad y enrejada con dos barrotes gruesos de hierro, entrecruzados; hasta el agujero de respiración cuadrado, hecho en la puerta, estaba cerrado herméticamente con un taco de madera. En medio de la celda estaba una cama estrecha de hierro con un colchón de paja, húmedo y sucio como todo en ella. La paja del colchón hacía tiempo que no había sido cambiada y estaba podrida. En un ángulo cerca de la pared había otra cama igual. Ni sábanas, ni trapo alguno, ni siquiera la habitual almohada de paja para los arrestados. El aire en la celda estaba cargado e inveterado, pues ni la ventana ni la puerta dejaban pasar suficiente cantidad de aire fresco. En el rincón cercano a la puerta se veía el habitual recipiente de los encarcelados, el "donpedro", cubierto de mala manera con una tapadera y del que emanaba una hediondez horrible, llenando la cámara y penetrando en todos los objetos de aquella infernal mazmorra, como si lo envolviera todo con la fetidez de ignominia y maldición. Al lado de aquel recipiente estaba otro más grande, que se ensanchaba hacia arriba, ¡una tina completamente abierta con agua potable!

Largo rato estuvo observando Temera, poniendo en tensión al máximo su mirada no acostumbrada, hasta que por fin examinó detalladamente todos aquellos objetos que parecían mofarse de él con su deformidad, con su inhumana

villanía. Parecía que le oprimían el corazón con unas tenazas de hielo; el repugnante y hediondo aire le cortó la respiración, Temera empezó a toser y hasta lágrimas vertieron sus ojos.

En la celda nadie hablaba, pero se oía el resollar dificultoso de varios pechos que daban la sensación de estar oprimidos. Temera se puso a examinar a sus compañeros de desdicha.

Tumbado en un colchón de paja, cerca de la pared y dando chupadas a su pipa de arcilla, estaba un viejo de unos cincuenta años con una barba negra cortada en redondo, de cara pesada, abuhada y con la pierna derecha de palo. Por cierto, era un hombre de anchos hombros, achaparrado. Su camisa sucia y rota se veía que no había sido lavada en varios meses. Acostado con el codo debajo de la cabeza, tenía las piernas cubiertas con una chaqueta sucia de lienzo. Sus pequeños ojos grises miraban con calma, hasta un poco burlesonamente, al señorito arrestado, recién llegado.

A los pies del viejo, acurrucado como un perrito, estaba tumbado un chiquillo de cabellos negros, con pantalones negros "urbanos" y camisa de fino lienzo fabril, sucia, rota hasta tal punto que por debajo de los andrajos, mirase donde se mirase, relucía su cuerpo pardo bronceado. Andréi no pudo ver su cara; el muchacho dormía tan profundamente que ni se despertó por el golpe de la puerta al cerrarse.

En la cama vecina yacía un hombre de edad media, de complexión robusta, rechoncho, con la barba afeitada y los bigotes recortados. Sus ropas se encontraban aún en buen estado, no muy sucias. Se ve no hacía mucho tiempo que había caído en este "valle de pestilencia y aflicción". No obstante, su cara sombría se acecinó, se puso terrosa, los ojos los tenía muy hundidos, y sus peludas y fuertes manos atezaban inconscientemente el asa de hierro de la cama, como si se tendieran a hacer su trabajo habitual diario. Tumbado boca arriba con la mirada fija, con cierta indiferencia colérica, en el techo, ni una sola vez miró al nuevo huésped hasta que éste no le dirigió la palabra.

A su lado, mejor dicho, a sus pies, sobre un *kaftán* corto de lienzo, como petate, yacía un campesino joven. Su fina cara morena emanaba salud y aquella atracción incomparable de los rasgos que se encuentran a veces entre la gente de la aldea, que vive en contacto directo con la naturaleza, madre de toda belleza. Sus cabellos largos, vaporosos y es-

pésos caían a ondas sobre sus hombros, por delante los tenía cortados como San Antonio. Sus brillantes ojos grandes y negros irradiaban una dulzura infantil y curiosidad, al examinar al nuevo camarada. Sólo sus musculosos brazos y piernas, endurecidos y muy desarrollados, atestiguaban que este hermoso jovencito no había crecido en ningún "hall", sino en medio del duro trabajo y que, durante mucho tiempo y con tenacidad, luchaba por su existencia. Andréi, muy sensible ante toda belleza, durante largo rato no pudo apartar su mirada de aquel gentil rostro, tanto más hermoso que, a diferencia de otras muchas caras bellas, estaba iluminado por una inteligencia natural, espíritu escudriñador y un sentimiento verdadero no mancillado.

Los demás habitantes de la "antesala" se veían obligados a cobijarse en el suelo. Andréi echó una rápida mirada sobre estos infelices, echados aquí sobre el asfalto mojado, pegajoso por la suciedad y por los escupitazos que no se secaban nunca. Allí, cerca de la pared, junto a la puerta, se veía a un viejo hebreo con la cara escuálida en extremo, las manos huesudas como si fueran rastrillos y una barbilla gris mechosa. Su cabeza, cortada al rape, echada hacia atrás, descansaba pesadamente sobre las planchas mojadas; los tendones en su largo y delgado cuello se hincharon como cuerdas tensas. Dormía como un tronco, con su desdentada boca abierta, y roncaba como un degollado; de la boca y por la barbilla le caía la baba. A su lado estaba sentado un mujik andrajoso, borracho, con una pelliza sin faldón, con las botas acordonadas, un gorro de piel de cordero pelado, pantalones de lienzo de los que faltaba un pernil entero, sujetos con liber en lugar de una correa. Sentado en el suelo sollozaba en silencio, como si hiciera poco tiempo que había dejado de llorar.

Al otro lado de la cama, junto a la pared de enfrente, yacía un joven de no más de veintiocho o treinta años, de tez blanca, ojos grises, barba clara y cabellos cortos de color castaño claro. Su barba, seguramente, hacía tiempo que no había visto ni peine, ni tijeras y resaltaba despeluznada como si fuera un nido de mirlos asolado. Este hombre llevaba colgados y enrollados tantos trapos que, tumbado en el suelo como estaba, se parecía a un montón de vendas de paño que respiraba con dificultad y profundamente en aquel tabuco, hacía tiempo no ventilado y lleno, hasta los topes, de gente.

Andréi Temera, con inquietud, con el corazón dolorido, estuvo observando durante largo rato aquellos cuerpos, aquellas caras humanas sin saber qué decir, qué pensar. ¡Cuánta pena aguda, inesperada y encubierta hormigueaba ante sus ojos en este repugnante y tenebroso tabuco! . . . ¡Y los que estaban ante él eran personas, hermanos suyos, capaces tanto como él, de sentir la belleza y la villanía de la vida! ¡Y los que los habían encerrado aquí y los mantienen en este abominable pozo, también, pues, son personas y tienen hijos, y ellos se ganan el pan nuestro de cada día e igualmente como éstos sienten la belleza y la ignominia de la vida! ¿Pues cómo ha ocurrido que aquí se ha formado tan terrible abismo entre unos hombres y otros? ¿Qué es lo que pasa? Y como si le hubieran dado un fuerte golpe, la cabeza de Andréi se agachó, los hombros se bajaron. En este momento sintió tanta pena en su alma, helada y oprimida, que le parecía que le habían empujado del mundo libre y luminoso a un profundo pozo y allí se encontraba, en el fondo, destrozado, atolondrado.

“Sí, efectivamente, estoy en el fondo, —pensó él— en los bajos fondos de la sociedad, ¿y estos que están a mi alrededor, quiénes son si no el detritus de la sociedad, desdichados parias, estigmatizados con el vergonzoso y terrible sello de la miseria? . . .”

### III

— ¿Y usted, *pan*, de dónde es? —preguntó el viejo, el primero, a Andréi.

— De Ternópolis.

— ¿Vaya, y qué es lo que le ha pasado, por qué le han encerrado aquí?

— ¿Qué me ha pasado? Pues terminé el curso en Lvov y venía aquí a la aldea a casa de un amigo para estudiar con él. Como es de costumbre, si la persona no siente culpa de nada no piensa en la desgracia. No llevaba conmigo documento alguno, ni pasaporte, nada, y cuando ya estaba cerca de la aldea tropecé en el camino con los gendarmes, quienes empezaron a preguntarme de dónde era, adónde iba y para qué, y al ver que no tenía documentos me llevaron a la alcaldía. Allí me interrogaron y me mandaron aquí, decían que para llevarme a mi tierra bajo escolta. ¡Y eso es todo!

— ¡Vaya, lo mismo! —dijo el viejo. —Ve usted, señorito, mi caso es exactamente el mismo. Yo soy de Volosch, sabe usted, una aldea que no está muy lejos de aquí. Fui soldado... perdí la pierna en Nitalia\* y en cuanto quedé inútil para el servicio me licenciaron. Llegué cojeando con mi pata de palo hasta la casa, pero allí no tenía nada de nada... y, una de dos: pedir limosna o morirte de hambre. Y como ya lo ve usted, soy un hombre aún fuerte, mendigar es una vergüenza, pero trabajar en el campo sin una pierna es imposible. Me fui a Borislav. El trabajo allí es distinto, se trabaja de pie, cerca del cabrestante. Trabajé allí unos diez años... pues, ganaba sólo para vivir. Pero verdad es que alguna vez comía menos y ahorraba algo por si caía enfermo y para la vejez... Y céntimo a céntimo junté algún dinerillo y compré alguna que otra ropa... Está claro que la persona viva piensa en vivir... Pero inesperadamente Dios me mandó una enfermedad... me tumbó de un golpe como si me hubieran segado con una guadaña. Seis meses me pasé en la cama en casa de un hebreo, en una despensa... y suerte tuve que no era en invierno. Salgo a la calle y ya estaba nevando. ¿Qué hacer?... El dinero me lo gasté durante aquel tiempo, la ropa la tuve que empeñar... hubiera debido seguir en cama después de la enfermedad, pero el hebreo me echaba de su casa, pues no tenía con qué pagarle... Y trabajar no podía, no tenía fuerzas... ¡Desdichado destino el mío! ¿Y qué podía hacer? Pues por muchas vueltas y revueltas que le di no tenía otra salvación más que hacerme un saco, y mire que me daba vergüenza, y me fui de jata en jata a mendigar. A Dios gracias que acerté este duro invierno de alguna manera y pensaba en primavera ponerme de nuevo a trabajar, cuando, de repente, me salen al encuentro los guardias más allá de Maidán. “Eh, tú, abuelo, ¿de dónde eres?” —“De Volosch, les respondí”. — “¿Acaso no sabes que ahora está prohibido a los mendigos forasteros andar por las aldeas pidiendo limosna? Cada aldea tiene la obligación de mantener a sus pobres y mendigar no se puede”. —“Pues yo —les decía—, no soy un mendigo; yo sólo he salido varias veces a pedir algún trozo de pan, había estado enfermo, no podía ganarme la vida...” “¡Qué va! Ni me dejaron terminar de hablar... es más, uno de ellos, que Dios lo tenga en los cielos, me dio tal trompetazo en el

---

\* *Nitalia*: Italia.

cuello que vi todas las estrellas del cielo y me llevaron a la alcaldía. Y el señor que cumplía las funciones de alcalde —el alcalde había muerto—, ni siquiera quiso escucharme y ordenó que se me juzgara por mendigar. Me condenaron a dos semanas de prisión y a mandarme bajo escolta a mi lugar de residencia, a la aldea. Pasé las dos semanas de condena, después me trajeron aquí y aquí me tiene, gloria a Dios nuestro señor; el viernes cumplirá mes y medio que estoy pudriéndome en este calabozo. Parece ser que no es un castigo, ¡pero que Dios me guarde de él! ¡Un verdadero infierno, o algo peor! Y no se sabe cuánto se va a alargar; ¡estos de aquí no se dan mucha prisa y ni siquiera piensan en ello!

— ¿Y ustedes qué hacen, se pasan todo el tiempo aquí sentados? —preguntó Andréi—. ¿Acaso no les sacan para dar un paseo?

— ¡Eh, qué es eso de paseos! —contestó sonriendo irónicamente el viejo.

— En cuanto a salir, sí, nos sueltan. . . cada día por las mañanas a la ciudad para barrer las calles.

— ¿A todos?

— No, a mí y a Dmitró y a aquel chicuelo, y también a Stebelski, mire aquel vestido de andrajos, y a nadie más.

— ¿Y los demás nunca salen al aire fresco?

— No salen, excepto aquel propietario, que alguna vez va a la ciudad a por pan. A este viejo hebreo y a aquella Magdalena en lágrimas con un solo pernil y con media pelliza los han traído hoy, así que no sé lo que van a hacer con ellos. El hebreo aquel ya se ha pasado dos meses encerrado en Borislav antes de ponerle bajo escolta; dice que sus papeles ya han llegado, por lo tanto, es posible que dentro de unos días se lo lleven. ¡Somos viejos conocidos, largos años estuvo conmigo dándole vueltas, desdichado, al cabres-tante en Borislav! Y ahora a todos los que no tienen documentos los echan de Borislav y se los llevan escoltados. A él también lo cogieron.

Andréi miró el rostro demacrado, seco del hebreo que parecía haber sido cincelado por alguien con palitos, tendiendo de ellos cordobán pardo arrugado. Los estertores penosos que se oían en su pecho anunciaban que a este hombre le quedaba muy poco que padecer en el mundo y todo su aspecto decía, muy convincentemente, que toda su vida pasada no era vida sino eterna necesidad e indigencia.

— Pura alma es —continuaba el viejo—, un corazón de oro. Cualquiera que fuese la desgracia en que cayera nunca se ponía a quejarse, mientras que a los demás les tenía lástima y ayudaba en lo que podía como un verdadero hermano. Sí, hombres como él, pocos, muy pocos va a encontrar usted en el mundo, sí, pero que muy pocos. Claro que él se crió entre los nuestros, tuvo adversidades, trabajaba desde pequeño como nuestro mujik, y si no llevara la barba que lleva y las patillas y ese *lapserdak*\*, nadie diría, al ver su naturaleza, que es judío.

— ¿Y cómo viven ustedes aquí? —seguía preguntando Andréi, viendo ya más distintamente la celda— sus ojos se habían acostumbrado ya poco a poco a la oscuridad. Examinó la estufa de hierro emparedada hasta la mitad junto a la cabecera de la cama en la que estaba tumbado el viejo, vio sobre la estufa una hogaza grande de centeno de esas que habitualmente venden las aldeanas en el bazar de Drogó-bich.

— Que cómo vivimos —le respondió el viejo—, pan mascamos, y nada más.

— ¿Sólo pan?

— Sólo pan.

— ¿Y nada de comida caliente?

— ¡Ay, señorito! ¡Gracias a Dios, hace ya mes y medio que por mi boca no ha pasado nada caliente! Y de dónde se puede tomarlo aquí? Aquí te dan para cada día catorce cruceros y ¿qué puedes comprar con ellos? Diez cruceros al día para pan son poco; sal hay que comprar también, alguna que otra vez cebolla, y se acabó el dinero. Mire usted, yo compro cada dos días una hogaza como esa —ella cuesta veinte cruceros— muy raramente me queda algún pedazo para el tercer día; entonces, pues, compro queso de oveja. Si tuviera dinero compraría en la ciudad callos calientes, pero si la escudilla no es más grande que la palma de la mano y cuesta cinco cruceros, no te vas a poder hartar. Es mejor comprar cebolla, por lo menos un manajo entero es suficiente con pan para todo el día. Pero aquellos, Dios les guarde, ni eso tienen. En cuanto la emprenden por la mañana con sus panecillos de a diez cruceros, no dejan ni una miga, se lo tragan todo y después, con impaciencia, esperan

---

\* *Lapserdak*: especie de chaquetón largo de la vestimenta de los hebreos.



la llegada de la mañana siguiente. Sólo el muchacho ese hace igual que yo, compra para dos días una hogaza grande y le llega a ser suficiente. Podría subsistir más, porque no puede comer pan a secas, pero esos de ahí —el viejo señaló con el pie a un mozo que estaba durmiendo acurrucado—, éstos se lo quitan. Se tragan por la mañana su pan y a mediodía se dirigen a él como si fuera su propia despensa: “¡Dmitró, danos pan!” —le dicen—, y el tonto de él se los da.

— ¿Cómo puedo yo guardar pan si éstos pasan hambre? —respondió con voz sonora Dmitró, y su encantadora y dulce sonrisa se extendió por su hermoso rostro, brilló en sus grandes ojos, dándoles aún mayor encanto y atractivo.

— Vaya, vaya, tontuelo, ya verías lo que te iban a cantar éstos si tuvieran pan y tú no, y estuvieras pasando hambre. No conseguirías que te dieran, ¡antes te machacarían la cabeza con una piedra!

— Para qué hablar de ello —remarcó Dmitró con sencillez—, yo no se lo pediría.

— ¿Y tú por qué estás aquí? —preguntó Andréi, dirigiéndose a Dmitró—. ¿Por qué te han traído aquí? ¿A quién le machacaste tú la cabeza?

Dmitró se puso a reír.

— A nadie —dijo, alargando el sonido “a” como los de Boikovsk. A mí me detuvieron en Borislav, no tengo documentos.

— ¿Y de dónde eres?

— De Dzvinachi. Mi madre murió cuando la epidemia de la cólera, mi padre empezó a beber, vendió la tierra, después empeñó la jata y el otoño pasado murió. ¿Qué podía yo hacer? Los muchachos de mi aldea iban a Borislav y yo me pegué a ellos. ¿Y qué es lo que yo puedo ganar? Ni sé entenderme debidamente, ni fuerzas tengo para cargar algo, así que sólo podía trabajar junto a la bomba y limpiar el cucharón, pero por dicho trabajo pagaban cuatro o, todo lo más, cinco *shistkas*. Pasé el invierno de mala manera y en primavera pensaba meterme a servir en alguna parte, pero llegaron y me detuvieron.

— ¿Y hace ya tiempo que estás aquí encerrado?

— Pues ya hace un mes —respondió serenamente Dmitró con su voz calmada y sonora, casi aún infantil—. Aquí todos somos de Borislav —continuaba—, excepto ése, Stebelski.

— Ese, a decir verdad, él mismo se ha atraído la desgracia, —sonriendo tristemente remarcó el viejo—. El es un hombre instruido, terminó el “gimnasio”\*, todos los grados, pero lo que es aquí (el viejo hizo unos movimientos giratorios con los dedos cerca de la frente), parece ser que le falta algo. Al principio trabajó de escribiente en la municipalidad de Sámorsk, después dice que estuvo al servicio de un abogado, y después se degradó por completo.

— ¡Abuelo, eh, abuelo —le interrumpió la voz lánguida, como en sueños, de Stebelski—, diga las cosas tal y como son! ¿Qué significa eso “se degradó por completo”? ¿Cómo es eso de que yo me degradé por completo?

El viejo se sonrió.

— Sabe usted —seguía hablando el viejo, dirigiéndose a Andréi—, algo empezó a remorderle, de repente, y martirizarle. “¿Qué estoy haciendo? —se decía—. Estoy aquí escribiendo, ¿y para qué sirven estos papeluchos? La gente por ello no hace más que llorar y maldecirnos. Y además les cobro dinero por ello”. Y por eso, por causa de las lágrimas de la gente, su trabajo se le hizo tan aborrecible, que lo dejó. Vendió su ropa de señor y empezó a hacérselo todo él mismo. ¡Mire usted la guerrera que lleva puesta! ¡El mismo se la cosió!

— La persona que no se sirve a sí misma —empezó a hablar de nuevo Stebelski, fijando su mirada errante en el rincón oscuro de la celda—, contrae deuda con los demás. Y el que contrae una deuda es deudor. . . Debe pagarla. ¿Y si no tiene nada que dar ni sabe cómo? ¡Y se te presentan los acreedores, los mujiks, mujeres. . . lloran, te maldicen! ¡Por las noches no puedes conciliar el sueño. . . te entra miedo. . . se oye el llanto y las maldiciones! Lo peor son los niños, tan agotados, desnudos, hinchados. . . pero no te maldicen, sólo lloran y mueren. Como moscas, mueren. . . Dos años enteros he estado sin poder dormir, oía eternamente por las noches ese llanto. ¡Y tuve que dejarlo todo! ¡Y en cuanto empecé a servirme yo mismo, me sentí mejor!

— ¿Y cómo se sirve usted mismo? —le preguntó Teme-ra.

— ¿Cómo? —Stebelski fijó en él su turbia mirada—. Muy simplemente. Hago sólo aquello que me es necesario para mi existencia: cavo, llevo agua, pasto el ganado. Como

---

\* *Gimnasio*: liceo.

sólo lo que produzco con mis propias manos. Me visto con lo que yo mismo me coso. Duermo en el suelo. Y lo principal es que yo no como carne ni tomo la pluma en mis manos. Porque la carne hace retornar a la persona al estado de salvajismo, y la pluma, en sus manos, es más terrible que las garras del león, que los colmillos del tigre y el veneno de la serpiente.

— Ve usted —dijo el viejo, cuando Stebelski terminó su discurso—, esas son las ideas que aún le dan vueltas en la cabeza. Pero en lo demás es un hombre sano. Y trabajador, en eso no se le puede reprochar, y ¡qué sincero es! Si emprende alguna cosa, lo hace con toda su alma, aplica todas sus fuerzas. Pues tengo que decirle, además que dejó de ser señor y se puso a trabajar de jornalero en casa de un propietario. ¡Pues nada! Tampoco allí pudo aguantarse.

— ¡Vaya, cómo podía aguantar —pronunció Stebelski con voz indiferente—, si el amo rico contrataba a los trabajadores mientras que él no hacía nada y ante la menor falta abofeteaba al bracero!

— ¡Eso pasa en todas partes! —dijo el viejo riéndose—. Exactamente igual como dice el refrán, al tonto hasta en la iglesia le pegan. ¡Lástima me da! Es un hombre instruido, hijo de un cura. Y aún tiene libros, no ha aborrecido la lectura. Hasta aquí se ha traído algunos, pero los policías se los han quitado.

— ¿Y de dónde ha llegado?

— ¡De la misma Sambor, pues! Allí en Sambor vivió muchos años y nadie le molestaba cuando, de repente, esta primavera él oyó que llamaban a filas a los de la reserva para la instrucción. Sabrá usted, que él nació en esta región y vino aquí, se presentó para cumplir el servicio. Pero él fue licenciado para siempre desde cuando se heló los dedos.

— ¿Y cómo fue eso que se heló los dedos?

— Ya le han dicho que él está un poco... de la cabeza...

— Pues —me contaba—, iba yo una vez, en invierno, cuando hacía un frío que pelaba; me dirigía a Sambor de una aldea y en el camino vi un trozo de hierro, una especie de barra. “Vaya —decía, se ve que alguien la ha perdido; hay que dársela a la policía, que lo anuncien”. El tontaina de él cogió la barra de hierro y la llevó arrastrando más de una milla...

— Milla y media —le corrigió con voz indiferente Stebelski, el cual, tumbado en el suelo, escuchaba el relato del

viejo. Andréi le echó una mirada y el viejo seguía hablando, como si nada le importara que Stebelski le estuviera escuchando—. Trajo la barra al puesto de policía y allí se burlaron de él. Después querían cogerle aquel pedazo de hierro pero, qué va, el metal se le había pegado a la mano. Le llevaron al hospital, y nada ya se podía hacer, el doctor se vio obligado a amputarle los dedos.

Stebelski, como para confirmar la veracidad del relato, levantó la mano derecha. En ella todos los dedos no tenían la primera articulación.

— Y lástima da, es un hombre instruido, y a nadie le hace mal, es muy pacífico. También le van a llevar a su lugar de residencia, pero ya está aquí cerca de un mes. Aquí le están consumiendo en este infierno y lo peor es que de su propio dinero le dan cada día no más de catorce cruceros, porque cuando los gendarmes le arrestaron en la estación, a su llegada, le quitaron el certificado de licenciamiento y treinta nueve guldenes; de ese dinero le dan de comer.

— Y el certificado escolar de ocho grados —añadió Stebelski—, tres libritos, y treinta y nueve guldenes, y el certificado escolar de ocho grados —balbuceó otra vez, como si aprendiera la frase de memoria. Después se alzó, se sentó en el suelo y, volviendo su pálido rostro, falto de toda expresión, hacia Andréi, preguntó:

— *Et dominus... intelligit latine?*

— *Intelligo.*

— *Et germanice?*

— *Intelligo\*.*

— *Und Sie... Sie kennen die allgemeine Geschichte von Gindely —die hat man mir abgenommen, drei Bände: Geschichte des Alterthums, Geschichte des Mittelalters und die... die Geschichte der neuen Zeit\*\*.*

— ¡Persona instruida... inteligente cabeza... —susurró para sí el viejo—, es una lástima que se haya vuelto loco! Es propio de su familia. También su madre, la pobre, se fue por el mismo camino... .

---

\* El señor... ¿comprende latín? —Comprendo—. ¿Y el alemán? —Lo comprendo (*latín*).

\*\* Y usted... usted conoce la historia universal de Gindely,— me la quitaron, tres tomos: historia de la Antigüedad, historia de la Edad Media y... nueva historia (*alemán*).

— *Et quas scholas dominus absolvit?*\* — seguía preguntando Stebelski.

— Estudiaba en Lvov en la facultad de filosofía.

— *Ergo, philosophiam mejorem!*\*\*

— No —contestó Andréi—, sólo hay una filosofía, no la hay ni superior ni inferior; lo que sí hay es filosofía menos falsa y más falsa, pero, por cierto, ¡sólo Dios es posible que lo sepa!

Stebelski escuchaba con los ojos muy abiertos como si no hubiera comprendido ni una sola palabra, después bajó la cabeza y se tumbó de nuevo sobre el suelo mojado y resbaladizo por los escupitazos.

#### IV

— Pues mire ese hebreíto —dijo el viejo después de un minuto de silencio, señalando con el pie al muchachito de cabellos negros, que estaba durmiendo en la cama—, éste es del lugar. Se ve que es de “los rateros”. No sé, ¿para qué y por qué le tienen aquí detenido? Ya está aquí unas dos semanas. ¿No es así, Dmitró?

— Mañana cumplirá exactamente dos semanas —confirmó Dmitró.

— No sé lo que va a pasar con él, aún no le han interrogado ni una sola vez.

— ¿En dos semanas ni una sola vez le han llamado? —exclamó Andréi.

— Eso es, no le han llamado. Aquí encerrado está, a nadie le interesa lo que le pasa y el señor inspector no lleva prisa... Pero aquel, ese es nuestro síndico, pues ya ha pasado aquí el invierno.

— ¿Precisamente quién? — preguntó Andréi al no ver a nadie.

— Aquí tenemos a otro ciudadano más. ¡Eh, tú, levántate, oyes, holgazán! ¡Muévete, carroña!

Tras la llamada del viejo, en el rincón más oscuro, detrás de la cama algo se removió y de allí, como si saliera de la tumba, lentamente se alzó una visión terrible, un verdadero procedente del otro mundo. Era un mozo de unos veinticuatro años, de estatura media, de ancha cara, de

---

\* ¿Y qué escuela terminó usted? (*latín*).

\*\* Por lo tanto, la de filosofía superior (*latín*).

frente baja, hundida, de rala vegetación negra en el rostro y largos cabellos desgredñados, que le daban un aspecto más horrible aún a su cara, ya de por sí espantosa y salvaje. Sus grandes e inmóviles ojos fulguraban con un brillo cadavérico vidrioso: así alumbran en la oscuridad los pedazos podridos húmedos de madera. El color de su cara, al igual que el de los demás moradores de aquella guarida, era algo terroso; además, este infeliz, se ve que hacía tiempo que no se había lavado y la suciedad se le había pegado como una costra en las sienas. Para colmo, estaba casi por completo desnudo, ya que no se puede llamar ropa una camisa de la que no quedaba más que el cuello, las mangas y un trozo alargado de tela que colgaban de los hombros hasta la cintura. Nada más llevaba. Andréi se estremeció de lástima y repugnancia al ver a este miserable y salvaje ser humano. ¡En efecto, no de la buena vida se había hecho un salvaje! Al mirar otra vez atentamente a aquel hombre, Anréi vio que se le habían hinchado las piernas, se parecían a troncos y brillaban con un tinte azulado, propio de las hinchazones hidropésicas. Igual era su enorme vientre, horriblemente hinchado, que le hizo recordar a Andréi los salvajes americanos que se alimentan de tierra, cuyas imágenes, con los vientres también espantosamente hinchados, había visto cierta vez. Sólo los brazos, fuertes y sólidos, indicaban que era un obrero, arrancado, Dios sabe por qué maldita suerte, del trabajo y lanzado aquí para su perdición.

— Mírelo, ése es nuestro “ciudadano”, mejor dicho Bovdur el imbécil —dijo el viejo—, tal es su apodo. Y aquí en la celda él es el síndico, como es la costumbre. El que más tiempo lleva encerrado se convierte en responsable. Y él, aquí, gloria a Dios, se ha pasado el invierno. ¡Mire qué bien cebado está! ¡Qué hermoso, que no le hagan maleficio! Nosotros así le mantenemos para mostrarlo; a lo mejor alguien lo quiere comprar para la matanza. Ahora le alimentamos poco a poco, no hace más que estar tumbado; se ha hartado tanto que a duras penas se mantiene en pie. Pero si agarra algo con las manos pasa ya a ser suyo, que aún tiene fuerza en ellas, vaya, fruslería, ¡también de ello puede seguir creciendo! . . .

Todos en la celda se echaron a reír al oír las ocurrencias del viejo, todos menos Andréi y Bovdur. Este aún seguía de pie en el mismo lugar donde se presentó ante Andréi, derecho, balanceándose sobre sus gruesas piernas hinchadas;

parecía estar pensando en algo, como decidiéndose para cometer un acto temerario, y a través de sus labios semiabiertos, azules, brillaban los dientes, fuertemente apretados, como si estuviera cobrando ánimo para realizar lo pensado. El, lenta, muy lentamente recorría la celda con su mirada, fijando sus ojos, de vez en cuando, en la persona que estaba tumbada boca arriba sobre la cama y dormitaba bajo el murmullo contenido de los arrestados.

— Así como le ve usted, no sale a la ciudad —continuaba el viejo—, ni va al trabajo. Al principio, él mismo no quería, ahora es posible que fuera, pero no le dejan.

— ¡Y qué! ¡Yo mismo no quiero! —respondió ronco Bovdur—. ¡Que se vayan al diablo con su trabajo! ¿Qué me pueden dar por ello?

Dicho esto, Bovdur pasó por encima del viejo hebreo, que estaba durmiendo en el suelo, por encima del hombre-zuelo que seguía sollozando, y con paso inseguro se dirigió a la tina, la levantó como si fuera una pluma, bebió, después metió la mano bajo la cabecera del campesino que dormitaba, sacó de allí una pequeña pipa de arcilla, extrajo de ella lo que quedaba del tabaco semiconsumido, llamado en estos lugares “baga”, se lo echó en la boca y, sin darse prisa, empezó a mascar, escupiendo de vez en cuando algo parecido a una pasta negra que se pegaba a las paredes y al suelo. Después de realizar este atrevido acto, respiró con alivio y, parado en medio de la celda, agitó la mano:

— ¡Pues no voy a trabajar para ellos! ¡Que se los lleve el diablo! ¡Antes me pudro aquí que ir a trabajar! —Después soltó de nuevo un escupitazo de unguento negro sobre la pared, encima del mismo rostro del hebreo dormido.

— ¿Y por qué te tienen aquí tanto tiempo? —preguntó Andréi con voz temblorosa. Bovdur fijó en él una mirada salvaje, como si Andréi, con aquella pregunta, le hubiera removido una herida muy dolorosa.

— ¡Me tienen detenido, porque me tienen detenido! —gritó y añadió luego—: Me quieren mandar bajo escolta a la aldea donde yo nací y yo les digo que no nací en ninguna aldea. “¿Pues en dónde naciste?” — “¡En un camino!” — “¿Pues en la tierra de quién está ese camino?” — “Aquel camino no está en la tierra de nadie porque él no tiene tierra: yo nací en el agua cuando mi madre atravesaba el Dniéster sobre una balsa”. — “Y dónde está esa balsa?” —

“Probablemente se la llevó el agua porque no la tengo aquí metida en la faltriquera”. — “Bueno, ¿pero dónde recibiste la bendición?” — “No lo recuerdo, vayan y pregúntenlo a aquellos que me mantuvieron sobre la pila bautismal y mi destino me robaron”. — “¿Pues dónde te escondías?” — “Entre la gente valiente”. — “¿En qué aldea?” — “¡Gente osada la hay en cada una de ellas!” Este fue el interrogatorio que me hicieron. No hubo más preguntas, ordenaron traerme aquí y, gracias a Dios nuestro Señor, me encerraron como precintado y no me molestan más con toda clase de tonterías.

Bovdur escupió de nuevo, pasó por encima del mujik que sollozaba y del hebreo dormido y se hundió en su rincón, cubriéndose las piernas con un saco roto.

Después del relato de Bovdur, Andréi se sintió aún más aterrado. ¿Qué le dio la vida a este hombre? ¿Cuáles deben ser ahora sus recuerdos, sus esperanzas? Trataba de llegar a comprender cuán desesperante era su situación y sentía que sus pensamientos se le embrollaban en la cabeza, que él muy pronto se asfixiaría en aquel terrible abismo. Claro que la imaginación amargada de Andréi exageraba en extremo los tintes negros, dibujándole un bastardo huérfano, tratado a la baqueta por cualquiera a quien le viniera en gana, olvidado y pisoteado desde la infancia por el desprecio humano, sin conocer en toda su vida lo que es la alegría, ni la cordialidad, ni el amor. Por cierto que aunque ello era verdad, no lo era del todo. Bovdur tuvo también en su vida minutos de dicha y amor, tuvo él fieles amigos, igual de desdichados y huérfanos como él, pero todo ello se cubrió ahora de una corteza de salvajismo y del olvido y su pensamiento daba vueltas como un conjuro entre el puñado de “baga” y el trozo de pan, sin ver el pasado ni el futuro. Y los “*panes inspectores*” no se daban mucha prisa en soltarlo, por eso Bovdur seguía arrestado, abandonado por Dios y por la gente, seguía detenido y se hinchaba y pudría vivo, olvidando todo lo que en otros tiempos le rodeaba, y a medida que decaían sus fuerzas se compenetraba de una mayor repugnancia hacia el trabajo.

— ¿Es decir que él se alimenta sólo de pan? —preguntó Andréi al viejo.

— Hace ya seis meses que se alimenta sólo con pan. Y hay que ver cómo vive: por la mañana le traen un pan de a catorce cruceros, se lo pone delante y se lo come entero



hasta la última migaja, después espera a que llegue la mañana siguiente, o si no, le pide al tonto de ese muchacho un trozo para cenar, se comprende que para nunca jamás devolvérselo. . .

— ¿Así que él nunca sale de esta madriguera?

— No, desde el momento en que yo llegué aquí no le he visto ni una sola vez en el patio. No sé cómo vivía antes. Oye, Bovdur, ¿tú antes saliste alguna vez?

Bovdur tosió secamente y después gruñó:

— No, no he salido a ninguna parte, sólo una vez fui al interrogatorio.

— Pues, no puedo comprender cómo ha resistido aquí el invierno con ese traje de Adán —seguía diciendo el viejo—. Cuando me trajeron aquí estábamos aún en invierno y hacía mucho frío. Entró, y hacía un frío que pelaba, Dios me guarde, y él estaba solo, tumbado en aquel mismo rincón, cubriéndose con ese mismo saco. Estaba amoratado y no decía ni palabra. Anduve un poco, me froté las manos, pero vi que de nada me valían aquellos movimientos y empecé a gritar: “Eh, gritaba, que no soy el hijo de Dios, ¿por qué me martirizan de esa manera? Sólo los fariseos martirizaron así al hijo de Dios, como ustedes lo hacen conmigo”. Claro que me riñeron, pero después encendieron la estufa, más para aparentarlo, pero nos calentamos un poco. Y desde entonces, mientras no terminaron los fríos, de la misma manera, un día sí otro no, calentaban la celda.

— ¿Y hasta que usted no llegó no la calentaban? —preguntó Andréi, estremeciéndose como si tuviera frío.

— Bovdur dice que calentaban, pero muy raramente, cuando les venía en ganas.

— ¿Pues por qué tú no se lo recordabas? —preguntó Andréi.

— ¿Cómo que no se lo recordaba —contestó furioso Bovdur—. Al principio yo también gritaba, pero me apaleaban, porque estaba solo.

— ¡Tú estabas solo! —Andréi soltó un grito de asombro—. ¿Y mucho tiempo estuviste solo?

— Un mes entero. Adrede no traían aquí a nadie, los metían en otras celdas.

— ¿Acaso el médico no entra nunca aquí?

— ¡Eh!, ¡vaya ocurrencia, qué gracioso! ¿El médico? ¿Y quién le va a pagar aquí? —dijo el viejo con una sonrisa amarga.

— Pero es que existe una instrucción según la cual el médico debe examinar diariamente, o por lo menos una vez a la semana, todas las cárceles donde hay arrestados.

— ¡Puede ser que exista en alguna parte esa instrucción, pero no aquí, en Drogóbich! ¡Qué falta tenemos de instrucciones! ¡Somos amos de sí mismos!

— ¿Es decir que aquí nunca viene ninguna inspección?

— ¡Ni se asoma!

## V

En la celda se armó ruido. Los que estaban dormidos se despertaron, se levantaron; sólo Stebelski seguía en su lugar, y Bovdur, quien, apoyándose en la mano, atontado, seguía fijo en su rincón, mascando la “baga”. El viejo hebreo empezó a preguntar a Andréi, primero en idioma hebreo, después en ucraniano, mientras que el mujik, que estaba sentado a su lado en el suelo, se agarró la cabeza con las manos y balanceándose, empezó de nuevo a llorar repitiendo con voz entrecortada:

— ¡Maldita sea mi surte-e que me ha traído-o a este Drogóbich! ¡En vez de seguir tranquilo en Boris-la-a-v o comprar con esas miserables cinco *shistkas* que me gané un poquito de harinita a mis niños y volverme a mi casa!..

— ¡Vaya propietario! —dijo en tono de broma el viejo—. Trabajó un día en Borislav, se ganó cinco *shistkas*; con motivo de la fiesta se fue a Drogóbich a comprar pan. ¡Y se atildó, para conjurar el mal de ojo, como el cura en día de pascua! Los pantalones, fíjese en ellos, pues se anda mejor cuando a la persona se le pega al cuerpo la menor cantidad posible de esa tela. Y la pelliza también es la de los días de fiesta; quiso recoger el faldón, pero se ve que, por equivocación, lo arrancó. ¡O puede ser que haya estado invitado en alguna parte y los amigos no querían dejarle que se fuera; se agarraron al faldón, pero él, pecador, no podía estar quieto en su sitio, ya era hora de ir a la ciudad, ver a la gente, que le vieran a él, y dejó allí el faldón, huyendo de sus queridos amigos! ¡Y nada más presentarse en ella se plantó cerca de la catedral en el lugar más visible, cuando se le acercaron volando los arcángeles, le cogieron con sus blancas manos y le invitaron muy humildemente a entrar en este palacio!

Escuchando las habladurías del viejo todos reían menos el mujik, que lloraba.

— Hijitos mí-os —se lamentaba—, ¿qué va a ser de vosotros? ¡Os dejé solitos en la jata, a cual más pequeño y sin una miga de pan! ¡Váis a morir de hambre si mañana no regreso a casa!..

— ¡Ah!, muy lejos está ese mañana —dijo el muchachito hebreo de cabellos negros—. ¡Hoy tenía que haber regresado y no ir a Drogórich a buscar la dicha!

— ¡Cállate tú, no me mates con cuchillo de palo!— le gritó el mujik y, decaído de ánimo, se puso a sollozar como un niño.

— Que no —dijo resuelto un minuto más tarde—, ellos deben soltarme hoy. ¿Qué falta he cometido? ¿Acaso he robado algo? ¿O he matado a alguien? ¿Por qué causa me pueden tener aquí detenido?..— Y después de pronunciar estas palabras se levantó del suelo, se acercó a la puerta, pegó su cara a la mirilla tapada, donde a través de una rendija se veía parte del zaguán y aparecían y desaparecían, como sombras, los policías que iban y venían.

— ¡Abuelo Pankó! —llamó en este momento al viejo el campesino que estaba tumbado en la cama—. Abuelo Pankó, ¿es usted el que me ha sacado de la pipa el resto del tabaco?

— No, no he sido yo —respondió el viejo—, otro ha sido el huésped que se le ha acercado.

— ¿Quién ha sido? —preguntó el campesino, amenazador, frunciendo sus espesas cejas negras.

— ¡Pues nuestro “ciudadano”! ¡Aún está mascando la rumiadura! —El campesino permaneció un minuto callado, miró enojado hacia el rincón donde estaba agazapado Bovdur, después, sin decir palabra, se acercó a él y le dio un puñetazo tan fuerte en la cabeza que Bovdur se dio con la nuca contra la pared.

— ¡Oye, tú, Bovdur pestilente! ¡Te he dicho ya de una vez y para siempre que no me robes! ¡No toques lo mío! ¡No lo toques siquiera que no te lo has ganado!

Como respuesta, Bovdur, con todas sus fuerzas, le dio un terrible puntapié al campesino en el vientre, a pesar de que sintió al hacerlo tanto dolor en la pierna que exhaló un gemido. El campesino se tambaleó y se vio obligado a apoyar la espalda en la pared.

— ¡Que te parta un rayo! —gritó—. ¿Así es como pagas tú por mis bienes?

— ¡Sólo te deseo que tengas tales bienes en el otro mundo, tacaño! —le gritó como respuesta Bovdur, enderezándose sobre sus piernas a duras penas—. ¡Por una pulgada de tabaco es capaz de machacarle la cabeza a una persona!

— ¡Y los ojos te voy a sacar por lo mío! —contestó el campesino—. ¡Lo que es mío, no lo toques! ¿Te está claro? Gánatelo con el sudor de tu frente y también tendrás. ¡Yo, por cierto, no toco lo tuyo!

— ¡Claro que no lo tocas, mientras estoy vigilando! ¡Pero en cuanto me doy la vuelta lo aúñas en seguida! ¡Te conozco!

En vez de responderle, el campesino levantó el puño amenazador.

— ¿Qué, te da pena perder esa rumiadura? —dijo Bovdur sombrío, fijando en él su mirada—. ¡Tómala, que se te atragante, si por ella tanto enseñas los dientes! —Y dichas estas palabras, Bovdur escupió al campesino en la cara toda la rumiadura mascada.

Un líquido espeso, pestilente, corrió por la cara, la barba, se vertió por la camisa, en el seno, dejando tras sí unas franjas negras. El viejo Pankó se echó a reír, Dmitró se acurrucó todo él en su pelliza temblando de miedo de que iban a pelearse.

— ¿Qué has hecho, canalla? ¿Qué, perro, qué te mereces por ello? —gritó el campesino con voz ahogada por la rabia, acercándose con los puños en alto a Bovdur.

— Te he devuelto lo tuyo y además con añadidura —le contestó sombrío Bovdur y, sin esperar a que le atacara, le dio con la rodilla tal golpe al campesino, que éste soltó un quejido, se tambaleó y cayó al suelo a todo lo largo. Hecho aquello, Bovdur se tumbó de nuevo, tranquilamente, en su rincón sin prestar más atención a los gritos y blasfemias del campesino derrotado.

— Este, nuestro “intendente mayor” —dijo en tono burión el viejo Pankó a Andréi—, guarda sus bienes como la niña de los ojos y no hace más que pensar en sacarle un ojo de la cara a Bovdur, pero hasta hoy día no lo ha conseguido. ¡Y valdría la pena, ay, ay, valdría la pena, por una pulgada de “baga” . . . el ojo!

— ¿Y de dónde es usted, amo? —preguntó Andréi al campesino, pero éste, resoplando enojado, ya estaba tumbado en su cama, daba chupadas a su pipa y miraba fijamente al techo como si no hubiera oído la pregunta.

— Es de Dorózhev —seguía, burlón, el viejo Pankó—. Es una aldea grande —Dorózhev— y viven allí famosos cortadores de orejas, incendiarios, ladrones empedernidos y todos se pelean entre sí por lo tuyo-mío y han llegado a tal extremo que ahora nadie sabe dónde está lo mío o lo tuyo.

— Tú, abuelo, mejor sería que cerraras el pico y callaras, y no dijeras tonterías —refunfuñó el de Dorózhev.

— ¡Poco me importa tu persona —le respondió, riéndose, el abuelo Pankó—, hasta en esto me tienes envidia, codicioso! ¡Pues no es tuyo lo que te estoy diciendo!... A él, pecador —seguía hablando el viejo, dirigiéndose a Andréi—, también por “lo mío” y “lo tuyo” le han encerrado: compró en cierto sitio a un hebreo una piel por treinta cruceros, mientras que la piel valía un *gulden* y medio. El vendedor cogió los treinta cruceros y desapareció, mientras que a él, ese esclavo de Dios, los hebreos lo cogieron de la mano y lo trajeron a la “jata de Iván”\*.

El viejo se echó de nuevo a reír, tras él estallaron en risa Dmitró y el muchachito hebreo de cabellos negros, llamado “maestro carterista” por el viejo Pankó. El campesino de Dorózhev callaba y sólo resollaba, echando humo por la boca hacia el techo. Andréi todo este tiempo estaba parado cerca de la pared, junto a la cama del viejo, con el abrigo echado sobre el brazo. Las piernas empezaron a dolerle y a temblar, pero él no se podía forzar a sentarse en alguna parte, ya que demasiado repugnante era aquella suciedad y abominación. Impotente de seguir en el mismo lugar empezó a andar por la celda, pasando entre las camas y por entre las personas que estaban tumbadas en el suelo y, a pesar de todo, no podía hacer más de cinco o seis pasos en una dirección. Todos estos repugnantes y tristes acontecimientos de la vida en la cárcel, que de repente cayeron sobre él como un torrente, nublaron su cabeza, corriendo en sus pensamientos en una especie de danza abigarrada, desordenada y loca. Toda la ruindad, toda la villanía, toda la perversión que le rodeaban en aquel estrecho cuchitril y más allá de sus paredes, en todo el mundo, en el más bajo fondo de la sociedad humana, donde de repente se vio lanzado, todo aquello dolor humano cayó sobre él como una pesadísima carga, hundió en él sus fuertes garras, apagó en su alma su propia pena abrasante.

---

\* “jata de Iván”: cárcel.

Pero allá, fuera de las paredes de este repugnante cuchitril, en el patio lleno de sol, embaldosado con losas planas, alegres, reían a carcajadas los policías que estaban jugando al "kix"\*. Hasta el fondo de la celda llegaban los golpes del mazo sobre la "kichka"\*\*, se oían las risas y discusiones, los gritos de algunos hebreos que habían sido detenidos en el camino con una manada de bueyes y que habían sido encerrados en el patio de la municipalidad. Se oía también el crujir de una palanca de hierro, alguien estaba sacando agua del pozo. Nada más se oía y tampoco se veía nada; la misma triste semioscuridad, la misma maldita e inmóvil sombra en las sucias paredes llenas de escupitazos, sobre las camas y en el suelo mojado.

— ¿Pronto será de noche? —pronunció el abuelo Pankó, llenando la pipa—. ¿Usted, señor —preguntó a Andréi—, no fuma?

— No, no fumo. He aprendido lo que estudiaba, pero no he podido aprender a fumar.

— Pues usted es aún un hombre feliz. Pero yo, Dios es testigo, la diñaría aquí si no dieran de fumar. Cada semana consumo dos paquetes de tabaco, me es más económico que si comprara cajetillas.

Dmitró, mientras tanto, para ver si quedaba mucho hasta que se hiciera de noche, se subió sobre el asa de hierro de la cama, alargó los brazos, se agarró a la reja de la ventanilla, se alzó y miró al patio. En aquel mismo instante se oyó un chasquido y, Dmitró, como si se hubiera escaldado, soltó las manos de la reja y cayó al suelo, dándose un golpe en el costado contra la cama de hierro.

— ¿Es que no te puedes estar ahí quieto, ladronzuelo desdichado? ¿Aún te vas a asomar a la ventana? —se oyó desde el patio el grito del cabo, el cual, precisamente en aquel momento, pasaba frente a la ventana con un látigo de cuero y, al ver las manos de Dmitró le dio con todas sus fuerzas con el látigo. Dmitró soltó un gemido, se levantó y con tristeza miró sus manos en las que aparecieron dos moraduras anchas que se hincharon a lo ancho como dos longanizas. Sonriéndose a través de las lágrimas le dijo al abuelo Pankó: "¡Pronto se pondrá el solecito!" Después se sentó en la cama, se enjugó las lágrimas con la manga y empezó a soplar sobre sus manos, que le dolían mucho.

\* Juego a los palos.

\*\* Palito corto sobre el que se golpea con el mazo al jugar al "kix".

Sonó estridente el candado, rechinó la llave, se entreabrió la puerta, y en la rendija, sin dejar pasar del patio ni un sólo rayo de luz, apareció la cabeza del cabo.

— ¡Andréi Temera! ¡A ver al *pan* inspector! —gritó, y cerró la puerta después de salir Andréi.

Después de su salida, en la celda todo quedó en silencio durante un minuto.

— Qué señorito más afable es ese desdichado —sonó la voz del abuelo Pankó.

— Sí, sí, mendigo o un holgazán es —gruñó para sí el propietario de Dorózhev—. ¡A los señoritos decentes no se les lleva escoltados!

— ¿Y a los propietarios decentes de Dorózhev sí se les lleva? —en tono mordaz preguntó Dmitró.

— Tú, renacuajo, ¿por qué te metes en lo que no te importa? ¡Mejor será que te calles! —le gritó el de Dorózhev.

De nuevo quedó la celda en silencio, interrumpido solamente por las chupadas que el abuelo Pankó daba a su pipa y por los sollozos lastimeros del mujik andrajoso; éste seguía, como antes, junto a la puerta y parecía esperar un milagro, que abriera de repente la puerta ferreteada ante él y le dejara en libertad con sus cinco *shistkas* para ir a salvar a sus chiquillos hambrientos.

Chirrió de nuevo el candado, se abrió la puerta y dejó pasar a Andréi que llevaba su abrigo sobre el brazo.

— ¿Pues, qué le han dicho? —preguntaron varias voces a un mismo tiempo.

— Nada —respondió, triste, Andréi—. Me han interrogado y ordenaron esperar hasta que lleguen los papeles. —Se calló y empezó a andar por la celda. Se callaron también los demás. ¡Todos recordaron que cada uno de ellos esperaba, hace mucho ya, esos papeles y, probablemente, a alguno de ellos, a la vez con su propia desdicha, se le oprimió el corazón al sentir lástima hacia este joven, el cual, por una palabra del alcalde y del inspector, ha sido condenado, quizás a una tan prolongada espera como ellos, que por causa de dicha palabra, al igual que ellos, ha sido apartado del trabajo, separado de los amigos y conocidos, de todo lo hermoso, del mundo libre, y encarcelado aquí en este repugnante sótano en los bajos fondos de la esclavitud social!...

El primero en violar el penoso silencio fue Bovdur. Como un fantasma, se levantó de su rincón y, acercándose con la mano tendida hacia Dmitró, le dijo brusco:

— ¡Dmitró, dame pan!

— ¡Dale alquitrán ardiente y no pan! —dijo el de Dorózhev.

Peró Bovdur, sin prestar atención a este amable consejo, alargó aún más la mano, casi hasta las mismas narices de Dmitró, y repitió:

— ¡Dmitró, dame pan!

— Si tengo muy poco, no tendré con qué desayunar si te lo doy, hasta que traigan de nuevo. Y yo tengo que ir al trabajo.

— ¡Dame pan! —insistía Bovdur con terquedad, sin hacer caso de ningún argumento.

— Si te estoy diciendo que tengo muy poco para mí.

— ¡Pues yo no tengo ni una sola miga y tengo hambre!

— No te lo tragues todo por la mañana, deja para la tarde —dijo el abuelo Pankó.

— ¡Cállate, viejo tonto! —le dijo Bovdur furioso y se dirigió de nuevo a Dmitró—: ¡Me oyes, dame pan!

Peró el abuelo Pankó esta vez no admitió la ofensa. Como un joven saltó de la cama, golpeando el suelo con su pata de palo.

— ¡Oye, tú, carroña! —le gritó—, ¿qué señor eres aquí que no se te puede decir ni una palabra? ¡Ah, miserable descamisado! ¡Anda, vete a pudrirte en tu rincón, hasta que los gusanos te coman por completo!

Y él, con su fuerte mano, le dio tal empujón a Bovdur, apartándole de Dmitró, que fue a chocar contra la pared.

— ¡Bueno, bueno, empuja, empuja, que la fiebre te zarandee así! —gruñó Bovdur entre dientes.

— ¡Que te maten a ti las calenturas! —le interrumpió el viejo Pankó—. ¿Por qué no dejas en paz al muchacho? ¿Acaso come tu pan? Mete su pezuña en las mismas narices: “¡Dmitró, venga, dame pan!”

— Pues yo así lo quiero, ¿y qué me vas a hacer? —persistía Bovdur.

— ¡Pues qué voy a hacer contigo, satanás! ¡Que se las arregle contigo en el bosque el diablo y no yo!

A Andréi se le hizo insoportablemente amargo oír aquella pelotera. Primero intentó apaciguar al viejo, después sacó



del bolsillo un trozo bastante grande de pan y se lo dio a Bovdur con estas palabras:

— Anda, toma, cena si es que estás hambriento. Es lo que me queda de casa, ¡yo no estoy ahora para comer!

— ¡Ay, señor —dijo el viejo Pankó—, para qué reparte usted su pan! Si no ahora, dentro de una hora o mañana por la mañana tendrá hambre, pero no le van a traer pan pronto.

— No, no, no tendré ganas de comer —respondió Andréi—, y si llego a tener hambre, creo que aguantaré hasta que traigan.

— ¿Y tiene usted dinero con qué comprarlo?

— ¡Tengo, tengo! Tengo cincuenta *guldenes*; los cogí prestados a la persona que fui a ver; tendré que gastarme algo de ese dinero, aunque, a decir verdad, no es mío.

— Claro, es lógico, cuando no queda otro remedio, hay que salvarse de la desgracia como sea —dijo el viejo Pankó.

Bovdur, en aquel momento, fijó en Andréi una mirada extraña y horrible. Sin dar las gracias, en silencio mantenía el pan en la mano, como si Andréi no le hubiera dado un trozo de buen pan candeal, sino un hierro candente: hasta tal punto se descompuso su rostro y tomó una expresión salvaje, imposible de describir. Difícil era adivinar lo que estaba escrito en aquella cara: dolor, codicia o agradecimiento, pero, por cierto, nadie en la celda prestó a ello atención. Bovdur, después de examinar durante un minuto a Andréi, como si le midiera con la mirada por todos lados y apreciara su fuerza, estrujó en su mano derecha el pan, mordió de un golpe un trozo bastante grande y, sin decir palabra, se escurrió hacia su rincón y se hundió en las tinieblas. Sólo se oían los chasquidos sordos de su boca al masticar el pan duro.

— ¡Dios mío, qué diferente es la gente en el mundo! —de nuevo empezó a hablar el viejo Pankó—. Uno, como éste de Dorózhev por un trozo de pan está dispuesto a sacarle los ojos a su propio hermano, mientras que otro, a pesar de estar hambriento, le da al vecino lo último que le queda. Y no sólo determinadas personas son así, sino aldeas enteras. En una aldea la gente riñe entre sí, se pelea por los linderos, por los puentes, por un palmo de prado, de cardencha, en una palabra, ¡la vida de esa gente es un infierno: al mendigo no le dan limosna, al caminante, asilo, a nadie le ayudan. Lo único que saben es: “¡Esto es mío! ¡Esto es mío!” Y temblando se pasan la existencia por eso “suyo”, pero al mismo tiempo eso “suyo” lo pierden y cada vez se les hace más estrecho

el mundo. Mientras que en otras aldeas la gente vive como hermanos, en paz y armonía... Ni riñas, ni calumnias, se ayudan mutuamente en las labores, con dinero y con el ganado, le sacan a uno de un apuro, al mendigo no le dejan ir con las manos vacías, al caminante asilo le dan, de comer y, no obstante, no empobrecen, viven, van tirando y a sus hijos bienes les dejan. Yo lo sé bien, a pesar de no haber andado mucho tiempo por el mundo pidiendo limosna. Por eso les puedo decir que allá en la Ladería la gente es mucho mejor que la del Valle.

— ¡Es posible que así sea porque allí son más pobres! — profirió Andréi.

— Dios debe saberlo por qué — contestó el viejo—. Parece ser que así es y parece que no. ¡El caso es que allí en Doly la tierra es mejor y los propietarios son más ricos, pero la enemistad entre la gente es tan grande, tal es la discordia que Dios nos guarde! ¡Mientras que aquí, entra en la casa del más pobre y no te deja marchar con las manos vacías, cualquier cosa te da, te la pone en la mano.

Mientras tanto anochecía. Se puso el sol y en la celda la oscuridad se hizo completa. El viejo Pankó se levantó, tras él lo hizo Dmitró y los dos se pusieron de rodillas para rezar.

— Bueno, ya es hora de acostarnos — dijo el viejo después de haber rezado—. Sólo no sé dónde se le podría dar sitio, señorito. Yo le cedería mi puesto, pero estoy viejo e inválido...

— No, no, de ninguna manera — le interrumpió Andréi—. ¡No faltaba más! No quiero dormir, mis piernas aún son jóvenes, están sanas, pasaré la noche de pie, después ya veremos lo que Dios nos va a traer.

— ¡Vaya, pero qué dice usted! Hablar es fácil, pero no se puede hacer así — objetó el abuelo Pankó—. Usted podría cederle su sitio al señorito — le dijo el viejo al de Dorózhev.

— Aquí no tenemos sitio para los señoritos — gruñó en respuesta el de Dorózhev—. Los señoritos deben portarse como señores y no andar por ahí tirados en las cárceles. Y si el diablo lo trajo aquí, que se acueste debajo de la cama. ¡Allí podrá estar más seguro, hay sitio para darse vueltas y no tiene donde caer!

Andréi se sintió muy ofendido por aquellas duras palabras, pero se calló y pidió una vez más al viejo Pankó que no se molestara, que él ya se preocuparía de algún modo de sí mismo.

De repente Dmitró le dio un tirón del faldón y susurró:

— Usted, señor, ande un poquito aún, yo voy a dormir y cuando se canse y quiera dormir despiérteme, yo me levantaré y le dejaré mi sitio.

— Bien, hermano, Dios te recompensará —dijo Andréi—. Anda, toma mi abrigo, cúbrete, que de noche hace frío; aunque es ligero, tengo ya cansado el brazo de llevarlo colgado.

Todos se acostaron, unos se quitaron la ropa, otros no. Sólo Andréi, con los ojos desencajados, para no tropezar en la densa oscuridad, empezó a caminar lentamente, como un desasosegado, por la celda, golpeando rítmicamente con sus zapatos el mojado suelo de asfalto.

## VII

Sus pensamientos, agobiados por el terrible peso de las impresiones del día de hoy, al principio se interrumpían y confundían. Subían a la superficie fragmentos, sin ligazón, de todo lo que había visto y oído y quemaban su cerebro por su clamante injusticia, le helaban la sangre por su infinita ignominia. Pero, poco a poco, a medida que la oscuridad se hacía más densa, tapándole más y más su mirada, sus pensamientos se fortalecían, se tranquilizaban, se ponían en orden, la memoria dominaba la imaginación, y su espíritu, aunque con cierto esfuerzo, empezó a alzarse de aquella oscura celda hacia las estrellas forestales, hacia las límpidas aguas, hacia el alegre y libre mundo que había dejado por la mañana. ¡Vete a saber, para cuánto tiempo! . . .

¡Y este mundo nunca le había parecido tan hermoso, tan alegre, tan libre como en estos últimos días y, en particular, la mañana de hoy! Nunca su alma se sintió tan audaz como ahora, precisamente ante esta terrible y profunda caída. Nunca en su cabeza pulularon tantas brillantes esperanzas en el futuro como justamente hoy día, unos minutos antes del golpe que acabó con ellas en su mismo germen. ¡Nunca la estrella del amor brilló para él con tanto fulgor, tan maravillosamente, tan atrayente como hoy día, un minuto antes de extinguirse. . . posiblemente, para siempre! . . .

Toda su vida pasó en la pobreza y la necesidad, luchando duramente por el pan nuestro de cada día, por estudiar. Terminó sus estudios, huérfano de padre y madre, viviendo con el esfuerzo de sus propias manos. Desde niño se hizo al trabajo, amó el estudio y, a medida que pasaba de un grado a

otro, con mayor entusiasmo se dedicaba a las ciencias. El mayor de los placeres para él era caer en manos de buenos maestros capaces de despertar su interés, de darle espacio al modo de pensar del alumno, que inculcaban el amor al trabajo independiente. Fuera de la ciencia, fuera de la lectura de libros, sean científicos o de otro tipo, él no conocía otra vida; terminó el liceo siendo un verdadero niño, un asceta y aún antes de los exámenes de terminación de estudios empezó a quejarse del pecho y de los ojos.

Después de obtener el certificado de la enseñanza media, se fue a las montañas para mejorar su salud, a casa de un compañero, y allí conoció a Gana, su hermana. Un sentimiento de amor hacia una mujer, desconocido hasta entonces, despertó en él, inquietó su sangre joven, le hizo abrir paulatinamente los ojos ante la realidad, disipó la niebla libresca a través de la cual distinguía débilmente el mundo real. Los nuevos compañeros de la universidad, entre los que se encontró, le empujaron también a pensar de otra manera, le enseñaron a ver de un modo nuevo la vida, el objetivo de la ciencia, de la instrucción y demás aspiraciones humanas. Su pasado también apareció ante él en otro aspecto, muchas de las convicciones y aspiraciones sacadas del liceo desaparecieron sin dejar huella. Aquélla era una tenaz guerra interior, prolongada y destructora, y solamente el amor le sostenía y le inculcaba nuevas fuerzas. Gana, con la cual tenía una animada correspondencia, junto con él pasaba por todas las fases de desarrollo intelectual y estas relaciones les fortalecían a los dos en su avance ulterior por el camino iniciado. Ambos decidieron entregar su vida a la lucha por la libertad: por la libertad del pueblo del yugo extranjero, por la libertad del individuo de las cadenas que le ponen otras gentes y las relaciones sociales perniciosamente formadas, por la libertad del trabajo, del pensamiento, de la ciencia, por la libertad del corazón y de la razón. Discutiendo animadamente entre sí estas nuevas y elevadas ideas, seguían su desarrollo en todo el mundo moderno, se alegraban de la aparición de nuevos partidarios, procuraban fundamentar en ellas su concepción filosófica del mundo. ¡Andréi y Gana vivían dichosos minutos coincidiendo, como una persona con otra, en los pensamientos más queridos y sobre la base de las más sagradas convicciones! Pero a los dos les faltaba algo. Después de las acaloradas discusiones teóricas, después de la lectura de las mejores y más fundamentales obras sobre

la cuestión que les interesaba, involuntariamente se miraban a los ojos uno a otro, muy adentro, como si quisieran ver en ellos algo más que su comunidad de opiniones. Sus ojos brillaban con una llama más ardiente que la de sus convicciones, en sus labios temblaban las palabras no de las demostraciones científicas, sus mejillas ardían no por la alegría que les causaba la verdad hallada. Su sangre empezaba a bullir en cuanto se encontraban y esto era aquella otra potente fuerza que les atraía el uno al otro. Frecuentemente, cuando estaban leyendo, en medio de la apasionada discusión abstracta su voz temblaba y las palabras poco a poco se apagaban en sus bocas palpitantes, la mano buscaba a la mano, los ojos, a los ojos queridos, y. . .

— ¡Ay! —soltó un ligero gemido Andréi y se puso a andar más rápido por la oscura celda—. ¿Por qué estos minutos pasaron tan instantáneamente, por qué no se prolongaron aún? ¿Por qué te he perdido, te he perdido para siempre, Gana, dicha mía? . .

Su pensamiento, agitado por la inquietud, corría veloz a través de las lóbregas, difíciles horas de persecuciones y sufrimientos por aquellas miradas tan queridas para su corazón. El se vio en la cárcel enjuiciado y ante sus ojos saltaron los periodicuchos con descaradas y mordaces burlas sobre sus ideas, sobre su amor. Se puso a temblar como si tuviera fiebre, al recordarlo. Después le vino a la memoria su pérdida. Los padres de Gana le prohibieron visitarla, entrevistarse con ella, interceptaban sus cartas que él mandaba en secreto para compartir su pena, aunque sea con algunas palabras, con el ser amado. Muy pronto también esto se hizo imposible. . . Unas dos o tres veces brilló ante él su dicha pasada durante unos instantes, mas después vino la noche, una noche oscura, llena de dudas, de pena y desesperación. . . A Gana la obligaron a casarse con otro. . . Andréi sintió profundamente en su alma esta pérdida, pero más tarde recobró su tranquilidad de espíritu. . .

¿Qué hacer? El, hombre bueno, honrado, no matará en ella el pensamiento vivo, no apagará su corazón, ella es dichosa con él, le amó. . . Pero, ¿y yo? ¿Qué soy yo sin ella? Si ella era mi alma, mi fuerza, mi esperanza; ¿qué soy yo ahora: sin alma, sin fuerza, sin esperanza? . . ¡Un cadáver! ¡Un cadáver vivo andante! Todo lo que en el mundo más amaba se ha convertido en mi desgracia. ¡Si no la hubiera amado de todo corazón, ahora podría enamorarme de otra,

encontrar la dicha perdida! Si no hubiese amado con toda mi alma la libertad, no sufriría ahora en el cautiverio, y el cautiverio no me parecería tan odioso, tan martirizante. . .

¡Y le viene a la memoria el último encuentro con ella, ya casada, ahora, ayer, hoy por la mañana! Su charla, su alegría mezclada con la amargura y pesar. Todo ello le quema, le hace sufrir, le presiona hacia tierra. No obstante fue feliz, ¡ay!, ¡cuán feliz fue! Pues en estos momentos sintió que su viejo amor no se había apagado, no había muerto, sino que late, arde como antes, domina sus pensamientos como en tiempos pasados, dirige todos sus deseos y pasiones, como antes. . . Verdad es que ahora sentía mucho más profundamente el dolor de la pérdida; la herida ligeramente cicatrizada por el tiempo se abrió, la sangre, enfriada por la pena y la afección, empezó de nuevo a bullir, ¡y qué! Con el amor anterior sintió en sí su fuerza de antaño, su aspiración al trabajo, a la lucha por la libertad. . .

— ¿Gana, querida, qué has hecho conmigo? —le susurraba, embriagado por el veneno de la felicidad.

— ¿Qué he hecho contigo? . . Tú mismo dijiste que me dabas completa libertad. . . ¡Y yo he sufrido, tanto he sufrido por ti! ¡Años enteros! . .

Corren las lágrimas de sus ojos y él la oprime contra su corazón, como si los pasados dichosos minutos de su amor libre no hubieran pasado en absoluto.

— Gana, dicha mía, ¿qué has hecho contigo? ¿Tendrás suficientes fuerzas para contrarrestar toda la villanía que te rodea, desarrollarte y luchar por la libertad, por el bien, tal y como lo habíamos acordado una vez?

— ¡Yo no lo he olvidado, querido mío, y nunca lo olvidaré! En cuanto a fuerzas, tengo suficientes. ¡Mi marido me ayudará en ello!

— ¿Y qué va a pasar conmigo, Gana? ¿Quién me va a ayudar a resistir en este difícil camino, solo? . .

Ella lo abraza y sonrío.

— ¡No te inquietes, querido! ¡No te aflijas! ¡Todo se arreglará, todos seremos felices, todos! . .

Andréi agarró la cabeza con las manos y empezó de nuevo a correr por la celda.

— ¿Todos seremos felices, todos? ¡No, Gana, eso es una equivocación! Algún día serán felices todos, nuestros descendientes lejanos, quienes no llegarán a saber lo que sufrieron, cómo padecieron sus abuelos y bisabuelos por su felicidad. . .

¿Pero qué somos nosotros? ¡Uno entre millones! ¿Y qué precio tienen? ¡Y aún queremos ser felices cuando a nuestro alrededor, anegados en lágrimas nacen y perecen millones! . . No, *mein Lieb; wir sollen beide elend sein*\*. ¿Tú no crees en ello? ¡Ya lo verás! . .

El seguía andando, mirando con los ojos muy abiertos, como si absorbiera la espesa oscuridad. Y le pareció que esta oscuridad penetraba realmente en él a través de todos los poros, inundaba los nervios, llenaba los músculos, huesos, los tendones y que, no ya la sangre, sino la espesa oscuridad penetró en torrente frío en su pecho, hacia su corazón. Un escalofrío corrió por su cuerpo, sintió horror, pero sólo por un minuto. Andréi quería sacudirse aquel alucinamiento, pero pronto se convenció de que no era alucinamiento, sino la realidad. Seguía andando, absorbiendo más intensamente por todos sus poros nuevas y nuevas oleadas de la fría oscuridad, se llenaba de ella, como una esponja, aspiraba las tinieblas, sentía su frío hálito en la garganta, en los pulmones, por todas partes. Y empezó a sentirse mejor. El dolor se calmaba. Se apagaban los recuerdos. La imaginación quedó inmóvil y no dibujaba ante sus ojos ningunos cuadros, ni cubiertos con la capa de hielo de los sufrimientos, ni inundados de la radiante luz de la felicidad, calentados con el fuego del amor. Todo quedó petrificado, helado, parado. Se sintió bien, como en verano cuando nadas en el agua fresca. Ahí está chapoteando muy ligeramente en las limpias y ligeras olas que, quedamente, se escurren a su alrededor, acarician su cuerpo. Y he ahí que le abren las venas, sin que se diera cuenta, sin dolor, y la sangre corre de ellas tan tranquila, tan dulce, tan agradablemente. Corre y se vierte esa sangre inquieta, que bulle rebelde y en lugar de ella empieza a circular lentamente y sin obstáculos en sus venas la espesa, viscosa y fría oscuridad. . . Con las últimas gotas de sangre lágrimas ardientes saltaron de los ojos de Andréi. El lejano tañido de las campanas perturbó el silencio como si fuera un trueno, resonó en los oídos de Andréi como el golpe de un martillo. El se estremeció, volvió en sí.

— ¡Ay, sólo es la una y estoy ya tan agotado, medio vivo! —susurró y empezó a buscar, palpando el lugar en la cama al lado de Dmitró.

---

\* Amigo mío, el destino de los dos es sufrir (*alemán*, versos de Heine del ciclo *Intermezzo lírico*).

— ¿Es usted, *pan*? —balbuceó Dmitró, despertándose—. Acuéstese aquí, yo me levanto.

— ¡No, no, no es necesario —contestó Andréi—, aquí, a tu lado, tengo suficiente sitio! —Y se acostó a su lado, abrazando a Dmitró por el cuello. No, su ardiente y rebelde sangre aún no se había vertido de su cuerpo, empezó a besar con pasión a Dmitró, regando con sus lágrimas el rostro infantil de su inculto hermano.

— ¿Por qué llora usted, *pan*? —preguntó, muy quedo, Dmitró.

— ¡Soy un desdichado, Dmitró!

— No llore —le contestó el chico—. De algún modo se arreglará la cosa. ¡Puede ser que yo sea más desdichado que usted y no lloro!

Las tinieblas, como una pesada capa, se dejaron caer sobre la celda, oprimieron todos los corazones que latían bajo su jugo: en uno, tranquilamente, en otro, con zozobra, el de éste, dolorosamente, el de aquél, con alegría. En el borde de la cama, abrazados, se quedaron dormidos dos, dos cabezas jóvenes, la instruida junto a la inculca, como si ninguna pena nunca se les hubiera aparecido en sueños.

## VIII

Al día siguiente los arrestados se levantaron muy temprano. Les despertó la bronca llamada y los improperios del cabo. A Stebelski y al propietario de Dorózhev les arrearón a barrer el suelo en las oficinas y pasillos, a traer agua, es decir, para “los servicios de casa”. Al viejo Pankó, Dmitró, al desdichado mujik que ayer lloraba —era de Opaka— y al muchachito hebreo de cabellos negros, les mandaron con las escobas a barrer las calles. En la celda se quedaron Andréi, Bovdur y el viejo judío que seguía tumbado, con la cabeza echada hacia atrás, sobre el suelo mojado y resoplaba como si lo estuvieran degollando. Bovdur también seguía tumbado y ni siquiera pensó en lavarse, sólo bebió agua y, en silencio, moviendo desnudas piernas, hinchadas y brillantes, desapareció en su rincón.

En el mundo amanecía. El sol se elevaba majestuosamente en el cielo despejado, las gentes en la tierra se despertaban para ir al trabajo, se avivaban nuevas esperanzas, se vertían de los corazones plegarias sobre el pan nuestro de cada día, sobre la salud, sobre la vida tranquila y pací-



fica. Distinto era en la celda. Aquí la conciencia humana se avivaba solamente para las nuevas penas; lo primero que los labios soltaban eran maldiciones.

— ¡Que les parta un rayo por ese orden! —rugía en su rincón Bovdur—. ¡Le matan a uno de hambre hasta las diez de la mañana, hasta que uno de esos guarreros hace el favor de levantarse y dar esos desdichados cruceros! ¡Que les salgan tantas dolencias en cada costado como cruceros me han dado aquí!...

En la celda reinaba ya la semioscuridad gris, habitual en pleno día. Andréi, aprovechándose de que había más espacio, empezó a andar por la celda, a pesar de que sus piernas aún le temblaban de cansancio, y la cabeza, a duras penas, se mantenía sobre los hombros. El sentía cómo le ardía todo el cuerpo después de aquella noche, como si le hubieran echado ascuas, le daba náuseas sólo al pensar que de nuevo tendría que acostarse en aquellos pestilentes colchones de paja; le parecía que sus vapores putrefactos se hincaban en la piel, envenenaban la sangre con su suciedad. Seguía andando y pensando.

— ¿Por qué la persona no es una máquina que la razón pudiera poner en marcha a su modo? —pensaba—. ¿Para qué existe esa otra fuerza inconsciente, el sentimiento, que viola y dificulta la marcha regular de la máquina de pensar? Por cierto, razonando cuerdamente, ¿caso estaría yo aquí, hoy día, encerrado? ¡No! Viviría en Lvov, mal o bien, lo malo con lo malo acabaría, pero viviría, trabajaría y estudiaría, libre, fuera de todo peligro... hasta que ocurriera algo. Y toma... me vine a Drogóbich para verme con ella, aunque fuera por un día, por un minuto. Y me encontré con ella, en el corazón brotó a chorro un nuevo torrente de aquel sentimiento que tantos sufrimientos me ha traído a cambio de una gotita de placer, ¡y ahora, de nuevo! ¡Qué lástima que así haya ocurrido! ¡Ahora siento redoblada mi fuerza para el trabajo, pero qué puedo hacer, tengo las manos atadas!

Al andar por la celda, Andréi varias veces notó que Bovdur no apartaba de él su mirada salvaje, sobria. Experimentaba cierto terror ante la constante atención de aquellos ojos, privados de toda expresión humana, que brillaban como dos ascuas. Se sintió aún más oprimido entre aquellas estrechas paredes, su corazón empezó a latir alarmado, como si quisiera escaparse hacia la luz clara de este repugnante hoyo donde

tenía su nido el vampiro que lentamente le chupaba la sangre del pecho. Pero Andréi no se dejó vencer por aquel terror; su corazón, lleno de amor hacia los hombres, en especial hacia “los humillados y ofendidos”, lleno de fe en la bondad humana, no podía en seguida sospechar de otro, tan desdichado como él mismo, de tener algunas malas intenciones. Su temblor involuntario e inquietud los atribuía al cansancio y debilidad y, sobreponiéndose, se echó en la cama del viejo para descansar un poco por lo menos. Pero un minuto después saltó de allí como escaldado; todo su cuerpo temblaba. Andréi se agarraba el pecho, los brazos o la cabeza e intentó de nuevo andar por la celda, pero ello no duró mucho. Vencido por el cansancio, cayó en la cama y en seguida quedó dormido como un tronco.

Y sueña con que una mano extraña, viscosa, sucia, le desabrocha lentamente la ropa en su pecho, le abre la camisa, después el pecho —los huesos se retiran ante ella—, y la mano penetra en el interior, fría, repugnante. Se abre paso hacia el corazón, avanzando con cuidado a través del entrelazado de venas y arterias, como el cazador que quiere prender a un gorrión entre el ramaje. Ya está cerca, Andréi lo siente por el frío que se adentra como el corte de un cuchillo de hielo. Pero el corazón se ha dado cuenta del enemigo, empieza a latir, a agitarse como el pájaro en la jaula, se pone en tensión, se lanza a todos lados, para que no le cacen. ¡Pero la misteriosa mano, movida por una fuerza invisible, se acerca cada vez más, ya se ha abierto la fuerte palma, aún se ensanchan más los dedos y ahora, ahora mismo va a coger el corazón latente, lo coge y lo aplasta! Un dolor agudo, penetrante, atravesó como un relámpago todo su cuerpo; Andréi se despertó y de un salto se puso de pie.

— ¡Caramba! ¿Qué es eso? —pronunció, restregándose los ojos soñolientos y mirando a todos lados. Le pareció que alguien instantáneamente quitó de su pecho el peso grande que le aplastaba en sueños; y le pareció, quizás entre sueños, que había visto, inclinado sobre él, el terrible, negro rostro de Bovdur. Pero, seguramente, fue entre sueños, pues ningún peso oprimía su pecho, y Bovdur estaba sentado tranquilamente en su rincón, las piernas cubiertas con el saco, y ni siquiera miraba hacia su lado, sino hacia un rincón, como si observara en la pared los contornos de las manchas de los escupitazos.

“Vaya, seguramente el pasador se me ha hundido en el pecho” —pensó Andréi; se desabrochó el pasador, y se tumbó de nuevo en la cama.

Le despertó el tintineo de las llaves y las voces de los arrestados que volvían del trabajo, quienes trajeron consigo un poquito de aire fresco y cierto aroma de libertad; la oscura y tenebrosa celda se hizo más alegre. Además, el muchachito hebreo de cabellos negros encontró, al barrer la calle, cuatro cruceros y tan contento estaba que pensaba comprar muchas cosas para festejar el dichoso día de hoy. Stebelski y el campesino de Dorózhev trajeron, cada uno, un puñado de colillas; por cierto que el de Dorózhev no hizo más que mostrarlas y las escondió en seguida, pero Stebelski las repartió entre “toda la celda”. Estas colillas eran el único pago a los arrestados que barrían las oficinas, y este pago les parecía elevado y seductivo.

Pero por fin se presentó el jefe de la guardia con el dinero y, después de haber contado catorce cruceros para cada uno, mandó a dos —el viejo Pankó y Dmitró— escoltados por un policía a la ciudad a comprar pan y algo más. A Andréi también le dieron catorce cruceros a los que añadió veinte suyos y pidió que le compraran también un pan, igual que el que comen ellos, y salchichón. Al sacar de su monedero los veinte cruceros, Andréi, por lo visto, no se dio cuenta de cómo brillaban en el rincón los ojos de Bovdur, cómo insistentemente observaban cada uno de sus movimientos, calculaban y pesaban el volumen y contenido del monedero, siguieron su camino de retorno y con qué envidia, con qué ira brillaron al ver los veinte cruceros sacados, ¡como si aquellos veinte cruceros los hubiera arrancado Andréi del propio corazón de Bovdur!

Y de nuevo anda Andréi por la celda y de nuevo piensa. Piensa en Gana, en su vida con el marido que ella describía en sus cartas, piensa en que él está sólo en el mundo y hasta qué punto se ha debilitado al perder el ser amado. Pero no, acude otro pensamiento, más alegre: “¡No, no estoy solo! Tengo compañeros, fieles, de buen corazón, ardientemente compenetrados con la misma idea que él. ¡Ellos le ayudarían en la necesidad, aconsejarían y le consolarían! No obstante...” —y de nuevo se cortó el pensamiento en la triste y dolorosa nota. “Pero no —acude otro pensamiento, un nuevo consuelo—, si ella no está perdida para mí, me ama como antes, no me rehúye, no se aísla como por una muralla, con

su casamiento, mantiene correspondencia conmigo, me aconseja y consuela tan sinceramente como antes; sí, también él es una buena persona, y compañero mío, `correligionario. . . ¡Ay, pero de todos modos!” —y de nuevo queda cortado el pensamiento alegre y Andréi, como si estuviera bajo el peso de una gran pena, inclina la cabeza, y de sus ojos ruedan dos tímidas, temblorosas lagrimitas, que queman como la llama y que no aligeran el dolor de su corazón. Se las sacude rápido y de nuevo anda inquieto por la celda, procurando no pensar en nada o pensar en las cosas más corrientes, sencillas, siquiera en la comida.

— Por cierto que es una cosa curiosa —remarca para sus adentros—. Mientras no me hacían recordar la comida, no sentía hambre y el estómago se callaba, a pesar de estar vacío, pero apenas me lo han recordado, también él, como un viejo perro, empieza a gruñir y gañir. Valdría la pena de anotarlo en un diario psicológico: “Influencia de los pensamientos en las funciones orgánicas. . .” No estaría mal iniciar tal diario y anotar en él cada manifestación de sentimiento, cada impresión y así, un día tras otro, durante largo tiempo. ¡Saldrían unas estadísticas interesantes sobre la vida espiritual! ¡Llegaríamos a saber con qué impresiones y qué sentimientos vive más la persona, cuál es la existencia habitual de esta “chispa de Dios”, que en minutos muy raros, extraordinarios, tan alta se eleva! . . .

Le apasionó la idea de semejante diario y empezó a analizarla y desarrollarla en todos sus aspectos y detalles, como si fuera a ponerla en práctica inmediatamente. “Es necesario que varios, una decena de hombres de buena fe y fieles a la ciencia —pensaba él—, se distribuyan entre sí los fenómenos más fundamentales de la actividad psíquica y que cada uno de ellos anote preferentemente los fenómenos de su especialidad, y los demás los toque en general. Por cierto, así ellos no conseguirán nada, puesto que la maldita diferencia de caracteres, los humores instantáneos, la situación, todo lo confundirá. ¡Si se inventara algún psicómetro mecánico, parecido al de Wundt, para medir la intensidad de los sentimientos! Resultaría una cosa curiosa e importante para la ciencia. Hasta hoy día la psicología se ocupa de la calidad de las impresiones, pero no quiere pensar en cuanto a su cantidad se refiere. Mientras tanto parece ser que en esto está la llave para descifrar más de un problema psicológico, pues, claro está, que aquellas impresiones y sentimien-

tos que se repiten con mayor frecuencia dejan en el alma las huellas más profundas. Las estadísticas pueden ayudar a penetrar más adentro en el misterio de los caracteres y cualidades humanos, como ya en parte ayudó a penetrar en la psicología de las clases y de las capas sociales”.

Poco a poco estos pensamientos sobre la ciencia, teoría, que no tocaban los corazones y sentimientos, tranquilizaron a Andréi. ¡Recordó a sus compañeros, jóvenes, apasionados, fieles con toda su alma a la idea de la libertad humana y de la felicidad, recordó sus discusiones, su ansia común de ampliar sus conocimientos, su alegría infantil al llegar a comprender cualquier verdad nueva, y empezó a sentirse tan bien, tan alegre, como si de nuevo se encontrara entre ellos, como si sobre él y sobre nadie ya no presionara el eterno dragón del género humano, la esclavitud! Sus labios, pálidos, felices, susurraban involuntariamente las palabras de la canción:

Pues no siempre agitado está el mar,  
    más frecuente pacífico suele estar.  
Y en la tormenta no todas las naves perecen,  
    por eso ya te debes consolar.  
Quién sabe, puede ser que en la tormenta  
    seas tú quien se llegue a salvar,  
Puede ser que tú seas el que consiga  
    hasta el fin deseado llegar.

## IX

Sonó el candado, se abrió la puerta, de la ciudad regresaban los arrestados con las provisiones compradas. Se armó jaleo. El viejo Pankó repartía el pan, sal, tabaco, cebollas, a cada uno le daba lo que había encargado. Los arrestados se sentaron cada uno donde pudo y la emprendieron con la comida. Bovdur, que hoy día estaba, evidentemente, de mal humor, reñía a media voz al viejo Pankó por haberle dado un panecillo muy pequeño, mientras que al cochino sucio morenito, un pan grande.

— Pero es que su pan cuesta diecinueve cruceros, y el tuyo, catorce —explicaba el viejo Pankó, sin prestar atención a los vituperios de Bovdur.

— ¡Que te caigan catorce dientes te deseo, pordiosero! —refunfuñó Bovdur como respuesta y, sin cortar ni despedazar el pan, empezó a morderlo como un lobo.

— Pero toma el cuchillo, Bovdur —le propuso Dmitró.

— ¿Para qué? ¿Para cortarte la cabeza, o qué? —vociferó Bovdur y, abriendo mucho la boca mordió un trozo grande de pan. En sus manos quedaba un corrusco pequeño.

Andréi se preparó también para comer. Cortó el salchichón en trozos iguales y, sin olvidarse de nadie, lo repartió entre todos. El propietario de Dorózhev y Bovdur ni siquiera pronunciaron una palabra de agradecimiento; Bovdur cogió el trozo que le daban y sin mirarlo se lo echó a la boca, donde desapareció como en un abismo.

Al observar de un lado cómo comía Bovdur se podía pensar que era un hombre terriblemente hambriento, pues tan insaciablemente y con tanta voracidad despedazaba su pan, tan rápidamente desaparecían enormes trozos en su boca. Otros aún no habían empezado a comer y a Bovdur ya no le quedaba ni una migaja. Durante un minuto examinaba sombríamente sus manos vacías y en su cara se reflejó tanta pena, causada por el hambre, como si durante varios días en su boca no hubiera caído ni una miga de pan. Andréi le echó una mirada y se horrorizó al ver la expresión de avidez de su cara y la voracidad de Bovdur. Daba la impresión de que Bovdur ahora era capaz de tragarse al primero que le viniera al encuentro, enterito, que iba a lanzarse sobre cualquiera de los arrestados y arrancarle con los dientes un buen pedazo de carne humana como aquellos pedazos de pan que, sin dejar huellas, desaparecían en su garganta.

— ¿Pero es posible que esté siempre tan hambriento? —preguntó Andréi al viejo Pankó, volviendo las espaldas con repugnancia a Bovdur.

El viejo lo miró y también se dio la vuelta rápido.

— ¿Qué te pasa, Bovdur? —le preguntó—. ¿Se apodera de ti la rabia, quieres morder a la gente, o qué? —Después, dirigiéndose a Andréi, remarcó:

— No, se ve que le pasa ahora algo anormal, ¿se habrá tragado alguna mosca? Habitualmente en cuanto acaba con su pan, se bebe media tina de agua y se acuesta, como es debido, en su sitio.

— Puede ser la rabia, no sé —contestó taciturno Bovdur—, pero quiero comer.

— ¿Puede ser que el señor sea tan amable de esperar hasta que los criados le traigan de la venta cocido? —dijo burlón el viejo Pankó.

— ¡Quiero comer, estoy hambriento! —afirmaba con torpe insistencia Bovdur.

— Pues, come, ¿quién te lo prohíbe? —respondió el pequeño hebreo de cabellos negros.

— ¿No lo prohíbes? —se dirigió a él Bovdur, clavando los ojos en la grande hogaza, ya comenzada, que estaba ante el muchacho—. No lo prohíbes, pues muy bien. ¡Dame! —Y tendió las dos manos para coger el pan. El chico arrancó el pan de las manos de Bovdur.

— Dámelo —chilló Bovdur y sus ojos se iluminaron de un terrible fuego—. ¡Dámelo, si no, vas a morir tú, o moriré yo!

— ¡Vaya! ¿O yo o tú? —le remedó el chiquillo. —¿Para qué tengo yo que morir? ¿Por qué? ¡Vete por las buenas o por las malas y díñala, que yo quiero comer!

— Pues yo también quiero —le contestó más tranquilo Bovdur—. ¡Venga aquí el pan!

— ¿Es que te has vuelto loco o qué? ¿Por qué me importunas? —le gritó el chiquillo. —¡A Dmitró le has dejado en paz y ahora me fastidias a mí!

— ¡Dame pan, dame, ten compasión! —le rogaba con voz llorona Bovdur, pero en sus ojos se encendía un fuego cada vez más terrible.

— Por favor, Bovdurcito, queridito —le contestó con el mismo tono tranquilo el chiquillo— ¡vete con Dios al quinto diablo!

En lugar de responder a tan piadosas palabras de despedida Bovdur levantó los puños y éstos, exactamente igual que un martillo, descendieron instantáneamente sobre la cabeza del pequeño hebreo. Como si lo hubieran cortado, se cayó al suelo, de la nariz, de la boca saltó en chorro la sangre y manchó el pan, se vertió en el suelo, en las piernas de Bovdur. Pero el chiquillo no gritaba. Después de volver un poco en sí, como un rabioso, se puso de rodillas y hundió las uñas de las dos manos en las piernas desnudas, hinchadas de Bovdur. Este rugió ronco por el dolor y empezó a patear para deshacerse del muchacho, pero sin conseguirlo. Entonces cogió con una mano al chiquillo por los cabellos y con la otra le golpeaba la espalda, pero aquél no le dejaba libre y cada vez más profundamente hundía sus afiladas uñas en el cuerpo de Bovdur, así que hasta empezó a saltar la sangre por debajo de ellas. Bovdur, sin soltar sus cabellos, se echó hacia atrás y el muchacho cayó de cara en el suelo. Pero allí, sin emitir ni un solo sonido, agarró rápidamente la hogaza ensangrentada, alzó el brazo y, a ciegas, le dio un golpe con ella a Bovdur en el vientre, un golpe tan fuerte

que en su interior algo se estremeció. Bovdur soltó los cabellos del chiquillo y se agarró con las dos manos el vientre como si temiera desmoronarse, a semejanza de un barril roto. Mientras tanto, el muchachito, sin dejar el pan, se puso de pie. Su cara, morada por el dolor y la ira, se cubría de sangre, los ojos estaban llenos de lágrimas, los labios machacados se habían hinchado, pero los dientes los tenía muy apretados; él se enderezó y, sin decir una palabra, de nuevo golpeó a Bovdur con la pesada hogaza.

— ¡Pero sepárenlos, por Dios!— gritó terriblemente Andréi, asustado, apartando los ojos de aquel espantoso espectáculo. En extremo sensible ante cualquier dolor, y aún más ante el de persona ajena que ante el suyo, a Andréi le parecía que cada golpe caía sobre él.

— ¿Cómo?, ¡no faltaba más! —volvió las espaldas el viejo, continuando la comida tranquilamente—. ¡No es conveniente! Sólo les servirá de provecho, que se zarandeen y desperezcan un poco... y el hígado se sentirá mejor. Y si además se sueltan un poquito de esa mala sangre que tienen en el cuerpo, se sentirán entonces mucho mejor; déjelos en paz, son como los perros: se morderán, y lamerán después las heridas. Pero si empezamos a separarlos, apuesto que los dos se lanzarían sobre el que lo intentara.

Mientras tanto los enemigos, con la boca llena de espuma, ensangrentados, estaban dispuestos y esperaban quién sería el primero en asestar el golpe. Esta situación duró un instante, después, los dos, como si cumplieran una orden, se lanzaron a la pelea. Bovdur le dio un puñetazo al pequeño hebreo en el brazo y le hizo soltar el pan, pero éste, como respuesta, le dio un golpe con la mano izquierda a Bovdur en el entrecejo. Después se engancharon y era imposible determinar quién golpeaba a quién, quién daba puntapiés, arañazos, mutilaba hasta que los dos no se cayeron al suelo y, sin soltarse, a un mismo tiempo, chillaron, como dos animales “¡Socorro! ¡Socorro! ¡Auxilio!”

Al oír el grito irrumpió en la celda el cabo con la fusta en la mano; al ver a los dos contrincantes ensangrentados, arrastrándose por el suelo, que gritaban y aún seguían peleándose, le dio la vuelta a la fusta, es decir, cogió la correa en la mano y empezó a golpear a los dos a ciegas, diera donde diera, con el mango de madera. Resonó el mango por los huesos, golpeó el cuerpo hinchado como si diera sobre una almohada, pero los enemigos, agarrados el uno al otro,



seguían chillando como dos verracos castrados, a los que un carnicero poco experto les hundía torpemente el cuchillo debajo del omóplato. El cabo se puso furioso y, sin decir palabra, empezó a patalearlos debajo de las costillas con la punta de las botas. Solamente así consiguió separarles. Ellos se soltaron y se echaron cada uno a un rincón, pero el cabo no dejaba de golpearles con el mango de la fusta, sin mirar dónde golpeaba.

— ¡Ah, dasharrapados! ¡Ah, ladrones! ¡Ah, bandoleros! —chillaba, con la respiración entrecortada, el cabo—. ¿Poco es la pena que tienen, y aún han pensado pelearse? ¡Esperad, canallas, os voy a enseñar lo que es bueno!

— ¡El empezó el primero la pendencia! —gritó, llorando el chico—. ¡Quería quitarme mi pan? ¿Soy yo acaso culpable?

— ¡Ah, cerdo indecente! —gruñó el cabo y de nuevo una granizada de palos cayó sobre la espalda de Bovdur, pero éste, encorvado, callaba. Por fin, el cabo quedó agotado y dejó de golpearlo.

— ¡Aguarda, te voy a quitar la costumbre de quitarles el pan a los demás! ¡Poco tienes con el tuyo, maldito tragon? —gritaba el cabo, dirigiéndose a la puerta.

— ¡Poco! —respondió lúgubre y sordamente Bovdur.

— ¿Tú qué, aún abres la boca? —dijo irritado el cabo, amenazándolo desde lejos con la fusta—. ¡Cállate tú, estiércol pestilente! ¡Aguarda, si te es poco, ni ese poco verás! ¡Tendrás que ayunar un poco! No serás tan pronto para la pelea. ¡Le voy a pedir especialmente al *pan* jefe de guardia que mañana no te den nada! ¡Las vas a pasar negras, ya lo verás! ¡Ustedes recuerden lo que les voy a decir —se dirigió el cabo a los demás arrestados—, no le den nada, ni olerlo siquiera! ¡Que ese perro sepa cómo pelearse! ¡Y si empieza de nuevo, llámenme enseguida, que ya le juzgaré y castigaré!

Después de que el cabo se marchó, en la celda se hizo un silencio lúgubre, pesado. Un espasmo presionaba las gargantas de todos y nadie podía tragar ningún trozo de pan. Todos sintieron que ante sus ojos había pasado algo demasiado repugnante e inhumano.

Sólo Stebelski, sentado en el suelo, aún en el mismo lugar donde dormía, seguía mascando tranquilamente su pan, acompañándolo con trozos pequeños de salchichón, y cuando en la celda reinó un silencio completo, él, haciendo un mo-

vimiento giratorio con la mano, dijo a Andréi: "Homo homini lupus"\*.

Andréi, pálido como la muerte, se levantó y se volvió hacia Bovdur que temblaba acurrucado en el rincón, ensangrentado y todo morado, pero al verle de nuevo sintió debilidad, no pudo pronunciar ni una sola palabra y sólo le miraba con una expresión de profundo dolor.

— ¿Qué, conseguiste lo que deseabas? —profirió el viejo Pankó y la emprendió nuevo con la comida.

Bovdur callaba.

— Bovdur —pronunció, por fin, Andréi—, me lo debías haber dicho, si estás tan hambriento, yo de todos modos no me voy a comer todo mi pan. ¿Para qué te pusiste a reñir? Te daré pan, todo el que quieras. . .

Y tomó su hogaza, cortó un pedazo pequeño para sí y el resto se lo tendió a Bovdur.

— ¡No necesito tu pan! ¡Tráгатelo tú mismo! ¡Que se te atragante! —rugió Bovdur sin levantar los ojos, y tiró el pan que le tendían, debajo de la cama. Andréi quedó muerto de miedo y confundido y, sin decir palabra, se apartó a un lado. Pero Dmitró se metió debajo de la cama, levantó el pan, lo limpió, lo besó y lo puso delante de Andréi.

— Tú, imbécil, ¿qué haces? —le dijo severo el viejo Pankó a Bovdur—. ¿Por qué tiras al suelo el pan santo? ¡Mejor sería que reventaras, semilla maldita!

— ¡Que revienten ustedes mismos —gruñó Bovdur—, todos! ¡Y yo también! . . .

Y dichas estas palabras, dio un golpe tan fuerte con el puño contra el suelo que retumbó en la celda; luego, hecho un ovillo, se acostó en su sitio.

## X

Andréi estuvo andando largo rato por la celda, hasta que por fin, se tranquilizó completamente. Y en cuanto recobró sus fuerzas espirituales, trató de alejarse con el pensamiento fuera de este maldito valle de lágrimas, sufrimientos y pisoteo de toda dignidad humana. Se trasladaba con el pensamiento a otros lugares, mejores, donde corazones jóvenes, puros, ponían por encima de todo la bandera del humanismo,

---

\* *Homo homini lupus* (se ha omitido: *est*): el hombre es un lobo para el hombre (*latín*).

donde se templaban las filas de los poderosos combatientes, los cuales, alguna vez, ¡pronto!, se levantarían a la lucha por la humanidad, por sus derechos sagrados, por sus aspiraciones eternas, naturales. Con la imaginación se trasladaba allá donde latía el único corazón femenino que le simpatizaba, que, probablemente, sangraba en aquel momento, se afligía al conocer su desdicha. ¡Y mentalmente consolaba a su Gana, animaba a sus compañeros, les llamaba a mantener en alto con valentía la izada bandera, no soltarla ni por un minuto, puesto que la humanidad sufre, está humillada, subyugada, millones y millones de seres humanos son pisoteados!...

Razonaba él sobre su vocación, sobre su amor, sobre su desdicha. Pero a Andréi no le vino a la cabeza pensar en Bovdur con su dolor y fiera tenacidad.

¡Ah, joven cabeza, ardiente, egoísta! En tu santo arrebato no te das cuenta hasta qué punto son egoístas todos tus designios, todas tus aspiraciones! Pues hasta tu causa, a pesar de que lleva a la fraternidad general y a la felicidad de toda la humanidad, ¿no te es, acaso, querida en estos duros minutos, porque es precisamente tu causa, porque en ella coinciden todos tus designios, deseos, convicciones y objetivos, que trabajar y hasta sufrir por ella te complace? ¿Acaso la mujer que tú amas —a pesar de no comprometerla con nada, aunque te niegas a poseerla y le deseas felicidad con otro—, esa mujer, acaso, no te es querida porque con ella pasaron los minutos más felices de tu vida, que sus besos aún arden en tu rostro, que el contacto de su delicada mano hacen estremecerse tus nervios con dulzura? ¡Ay, joven cabeza, egoísta! ¡Deja de ocuparte, aunque sea por poco tiempo, de ti mismo, de producirte placer! ¡Mira atentamente a tu alrededor, con mirada amante, fraterna! ¡Puede ser que veas entonces cerca de ti a gente mucho más desdichada que tú! ¡Puede ser que veas a seres a los que no les alumbraba el rayo de alegría que a ti te ilumina! ¡Es posible que veas a tales seres que no han traído consigo nada a ese fondo de la opresión social, nada: ni pensamientos claros, ni felices recuerdos, ni esperanzas alegres, aunque ilusorias! ¡Pudiera ser que una sola palabra tuya, sincera, afable, les endulzara su suerte, les calmara su lucha espiritual, tan terrible que nada semejante te puedes imaginar, hubiera roto el grueso caparazón de hielo con que recubrió sus corazones la aflicción infinita, incesante!... ¡Ay! Un gran dolor es la causa

de que los corazones se cierren, como si les inmovilizara la helada, al igual que se ensortijan los pétalos de las flores por el frío de la noche. Y con los corazones cerrados, con los labios apretados van juntos esos desdichados, a los que, a veces, una sola palabra, el apretón de una mano cálida, fraterna, les ayudaría a quitarse de encima la mitad de su pena; marchan juntos y callan... ¡Ah, gente, gente! ¡No asesinos, ladrones y criminales, no soberanos y súbditos, no verdugos y víctimas, no jueces y juzgados, sino desdichados embrutecidos, gente engañada!

Mientras tanto Bovdur estaba tumbado en su húmedo rincón, con su cuerpo enfermo, putrefacto, con el alma partida, sin un rayo de esperanza, consuelo, ni alegría, pero en su cabeza daban vueltas sus pensamientos, iban pasando sus recuerdos como cuadros descoloridos.

La necesidad desde la más temprana infancia... Desprecio, manotazos, apaleamientos... Las burlas de los niños que se apartaban de él, no le admitían en sus juegos... ¡Exposición! ¡Echadizo! ¡Bovdur!... Durísimo trabajo en casa de gente extraña, ruin... Fango, heladas, sed, cansancio; ¡todo eso cansa al amo, al bracero no!... El bracero es de hierro, el bracero lo aguanta... debe aguantar... ¡para eso le pagan!... Débil, enfermizo, agotado, mal pagado, muy mal vestido... Sin compañero, sin amigo... No, por cierto, tuvo un camarada; un amigo en Borislav, en el trabajo junto al cabrestante se conocieron. ¡Verdadero camarada, fiel amigo, magnífico hombre! ¡Ja-ja-ja!... ¡Pero me tenía envidia, tenía envidia de la única dicha que tuve y me arrebató la muchacha, me la quitó, se casó con ella!... Si el viento no le cegara al pobre eternamente los ojos, podría ser, pues, que... el pobre, pobre no fuera.

Con esos cuadros entrecortados, entremezclados con algunas observaciones dichas a media voz, pasaban rápidamente en la conciencia de Bovdur sus años de la juventud. Nada placentero, nada en que pudiera tener reposo espiritual, alegrar la memoria. Pero el pensamiento vuela más allá, revuelve el pasado una hoja tras otra, como la persona que ha metido dinero en un libro y se apresura a hallarlo entre las páginas.

¿Qué le obligó a Bovdur a ir a Borislav? No quiere recordarlo siquiera. Escalofríos le entran sólo al pensarlo. Pero pronto, muy pronto, parece ser, tendrá que recordarlo con más detalles. Baste que él huyó y, al huir, miró una vez más

desde el montículo las jatas que ardían... ¡iluminadas, acaso, por el sol vespertino?... y las maldijo. Y nunca dijo a nadie de qué aldea había huido, a pesar de que ya habían pasado cinco años. ¡Quién sabe, es posible que hasta él mismo se haya olvidado ya de su nombre!

En Borislav se reanimó un poco. No obstante ser el trabajo poco envidiable, al principio no le pagaban mal y tenía suficiente para la comida; por lo menos no era como cuando trabajaba de bracero. Como un lobo hambriento se echaba sobre la comida y comía, comía, todo lo olvidaba. Hasta el último céntimo que ganaba se lo gastaba en comer, andaba casi desnudo, pero comía para sentirse, por lo menos una vez en la vida, harto. Al principio no bebía, se dio a la bebida después, cuando ella desapareció. ¡Entonces sí que bebía, siempre andaba borracho!...

En Borislav, trabajando junto al cabrestante, Bovdur, por primera vez en la vida hizo amistad con uno como él, huérfano de padre y madre. Hombre de buen corazón era; cuatro años vivió con él Bovdur como con un verdadero hermano. Trabajaban juntos, juntos vivían y casi nunca se separaban. Cuando caían en la necesidad se ayudaban mutuamente sin preguntar: ¿Cuándo me lo vas a devolver? Cierto es que Bovdur tomaba más que daba. Ahora, a pesar de que él consideraba a Simeón traidor y hombre falso, recuerda con satisfacción, de todos modos, el tiempo de aquella amistad. Magnífico tiempo fue aquél, ¡pero se lo llevó el diablo! ¡Lástima que pasara tan rápidamente!

Sólo por la muchacha los amigos se separaron. Los dos se enamoraron de una obrera pobre, apocada, huérfana de padre y madre como ellos mismos, que había crecido sufriendo siempre humillaciones y vejaciones, acostumbrada a someterse con resignación, una resignación infinita, a renunciar a su propia voluntad, a su propia opinión. Entonces pasó algo extraño en Bovdur. Su naturaleza severa, egoísta, furiosa, que parecía estar aprisionada en una coraza, se hizo aún más severa, mucho más furiosa al lado de aquella muchacha queda, obediente, dócil y bondadosa. El la amaba, pero su amor la oprimía aún más que su vida anterior. ¡Cuántas blasfemias, cuántas palizas sufrió ella de él! ¡Cuántas lágrimas ardientes derramó! Pero Bovdur nunca oyó de ella una sola palabra de protesta. Y ello le enfurecía aún más. El martirizaba su alma para despertar en ella la fuerza de la resistencia, pero su fuerza estaba en el amor, dócil,

callado, abnegado. ¡Pues ella, mansa ovejita, amaba a aquella fiera! Y su amor le inculcaba fuerzas para soportar todos sus caprichos, tan insensatos al parecer, pero que en realidad eran producto de su naturaleza brutal, el pagar con caricias todos los trompazos, con ternura por las blasfemias y maldiciones... ¡Y cómo la enjuriaba! Perra y sapo, la llamaba, pero todo lo aguantaba. Hasta que, por fin, se le hizo repugnante tanta docilidad y complacencia y, aunque no dejaba de quererla, una vez, en un arrebatado de ira la pegó y la echó de casa. Ella se fue a vivir con el amigo de Bovdur, se casaron muy pronto y ya tienen un hijo...

— ¡Y ella, la perra, es feliz con él! —gruñía Bovdur—. ¡Los dos son unos bragazas! ¡Que se los lleve el diablo! ¡No quiero ni pensar en ellos!

¡Cuántas veces se había dado palabra de no pensar en ellos, pero le venían a la memoria involuntariamente! Porque los dos, precisamente por el contraste que hacían, se le habían hecho queridos a su alma, la completaban. Por eso en su corazón, recubierto de una capa de hielo, hasta hoy día arde una chispa inextinguible de amor hacia esos dos “bragazas”.

Después se acabó todo. Todo se puso patas arriba. ¡El empezó a beber! ¡Diablo! ¡Cuánto bebía! Ocurría a veces que volvía por la mañana del trabajo —trabajaba en la mina por las noches— y se iba directo a la taberna. “¡Tabernero, sírve me la comida!” ¡Bueno! “¡Tabernero, sírve me la bebida!” Y bebía mientras tenía dinero en el bolsillo, mientras se tenía de pie. Y cuando las piernas se negaban a andar, se caía debajo de la mesa y se quedaba dormido hasta la tarde, hasta que le despertaban de nuevo para ir a trabajar. Y le resultaba económico, no tenía por qué alquilar alojamiento. De día el dueño de la taberna no le iba a echar, pues está interesado en que venga otra vez, ¡además en la taberna los perros le lamían la boca, se la limpiaban!...

Esta era la única temporada que Bovdur recordaba con cierta ternura ebria. Y esta temporada de atontamiento constante, de permanente embriaguez, de ruido desordenado, ininterrumpido, le parecía que era el único período justo y completamente feliz de su vida. ¿Qué le faltaba entonces? Vete a saber, el diablo es posible que lo sepa; puede ser que algo le faltara, pero él, en verdad, no tenía la menor idea de nada. Pensamientos, ninguno; recuerdos, tampoco, sólo ruido, como si la rueda del molino le diera golpes en la

cabeza. . . ¡Trrrr! Y todo: los hombres, las casas, el sol y el cielo, todo el mundo ¡gira, gira, gira! ¡Trrrrr! Y eso es todo; ¡ni en la tierra, ni en el cielo, en ninguna parte, nada hay!

— ¡Ah, si por lo menos una vez más, un día por lo menos, un minutito!, ¡Dios mío! —suspiró Bovdur—. ¡Uno perdería la noción de todo, mientras que ahora, de nuevo todo empieza a reavivar, todo se remueve!... ¡Ah, si ocurriera así que me despertara mañana por la mañana y en la cabeza sólo ruido, todo me da vueltas! ¡Trrrrr! ¡Ante mis ojos todo se mezcla, todo da vueltas, da vueltas! ¡Miro y no distingo, oigo y no comprendo lo que dicen, vivo, pero yo mismo no me entero y así eternamente, para siempre, para siempre! ¡Si se pudiera no beber y estar eternamente borracho! ¡Para atontarme, atontarme completamente!

— ¡Pues que no sea así! ¡Que los pensamientos surjan mientras surgen! ¡Un clavo saca otro clavo! ¡Lo malo que se olvide con lo peor! No hay otra salida... ¿Y para qué buscarla?.. Si por lo menos pudiera una vez más antes del final; si... ¡no estaría mal!.. Cincuenta menos dos *shistkas*; ¡lo juro por Dios que vale la pena! ¿Y qué tengo que perder?..

— ¿Y mi juventud?.. ¡Al diablo con ella! ¡Sólo bardanas y ortigas! ¡Maldita sea mi juventud!

— ¿Y aquellos dos?... ¡Al diablo con ellos! ¡Me dejaron, me traicionaron! ¡No, no quiero recordarlo!

— Pero, puede ser que vengan alguna vez mejores tiempos. . . ¡No, no lo esperes! ¡Vana esperanza! ¡Maldita sea esa esperanza!

— Pero él, ¿es posible que tenga padre, madre?.. ¡Allá él, yo no los tengo ni los tuve!

— ¿Pero puede ser que... alguna? ¡Fu! ¿Y hasta en eso tengo que prestar atención? ¿Qué me importa? ¡Que se case con otro!

— ¿Pero es posible que?.. Pues, ¿qué más aún? ¡Nada más! ¡Basta! ¡Gira, gira, gira!... ¡Ay, cómo sufro, cómo quema, cómo me duele!... ¡Aquí y aquí, por todas partes, todo el cuerpo!

Era ya entrada la media noche. Los arrestados dormían. Andréi también dormía y no oyó esta entrecortada conversación consigo mismo, este semirrumor, no lo oyó y no conocía los terribles sufrimientos de la persona, convertida en un salvaje por tanto penar y que había llegado al grado máximo de desesperación por ese estado de salvajismo. Pero quién

sabe lo que hubiera pasado si Andréi hubiera oído aquellas palabras, si hubiera pensado en aquellos sufrimientos; es muy probable que sólo una palabra suya le tranquilizara, hubiera evitado sus terribles consecuencias. Pero Andréi dormía entonces tranquilo al lado de Dmitró y abrazaba en sueños a su Gana, que no era suya.

## XI

De nuevo es de día, reina el ruido en la celda, se oyen maldiciones y escarnios, el chirrido del cerrojo, gritos, algunos van al trabajo. De nuevo Andréi anda por la celda, pálido, debilitado por la falta de aire puro, y piensa. Pero una tos seca le oprime su dolorido pecho y los pensamientos se confunden en la cabeza. Siente un cansancio terrible, como si todo su cuerpo fuera de plomo. ¡Ah, si pudiera descansar, estar acostado cómodamente, quedo, bajo el claro cielo, al aire libre, a la sombra!.. Las visiones del amor palidecen y en vano procura hacerlas aparecer en su imaginación con la claridad de antes. Hasta el rostro de Gana no quiere mostrársele y, ante sus ojos cerrados pasan, vertiginosas, jetas salvajes, espantosas, erizadas, sucias, amenazadoras. El se tumba boca arriba en la cama con los ojos muy abiertos y mira el techo, procurando no pensar, no recordar y, de repente, el techo reaviva, se hace estrecho, se amplía, se tambalea y sobre su fondo de color pardo amarillento, poco a poco surgen, a través de la semioscuridad, aquellas mismas jetas repugnantes y amenazadoras, bajan, penden sobre él, mudas como cadáveres. Andréi salta de la cama y de nuevo se pone a andar.

— ¿Pero qué pasa conmigo? —se dice para sus adentros—. ¡Si yo nunca fui propenso a las alucinaciones! ¿Por qué me persiguen con tanta insistencia? ¿Es posible que me haya minado tan pronto la desgracia?.. Pero, parece ser que yo no sufro mucho... ¡Fu, qué desagradable es!

Bovdur también está tumbado en su rincón y piensa: “Pues en cuanto me haga con el dinero, lo más importante y difícil será esconderlo de tal modo que nadie lo pueda encontrar ni me lo quiten. ¿Pero quién me lo va a quitar si nadie lo va a saber? ¿Tendré que hacerme pasar por loco, o qué, qué importa? El tiempo dirá. Sólo tendré que esconderlo como es debido, ¡después iré de parranda una vez y para siempre! ¡Antes que nada compraré pan, pan bueno,



blanco, no bollos, y mucho, mucho, para hartarme! ¡Salchichón y carne de alguna clase, un montón entero! Después beberé cerveza; ¡el vino, a botellas! ¡Y cada vez pediré una botella más, y otra, para tener ruido en la cabeza y me dé vueltas eternamente, para que nada, nada se me aparezca, no piense, nada recuerde! Que todo gire, gire, hasta que llegue el fin. ¿Pues qué es el fin? ¡Un minuto! Pero yo no tengo miedo, lo único que deseo es ruido en la cabeza y que me dé vueltas... ¡Pero ya veremos si tendré miedo o no, me da igual, puesto que la perra de mi madre me dio a luz!”

“¡Pero él es tan joven, tan bondadoso!...” —respondió tímido un quedo pensamiento desde lo hondo del corazón de Bovdur.

“¡Al diablo! Y yo, ¿no soy joven? —repuso otro pensamiento—. ¡El, hasta ahora ha sido feliz, en un sólo día ha tenido tanta dicha como yo no he tenido en toda mi vida! ¡Eso no es justo, es necesario que cambiemos un poco de suerte!”

“¿Cómo puede ser de otra manera? ¡Ni hay por qué dilatarlo! —cortó de nuevo el pensamiento sonoro, autoritario—. ¡Así será mejor para los dos, terminará todo más rápidamente!”

“¡Pero es probable que tenga padre, madre!.. ¡Al diablo con ellos! ¡Que sufran, pues! Yo no los tengo, ni los tuve, y yo qué, ¿no soy persona?”

¡Pero, cosa rara! Por mucho que el pensamiento fuerte, autoritario, trataba de tranquilizar a Bovdur y llevarle firmemente por la senda trazada, no obstante, temblaba de pies a cabeza y, mirando de reojo a Andréi, receloso apretaba en la mano algo que él mismo temía y guardaba, a la vez, como las niñas de los ojos.

— Quiero comer —susurraba—. ¡Ay, qué hambre tengo! ¡El ha sido, maldito; quien con su pan me ha despertado el hambre! ¡Y aún se hace pasar por bueno, por cariñoso! ¡No, querido, de nada te va a servir tu bondad, no me vas a engañar!...

Se abrió la puerta y en la celda metió su cabeza un viejo policía de cara bondadosa.

— ¡Pan Temera! —llamó cariñoso.

Temera se estremeció. Le pareció haber oído la voz de padre, la misma voz que él había oído hacía muchísimo tiempo, en su primera infancia. Se acercó a la puerta y se puso a mirar la cara del policía, pero no pudo reconocerle.

— ¿Es que no me reconoce usted? Vaya, es lógico, ¿cómo me puede reconocer? Usted era aún muy pequeño cuando yo me marché de Ternópolis. ¡Pues yo era vecino de su difunto padre y, además, éramos muy buenos amigos! ¡Que en gloria esté y en paz eterna! ¿Pero, qué le ha ocurrido a usted? No podía creerlo cuando me dijeron que estaba encerrado un tal Temera de Ternópolis. ¿Qué Temera, pensaba yo, puede ser? Allí vivía sólo uno. ¡No puede ser otro más que su hijo! ¡Pobre muchacho! ¡Y a usted le han metido aquí entre esta gentuza! He pedido ya al *pan* inspector que le suelten y me ha prometido trasladarle a usted mañana al cuarto de guardia; yo respondo por usted.

Temera agradeció de todo corazón al viejo por su atención, mientras que en el rostro de Bovdur, al oír aquellas palabras, pasó, veloz, una sombra de inquietud, como si de sus manos fuera a escapar lo que él ya consideraba inalienablemente suyo.

— ¿Quiere usted que le traiga algo de comer, bebida? —preguntó de nuevo el viejo—. Yo se lo traeré, hoy no está el cabo y tengo las llaves. Mientras usted lo piensa yo voy rápido a la cancillería y regreso en seguida.

El viejo cerró la puerta y se fue trotando a la oficina. Andréi se puso alegre y sintió alivio en el corazón al oír aquellas palabras amistosas y afables, cuando vio que también en aquel lugar aparecía una bondadosa alma que haría por él todo lo que pudiera. ¡Ay, cuánto se alegró al saber que al día siguiente le iban a trasladar de esta madriguera al cuarto de guardia! Hasta le pareció que al día siguiente le iban a poner en completa libertad. La luz, el aire, el verdor de los campos, la naturaleza viva, estos bienes habituales divinos, que el hombre, por costumbre, no sabe apreciar, si no teme perderlos. ¡Cuán deseados, cuán queridos le parecían ahora a Andréi!...

— ¡*Pan!* —interrumpió su pensamiento con voz brutal Bovdur—. Diga que le traiga vodka, una cuartilla llena, entonces tendremos bastante para unas dos veces.

— ¿Acaso aquí se puede traer? —preguntó Andréi.

— ¿Por qué no? ¡El viejo la traerá!

Andréi no bebía vodka, pero sabía que para los demás arrestados, beberse un chato sería una gran fiesta. Por eso pidió al viejo policía que trajera vodka, salchichón y algo más para comer. El viejo al principio dudaba de traer una cuartilla llena, pero Andréi le persuadió, prometiéndole

estar al tanto de que no se emborracharan, tanto más que para diez personas, una cuartilla de vodka era una fruslería y el viejo decidió cumplir su ruego.

Mediodía. Conversando alegremente, los arrestados se sentaron alrededor de la vodka y comida que habían traído. Sus ojos brillaban de alegría al pensar en el banquete que se iban a dar y que ni siquiera podían haber soñado. Todos manifestaban su agradecimiento a Andréi por su buen corazón. Sólo Bovdur seguía sentado en su rincón y no apartaba los ojos de la botella. De repente dio un salto, agarró la botella, la apretó fuerte con las dos manos, se la llevó a la boca y empezó a beber. Todos, estupefactos, clavaron sus miradas en él, pero reaccionaron rápidamente y se lanzaron a quitarle la botella, pero no pudieron conseguirlo pronto. Casi media botella pasó en un instante al estómago de Bovdur.

— ¡Que te parta un rayo, maldito bastardo!... —juraba el viejo Pankó—. ¿Por qué no esperas tu turno, sino que tragas como un cerdo?

— ¡Ah, ah! —graznó resollando Bovdur—. ¡Por esto Dios lo pagará! ¡Así bebía antes, como en Borislav! ¡Como si hubiera pasado la mano por todas las entrañas, y me zumba la cabeza, bulle, trrr!

Bovdur agarró un trozo de salchichón, se lo echó a la boca y, tambaleándose, se acurrucó en su rincón.

Largo rato los arrestados estuvieron armando jaleo, obsequiándose con vodka, largo rato estuvieron injuriando al repugnante Bovdur, pero éste, tumbado, parecía que no veía nada. Estaba como un papanatas, con su mirada estúpida fija en el techo.

— ¡Eh!, ¿qué se ha hecho de mi cuchillo? —advirtió de repente Andréi, palpando su bolsillo—. ¿Se me habrá caído acaso? No tengo con qué cortar el pan. Un cuchillo poco envidiable, no tanto como lamentar el haberlo perdido, pero en este momento es necesario.

— Búsquelo mejor —dijo el viejo Pankó—, un cuchillo no es una aguja, en la celda no debe perderse.

Pero no lo encontraron.

— Corte, por ahora, con el mío, después lo buscaremos —dijo Dmitró—. Quizás cuando usted dormía se cayera en el colchón de paja por algún agujero. Aquí eso puede ocurrir, ¡ya ve qué agujereados están los colchones!

— Es verdad —respondió el viejo Pankó—, tendremos que buscarlo después.

· Pero todos los arrestados, ocupados en comer y beber, se entusiasmaron tanto en la conversación que se acostaron sin acordarse del cuchillo. Bovdur también se durmió. Sólo Andréi, que no había bebido vodka, andaba por la celda. La grata noticia de que al día siguiente le iban a liberar de aquella repugnante guarida, parecía darle ánimos.

— ¡Ah, ojalá me vea pronto en libertad! —susurraba, suspirando—. Empezaré un nuevo trabajo, nuevas búsquedas y es muy probable que resulte algo. ¡Pero habrá que emprender el trabajo en común y no perder en vano ni el tiempo ni el dinero! Habrá que estudiar, estudiar mucho, pero no esa porquería con la que nos embotan las cabezas en los liceos. ¡Ah, apenas he empezado a tomarle gusto a la verdadera ciencia, pero qué nuevos aires nos trae! ¡Cómo el alma tiende hacia ella! ¡Pero por qué la gente se pone terca, ve con desprecio, con altivez sus logros? ¿No es acaso porque ella no da sus logros por la verdad acabada, incondicional? Ay, el hombre necesita aún una autoridad que le dicte desde arriba: ¡que así sea! Aún es necesaria una ley que fije el comienzo y final de la sabiduría, fuera de la cual todo es falso o está de sobra. ¡No, el poder de la autoridad no se sostendrá mucho tiempo! Por todos lados se levantan nuevas inteligencias y echan, echan abajo ese muro que durante milenios cerraba a los hombres los ojos. ¡Que suene pronto el último golpe! ¡Que reine pronto la libertad, clara como el día, inmensa como el mundo, la que reconoce solamente la naturaleza y el amor fraterno!...

¿Que representa nuestro trabajo de hormigas ante tan gigantesco objetivo?... ¿Qué son nuestros lamentables sufrimientos, toda nuestra vida? ¡Un grano de arena en comparación con la montaña! ¡Pero la montaña, de todos modos, se compone de granitos! ¡No obstante causa placer aportar, por lo menos, un granito de arena para acelerar la gran causa!

¿Y no puede ser que todos nuestros designios, nuestras aspiraciones, nuestra lucha, sean, probablemente, una equivocación absoluta, como las que a millares pasaron como tempestuosos vientos sobre la humanidad? ¿No puede ser acaso, que nuestro trabajo sea inútil? ¿No puede ser que estemos abriendo un camino al lado del camino carretero, que construimos una ciudad en una isla desierta? ¿No puede ser, acaso, que la futura generación marche en otra dirección, que nos deje a un lado como un monumento de las

infructíferas aspiraciones humanas hacia un objetivo innecesario? ¡Ah, ese pensamiento martiriza el corazón, taladra el cerebro! ¡Y qué también puede ser probable! También para tal extremo debemos estar preparados y si nuestro camino no coincide con las leyes naturales del desarrollo general, con las eternas aspiraciones humanas a la bondad y la felicidad universal, daremos inmediatamente vuelta atrás...

¡Mientras tanto hay que seguir adelante! ¡Estás de nuevo en libertad! ¡Lo que se pueda hacer lo haremos! ¡Pero todo a conciencia, francamente, con inteligencia y, de lo demás, no preocuparse!...

## XII

Llegó la noche. Los arrestados duermen, respirando con dificultad el aire viciado, cargado. De vez en cuando uno u otro tose con una tos seca, prolongada, se da la vuelta al otro costado, respira profundamente o suelta un grito entre sueños. En la celda la oscuridad es absoluta, porque fuera el cielo está nublado, el ambiente es sofocante y, de lejos, de más allá del Dil, brama sordamente el trueno.

El único que no duerme es Bovdur. En su alma las tinieblas son aún más negras que en la celda, sólo sus pensamientos se extinguieron agotados por el largo martirio, ahogados por la vodka, no se remueven los recuerdos. Sentado está en su guarida y en la mano tiene el cuchillo jardinero de Andréi con la larga punta afilada. Sus dedos, de vez en cuando, tocan el corte, como si probaran si está bien afilado. Todo su cuerpo tiembla, de los pies a la cabeza; es un temblor de inquietud; Bovdur se cubre de un sudor frío. Espera el momento cuando en la calle y en la celda todo quede en silencio, espera la media noche avanzada.

— Allá brama el trueno —susurra Bovdur—, cuando hay tempestad el sueño es más fuerte. También yo quisiera dormirme... ¡Ay, dormirme para mucho tiempo, eternamente!.. Y alguien se dormirá hoy así.

Esta frase parecía haberle pásmado por su inesperada crueldad, él se estremeció y se quedó callado.

— ¡Fu! ¡Pero qué endiablada cosa es la palabra! —siguió hablando un minuto después—. Sueltas una palabra tonta y te quedas pásmado, como si hubieras hecho una cosa espantosa. Pero imagínate algo sin abrir la boca y, nada,

puede pasar. ¡Los ojos se habitúan a lo más horroroso, pero el oído, vaya desgracia, se espanta en seguida!..

¡Vaya, todo son tonterías! ¡El dinero es lo principal! ¡Cuando piensas, lo juro, lo tonta que es la gente! Miren ese... ¡Con el dinero que tiene y no sabe vivir como es debido! ¡Compra algo, pero él mismo no come! ¡Yo no lo haría así! ¡Ay, lo bien que me divertiría con ese dinero, unos días por lo menos! ¡Y que voy a andar de parranda, vaya, vaya, aún me voy a divertir! ¿Qué, no ha llegado ya el momento?

Se levantó y prestó oído. Al principio todo estaba en silencio; después en el soportal empezaron a hablar, con voces bruscas, los policías que estaban de guardia.

— Y qué —preguntó uno—, ¿no hallaron a aquel desdichado vivo?

— No, cuando llegaron aún estaba tibio. ¿Cómo podía ser de otra manera? Tenía la garganta cortada hasta las vértebras.

— ¡Dios mío — murmuraba el otro—, se ve que ha llegado el fin del mundo! ¡Qué mala se ha hecho la gente, qué enemistad reina; el hermano al hermano ni respirar le deja! Pero y ese... cómo pudo tener alma para... a uno tan jovencito.

El fuerte fragor del trueno impidió a Bovdur comprender las últimas palabras del policía. Pero la zozobra se apoderó de él. Dando diente con diente, se acurrucó en su rincón, pensando que los policías habían adivinado sus designios y que a cada momento iban a presentarse, lo amarrarían y le iban a despedazar vivo. Bovdur, agotado, dejó caer sus brazos. El cuchillo se le cayó al suelo. El ruido del acero le asustó más que el trueno. Metiéndose en lo más hondo de su rincón, entornó los ojos, se tapó los oídos, para que ninguna impresión exterior llegara hasta él. Sin darse cuenta, sin saber cuándo ni cómo, se quedó dormido por un instante.

Se despertó de repente, conteniendo con gran esfuerzo un grito que se le escapaba de la garganta. En sueños vio que pasaba un río de sangre por un vado; pero llegó a un remolino y se hundió en él por el descuido. La sangre bullía, estaba caliente, viva. Con maliciosa alegría salpica y bulle a su alrededor, le cubre todo el cuerpo, la boca, los ojos. Bovdur intenta nadar, pero la sangre, viscosa como el alquitrán, se le pega al cuerpo, le agarrota los brazos y las piernas. En este momento se despertó.

— ¡Ah, qué sueño más espantoso! ¡Casi me he asfixiado, cómo estoy sudando! ¡Pero qué es un sueño, nada, un soplo vacío!. . . Bueno, ¿ha llegado ya el momento? . . .

Bovdur se levantó de nuevo y prestó oído durante largo rato. Nada se oía más que la respiración de los durmientes. Se agachó y empezó a tantear por el suelo, en busca del cuchillo. Pero, de repente, como si le hubiera mordido una víbora, apartó la mano. Casualmente agarró de la garganta al viejo hebreo y sintió cómo bajo sus dedos pulsaba, como si estuviera viva, la sangre, y el gáznate se agitó, inquieto, al contacto de la mano de Bovdur.

— ¡Que Cristo te mate, maldito hebreo! —gruñó Bovdur—. ¡Qué susto me ha dado, como si mi mano tocara una serpiente! ¡Fu, que te. . .!

Y se agachó de nuevo, siguió buscando y encontró el cuchillo. Luego, en silencio, andando de puntillas, se acercó a la cama donde dormía Andréi. Primero, Bovdur tanteó para averiguar si Andréi dormía abrazado a Dmitró. Convencido de que no, cogió a Andréi sin vacilar, por en medio del cuerpo, lo levantó como a un niño y, con facilidad, sin hacer ruido lo puso en el suelo.

— Sí, aquí será mejor —susurró Bovdur—. Si empieza a agitarse pues que no despierte a los demás.

Andréi dormía profundamente. Pero cuando su cabeza tocó el suelo mojado, se agitó y, entre sueños, exclamó: “¡Gana, sálvame!”

Bovdur, suponiendo que Andréi se había despertado, le puso rápido la rodilla sobre el pecho, con la mano izquierda lo agarró de la garganta y con la derecha le dio un corte con todas sus fuerzas. Andréi se convulsionó y gritó, pero quedamente, porque su garganta estaba oprimida. La sangre salpicó la mano de Bovdur. Al sentir que Andréi se convulsionaba mucho, le dio un segundo golpe.

— ¿Dónde está el dinero? ¡Dame el dinero! — susurraba sobre la víctima.

— ¡Ay! —gemía Andréi—. El dinero. . . en. . . me lo cogie. . .

Y no pudo terminar. El corte del cuchillo le atravesó en este instante la laringe, le cortó los tendones hasta las mismas vértebras. La sangre saltó en torrentes, las convulsiones del cuerpo fueron debilitándose poco a poco, hasta que por fin cesaron. Andréi Temera dejó de existir. . . ¿Y sus pensamientos, sus aspiraciones, perecieron también junto con él? ¡No!

Pues esos pensamientos son la Humanidad, ya que al cuidarlos con ternura, él seguía siendo sólo una pequeña partícula de la Humanidad. Y la Humanidad precisamente vive porque sus partículas perecen una tras otra, y otras nuevas nacen en su lugar. . .

Bovdur, como si le hubiera partido un rayo, estaba de rodillas ante el cadáver. El dinero se lo tomaron en el cuarto de guardia, es decir, que en vano mató a Andréi. Como si le hubieran quitado raspas de los ojos de Bovdur. . . ¿Qué había hecho? ¿Para qué le quitó la vida a aquel joven ser? ¿Qué maldita alucinación se había apoderado de él? Largo rato estuvo pasmado sobre el cadáver de Andréi, sin pensamientos, sin moverse, como si él mismo fuera un cadáver. Con la mano derecha aún apretaba el cuchillo, la izquierda, anegada en sangre, apretaba la garganta, que se iba enfriando, del joven. . .

De súbito una mano fría tocó el hombro de Bovdur y una voz sorda, soñolienta, pronunció:

— ¿Qué haces aquí, Bovdur?

Era la voz de Stebelski; le despertaron los gemidos de Andréi.

Bovdur no respondió, no siquiera se estremeció, no se asustó; inmóvil como una estatua, estaba de rodillas ante el cadáver de Andréi.

— ¿Que haces aquí? —seguía preguntando Stebelski, zarrandeando a Bovdur por el hombro desnudo—. ¿Por qué no duermes?

Parecía que las palabras de Stebelski y el contacto de su fría mano poco a poco iban sacando a Bovdur de su estado de estupefacción. Se movió, levantó la cabeza, suspiró con dificultad y dijo en un tono dulce, casi alegre, en el que no quedaba ni rastro de la crueldad anterior.

— Espera, vas a ver una comedia.

— ¿Qué comedia? —preguntó quedamente Stebelski.

— Ahora la verás.

Bovdur se levantó, pasó por encima del cadáver, se acercó a la puerta y con los puños, como si fueran un martillo, empezó a golpear la puerta. Este estruendo, inesperado y retumbante, apagó el ruido de la tormenta. Todos los arrestados se pusieron de pie.

— ¿Qué pasa? ¿Qué pasa aquí? —preguntaban inquietos.

— ¿Dónde está el pan? ¿Dónde está pan Temera?— quería saber Dmitró, al no notar a su lado a Andréi.



Pero Bovdur no oía sus voces; estaba junto á la puerta y la golpeaba con todas sus fuerzas.

— ¿Te has vuelto loco, o qué te pasa? —gritaba el viejo Pankó—. ¿Por qué metes tanto ruido? ¿Qué pasa?

— Se trata de no sé qué comedia —respondió Stebelski—, pero no sé de cuál.

Del cuarto de guardia llegaron gritos de maldición. Se había despertado el cabo; éste cogió el farol y, así como estaba, en ropas interiores, corrió hacia la puerta.

— ¿Qué diablos están dando golpes? —gritó—. ¡Que te golpeen así las entrañas, malditos! ¿Qué quieres?

— ¡Abre! —gritó Bovdur, sin cesar de dar golpes.

— ¡Pero deja de golpear, mondongo maldito! Espera que cuando abra ya verás que no será en vano.

— ¡Abre! ¿Me oyes? —no se calmaba Bovdur y dio tal puñetazo sobre la “mirilla” obturada, que saltaron astillas contra la pared de enfrente.

— ¡Ah, bandolero! —dijo irritado el cabo y, dejando en el suelo el farol, se puso a meter la llave en el cerrojo, poniéndose aún más furioso, porque Bovdur no dejaba de dar golpes. Pero en cuanto el cabo entreabrió la puerta y se inclinó para coger el farol, Bovdur la abrió de par en par y con el puño muy apretado, con todas sus fuerzas le asestó al cabo tal golpe en el entrecejo que el cabo cayó sin sentido, el farol se le escapó de las manos, se rompió y se apagó.

— ¡Yo te decía, perro, que abrieras! ¡Y tú remoloneas! ¡Por eso has recibido lo que te merecías! —decía Bovdur, manteniendo la puerta abierta.

— ¡Socorro! ¡Sálvenme! ¡Bandidos! ¡Socorro! —gritaba el cabo, al volver en sí.

Llegaron corriendo con faroles los policías.

— Ah, maldito Bovdur, ¿qué estás haciendo? —gritaron, lanzándose sobre él.

— ¡Le he puesto un ojo a la funerala a ese cerdo! —respondió tranquilo Bovdur—. ¡Para que en otra ocasión se mueva más de prisa!

Los policías se lanzaron como fieras sobre Bovdur, pero éste dio un salto y desapareció en la celda. Los policías corrieron tras él con los faroles, pero tan pronto como la luz, no vista mucho tiempo aquí, cayó con su mancha amarilla sobre el centro de la celda, los policías se pararon como clavados y soltaron una exclamación involuntaria. En medio

de la celda nadaba en sangre el cuerpo de Andréi y sobre él, estaba de rodillas Bovdur y mojaba sus manos en la sangre.

— Dios mío, ¿qué es eso? —exclamaron todos.

— Eso, yo, yo lo he hecho —pronunció quedo Bovdur—. ¿No lo creen? ¡Aquí está el cuchillo, mírenlo, el suyo!..

— ¿Por qué, tú, monstruo, le has quitado la vida? —preguntó el viejo Pankó. Pero Bovdur no respondió a la pregunta del viejo, como si no lo oyera, o no lo había comprendido. Estaba de rodillas ante el cadáver y miraba el pálido y aún hermoso rostro de Andréi, después de muerto. Mientras que en Bovdur se operaba un cambio extraño. Los rasgos de su cara parecían ablandarse, se hacían dulces... En sus ojos se apagó el brillo que hacía recordar las ascuas que se extinguen. Las arrugas sombrías, coléricas en su frente se alisaban... El espíritu humano parecía que de nuevo se alojaba en su cuerpo, que hasta entonces había servido de cobijo al diablo, o no sé qué salvaje alma. Y, de repente, las lágrimas saltaron a torrentes de los ojos de Bovdur... Apretó su cara contra el ensangrentado rostro de Andréi y prorrumpió en dolorosos sollozos.

— ¡Hermanito mío! ¡Qué he hecho contigo! ¿Por qué he destrozado tu vida? ¡Alma pura, santa, perdóname, condenado de mí! ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? ¿Dios mío, pero qué he hecho?..

Los arrestados y policías estuvieron aún un minuto como hechizados por aquel impresionante espectáculo y escuchaban los lamentos de Bovdur. Pero pronto volvieron en sí.

— ¡Prepárate, señorito! —le dijeron—. Este lugar ya no es para ti. Ya es tiempo de pasar a vivir a otro aposento. ¡Ahora no es el momento de llorar!

Bovdur alzó los ojos y, con ira, con amargura miró a los policías.

— ¡Malditos sean, desolladores! —exclamó—. ¡Miren! Y aplicó su mano a la herida abierta de Andréi, separándola con la palma de la mano en dos mitades; ¡miren, ésta es mi mitad, pero ésa es la de ustedes! ¡Esta es mía, esa es de ustedes! ¡No teman, aquí yo pagaré por las dos, pero allá está todavía el Dios justiciero, y él reconocerá qué mitad es la mía y cuál la de ustedes!

Se cerraron con un chasquido las esposas de hierro. Bovdur no hizo resistencia. Mientras tanto los arrestados se santiguaban y rezaban sobre el difunto. Dmitró era el único que lloraba a un lado. Stebelski estuvo callado largo rato,

sentado en su lugar habitual y, de repente, en voz baja, muy baja, con una voz extraña, pronunció:

— *Quindam, domine? Diem supremum obiisti?\**

Al ver que no le respondían a esta pregunta, se volvió hacia Bovdur y, señalándole con la mano, dijo:

— *Pereat homo, crescat humanitas!\*\**

Pero al no ver, tampoco esta vez, en los rostros de los que le rodeaban, ni elogio ni reprobación a su sabiduría, se volvió de cara a la pared y se quedó dormido.

*Kolomía, 17-20 de junio de 1880*

## HACIA LA LUZ

### RELATO DE UN DETENIDO

#### I

Los sabios naturalistas afirman que en el mismo fondo de las ciénagas marítimas yacen capas de verdadera “agua muerta”. Una enorme masa de agua presiona desde arriba sobre cada partícula de las capas inferiores y la priva de todo movimiento, de toda vida. Allí no penetra la luz solar, allí no existen seres vivos, no hay ninguna corriente submarina; allí no resuenan ni el mas leve eco de las tempestades y los terremotos. El único movimiento que es posible percibir es el asentamiento constante y eterno de millones de cadáveres y esqueletos vivos que en otras épocas, a veces en tiempos inmemoriales, vivían y se deleitaban allá arriba, se ofrecían a la tierna caricia de la luz solar, se bañaban en su grato calor, se mecían en las potentes olas marítimas. Después de morir, descendían lentamente al fondo, en particular los pequeños foraminíferos, los diatomeas y demás moralla menuda que viene a constituir la masa fundamental de la vida en el mar. Sus cadáveres penetran paulatinamente a través de capas cada vez más densas, cada vez más ricas en oxígeno y ácido carbónico, se disgregan en ellas, como incineradas, y sólo después de algún tiempo, convertidas en bolitas y plaquillas microscópicas, y llegan al fondo y se posan en ese enorme cementerio para formar, pasados millares de años, una roca de creta.

---

\* ¿Y qué, señor, moriste? (Literalmente: ¿vino al último día?) (*latín*).

\*\* ¡Que perezca el hombre, que crezca la humanidad! (*latín*).

Muy duro y angustioso deberá ser, para esas capas inferiores acuáticas, descansar en aquellas espantosas tinieblas, bajo una presión inaudita, quedar yertas en el fondo muerto, sólo sobre cadáveres. Y especialmente grande será su angustia cuando comience a resonar en ellas, misteriosa, esa eterna e inagotable fuerza sin la cual no existe en la naturaleza ni un solo átomo. ¡Fuerza interna inagotable y tinieblas a su alrededor, una presión espantosa y un cementerio sin fin! Y cuando en esos desdichados átomos, condenados a muerte eterna, palpita aunque sólo sea una vez en mil años, el más leve indicio de pensamiento, ¿suponen ustedes que eso es imposible? ¿Acaso nuestro cerebro pensante no es una cohesión de esos mismos átomos de oxígeno, carbono y otros elementos? ¡Qué amargo, qué penoso debe ser ese pensamiento-sueño!

— ¡Madre Naturaleza! ¿De dónde viene tal injusticia contra nosotros? ¿Somos, acaso, peores que los que allí, sobre nosotros, se regocijan, que aquellos a los que mece la dicha y se bañan en maravillosos torrentes de luz? ¿Y por qué no haces que nos llegue el turno a nosotros, por qué no nos dejas pasar allá arriba aunque no sea más que una horita?

Pero la Madre Naturaleza es ajena a todo sentimentalismo, se hace la sorda para los soñadores.

— ¿Se figuran que yo voy a cuidar de ustedes, como una niñera, tontainas? —gruñe—. Si sienten en sí fuerzas, ¡intenten llegar hasta arriba! ¡Como si yo no tuviera otras cosas que hacer!... ¡Sólo faltaba eso! ¡Abranse paso ustedes mismos!

— ¡Sí, prueben a salir de ese fondo por sus propios medios!...

¿Han tenido ustedes ocasión de ver algo semejante en la vida humana? Oh, sí, todos la tuvimos, queridos, ¿quién no ha tenido tal ocasión? Y después de cada caso semejante se le oprime a uno el corazón, y a usted también se le va a oprimir ahora si mentalmente intenta ponerse en el lugar de esos desdichados átomos vivos de la sociedad humana, condenados por el envidioso destino a vivir en las eternas tinieblas, en una torpe inmovilidad, condenados a perecer ignorados. Y todos nosotros ¿no somos, acaso, esa capa baja entre otros pueblos? ¿Acaso no percibimos cada movimiento fuerte, sano, de esos pueblos libres y dichosos, como un dolor, como una presión, como un empujón en nuestro organismo popular? ¿Y cualquiera de ustedes, que a costa de inauditos

esfuerzos, a costa de la existencia de más de uno de los seres más queridos, haya logrado escapar de ese tenebroso fondo y llegar aunque sólo sea al primer escalón, no experimenta, acaso, a veces, miedo involuntario y dolor, sólo al pensar en ese fondo y en que, si no hubiera llegado en su ayuda una u otra feliz ocasión, habría tenido que estar muriéndose allí hasta hoy día, indefenso, oscuro, anónimo como una de esas partículas de la *masa humana* y no como una persona? ¿No se nos desgarran el corazón al pensar en que miles y miles de seres, al igual que nosotros, se esforzaban por salir de aquellas tinieblas, añoraban la luz, ansiaban la libertad y el calor, y todo fue en vano? ¿No se estremecen de horror al recordar la vida y la muerte de semejantes seres anónimos olvidados, sometidos con frecuencia a vejaciones y desprecios? ¿Cuándo llegará a estar claro, a ser evidente para nosotros que la circunstancia más estúpida en el mundo, cualquier casualidad, cualquier incomprensión, una broma, una palabra impensada, un sólo granito de polvo les apartó del camino y les arrojó para siempre atrás, a aquellas tinieblas de las que ya estaban casi a punto de salir hacia la ansiada libertad? . . .

Estos pensamientos taladraban mi cerebro, no me dejaban conciliar el sueño en el curso de los largos, larguísimos días y noches vividos en la cárcel. Mis compañeros de infortunio, que también sufrían moralmente, no encontraban palabras para consolarme, por el contrario, veía que con frecuencia estaban mucho más necesitados que yo de una palabra aliviadora. Para no volvernos locos en aquel círculo de sufrimientos y penas, conversábamos, nos relatábamos cosas, no acerca de nosotros, sino de gente ajena, lejana, pero siempre en torno al dolor. Uno de esos relatos, que me asombró con mayor fuerza, es el que ahora ofrezco al lector. El narrador —no hablo de su “oficio”— era un hombre joven todavía, repleto de fuerzas y audacia, no carente de verdaderos sentimientos humanos. Hijo de la ciudad, terminó sus estudios en la escuela; aprendió un oficio; en fin, puso cierto esfuerzo y medios para salir a la superficie, para abrirse camino, y se lo abrió. . . ¡Pero no se trata de eso!

Estaba encarcelado ya por sexta vez, conocía todas las astucias de los presos, la historia de casi cada celda: quién estaba en ella encerrado, por qué, si la condena era larga, cómo antes trataban a los presos y cómo los tratan ahora, etc., etc. . . Verdaderos anales de prisión. Los carceleros le

consideraban un perturbador inquieto y se lo hacían sentir con frecuentes castigos disciplinarios.

Pero él no se aplacaba y estallaba como la pólvora en cuanto notaba que no se portaban como correspondía, o cuando humillaban a alguno de los detenidos. Tenía frecuentes altercados, en particular, con el que hacía la guardia, que andaba bajo las ventanas de la cárcel y debía cuidar de que los presos no se asomasen a las ventanas y no conversaran entre sí. Muchas veces, el soldado amenazaba con disparar si no se retiraban de la ventana, pero el "perturbador" seguía sentado tranquilamente, sin decir palabra, y en cuanto el soldado hacía chasquear el cerrojo del fusil, se apartaba de un salto y gritaba:

— ¡Bueno, bueno; si yo sé que tú no te atreverías a disparar!

— ¿Y cómo lo sabe usted? —le pregunté una vez.

— ¡Cómo no lo voy a saber! Yo mismo fui testigo, lo vi con mis propios ojos.

— ¿Qué vio?

— Es toda una historia; después de ella, se les prohibió a los que están de guardia disparar. Mejor será que se la cuente y que se tranquilice ese pobre recluta. Pues el desdichado se ve obligado a hacer lo que le mandan.

## II

— Hace ya unos años —comenzó el relato—, precisamente hace dos años. Entonces yo estaba encerrado en este hoyo, bajo sumario. En la celda éramos sólo dos, yo y un señorito que se llamaba Zhurkovski. Qué clase de hombre era y por qué cayó en la cárcel, ya no lo recuerdo.

Pues bien, una tarde, después de la ronda, cuando ya nos habíamos desnudado y acostado, oímos de repente los pasos del carcelero y el sonoro rechinar de las llaves al ser metidas en las cerraduras. Por fin, abrió la puerta y el haz de la luz amarilla que caía de la linterna alumbró un cuerpecillo casi desnudo, endeble, encogido. El carcelero le dio un empujón y lo metió en la celda; por lo visto el hombrecillo aquel no podía moverse él solo con bastante ligereza.

— Ahí tienes la manta y una sábana —le gritó el carcelero, tirándoselas a la cabeza y obligándole a encorvarse casi hasta el suelo.

— ¡Echate a dormir! La escudilla la recibirás mañana. Dichas estas palabras, el carcelero cerró la puerta y se fue. La celda quedó oscura como una cueva y silenciosa como una tumba. Sólo de vez en cuando se oía un ruido semejante al golpeteo de un cuchillo cortando carne sobre una tabla; era nuestro compañero de celda que tiritaba de frío y le castañeteaban los dientes. Sabrán que aquello ocurría ya entrado el otoño, después de la fiesta de “todos los santos” habían pasado ya dos semanas y hacía un frío, que Dios nos guarde de él.

— ¿Quién eres? —le pregunté al compañero helado, sin levantarme de la cama. No tiene uno ganas de levantarse cuando ya te has calentado, y además, en la celda hacía bastante frío, puesto que la ventana debíamos tenerla abierta día y noche a cosa de los malos olores.

Nuestro compañero callaba, pero sus dientes se ponían a castañetear con mayor fuerza y entre aquel ruido se percibían entrecortados quejidos. Me dio pena del muchacho; adiviné enseguida que era uno de esos ladronzuelos novatos, verde aún en el oficio. Me levanté y, a ciegas, le hice la cama.

— ¡Bueno —le decía—; tranquilízate, no llores! Quítate la ropa y acuéstate.

— No. . . no. . . pue. . . do —pronunció a duras penas.

— ¿Por qué?

— Es. . . toy. . . muy he. . . la. . . do.

¡Santo Dios! Me acerqué a él y noté que estaba yerto. No podía mover ni los brazos ni las piernas. ¿Qué milagro le ayudó a llegar hasta la celda? ¿Vete a saber? Se levantó también el señorito, le quitamos los trapos que llevaba puestos, le dimos unas buenas friegas, lo envolvimos en la sábana y la manta y lo acostamos. Pasado un cuarto de hora, oí que suspiraba, se removía.

— ¿Qué, te sientes mejor? —le pregunté.

— Sí, mejor.

— ¿Te han reaccionado los brazos y piernas?

— No del todo, pero ya siento más alivio.

— ¿De dónde eres?

— De Smerekov.

— ¿Así que el gendarme te ha traído desde allí?

— ¡Pues, claro! Me ha estado arreando desde por la mañana temprano, descalzo y casi desnudo, con la helada que hace. Unas diez veces he caído por el camino, no podía

andar. Me pegaba con la correa, por eso me movía. Sólo en una posada en Zboiski me repuse un poco, el pasadero me dio vodka.

— ¿Cómo te llamas?

— Yoska Shtern.

— ¡Ah! ¿Eres hebreo?

— Sí, hebreo.

— ¡Vete al cuerno! ¡Te juro que, por tu manera de hablar, no se puede saber que eres hebreo, hablas tan bien nuestro idioma!

— Es que yo, señor, me he criado en la aldea, entre mujiks. He sido pastor.

— ¿Cuántos años tienes?

— Dieciséis.

— ¿Y por qué te han traído aquí a la cárcel?

— ¡Ay, señor, no lo sé! El gendarme ha dicho que mi amo me culpa de robo con fractura, pero, lo juro por Dios, que yo nada he robado. Sólo mis documentos, Dios es testigo, sólo mis documentos.

Y se puso a sollozar como un niño y luego, a llorar a gritos.

— Vaya, tranquilízate, tontuelo —le decía yo—, todo eso se lo explicas mañana al juez, que a mí no me importa. Ahora, duerme.

— ¡Ay, señor, pero el gendarme ha dicho que por eso me van a ahorcar! —dijo Yoska entre sollozos.

— ¡Estás loco, tontaina! —grité yo—. ¡No me hagas reír!

¿Dónde se ha visto que por eso ahorquen a uno?

— Pues el amo me ha dicho que me van a meter en la cárcel para diez años.

— Bueno, no te desanimes —le decía—. Dios es misericordioso, ya se arreglará el asunto. Ahora, procura dormirte, mañana ya hablaremos.

Nos callamos, y muy pronto se dejaron oír sus ronquidos. La única alegría mía en la cárcel es que duermo como un lirón.

### III

Hasta el día siguiente no pudimos examinar al novicio como era debido. Hasta me dió risa de no haber podido, la víspera, reconocer inmediatamente a un hebreo. Pelirrojo, con patillas largas, de nariz ganchuda, exactamente igual



que el pico de un viejo halcón, era cargado de espaldas y no endéble para sus años, sino bastante crecido. A la legua se podía ver que era hebreo, pero la víspera, en la oscuridad cuando le estábamos dando friegas en el cuerpo y sólo oíamos cómo hablaba, era de todo punto imposible adivinarlo.

Asustado, como una ardilla alarmada, examinaba la celda. Saltó de la cama cuando aún estábamos tumbados el señor y yo, se lavó, arregló la cama y se sentó en un borde de ella; permanecía allí como hechizado, sin decir ni pío.

— ¿No tienes hambre? —le pregunté yo.

Callaba; únicamente se encogió más todavía.

— ¿Comiste ayer algo? —le pregunta el señorito.

— Sí... ayer... antes de que el gendarme me llevara, la mujer del *voit* me dio un poco de *borsch*\* y un trocito de pan.

— ¡Ah, ahora ya está claro! —se sonrió el señorito.

Y le dio un buen trozo de pan y una croqueta del día anterior, para que desayunara. El pobre hasta se echó a temblar.

Intentó dar las gracias, pero se le saltaron las lágrimas.

¿Y saben ustedes qué cosa inesperada notamos en el muchacho aquel? Su aspecto exterior era el de un hebreo físico, poco agraciado, pero en el carácter no había nada, ni el menor asomo de hebreo. Era callado, sumiso, sin jactancia alguna y poco amigo de charlar, pero si se le pedía que hiciera algo, saltaba diligente como una chispa. En toda su conducta había sencillez, algo de campesino. Cuando no había trabajo —¡qué trabajo podía haber en la celda!—, le gustaba permanecer sentado en su rincón, hecho un ovillo, abarcadas las rodillas con las manos e hincado el mentón en ellas. Sólo sus ojos brillaban en la oscuridad como los de un ratoncito curioso.

— Anda, cuéntanos qué terrible robo cometiste, pues el gendarme te amenazaba con que te iban a ahorcar —le preguntó una vez Zhurkovski, cuando el muchacho ya se había repuesto y se había habituado al ambiente.

— ¡Ay, *pan* —exclamó Yoska, y todo su cuerpo empezó a temblar—, mucho tiempo puedo estar contando, pero poco hay que escuchar! Demasiado estúpida es esta historia.

---

\* *Borsch*: sopa de legumbres ucraniana.

— Venga, cuéntala, te escuchamos. Tanto más cuando aquí nada ingenioso se puede inventar, así que no es pecado escuchar alguna historia estúpida.

— Me crié en casa de Moshka, un prestamista de Smerekov —comenzó su relato Yoska—. Al principio, yo jugaba con sus hijos, le llamaba a Moshka “tate”<sup>\*</sup> y a la Moshchija<sup>\*\*</sup> “mame”<sup>\*\*\*</sup>. Los consideraba mis padres. Pero muy pronto noté que Moshka les hacía a sus hijos bonitas levitas. La Moshchija les mudaba la camisa cada viernes, mientras que yo andaba sucio y andrajoso. Cuando cumplí siete años, me obligaron a llevar los gansos a pastar para que no hubiera holladuras en la casa. La Moshchija, hiciera frío o calor, me mandaba al prado y cada vez me daba menos comida. Con frecuencia yo lloraba en el pastizal, porque tenía hambre, ¡pero qué adelantaba con ello! Los chicos de los campesinos eran buenos conmigo. Compartían conmigo su pan, el queso, me invitaban a jugar con ellos. Les tomé apego, y más tarde, con frecuencia, les echaba una mano, sin dejar de vigilar a los gansos. Para mi edad, yo era fuerte y diestro, y las amas de la aldea, cuando llegaba el tiempo en que sus hijos tenían que ir a la escuela, me encargaban primero el pastoreo de los gansos, y más tarde, de los becerros. Por ello, me daban pan, algo de comida caliente y, los días de fiesta, alguna que otra vez, un par de cruceros. La Moshchija era muy avara, y se alegraba de que en casa yo no pedía de comer. Pero cuando sus hijos se enteraron de que yo comía lo que me daban los campesinos, me pusieron el mote de “trefniak”<sup>\*\*\*\*</sup>, empezaron a insultarme y después se apartaron por completo de mí. Al principio yo no hacía caso, pero muy pronto noté aquella enemistad de modo muy sensible.

Moshka contrató a un *bellfer*<sup>\*\*\*\*\*</sup> para que enseñara a sus hijos a leer y escribir. Esto era en invierno, y por consiguiente, yo tenía entonces tiempo libre. Pero cuando me senté cerca de ellos con el deseo de estudiar también, los chicos comenzaron a gritar, a darme empujones, pellizcos y por fin, llorando, le dijeron a la madre que con un *trefniak* no querían estudiar juntos. Seguramente que la misma Mosh-

---

\* *Tate*: padre.

\*\* *Moschija*: la mujer de Moshka.

\*\*\* *Mame*: madre.

\*\*\*\* *Trefniak*: persona que come “trefnoe”, es decir, comida prohibida según la religión hebrea.

\*\*\*\*\* *Bellfer*: maestro (*hebreo*).

chija les instigó, ya que aquella bruja me odiaba mucho, aunque no sé por qué. Y apenas los chicos pusieron el grito en el cielo, vino ella corriendo y me echó de la habitación, diciendo que la enseñanza no era para mí, que ellos eran pobres y no tenían dinero con qué pagar al bellfer para enseñar a un mendigo. Yo prorrumpí en sollozos, pero ¿qué podía hacer? A veces me iba a la aldea, jugaba con los chicos del lugar o miraba cómo los mayores arreglaban algún carro, trineo u otros aparejos. Con frecuencia, íbamos en cuadrilla a casa del herrero, a un extremo de la aldea, y allí nos pasábamos las horas muertas observando cómo trabajaba. De todos los chiquillos yo era el más fuerte, y el herrero, a veces, me mandaba avivar el fuego con el fuelle, o herrar con el martillo o darle vueltas a la afiladera. ¡Cuán feliz era yo entonces! ¡Con qué ardor deseaba —puesto que la instrucción no era para mí—, aprender algún oficio!

Al llegar la primavera yo de nuevo me ponía a apacentar los gansos y becerros que Moshka compraba en las aldeas vecinas y, después de mantenerlos algún tiempo, los revendía en Lvov. El pastizal de Smerekov era muy extenso y sólo en alguna que otra parte crecían matorrales, así que yo no tenía por qué correr mucho. A veces, me sentaba en algún montículo, afilaba mi navajita y empezaba a alisar, vaciar, tallar diferentes objetos de madera. Al principio eran escalerillas, arados, gradas; luego, jaulas, molinillos de viento o hidráulicos. Pasó un año y me hice tan maestro en el oficio, que les daba quince y raya a todos los chiquillos de la aldea. Entonces empecé a hacer carracas, espantapájaros rechinantes para ahuyentar a los gorriones de los trigales, del mijo, de los cañamares, y los vendía a diez cruceros el par. Muy pronto, llegué a ganar tanto, que pude hacerme con algunas herramientas de carpintería: cinceles, barrenas y otras. Y cada vez la emprendía con algún objeto más complicado, pues sentía deseos de hacerlo. Apenas veía algo que me llamaba la atención, me entraban ganas de poner manos a la obra. En invierno, me pasaba los días enteros de plantón en la carpintería o herrería. Les ayudaba e iba aprendiendo el oficio. Así cumplí dieciseis años, pero Moshka ni pensaba siquiera en colocarme en alguna parte; me había hecho pastor y ya era bastante. Yo ni siquiera sabía quién era mi padre, ni de dónde era yo. En la aldea sólo se sabía que Moshka me había traído muy pequeño a su casa, no se sabía de

dónde. Hasta corrían rumores de que yo era hijo de un pariente de Moshka y que, según parece, al morir me dejó, como a único heredero, una herencia bastante considerable, de la que Moshka, al parecer, se había apropiado.

— Lástima nos das, Yoska —repetían con frecuencia los campesinos—, un muchacho tan despierto como eres, con deseos de aprender algún oficio, ¿pero qué vas a poder ser?

— ¿Qué puedo ser? —les contestaba—. Pastor de la comunidad.

— ¡Ah, qué sinvergüenza es ese Moshka, no se preocupa de ti en absoluto!

— Dice que es pobre, que no tiene de dónde cogerlo —contestaba yo.

— ¡No creas a ese viejo roñoso! El tiene dinero, y no poco, lo acumula sólo para sus hijitos. A ti ni siquiera te ha enseñado a rezar.

Al oír tales palabras, yo me indignaba en extremo, y empecé a cavilar.

“En realidad, razonaba yo, ¿para qué estoy aquí sin moverme de este lugar? Siempre tendré tiempo para trabajar de balde para Moshka. Debería aprender algún oficio provechoso, para poderme ganar el sustento. ¿Pero, cómo conseguirlo aquí? ¿Cómo librarme de Moshka? ¿Adónde vas a ir, si no sabes siquiera de quién descienes, quién es tu padre y si tienes o no parientes?”

Nuestra posada está junto a la carretera. En ella también entraban los gendarmes, sobre todo cuando escoltaban a los detenidos que llevaban encadenados a Lvov o a Zhovka. Desde el principio, yo temía terriblemente a aquellos espantosos y fornidos matones con uniforme negro, la carabina al hombro y el manojito de brillantes plumas de gallo en el gorro. Más de una vez oí, lleno de zozobra, temblando todo mi cuerpo, acurrucado en el borde de la estufa, cómo charlaban con Moshka o con alguno de los propietarios locales. Habitualmente, eran relatos terribles para mí, sobre incendios, ladrones, mendigos, y en ellos, a menudo, captaba yo la palabra “papeles”: “Si alguien no tiene papeles, inmediatamente se le detiene”. . . ¡Vaya, miro y veo que sus papeles no están en regla!” “Si hubiera tenido por lo menos un papel de algún valor, le habría soltado”. “¿Pero qué papeles son esos? —pensaba yo con frecuencia—. ¿Si guardan tanta fuerza, que un papel puede defender al transeúnte del gendarme con su carabina al hombro y las plumas de gallo

sobre la cabeza?" Pero la pregunta quedaba sin respuesta; por eso, el pensar en los papeles me asustaba cada vez más. ¿Cómo voy a echarme a andar por el mundo sin papeles? ¿No habré dado un paso siquiera cuando ya me habrá cazado algún gendarme, y Dios sabe los martirios que me hará sufrir? Y empezaba a temblar, sólo de pensarlo. Cuanto más cavilaba en cómo liberarme de Moshka con tanta mayor frecuencia surgían ante mis ojos esos papeles. Hasta se me aparecían en sueños papeles borrosos, amarillentos, con sellos de gran tamaño; dirigían hacia mí sus amenazadoras faces fruncidas o se reían con sus repugnantes bocazas desdentadas. En aquellos tiempos yo me sentía muy desdichado. Todos a los que yo preguntaba afirmaban que sin papeles no podía uno ponerse en camino y que nadie me iba a admitir para enseñarme un oficio. ¿Pero dónde podía yo conseguir esos papeles? El herrero me aconsejaba que se lo preguntara a Moshka, puesto que él, con seguridad habría recibido algunos documentos después de la muerte de mi padre.

¡Pero ése era el problema! ¡Preguntárselo a Moshka! Como si me fuera tan fácil acercarme a él. Antes, cuando yo era pequeño, era más cariñoso conmigo, pero cuando me hice mayor, y me entregó en las manos de la bruja de su mujer, ya casi nunca hablaba conmigo. Hasta me daba la impresión de que me rehuía. Desde que me dijeron que él, posiblemente, se había apropiado del dinero que quedara después de la muerte de mi padre, empecé a observarle con mayor atención; noté que aquella insistente atención mía le inquietaba. Cuando nos quedábamos solos, uno frente al otro, él no sabía dónde meterse, como si algo le martirizara. "Bueno —pensaba yo—, el día en que su mujer no esté en casa le pondré entre la espada y la pared y puede que consiga enterarme de algo". Y decidí hacer la prueba en cuanto se me presentara la ocasión.

Y se presentó muy pronto. La Moshchija se fue a Zhovka. En la posada, excepto Moshka, no había nadie. Yo me acerqué a él y le dije:

— Reb Moisha, la gente dice que a ti te quedaron unos papeles después de la muerte de mi padre.

Moshka se estremeció como si le hubiera picado una avispa.

— ¿Cómo lo sabes tú?

— La gente lo dice.

— ¿Qué gente?

— Pues todos, en toda la aldea hablan de ello.

— ¿Y a ti qué falta te hacen esos papeles? ¡Si tú ni leer sabes!

— Es verdad. Pero de todos modos, quisiera enterarme. Así que, dime, ¿los tienes?

— ¡Los tengo, sí los tengo, esos papeles de mendigo! —gritó irritado Moshka, como si le hubiera ofendido horriblemente—. Un pobre fue tu padre, despilfarró sus bienes y a ti te dejó para que yo penara contigo. ¿Qué provecho saco yo de ti?

— Mira, Reb Moisha —le dije—, dame esos papeles y me iré de tu casa, ya que no te hago falta.

— ¿Qué? —chilló Moisha—. ¿Has pensado marcharte? ¿Y dónde vas a ir, zoquete?

— Quisiera entrar a trabajar en casa de algún artesano, aprender algún oficio.

Moshka se echó a reír a carcajadas.

— Anda, anda, vete, cabeza de chorlito, ¿piensas que alguien te va a admitir? Por el aprendizaje hay que pagar, además hay que saber leer y escribir, y no en hebreo.

Quedé mudo, tieso como un poste. Por fin, proferí a duras penas:

— ¡Está bien, pero enséñeme, no obstante, esos papeles, para que los vea al menos!

— ¡Puáf! —escupió Moshka—. ¡Pero qué impertinente eres! ¡Anda, vamos, voy a enseñarte tu tesoro! ¡Suerte tienes que aún no los haya quemado!

Estas últimas palabras se me clavaron, como un puñal, en el corazón. ¿Y si Moshka, en realidad, hubiera quemado mis papeles? Entonces me habría quedado solo, solito, en el mundo, como la hoja arrancada del árbol. Y yo no habría sabido de dónde soy ni los demás no sabrían de quien soy hijo. No podría salir del lugar, me habría quedado para siempre amarrado al portal de Moshka, para toda la vida, hasta la muerte sería su esclavo. Y al pensarlo, un escalofrío me traspasó el cuerpo, los ojos me empezaron a hacer chiribitas. Hice un esfuerzo increíble para dominarme y, ya tranquilo, salí con Moshka hacia el almacén. Este estaba en una dependencia de madera, en la parte trasera de la posada. Se entraba en él por el zaguán y lo alumbraba la luz del día que pasaba por una ventanita enrejada. Allí

Moshka guardaba toda clase de bienes que le habían empeñado los mujiks y cuanto él tenía de valor. Allí había montones de pellizas, gorros de piel de cordero, botas altas; en el arcón había collares y en su fondo, según decían, estaban escondidos viejos ducados y taleros. Un par de veces, los ladrones intentaron penetrar en el depósito, pero no consiguieron romper la pared, pues estaba muy sólidamente hecha, además, Moshka tenía unos perros que eran buenos guardianes. La puerta del almacén era baja y estrecha, y para entrar Moshka tuvo que agacharse. Yo también me metí dentro.

— ¿Y tú para qué entras aquí? —gruñó.

— ¿Cómo que para qué? ¡Tú mismo me dijiste que viniera!

— ¡Pero no aquí! ¡Espera en el zaguán!

— ¡Bueno —dije—, esperaré aquí! Pues no te voy a comer nada.

Moshka, con los ojos desencajados, me miró muy fijamente, como si me viera por primera vez en la vida. No sé qué no le gustaría de mí, pero soltó un escupitazo y se volvió de espaldas. Luego, se encaramó al arcón, tendió el brazo hacia un anaquel, clavado muy cerca del techo, y sacó de allí un rollo de papeles amarillentos.

— ¡Aquí tienes tus papeles! —gritó mostrándomelos desde lejos.

— Déjame que los vea al menos —le decía, tendiendo la mano.

— ¡Pero qué vas a comprender en ellos, imbécil? —preguntó Moshka—, ¿y para qué? Sigue viviendo en mi casa, si no te sientes mal, y no busques la desgracia.

Y puso de nuevo los papeles en el anaquel.

— Vámonos de aquí —me dijo—. Ahora ya puedes tranquilizarte. En cuanto a lo que las gentes rumorean de mí, es por que tienen las lenguas largas, así que no creas nada de lo que te digan.

¡Todo es mentira!

— ¿Qué es mentira? —inquirí.

— ¡Ay, ay! ¡Tratar contigo es lo mismo que hablarle a la pared! —refunfuñó Moshka, sacándome casi a empujones del almacén. Luego, lo cerró con llave, le puso el candado y se dirigió a la posada.

Yoska quedó callado unos instantes. Pan Zhurkovski, que escuchaba muy atentamente el relato, se sonrió y dijo:

— Pues tú decías que la historia iba a ser estúpida, pero las cuentas como si estuvieras leyendo un libro.

— Ay, *pan* —le respondió Yoska—, hasta aquí el relato no es estúpido, pero ahora van a empezar las estupideces. Y no se asombre de que lo cuente con soltura. En la aldea aprendí a contar muchos cuentos. Tengo buena memoria y en cuanto oía relatar algún cuento, después yo lo contaba mucho mejor y con más gracia que el propio cuentista. El invierno pasado en la aldea no se celebraba ni una sola velada sin mí. Ya se pueden hacer idea de cómo me querían por mi arte de narrador.

— Vaya, tú, por lo que veo, eres maestro en todos los oficios —dijo el *pan*.

— Ay, señor —respondió, suspirando Yoska,— no sé por qué, pero me parece que en eso, precisamente, está toda mi desgracia. Si siento que puedo hacer algo, que puedo aprender alguna cosa, en mi interior un no sé qué me quema, me roe y martiriza, y no me deja ni un minuto en paz hasta que lo hago, hasta que lo aprendo. Eso es lo que me ha traído a la cárcel.

— ¡Anda, cuéntanoslo!

Pero esta vez Yoska no pudo terminar su relato, porque en aquel preciso momento, se abrió la puerta de nuestra celda y llamaron a Yoska para interrogarle.

— Qué muchacho más extraordinario —murmuró el *pan*, y pensativo, empezó a pasear por la celda.

— Pues a mí me parece que miente en exceso —indiqué yo—. Está acostumbrado a contarles cuentos a los mujiks y también a nosotros nos está metiendo un cuento.

— ¿Crees tú?

— Cómo no, ¿acaso no es así?

— Es posible, pero su cara habla en su favor. No obstante, el tiempo dirá, todavía podremos comprobarlo.

El interrogatorio de Yoska duró poco, no más de media hora. Volvió mucho más alegre y tranquilo que había salido.

— ¿Bueno, qué —le pregunté yo—, el juez no te ha comido?

— ¡Qué va!, el juez es un buen hombre —respondió Yoska— ¡Reconozco que al principio yo tenía mucho miedo.



En la aldea contaban que aquí pegan fuerte y abrasan las plantas de los pies con hierros candentes, para que se confiese el delito.

— ¡Ja-ja-ja! —me reí yo—. Ahora para mí ya está claro por qué tú por las noches das tantas vueltas en la cama, ¡gritas, gimes! ¡Seguramente sueñas con que te están quemando los pies con hierros al rojo vivo!

— ¡Ay, mejor sería que no se riera usted de mí! Miedo me da recordar esos sueños, ¡cuánto he sufrido!, y todo sin necesidad. El juez es un hombre tan bueno, ha hablado conmigo tan bien; no gritaba ni blasfemaba, no me pegaba como el gendarme.

— ¿Es que el gendarme te pegaba? —le preguntó *pan* Zhurkovski.

— ¡Ay, señor, llegué a creer que me iba a arrancar el alma! ¡Mire usted mi espalda!

Y Yoska se subió la camisa. Lanzamos una exclamación. Toda la espalda estaba llena de cardenales y de franjas de sangre coagulada.

— ¿Y qué te ha preguntado el juez? —rompió el silencio Zhurkovski.

— Sobre aquel malhadado robo, cómo había ocurrido.

— ¿Y qué más?

— ¿Qué más podía ser? Le conté todo tal y como había ocurrido, y se acabó. El levantó el acta de la declaración y ordenó que me llevaran.

— Bueno, pues contéanos ahora a nosotros tal y como ocurrió.

— ¡Sí, tal y como fue! Ya saben ustedes, la vida que yo llevaba en casa de Moshka. No quería quedarme más allí, pero me daba miedo, por los papeles, pues yo creía que si se lo recordaba otra vez los podría quemar. Y me vino a la cabeza la idea de robarlos. Pensé penetrar en el almacén, cosa para mí mucho más fácil que para cualquier ladrón, puesto que los perros me conocían y sabía todas las entradas y salidas y todas las costumbres de la casa. Al principio, yo quería robarle a Moshka la llave, pero él, se ve que se había oído algo y las llevaba siempre consigo o las escondía de tal modo, que no las pude hallar. Y yo temblaba constantemente, como si tuviera fiebre, desde el momento en que se me metió en la cabeza la decisión de conseguir mis papeles. En ninguna otra cosa podía pensar, sólo en ello. ¿Y para qué tenía que estar pensándolo mucho tiempo? Una noche,

cuando todos dormían, serré con presteza una viga de la pared del almacén, la saqué con un buril, me metí dentro y cogí mis papeles; luego, puse la viga en su sitio. Y nada más.

— ¡Eso es una tontería! —barbotó el *pan*.

— En cuanto los papeles cayeron en mis manos yo, sin mirarlos y sin desatar el cordel con el que estaban sujetos, los envolví en un trapo, me los metí bajo la camisa y abandoné la posada de Moshka. “¿Adónde ir ahora?” —pensaba. ¡Aún no se me había pasado el miedo del todo! ¿Y si Moshka me había engañado, mostrándome unos papeles cualquiera en lugar de los míos? ¿Y si yo, en la oscuridad, había cogido algún otro envoltorio en vez de mis documentos? Era necesario pedir consejo a alguien sobre cómo proceder en tal caso. Y después de haber pasado la noche en una hazienda de heno, me dirigí por la mañana a casa de mi amigo el herrero y se lo conté todo. Sus palabras me sentaron como un remojón de agua fría.

— Mal has hecho, muchacho —me dijo—. ¡Anda, vete a ver al *voit*, cuéntaselo todo y entrégale los papeles!

Al oír tales palabras, sentí que se me paraba el corazón. Pero no había más remedio. Comprendí que el consejo era muy sensato, y allí me dirigí. Iba hacia la alcaldía cuando, desde el patio, a través de la ventana, vi que, sentado en un banquillo cerca de la mesa, estaba el gendarme. En aquel mismo instante sentí como si alguien me dijera al oído que el gendarme era mi muerte. No pude dar un paso más, quedé como petrificado. En mi cabeza surgió veloz el pensamiento de huir. Pero ya era tarde. El *voit* me había visto y me gritó con alegría:

— ¡Conque ya está aquí! ¡En hablando del lobo, él mismo se presenta! ¡Anda, acércate!

Comprendí que ya habían descubierto el asunto y que me estaban buscando. Cobré ánimos y me dirigí a la jata.

— ¿Cómo te llamas? —me preguntó el gendarme.

— Yoska Shtern.

— ¿De dónde eres?

— No lo sé.

— ¿Así que eres un vagabundo?

Quedé aterrorizado. Con frecuencia oía esta terrible palabra, había oído muchas espantosas historias sobre cómo los gendarmes castigan a los vagabundos y eso era lo que más temía yo siempre. ¡Y zás! ¡Me caía la mala suerte desde el primer momento!

— Yo soy de aquí —gemía—. El pan *voit* me conoce.

— ¿Yo? ¿A ti? —dijo el *voit*—. ¡Mientes, querido! ¡Te conozco de vista, sí, te conozco; sé que te llamas Yoska y que vives en casa de Moshka el prestamista, pero no sé ni quién eres ni de dónde viniste!

— ¡Así que mientes descaradamente! —gritó el gendarme y tomó nota en su libreta—. ¡Ven aquí! —me dijo—. ¡Acércate más! ¡Mírame a la cara!

Y en el mismo instante en que puse en él mis ojos, el gendarme me dio tal puñetazo en la cara, que yo, echando sangre, caí al suelo.

— ¡Levántate ahora mismo! —vociferó el gendarme—. ¡Y no grites, que vas a recibir aún más! ¡Y ahora responde la verdad a lo que te voy a preguntar! ¿Tú vives en casa de Moshka?

— Sí.

— ¿Tú le has robado?

— No.

— ¿Cómo que no?

Alcé los ojos otra vez para mirar al gendarme, limpiándome con la manga la sangre de la cara, y otro terrible golpe me derrumbó de nuevo a tierra.

— Señor gendarme —dijo el *voit*, mientras yo me esforzaba por levantarme—, yo, como alcalde rural, no puedo tolerar semejante tratamiento a un detenido. Yo estoy obligado a estar presente mientras se levanta acta, pero lo que ocurre antes a mí no me importa. Si quiere usted enseñarle lo que debe responder, búsquese otro sitio. Aquí, en mi casa, eso no se tolera.

El gendarme se mordió los labios, se levantó en silencio del banquillo, sacó de su macuto las esposas, me las puso y me llevó a la posada de Moshka. No les voy a contar lo que hicieron allí conmigo, cómo me enseñaron a responder. Un par de veces perdí el conocimiento, durante la enseñanza aquella. Pero no en vano se ponían furiosos. Mucho trabajo les di. Moshka, en un arrebató, le dijo al gendarme que yo le había robado mucho dinero envuelto en un papel. Él pensaba que tan pronto como el gendarme me echara el guante y me llevara a la posada, él me quitaría en seguida los papeles y los quemaría, y yo quedaría para siempre esclavo suyo. En cuanto me llevaron a la posada, la primera pregunta que me hicieron fue:

— ¿Dónde está el dinero?

— No lo sé. Yo no he cogido ningún dinero.

— ¿Y dónde están los papeles?

— Los he escondido.

— ¿Dónde los escondiste?

— No lo diré.

Empezaron a meterme en razón; primero, a golpes; después, por las buenas, pero yo repetía lo mismo; —Cogí los papeles porque son míos. Ni siquiera he mirado lo que hay en ellos. Los he escondido y no se los enseñaré a nadie más que al *voit*.

Moshka casi se vuelve loco. Lleno de ira, dispuso que me quitaran la ropa que llevaba puesta y me dio estos trapos que llevo encima. Por fin, apaleado y casi desnudo, me condujeron a la casa del *voit*. De nuevo, empezaron a preguntarme por los papeles. Pero yo no soy tonto. Sólo cuando vi que en la jata se habían reunido ya muchos testigos, fui al zaguán y saqué de una grieta los papeles. En el zaguán de la casa del *voit* hay muy poca luz, y es muy espacioso. Cuando llegaba a la casa, al ver por la ventana al gendarme, yo había metido todo el rollo en una grieta, para que no me lo quitaran. Moshka, al ver el paquete en manos del gendarme, se abalanzó sobre él como un cuervo, gritando que era su dinero y que se lo devolvieran.

— ¡Eh, *pan* Moshka! —dijo el *voit*—, eso no se puede hacer. Todo eso lo debemos presentar al juzgado. Vamos a levantar aquí acta y si el muchacho reconoce que le robó ese envoltorio, será asunto del juzgado cómo proceder en adelante. Lo vamos a sellar todo tal y como está, con el sello de la comunidad, y que el *pan* gendarme lleve el paquete, con el detenido, a Lvov. Usted defenderá sus derechos en el juzgado.

Mi Moshka hizo tal mueca, que parecía haberse tragado una cuarta de vodka de producción casera. Pero nadie le prestó atención. El gendarme se sentó a escribir el acta. Cuando todo quedó terminado, la mujer del *voit* me dio de comer un poco, el gendarme me puso de nuevo las esposas y salimos para Lvov. Llegué a pensar que por el camino iba a morir de dolor y de frío, y hasta este momento no comprendo cómo lo resistí todo. ¿Ay, *pan*, qué opina usted, qué harán conmigo?

— No te harán nada —le contestó *pan* Zhurkovski—. Te van a retener un poco y luego te pondrán en libertad. Y

quién sabe, puede que toda esta historia termine en provecho tuyo.

— ¿Será posible?

— Ya veremos. Nadie sabe de antemano lo que le espera.

## V

Al cabo de dos o tres días, llamaron a Yoska, pero no al juzgado, sino para que le viera el médico. ¿Qué significaba aquello? —pensé—. ¿Si él no se fingió “débil”?

— No lo fingió —me dijo Zhurkovski—, y si lo hubiera fingido, de poco le habría valido. Yo he hablado de él. El domingo fui a ver al presidente de la tutela penitenciaria y le rogué que dispusiera que el médico examinara a Yoska. ¡Demasiado terribles son las cosas que están ocurriendo aquí! ¡Esto ya es el colmo!

Efectivamente, el doctor ordenó a Yoska que se desnudara y levantó acta. No sé lo que va a resultar de ello. En nuestros juzgados tales asuntos marchan muy lentamente y no a cualquiera le cae la dicha de vivir hasta su solución.

Una vez *pan* Zhurkovski le dijo a Yoska:

— Oye, muchacho, ¿quieres que te enseñe a leer?

Yoska miró con ojos asombrados al *pan*.

— ¿Por qué me miras tan fijamente? Si tienes deseos, dentro de un par de días empezarás a leer. Estoy seguro de que no mientes y de que, en realidad, tienes una buena memoria. Luego, intentaré colocarte en una escuela industrial para que aprendas algún oficio.

— ¡Ay, *pan*! —exclamó, anegado en lágrimas, Yoska, y se echó a los pies de Zhurkovski. No pudo pronunciar una palabra más, sólo le besaba las manos.

Al día siguiente trajeron un abecedario, y el *pan* empezó a darle lecciones a Yoska. En dos días, el muchacho aprendió las letras y se puso a componer sílabas, y a la semana ya leía casi de corrido pequeños fragmentos. Como suele decirse, ¡lo buscó y lo alcanzó, como la vaca el orujo! Habría estado leyendo día y noche, pero por la noche no nos daban luz. Con pena, dejaba por un instante la lectura para comer.

Y cuando oscurecía y se hacía imposible leer, Yoska se sentaba en el rincón sobre su jergón, encogía las piernas, las abarcaba con sus manos y así, encorvado, comenzaba a

contarnos cuentos. Los inventaba sin cesar, y a pesar de que las aventuras y milagros se repetían de modo manifiesto, cada vez los disponía en orden distinto y los relataba de otra manera. A veces, en aquellos cuentos salían a la superficie sus propios ensueños. Hablaba de un infeliz chiquillo que vivía en la más espantosa necesidad y que se encuentra con un bondadoso mago, llega a conocer palabras mágicas y exorcismos y se va por el mundo en busca de la felicidad y para ayudar a los hombres. Con palabras muy sentidas y sencillas, describía sus sufrimientos y desventuras: encuentros con gendarmes, la esclavitud en casa de los arrendatarios, entrelazando graciosamente, con frecuencia, el cuento con lo que había sufrido él mismo.

Nunca he visto a otro muchacho que emprendiera la lectura con tanto interés, como Yoska. Parecía que, durante aquellas dos semanas, quería recuperar lo perdido en el curso de una decena de años. Lo que más sentía él era que los días otoñales eran muy cortos y en la celda oscurecía muy pronto. Nuestra única ventanilla que daba al Occidente, abierta muy cerca del techo, dejaba pasar una luz muy débil hasta mediodía y a eso de las cuatro de la tarde se hacía imposible leer. Yoska no habría tenido nada en contra de que el día fuera dos veces más largo. Y una vez, el muchacho, alegre, exclamó:

— ¡Ya sé lo que voy a hacer! Leeré junto a la ventanilla. Allí amanece antes y oscurece más tarde.

— De pie sobre la tarima, te será incómodo leer —le dije.

Además está muy alto, no alcanzarás.

— Si quiero, ¡me sentaré allí en lo alto! —respondió.

— ¿Y cómo te las vas a arreglar?

Ataré la sábana por los dos extremos, a la reja, en el centro pondré una manta enrollada y me acomodaré como sobre una silla.

Efectivamente, su idea resultó muy práctica. Desde entonces, todos en la cárcel hacen lo mismo. Durante varios días Yoska gozaba junto a la ventana. Se levantaba a las seis apenas amanecía, montaba su instalación, se encaramaba en ella y pegaba los ojos al libro, apretando la frente contra la reja con el fin de atrapar la mayor cantidad de luz posible. El *pan* y yo hacíamos guardia por turno junto a la puerta, y si el carcelero se dirigía hacia nuestra celda, avisábamos a tiempo a Yoska para que se bajara y desmontara

su instalación, pues a los presos se les tenía terminantemente prohibido sentarse junto a la ventana. Nosotros siempre conseguíamos evitar la desgracia o posiblemente, el carcelero, por respeto al señor Zhurkovski, no vigilaba tan severamente nuestra celda.

Pero la desgracia vino de otro lado.

Además de la vigilancia del pasillo, bajo las ventanas de la cárcel anda también un soldado de guardia, armado con una carabina. Tiene la orden severa de vigilar para que los encarcelados no se asomen a las ventanas y, en particular, que no hablen entre ellos. Las ordenanzas militares dicen: "en caso de resistencia, se puede emplear hasta el arma". Es cierto que hasta aquel momento no había tenido lugar ningún caso. Sólo algo extraordinario podía obligar al soldado a ir a informar al jefe de la guardia que desde tales o cuales ventanas hablaban entre ellos o miraban afuera. Los veteranos comprendían que una cosa son las ordenanzas y otra su cumplimiento, por lo que, de ordinario no se atenían muy severamente a las mismas. Muchos no prestaban atención alguna a las conversaciones, como se suele decir, a todo hacían la vista gorda. Otros, con benevolencia, recordaban o rogaban a los encarcelados que se calmasen. Peor era cuando estaba de guardia algún recluta que tenía miedo al cabo y pensaba que toda orden debía ser cumplida al pie de la letra. Si le habían ordenado "vigilar rigurosamente" lo comprendía así: todo arrestado que se asome a la ventana debe ser amonestado con las más soeces palabras; después, tenía el deber informar al cabo o hasta podía hacer uso del arma. Cuando semejante "boceras" estaba de guardia, en particular, por la tarde, los encarcelados, para vengarse de él, empezaban a vociferar en las ventanas, y el recluta, rabioso hasta el paroxismo y azuzado por los alaridos, consideraba un deber sagrado, después de cada grito, responder con otro tan fuerte y ultrajante como aquél. Pero como los encarcelados son muchos y él uno solo, después de varios minutos de esos endiablados gritos, él solía callarse y, no sabiendo qué hacer, empuñaba la carabina. Y como es natural en aquel mismo momento la ventana de enfrente quedaba vacía en seguida y el griterío se levantaba en el extremo opuesto del largo edificio de la cárcel, y el de guardia, como una fiera acorralada, se lanzaba hacia allá y de nuevo amenazaba con la carabina, claro que con el mismo resultado.

Tales “conciertos” los daban, por lo general, al atardecer, pero, a veces, también tenían lugar durante el día. Y una vez tuvimos la desgracia de que de tres a cinco estuviese de guardia, precisamente, uno de esos nefastos reclutas. Empezó la cosa con que él amonestó a un encarcelado que estaba asomado a la ventana. Se dio la señal de darle al “boceras” un “concierto gatuno”. En los extremos opuestos de la cárcel, desde distintos pisos, desde decenas de ventanas empezaron a gritar, a ulular, silbar y maullar de manera desgarradora. El recluta gritaba, corría como un loco debajo de las ventanas, pero no podía ver a nadie en ninguna parte. Encolerizado, se calló al fin y se paró para tomar aliento. Un minuto o dos después, cesó el “concierto gatuno”. Parecía que se había restablecido una quietud eterna. En la celda había oscurecido, y Yoska, luego de montar su asiento, se pegó a la ventana con el libro en las manos. Pero no había aún leído cuatro palabras, ante sus narices, cuando el centinela, al verle, se acercó corriendo a la ventana y chilló:

— ¡Fuera de la ventana, ladronzuelo!

Yoska estaba tan distraído con el cuento de la garza y el pez, que leía en aquel preciso momento, que al principio no oyó el grito.

— ¡Fuera de la ventana! —gritó aún más fuerte el centinela.

— ¿Por qué te metes conmigo? —le contestó Yoska—. Yo no te molesto. ¿No ves que estoy leyendo? En la celda no se ve ni gota, por eso me he acercado más a la luz.

— ¡Fuera de ahí, o te pego un tiro! —vociferó el centinela y, antes de que Yoska pudiera bajar de su instalación, restalló el disparo.

— ¡Ay! —gritó Yoska, y, como un haz, cayó sobre el camastro que estaba bajo la ventana. Sus piernas se agitaron convulsas y las manos, en las que tenía el libro, se hincaron en el pecho. Por debajo del libro abierto saltaba la sangre. La bala le había atravesado el pecho.

— ¿Qué te pasa? ¿Dónde te han herido? —gritamos los dos, lanzándonos sobre Yoska. Pero él no respondía; sólo sus ojos negros ardían como dos ascuas, destacándose espantosamente en su cara, cubierta de una lividez mortal.

Y en el patio, bajo la ventana y en el corredor, cerca de nuestra puerta, se armó ruido. Al oír el disparo llegó allí corriendo la guardia militar, y aquí, el carcelero con los



guardianes buscaba la celda a cuya ventana había disparado el centinela. . . Pronto irrumpieron en nuestra celda.

— ¡Vaya, es aquí! —gritaron al ver a Yoska tumbado. ¿Qué, ladronzuelo hebreo, te cascaron las nueces?

Yoska aún se convulsionaba y gemía muy quedamente, apretando con mayor fuerza el librito contra el pecho, con las dos manos, como si quisiera taponar con él la herida.

— ¿Qué hacía? —me preguntó el carcelero.

— Yo. . . sólo. . . buscaba la luz. . .

Yoska quería decir algo, pero cesó de respirar. Con un último movimiento, apartando las manos del pecho, le mostró al carcelero el abecedario ensangrentado.

— Leía junto a la ventana —expliqué yo.

En aquel momento, del juzgado vino un ordenanza con un paquete.

— *Pan* carcelero —se oyó su voz desde el pasillo—, ¿dónde está aquí encerrado Yoska Shtern? Traigo una orden del juzgado para que se le ponga en libertad.

Pero un minuto antes Yoska ya había hallado su libertad.

*Lvov, septiembre de 1889*

## CON MOTIVO DE LA FIESTA

### I

Esto ocurrió en agosto del año 1880, durante el viaje del Emperador por Galitzia.

La gran fábrica de parafina y cericina (cera terrera), situada no lejos de Drogówich, estaba alborotada como una colmena. La sirena acababa de tocar *faerant*\* y los obreros salían de diferentes naves al amplio patio de la fábrica, donde en pintoresco desorden se veían: aquí, un barril roto para combustible líquido; allí, un trozo oxidado de máquina; más allá, cubos de zinc con hediondos residuos de petróleo; en otro lado, unos trapos sucios hasta lo indecible, malolientes, toda clase de instrumentos, una carretilla con el timón roto, y otros ornatos parecidos. Las caras y ropas de los obreros que salían estaban en completa consonancia con el ambiente que les rodeaba. Servían de fondo las paredes

---

\* *Faerant* (del alemán "Feierabend"): hora de la tarde en que se termina el trabajo. (Nota de I. Frankó).

sucias, desconchadas, de las dependencias fabriles; luego, la alta valla de madera que cercaba la fábrica y, a lo lejos, el magnífico paisaje de la Ladería, montículos que aprisionaban campos estrechos y doradas franjas de trigo maduro. Al occidente de la fábrica, más allá del no muy caudaloso, pero ancho riachuelo Tisménnitsa, y de la pequeña aldea Mlinki, situada junto al río, alzábase en un cerro el magnífico robleal/de Teptiuk hasta el que llegaba desde Drogóbich, pasando frente a la fábrica, cruzando el río sin puente y atravesando la aldea Mlinki, recto, como trazado con una regla, el camino real. El valle del río Tisménnitsa, sinuoso como una serpiente, cerca de la fábrica daba la vuelta hacia el Sur y luego hacia el Este entre los cerros de Drogóbich; más alla, en Occidente, sobre el valle, semejando una fantástica muralla levemente ondulada, de color azul oscuro, se yergue severo el Dil, cubierto con frecuencia por la niebla, como pensativo, mientras a su pie humean numerosas fábricas y se erizan numerosas torres petroleras de Borislav, cuenca principal de la industria del petróleo y de parafina de Galitzia, con sus diez mil pozos y sus diez millares de especuladores.

Los rostros y ropas de los obreros se hallaban en completa armonía con el fangoso y pestilente contorno. Los que trabajaban en la caldera estaban casi completamente desnudos, con las camisas rotas; a muchos de ellos les ahogaba la tos, provocada por los vapores venenosos que respiraban al filtrar y purificar la cera terrera. Los que trabajaban ante los hornos llevaban también sólo la camisa y parecían escaldados: tenían los ojos inyectados en sangre y los rostros purpúreos del ardiente calor de los fogones. Los acarreadores de ozoquerita daban la impresión de estar completamente cubiertos de fétida pez. Otros obreros salían de la tonelería, del depósito, de distintos trabajos auxiliares, todos harapientos, desdichados, cansados, con el evidente deseo de una sola cosa: tomar un bocado cuanto antes, y cuanto antes dejarse caer donde fuera, en cualquier rincón, sobre la paja, sobre las astillas o la tierra desnuda, para quedarse dormidos como troncos y no abrir los ojos hasta que la sirena les llamara de nuevo al trabajo.

— ¡Esperar! ¡Hay que esperar! ¡No dispersarse!  
— gritaba el director de la fábrica, que en aquel momento, acompañado de dos vigilantes, salía de la oficina y se detuvo a la entrada de la fábrica, interceptando el paso.

— ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre? —preguntaban los que estaban más cerca.

— ¡Dejen pasar! ¿Por qué se agolpan? ¡Queremos comer! —vociferaban los que estaban más lejos, sin saber los motivos de aquella retención.

— ¡Esperen! ¡Esperen! —empezaron a gritar con voz de trueno los vigilantes—, ¡Calma! ¡Calma!

— ¿Qué diablos pasa ahí? ¿Por qué tenemos que esperar? —inquirían a voces los obreros.

— Ha llegado el *pan* principal\*. ¡Quiere hablarles! —gritó el director a la multitud.

— ¡El *pan* principal! ¡El *pan* principal! —se expandió fragoroso por la multitud, que sólo veía a aquel señor, conocido capitalista de Drogówich, en los días de paga. Pero el día de hoy no era de paga. ¿Qué querría de ellos el señor principal?

La masa de obreros, poco a poco, empezó a retirarse de la puerta de entrada para concentrarse ante la oficina de la fábrica de donde, habitualmente, aparecía el principal. Y en efecto, a los pocos minutos, cuando hubo cesado el ruido, por la puerta de la oficina asomó la cara del señor Gammershlag, con su barba negra crecida y recortada. Tenía la costumbre de, en un tono semiamable, semidesdeñoso, sonreírse y entornar los ojos con picardía. Agitando la mano, saludaba a los obreros que en apretadas filas le estaban mirando con expresión de pasiva espera y ni siquiera respondían a su saludo.

— ¿Qué tal? ¿Cómo viven? —preguntó el dueño.

— ¡Vete a saber —respondió sin ganas un obrero de los que estaban cerca del amo—, no muy bien que digamos! Los vigilantes nos ofenden, nos dan mal de comer; hoy uno de los que trabajan en las calderas se ha quemado la mano.

— ¡Debía andar con más cuidado! ¡Yo no tengo ninguna culpa! —gritó uno de los vigilantes.

— ¡A callar! ¡A callar! —gritaron a una el director y los demás vigilantes—. Ahora no se trata de eso. Hablen de ello cuando les vayan a pagar.

— ¿Por qué debemos callar —repuso agresivo el obrero—, si el *pan* principal pregunta cómo vivimos?

— ¡Pero no te lo pregunta a ti, imbécil! —le cortó el vigilante.

---

\* *Principal*: el dueño (del *latin* “*principalis*”).

— ¿Y por qué no te callas tú, rastrero? ¡Cállate, canalla! —gritaron indignados los obreros al servicial vigilante.

El *pan* principal, con una tranquilidad olímpica, escuchaba aquellos gritos, plantado en la alta terracilla de la oficina. Y permaneció en silencio hasta que cesaron los gritos.

— Bueno, ya ven cómo son ustedes... — dijo con una leve sonrisa.

Siempre están descontentos, no hay manera de complacerles, se quejan constantemente. Yo sé bien que si se analizaran sus quejas con más detenimiento, ninguna de ellas se confirmaría, pero hay una cosa que no pueden ustedes comprender, respetables señores obreros, una cosa extraordinariamente importante. Si no fuera por la fábrica y por mí, puesto que con mi dinero existe, ¿qué sería de ustedes? Venga, digan, ¿qué sería de ustedes entonces?

Los obreros, sorprendidos por la inesperada pregunta, respondieron con el silencio.

— Lo ven, les he obligado a callar —decía ya más cariñoso el *pan* principal—. Ya que callan, voy a responder por ustedes. Pues morirían de hambre uno tras otro. A Dios darían las gracias por comer una vez al día mondaduras de patatas con un pellizquito de sal. Mientras que ahora, tienen pan y queso, carne cada semana, y hasta vodka; no pasan días de hambre y, a pesar de todo, no están contentos, no hay manera de satisfacerles, no hacen más que quejarse.

— ¿Dicen que les desvalijan? Vaya, vaya —añadió con una sonrisa irónica, esparciendo la mirada sobre las harapientas figuras de los obreros— muy poco se les puede desvalijar.

— ¡Nos está chupando la sangre! ¡El pellejo nos está arrancando! ¡Con nuestro tocino se está cebando! —contestó un grito salido de la multitud.

El *pan* principal lanzó una fulminante mirada hacia el lugar de donde saliera el grito, y aunque no pudo ver entre la multitud al que había gritado, grabó en su memoria algunos tipos sospechosos, para una investigación futura. De momento, hizo como que no había oído nada y siguió hablando tranquilo:

— Lo ven, ¡ustedes siempre lo mismo! En vez de estar agradecidos se quejan y no hacen más que inventar tontearías. No piensan en que cuando mejor me vaya a mí, mejor les irá a ustedes. Pero ustedes consideran, a mí y a la fábrica, enemigos suyos.

Los obreros callaban; algunos posiblemente se sintieran hasta turbados, ya que no estaban en condiciones de apreciar cuándo había de verdad en las palabras del *pan* principal.

— Escúchenme, respetables señores —decía cada vez más cariñoso, casi cordialmente, el *pan* principal—. Dentro de dos semanas, tendremos una gran fiesta en nuestra fábrica. Ustedes deberán tomarlo con toda seriedad, ¿me oyen? Nuestro todomisericordioso monarca, nuestro Emperador, pasará por nuestra ciudad. Yo he procurado hacer todo lo posible para que, de paso, visite nuestra fábrica y la vea. Ustedes comprenderán naturalmente, qué gran honor es ello no sólo para mí, sino también para todos ustedes, cuán grande es la bondad de nuestro monarca.

Los obreros seguían callados, como si sus endurecidos corazones no sintieran ni el honor que le hacía a la fábrica “nuestro todomisericordioso monarca”, ni su bondad.

— Ustedes deben comprender que para la llegada de tal huésped hay que prepararse bien. No le vamos, pues, a mostrar la fábrica, ni a nosotros mismos, en el repugnante aspecto de ahora. Habrá que ponerlo todo en orden.

— Eso es asunto del *pan* principal, no nuestro —dijo uno de los obreros.

— ¿Cómo mío? ¿Cómo que no es de ustedes? —replicó al instante el *pan* principal—. No se preocupen. Mis asuntos yo los conozco bien. No se preocupen de mí. Yo saldré airoso, pero ustedes también deberán poner algo de su parte. Está claro que yo no tengo derecho a obligarles, pero ustedes deben hacerlo no para mí, sino para nuestro misericordioso monarca. Ya ven ustedes que aquí hay que ponerlo todo en orden, sacar la basura, limpiar el patio, retirar todo lo superfluo. Toda esa porquería no la he hecho yo, sino ustedes. Hay que cubrir el patio con guijo, cosa no difícil de hacer, el río está cerca y ustedes tienen bastante tiempo para ello. Ordenaré que enluzcan las paredes y las blanqueen y en los barracones donde ustedes duermen habrá que poner orden, pues bien puede ocurrir que nuestro todomisericordioso Señor tenga deseos de echar allí también una ojeada. Ya saben ustedes cuán benévolo es nuestro monarca, cómo se desvela por el bien de sus súbditos, más que un padre por sus hijos, él se interesa por todo. Pero tengan en cuenta que son ustedes los que deben hacerlo todo, no voy yo a contratar obreros especialmente para ello. Cada día,

después del *faerant* trabajen un par de horitas más y todo quedará limpio, como un espejo. ¿De acuerdo, muchachos?

Un profundo silencio fue la respuesta al discurso.

— Bueno, no vayan a creer que quiero que ustedes hagan todo eso de balde. Mírense el aspecto que tienen. Así como están nadie de ustedes querrá presentarse ante el Emperador. Habrá que vestirles decentemente. Escúchenme, pues, cómo vamos a realizarlo. Mañana les mandaré aquí varios sastres y les harán uniformes para que tengan con que vestirse decentemente. A cambio, ustedes harán aquí todo lo que sea necesario.

— Si es así, la cosa varía —dijo uno de los obreros.

El *pan* principal tomó aquel comentario indeciso por señal de asentimiento y dijo en tono completamente sereno:

— Muy bien. El *pan* director dará las indicaciones correspondientes. Habrá que adornar la fábrica. El bosque está cerca, allí hay mucho follaje verde, habrá que preparar coronas y guirnaldas con hojas de roble. En el portal izarán la bandera. Todo eso lo pensará con detalle el *pan* director. Pero ustedes, muchachos, emprendan el trabajo con brío y yo les doy mi palabra de honor de que todos quedaremos contentos, todo saldrá bien.

Los “muchachos”, entre los que había no pocos hombres mayores de edad, barbudos y con bigotes y hasta algunos viejos canosos, después de oír la perorata del amo, no manifestaron particular alegría. Algunos suspiraban tristemente, otros, en silencio, empezaron a dispersarse. Sólo en los jóvenes las palabras del amo despertaron cierto buen humor. Les sonreía la esperanza de poder desfilar ante el Emperador vestidos de uniforme nuevo. Por eso, en cuanto el *pan* principal, acompañado por el director, se volvió de espaldas a los obreros y se dirigió hacia la entrada de la oficina de la fábrica, algunos jóvenes, incitados quizá por los vigilantes, lanzaron las gorras al aire, gritando:

— ¡Viva! ¡Viva nuestro todomisericordioso monarca!

## II

— ¡Viva! ¡Viva nuestro todomisericordioso monarca!  
¡Viva! ¡Viva!

Así gritaba la multitud vestida de fiesta, compuesta en su mayoría de hebreos, que ocupaba toda la plaza ante la gran fábrica de parafina y ceresina, en el momento en

que el Emperador, acompañado del regente y de un numeroso séquito, llegaba de Drogówich. Una larga fila de brillantes carruajes, que avanzaba lenta entre las apretadas hileras de la entusiasmada multitud, se detuvo ante la entrada de la fábrica. Hoy no era aquella puerta que dos semanas antes chirriaba en sus bisagras de hierro oxidado, hecha de tablas viejas, salpicada, abajo, de suciedad y adornada, arriba, con inscripciones y dibujos obscenos pintados al fresco con petróleo líquido. Hoy, de aquella puerta quedaba solamente un ancho hueco en la valla sobre el que se elevaba, hasta la altura de un segundo piso, un arco triunfal, ejecutado originalmente, casi con arte, al estilo rococó, de bloques de cera terrera de diferentes colores.

Sobre basamentos de veteada ozoquerita sin labrar, verdosa y amarilla, y de bloques negros como la pez, de cera refundida, se elevaban hacia el cielo unas macizas columnas de parafina blanca como la nieve, rematadas con elegantes capiteles. Las columnas mantenían el frontón arqueado y adornado con millares de florecillas y volutas hechas del mismo material. Todo ello era idea del director de la fábrica, el belga Van-Hegt, realizada seguramente por los obreros de la fábrica, bajo la dirección de un ingeniero de Drogówich.

A la entrada estaba el propio dueño vestido de frac, que con el sombrero hongo bajo el brazo y la cadena de oro del reloj reluciente sobre la barriga saludaba al emperador con un discurso breve en alemán que finalizó gritando con toda la potencia de su garganta:

— *Seine Majestät der Herr Kaiser lebe hoch!*\*

— *Lebe hoch! Niech zyje!*\*\* ¡Que muchos años viva! —repetía la multitud agolpada en la carretera y en el patio de la fábrica. En el patio, limpio como una bombonera, cubierto de guijo y adornado con verdes ramas, estaban formados en largas filas los obreros. Bien lavados y afeitados, con los uniformes nuevos, tenían un aspecto muy decente, tanto más porque en las primeras filas, cerca de la puerta, habían puesto a los jóvenes, a los más fuertes y robustos, mientras que los de mayor edad, los enfermos, los encorvados hasta el suelo o los que les habían cicatrizado las heridas hacía poco, debían estar lejos de la entrada.

---

\* ¡Viva Su Majestad el Emperador! (*alemán*).

\*\* ¡Viva! ¡Viva! (*alemán y polaco*).

— ¡Estos son mis obreros! —dijo con alegría y orgullo el señor Gammershlag, a quien en su papel de amo, le correspondía acompañar a tan distinguido huésped por todos los lugares de la fábrica.

El emperador acercóse a la fila de obreros y entonces resonaron de nuevo gritos en su honor. El monarca manifestó su gratitud con un leve movimiento de la mano, después, preguntó cómo se llamaba a uno de los obreros de la primera fila; a otro, si trabajaba ya mucho tiempo en la fábrica; a un tercero, si estaba casado y cuántos hijos tenía. Con esto terminó la revista de los obreros. Dirigiéndose al dueño —que en aquel momento se sentía como sobre aguas, atormentado por un espantoso miedo y tan pronto se ponía pálido como colorado, pues temía que alguno de los obreros soltara alguna palabra irreverente o subversiva—, el monarca pronunció bondadoso:

— *Sie haben tüchtige, gesunde und ordentliche Leute. Sind Sie mit ihnen zufrieden?*

— *Vollkommen, Majestät! Wir sind wie eine Familie.*

— *Es freut mich sehr* —respondió el Emperador y, repitiendo lentamente: “*Sehr gut, sehr gut*”\*, siguió adelante, para examinar los tornos, los aparatos y las plantas fabriles.

Allí todo salió bien. Las máquinas y las instalaciones relucían como espejos, en los locales y habitaciones olía a resina de pino y enebro, y en los barracones donde dormían los obreros todo estaba limpio, luminoso, aseado, ya que, con motivo de la fiesta, habían abierto allí, especialmente, varias ventanas y traído camas de Drogówich. Los directores de escena de aquella comedia la habían preparado de modo que pareciera que cada obrero tenía un cuarto independiente, separado de los otros con tablas y provisto de cama, colchón, almohada rellena de virutas y una tosca manta.

— *Primitiv, primitiv, aber hygienisch*\*\* —dijo el Emperador al examinar uno de los dormitorios.

— *Ach, Eure Majestät* —exclamó con profunda emoción el señor principal — *dies ist ein Paradies im Vergleich*

---

\* Usted tiene muy buena gente, sana, decente. ¿Está usted contento de ellos? —Absolutamente, Su Majestad. Vivimos como una sola familia.

— Eso me alegra mucho. ¡Muy bien, muy bien! (*alemán*).

\*\* Primitivo, primitivo, pero higiénico (*alemán*).



*mit dem, was diese Leute einst in ihren Bauernhütten hatten. Sie sagen es selbst.*

— *Freut mich sehr! Freut mich sehr\** —dijo el Emperador, dirigiéndose hacia la salida.

— ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva nuestro todomisericordioso monarca! —gritó, ensordecedora, la multitud, cuando el Emperador y su séquito subieron a los carruajes para recorrer los centenares de pasos que había hasta el apeadero donde esperaba al monarca el tren imperial que debía llevarle a Borislav. Los brillantes carruajes se pusieron en marcha lentamente, acompañados por las aclamaciones incesantes del gentío. Pero en cuanto se alejaron del portón de la fábrica, todos los que estaban en su territorio sintieron que los maravillosos instantes de aquel día de fiesta ya no tendrían retorno.

### III

Pasaron algunas semanas. La fábrica pronto perdió su aspecto festivo, su limpieza. El arco de cera que hasta hacía poco venía a ver el público curioso de Drogóbich y de las aldeas cercanas, había sido ya derrumbado y convertido en cirios. El guijo que cubría el patio, después de la primera lluvia, los centenares de pies de los obreros y las pesadas ruedas de los carros lo convirtieron de nuevo en barro y desapareció sin dejar casi huellas. De los barracones donde dormían los obreros hacía ya tiempo que habían sacado los tabiques, puertecillas, camas y ropas. Todo había sido preparado temporalmente o pedido prestado y ahora los obreros dormían de nuevo sobre paja y viruta, sobre tablas o en tierra, donde caían rendidos. Estaban ya tan acostumbrados a ello que el cambio no les asombró. Sabían bien que no cada día era fiesta y que para el Emperador había sido necesario organizar toda aquella ceremonia. Sólo una cosa les satisfacía, los nuevos uniformes que les quedaron como recuerdo del día de fiesta y que no les quitó la dirección de la fábrica. Por eso los obreros recordaban agradecidos la llegada del Emperador.

---

\* — Ah, Su Majestad, esto es un paraíso en comparación con lo que esta gente tenía antes en sus chozas campesinas. Ellos mismos lo dicen.

— ¡Me alegro mucho! ¡Me alegro mucho! (*alemán*).

Pero una tarde, después del toque de la sirena, les llamaron de nuevo a la oficina anunciándoles que el *pan* principal quería hablarles. Charlando alegremente y bromeando, los obreros se reunieron ante la oficina. Tuvieron que esperar largo rato, pues el *pan* principal no aparecía, no salía.

— La bomba no resuella, por lo visto se ha estropeado —comentaban en broma los obreros, que habían bautizado al dueño con el sobrenombre de “bomba”.

Pero ésta ni pensaba estropearse. El *pan* principal salió alegre, casi radiante, teniendo en sus manos no se sabía qué papel con un sello enorme.

— Bueno, muchachos —dijo mostrando el papel y sin saludar siquiera a los obreros—, ¿ven esto?

— Sí —contestaron los obreros asombrados.

— ¿Pues saben lo que es?

— ¡Cómo vamos a saberlo! ¿Puede que sea el testamento del *pan* principal?

— ¡Huf, huf, huf! ¡Así revientes! ¿Qué disparates estás diciendo? —gritó el *pan* principal, al que le horrorizaba la sola idea de los “últimos instantes”. ¿Te has vuelto loco? ¡Mira más de cerca, imbécil! ¡Aquí está la firma del Emperador, y a ti te parece que es mi testamento! ¡Huf, huf!

Después de resollar un poco, el *pan* principal se puso de buen humor, su rostro se iluminó de alegría.

— ¡Esto es un decreto, muchachos! Un decreto del monarca, Nuestro Señor, el cual, por mis méritos ante esta región, me ha dado el título de barón. ¿Comprenden lo que eso significa? Ahora yo, para ustedes, no soy simplemente el *pan* principal, sino el señor barón. ¿Lo comprenden? Así me deberán llamar.

— ¡Viva el señor barón Gammershlag! —chilló uno de los vigilantes que estaba entre los obreros y, tras él, algunos obreros de los que se encontraban más cerca del barón de nueva hornada.

Pero en cuanto se apagaron los gritos y el señor barón, acariciándose la barba, empezó a pensar su ulterior discurso, un obrero avanzó de pronto, se inclinó reverente, y soltó como si disparara una escopeta, en su dialecto de Mazhursk.

— *A może by ta pan barun psy takij urocystosci racyli nam troche podwyssyć podzienne?\**

---

\* ¿Y no podría el señor barón, con motivo de la fiesta, subirnos un poco el jornal? (*polaco*).

El señor barón no podía dar crédito a sus oídos.

— ¿Qué, qué dice? ¡Malditos estafadores! ¿Quieren comerse hasta mis huesos, martirizarme? ¿No saben ustedes que la fábrica no me reporta ningún beneficio, que la mantengo sólo por amor propio, sólo para que ustedes, parásitos, no mueran de hambre? ¿Y dónde voy a encontrar medios para subirles el jornal? ¿De qué capitales? ¿Quieren que todavía salga yo perdiendo? ¡Oh, habrás visto mayor insolencia! ¡Eso, eso... oh!, ¡*mame Munes\**, esta gente va a ser mi perdición!

Los obreros quedaron turbados. El señor barón andaba como un loco por la terracilla, agitaba los brazos, hacía toda clase de muecas y lanzaba torrentes de gritos, deseando expresar toda su indignación por las descaradas pretensiones de los obreros.

— No es eso todo lo que quería decirles —pronunció por fin, con decisión, amenazador—. ¿Saben, imbéciles, cuánto me ha costado ese título? Claro, ¡cómo van a saberlo! Más de diez mil guldenes he dado por él ¿y ustedes quieren recibir de mí algo más? ¿Pero de dónde puedo yo tomarlo? Descuartícenme, sáquenme las tripas si quieren, pero dinero no me arrancarán. Y por si era poco, esos uniformes suyos... ¿Qué provecho me da a mí haberles vestido como personas decentes y para qué, si ni siquiera estaba obligado a ello? ¿Sienten ustedes, acaso, algún agradecimiento? Quiá, ¡ni el más mínimo! ¡Escuchen lo que les voy a decir! Si ustedes no se sienten agradecidos, ¡tampoco yo voy a andarme con ceremonias! ¡Señor cajero! ¡Las sumas gastadas en los uniformes van a ir a la cuenta de cada uno, haga la distribución para medio año y descuéntelas cada semana al dar la paga!

Los obreros quedaron desconcertados.

— ¿Qué, han recibido lo que querían? —gritaba amenazador el señor barón, aunque nadie intentaba replicar—. ¡Ahora ya pueden marcharse! ¡Pero recuerden bien una cosa! Ahora ya no soy simplemente Leib Gammershlag, sino el señor barón Leo Von Gammershlag. El propio Emperador Nuestro Señor me ha distinguido por mis méritos. El *pan* alcalde y la policía deberán estar ahora más atentos a lo que yo diga. ¿Me comprenden?... Manténgase callados y no me obliguen a explicarlo con mayor claridad. ¡Hala, largo de aquí!

---

\* Lo juro (*hebreo*).

Y el señor barón agitó la mano. Pero los obreros continuaban inmóviles como petrificados. ¡Por los desdichados uniformes que parecían haber sido el pago de su durísimo trabajo suplementario de limpieza de la fábrica, su jornal ahora iba a disminuir! ¿Su mísero jornal iba a ser rebajado durante casi medio año por causa de aquel regalo que ellos no habían pedido? Y además ¿qué resultaba? Pues que ellos con su trabajo no habían hecho más que ayudar a ensalzar al señor barón, afianzar su autoridad y eso, en primer lugar, se volvía contra ellos mismos. Todos aquellos pensamientos, venidos de repente a la cabeza hasta del obrero más torpe, del más apocado, los envolvieron en una atmósfera cargada, sofocante. Un lógico, aunque confuso proceso, obligó a sus pensamientos a recordar el no lejano y festivo encuentro del Emperador en la fábrica. La brillantez de entonces, la alegría de aquel momento, los gritos de entusiasmo, todo les parecía ahora tan lejano, tan fantástico e irrealizable, que el contraste, como la boca abierta de un abismo, les atrajo hacia sí. Y, de repente, varias gorras volaron al aire, mientras de varias decenas de bocas salió un grito, repetido inmediatamente por todos los obreros de la fábrica:

— ¡Viva! ¡Viva nuestro todomisericordioso monarca!  
¡Viva!

1891

## COCHINA CONSTITUCION

A LA MEMORIA DE ANTON GRITSUNIAK

Este relato no me pertenece a mí. Lo oí en Zbarazh, en la Galitzia Oriental, narrado por un viejo aldeano, llamado Antón Gritsuniak, en una asamblea popular. Gritsuniak es un fenómeno muy curioso, es uno\* de los muy pocos descendientes vivos de aquella pléyade de narradores y bandurristas, que componían los antiguos relatos sobre la vida y aventuras de los cosacos Gritsko Zborovski, Koshka, Bezrodni, Andíber, sobre las batallas de Jmelnitski contra los nobles polacos y la huida trágica de los tres hermanos de Azov y los contaban y relataban a las tropas cosacas. Gritsuniak, en su exterior, no tenía nada de notable; de los demás, era un vejete canoso de lo más simple, vestido sin lujo, mejor di-

---

\* Murió el 29 de marzo de 1900. (*Nota de Iván Frankó*).

cho, pobremente, no muy alto, enjuto, con el rostro surcado de arrugas, —huellas de su vida de trabajo—, pero pensativo, con unos ojos negros, brillantes. No se distinguía en nada de los demás campesinos; raramente se inmiscuía en las conversaciones y, a primera vista, no descollaba por su cultura del nivel medio corriente del campesino de Galitzia. Se sobreentiende que no sabía leer ni escribir.

Antes de que la asamblea comenzara, conversé varios minutos con unos aldeanos conocidos míos. Gritsuniak se acercó a nosotros, nos presentaron, intercambiamos algunas palabras y nos separamos. Mis conocidos, aldeanos jóvenes en su mayoría, que habían terminado sus estudios en la escuela nacional y que, con una asidua lectura de libros, habían ampliado sus conocimientos, ensalzaban a Gritsuniak por sus asombrosas dotes de orador y por que él, uno de los pocos hombres de la vieja generación, se había adherido con toda su alma al movimiento campesino radical.

No es de extrañar que yo esperase su intervención con gran interés. Pero empezó la reunión, discutían y decidían punto por punto el orden del día. Y Gritsuniak no pedía la palabra. Únicamente al llegar al último punto, “ruegos y preguntas”, se encaramó a la mesa que servía de tribuna, como de mala gana, probablemente, incitado por las exhortaciones de sus conocidos. Un rumor y cierta animación se expandieron por la sala, cuando su figura apareció sobre la asamblea y todos los presentes, más de seiscientas personas, muy apretadas en un local no muy espacioso, se callaron; en la sala no se oía ni una mosca.

— Pues, si yo debo hablar —se dirigió Gritsuniak muy serio a los que estaban cerca de él—, debo tener ante mí un papel. Yo, la verdad, soy analfabeto, pero entiendo las cosas, y sin papel no sé hablar. Aunque sea el libro de impuestos.

Una sonora risotada fue la respuesta a estas primeras palabras de Gritsuniak. Uno de los que estaba a su lado le dio una hoja de papel en blanco. Gritsuniak la cogió con las dos manos y teniéndola delante de sí, como si la leyera, comenzó su discurso con voz monótona y sonsonete de escolar aldeano que aprende a leer por sílabas. Después sus entonaciones se animaron, pero su discurso seguía al mismo ritmo, haciéndonos recordar la prosa bíblica. A cada minuto, la asamblea interrumpía su relato con ruidosas risas, pero el orador no se inmutaba, por el contrario, ante las explosio-

nes constantes de hilaridad general, su cara se ponía cada vez más seria, casi melancólica, hasta que al fin tomó una expresión de completa apatía. Y todo el humor e ironía eran transmitidos por sus ojos, que brillaban fulgurantes bajo las enmarañadas cejas.

— Escuchad, hermanos, qué conversación tuve hace poco con un conocido mío. Viene a mi casa mi amigo y coetáneo, al que no veía hacía tiempo. Nos saludamos como Dios manda, y le pregunto:

— ¿Qué hay, viejo, qué tal andas de salud? ¿Cómo va la vida?

— Gracias a Dios, estoy bien y vivo bien —me responde.

— Pues eso es una buena nueva —le digo— y tengo mucho interés en saber qué traes de bueno.

— ¿Qué traigo de bueno? Difícil es contestarte, tanto más, cuando tú mismo lo sabes.

— No, no, no te vayas por las ramas —le dije—. Relátame con detalle lo que tienes de bueno.

— Ay, amigo —contestó—, ¿acaso no ves lo bien que hemos llegado a vivir, gracias a Dios? Fíjate tú el tiempo que ya llevamos sin saber lo que es la servidumbre; ante la ley todos somos iguales y, además, constitución tenemos, gracias a Dios.

Tantas cosas soltó de golpe, que al pronunciar las últimas palabras le faltó el aliento.

— Vaya, vaya, cierto es, buen amigo —dije yo—; magníficas son todas esas cosas que has dicho aquí; pero, ¿sabes qué?, yo opino que no hay que darles demasiada importancia.

— ¿Por qué?

— Pues porque se parecen a los pañuelos que se venden en el bazar: se destiñen y manchan los dedos de quien los toca.

Mi conocido no llegó a comprenderme, y yo proseguí:

— ¿Sabes qué, amigo? La pura verdad es que no estamos obligados a trabajar en la hacienda señorial, pero ¿no te acuerdas más exactamente de cómo vivíamos entonces y cómo existimos ahora?

Mi conocido no pudo recordarlo con todos los detalles, por eso tuve que ayudarle a hacer memoria.

— Verdad que entonces, cada día muy temprano, andaba el intendente del amo por la aldea de una jata a otra;

golpeaba con una porra a la puerta y gritaba: “¡Eh, tú, Iván, Grits, Semión, hala, a trabajar en el campo del señor, si no le tendré que dar trabajo a mi porra!”

— ¡Cómo no, cómo no, así era! —me contestó mi amigo y, sin quererlo, se rascó cierto lugar, que en aquel momento, por cierto, no le picaba en absoluto.

— Pues bien, ¿cómo vivís ahora? El intendente ya no anda con la porra por la aldea de jata en jata. Eso es cierto. ¿Pero qué hace el mujik? Pues te lo voy a contar, mi querido amigo. El mujik se levanta muy temprano, sin que tengan que despertarlo, coge una gallinita o unas tres docenas de huevos y va a ver a ese mismo intendente que ahora se llama “*pan rzhontsa*”\*, pone el presente ante él y con toda humildad le pide que le permita trabajar en el campo del señor. Y si se presenta sin el regalo, el *pan rzhontsa* le atiza un porrazo y le deja en completa libertad. . . para que se muera de hambre.

Mi pobre amigo no sabía qué responder a estas palabras mías, se limitó a suspirar profundamente y a menear la cabeza.

Y dices, querido, que ante la ley todos somos iguales —le sigo hablando—. Es posible que sea verdad aunque yo no lo he notado todavía. Vaya cuando vaya a ver al *pan* alcalde o al *pan* juez o hasta cuando voy al consejo regional autónomo, siempre oigo decir lo mismo que oía antes del año mil ochocientos cuarenta y ocho: “¡Espera, mujik!” “¡Fuera de aquí, mujik!” y una vez en que yo intenté filosofar y alegué mi igualdad ante la ley, recibí un bofetón tan fuerte y sonoro como en los tiempos pasados. Pero mira lo que ocurre cuando se presenta en las oficinas el señor terrateniente, el señor funcionario o un simple arrendatario y verás cómo nunca les hacen esperar en el patio; ¡inmediatamente les ruegan sentarse y les tratan con toda finura, con tanta delicadeza! . . . Así que, ¡tal igualdad ya la teníamos antes del año mil ochocientos cuarenta y ocho!

— ¡Pero entonces nos apaleaban! —repuso mi conocido y de nuevo, maquinalmente, se rascó un lugar que no le escocía.

— Tienes razón —le contesté—, entonces nos apaleaban, pero ahora han inventado unas cosas que en nada se diferencian de los palos. Además, con añadiduras. Mira lo que le

---

\* *Rzhontsa*: (“*rzhontza*”): intendente (*polaco*).

dijo uno de mis vecinos al *pan* jefe. Pues a este vecino mío, hombre en extremo pacífico, le vino a la cabeza ir a Viena con aquella numerosa delegación, ¿te acuerdas?, que fue a ver al emperador para quejarse de los atropellos que el pueblo sufría por culpa de *Baden*\*. Pues después, sabes... la delegación fue atendida, sí, atendida en Viena, pero cuando regresó a casa, a todos aquellos pobres delegados les empezaron a hacer interrogatorios y a vejarlos. A mi vecino tampoco le pasaron por alto; el señor jefe de la policía comarcal le multó con cincuenta guldenes. Cuando mi vecino oyó tal sentencia, cobró ánimo y le dijo: "*Pan* jefe, yo soy un hombre pobre. Si he cometido tan grande delito, al ir a quejarme ante el emperador por causa de las elecciones al *Seim*\*\*", no le podré hacer objeción alguna y estoy dispuesto a sufrir ese justo castigo. Pero mi mujer y mis hijos no tienen culpa alguna de esa fechoría mía, por lo tanto, ¿por qué les castiga usted a ellos? ¡Castígueme a mí solo y no a ellos! Si usted me impone tal multa, para poder reunir ese dinero tendré que vender mi última vaca y el último cerdo y ese castigo, entonces, será mucho más terrible para mi familia que para mí. Por eso le ruego a usted, mi noble señor jefe, ¿no podría hacerme un gran favor y cambiarme esa multa en dinero por palos? Yo, gracias a Dios, soy un mujik fuerte, sano; cincuenta palos los podré soportar, como sea, mientras que una multa de cincuenta guldenes, Dios es testigo de que mi hacienda no la va a poder resistir". Así le habló mi pobre vecino al señor jefe de la policía comarcal, pero éste no satisfizo su ruego porque todos nosotros —le dijo— somos iguales ante la ley; ahora no se dan palos, pero lo que se ordena pagar, hay que pagarlo, aunque tengas que sacarlo de tus propias entrañas. Y mi desdichado vecino espera cada día al ejecutor judicial que se le va a llevar todos sus bienes por no haber pagado aquella multa. ¿Qué me dices tú, ahora, querido amigo, de esos palos de nueva moda, que en vez de castigar una sola parte del cuerpo, apalean a toda la persona y, además, castigan a toda la familia?

Mi conocido no supo qué responder y suspiró profundamente.

---

\* Denominación que se daba en Ucrania Occidental al emperador de Austria.

\*\* *Seim*— parlamento polaco.



— Constitución también la tenemos —continué yo después de una corta pausa—, ¡cómo no!, la tenemos. Dicen que es muy bonita y arrogante. ¿La has visto alguna vez?

— ¿Si la he visto? —repuso asombrado mi conocido—. En el papel, la he visto impresa en un librito, ¡desde luego!

— Eh, no, yo no hablo de la de papel —le repuse—, hablo de la auténtica, tal y como es en realidad. ¿Has visto alguna vez nuestra constitución verdadera, real?

— ¿Cómo se la puede ver? Si todos vivimos en ella, la sentimos. . .

— Oh, sí, sí la sentimos, ¡has dicho una gran verdad! Pero yo la he visto con mis propios ojos y te lo quiero relatar. Iba yo una vez con mis dos hijos a la feria de Ternópól. Delante de mí iba también en su carro un campesino desconocido, con su mujer. El, sentado en la delantera, arreaba a los caballos; la mujer se había instalado en el asiento de atrás y, entre ellos, cubierto de paja y bien atado, iba tumbado un cerdo grande, bien cebado, que llevaban a vender a la ciudad. El cerdo, quieto, mostraba su orejuda cabeza. Al llegar ya cerca de Ternópól pasamos la entrada y, de repente, vemos que cerca de la garita está sentado un señor de edad avanzada con un reluciente cuchillo en las manos y fumando una pipa de largo tubo. . . ¡así de largo! Nada más ver el carro con el cerdo, saltó del banco enseguida y gritó:

— ¡Para, mujik!

El aldeano paró el carro y el *pan* se le acercó con el cuchillo.

— ¿Qué llevas? —le preguntó severo.

— Un cerdo, con su permiso, señor —le contestó, pacífico, el aldeano.

— Ya veo que es un cerdo, ¿pero, cómo lo llevas? ¡Eh! ¿Es que no ves que al pobre animal se le han hinchado las patas de llevarlo atado? Y tú, vago, malvado, ¿no sabes, acaso, que está prohibido martirizar de ese modo a los pobres animalitos?

Así hablando, el *pan* se acercó al cerdo y con su cuchillo le cortó las cuerdas tan hábilmente que, por apresurarse, hirió al cochino en las patas.

— ¡Venga, a la comisaría de policía! ¡Habrás que castigarte como te mereces! —gritaba el implacable *pan*, liberador del cerdo.

El mujik, asustado, seguía sentado en el carro y empezó a implorar al furioso *pan*, pero éste no le quería hacer

caso. La mujer del mujik, que se ve era ingeniosa, comprendió cómo podría apartar aquella desgracia. Mientras su marido porfiaba con el inflexible *pan*, ella sacó del seno un pañuelo rojo, hurgó en él cosa de un minuto, sacó veinte cruceros que llevaba atados en un ángulo —posiblemente, había estado trabajando dos días y pasando hambre para ganárselos—, se los metió al tenaz *pan* en la mano y, luego, empezó también a implorarle junto con su marido. Sólo entonces él se ablandó un poco y dijo:

— Bueno, por esta vez se lo perdono, y les voy a dejar pasar, pero recuérdenlo toda la vida.

Mientras tanto, yo con mi carro me adelanté un poco, pero dije a mis muchachos que refrenaran a los caballos, pues quería ver cómo iba a terminar aquel asunto. Tuvimos que esperar bastante hasta que el campesino del cerdo nos dio alcance. Pero ahora el orden en el carro no era el mismo de antes. La mujer iba sentada en la delantera y guiaba los caballos, mientras que el marido iba detrás y con los dos brazos tenía sujeto al cerdo, agarrándolo por el cuello. El cerdo, libre de las cuerdas, iba de pie en el carro, mirando a todos lados, espantándose a cada momento cuando veía un nuevo objeto y dispuesto a saltar a cada instante. Y muy pronto les alcanzó un brillante carruaje señorial con un tiro de cuatro caballos. Los corceles iban a galope, sonaban las campanillas, el cochero hacía restallar el látigo... El cerdo se espantó terriblemente, se echó a un lado y saltó del carro. El amo, que tenía sujeto al cerdo por el cuello, se ve que era más débil que el animal y se cayó también del carro y con tan mala suerte que se dio con la cara contra una piedra, quedando maltrecho y ensangrentado. El cerdo echó a correr, pero mis chicos saltaron del carro, lo alcanzaron y ayudaron al aldeano a llevar al cochino a pie hasta el mercado. ¡Ese es, amigo, el aspecto que tiene nuestra cochina constitución!

Pero eso aún no es todo.

Aquel mismo día, al empezar la tarde, salí yo de Ternópolis con tiempo suficiente para llegar a casa antes del anochecer. Nos acercábamos a la entrada y aún seguía allí sentado aquel furioso *pan* con el cuchillo reluciente, fumando tranquilo su cachimba. Eché una mirada a los campos de la huerta y, de repente, a lo lejos, por la carretera, veo a dos, vestidos de mujiks y que, con paso regular, se dirigían a la ciudad.

“Probablemente, esos han sido mucho tiempo soldados—pensé yo—, pues han aprendido tan bien a marcar el paso que todavía ahora, ya en la vejez, lo marcan de primera y guardan perfectamente la alineación”.

Pero cuando se acercaron más a nosotros, vi detrás de ellos algo negro y sobre sus cabezas no sé qué cosa brillante, como una larga lengüeta de fuego. No hacía falta mucha sutileza para llegar a saber que era un policía guardián, y cuando se acercaron aún más, oía, a cada paso que daban, una melodía queda: ¡dzin-bren!, ¡dzin-bren!

“¡Vaya —pensé— ya sé de qué se trata! ¡He ahí por qué marcan tan bien el paso y marchan perfectamente alineados! ¡Espera un poco, señor guardián! ¡Ya verás en cuanto llegues a la entrada!... En cuanto aparezcas con esa pobre gente, tan brutalmente encadenada, ante los ojos de ese severo señor del refulgente cuchillo, sabrás, entonces, que no se puede martirizar así a los cristianos!”

Y ya empezaba a temblar mi alma, al pensar que el severo *pan* de la entrada, al darse prisa para romper las cadenas con que iban amarrados aquellos dos desdichados, podría malherir sus manos, como había herido las patas del cerdo. Para mí era también curioso ver cómo el furioso señor se iba a lanzar sobre el inhumano guardián y cómo le iba a llevar a la comisaría de policía. Pero, con gran asombro mío, nada parecido ocurrió. Los dos presos encadenados y el guardián pasaron tranquilamente la entrada frente al severo señor del cuchillo, y ese furioso *pan* no creáis que se echó sobre el guardián. ¡Nada de eso! Al contrario, se levantó y le saludó respetuosamente con una inclinación, mientras que yo me marché a casa, con un palmo de narices. Así que, querido amigo —dije, concluyendo mi relato—, esa es la faz que tiene nuestra constitución del mujik. ¡El mujik se ve obligado a tenerle envidia a un simple cerdo!

La ovación ensordecedora que estalló después de estas palabras duró bastante tiempo. Cuando se restableció el silencio, el viejo Gritsuniak añadió:

— Perdonad, queridos míos, debería haber hablado de esto en el punto llamado “Causas de la emigración”, pero creo que aún no ha sido tarde.

Y dichas estas palabras se bajó de la mesa.

## EN LA HERRERIA

### DE MIS RECUERDOS

En lo hondo de mis recuerdos, allá en lo más profundo, arde un fuego. La pálida luz de una cálida llama esclarece los primeros contornos que surgen de la oscuridad del alma infantil. Es el fuego de la herrería de mi padre.

También ahora, veo la pala de hierro con la que mi padre coge carbón de la artesa de madera —carbón que él mismo hacía detrás de las jatas, en un hoyo, lugar al que, aún hoy día, llaman “carbonera”, a pesar de que ni huella queda ya del hoyo— lo echa en la fragua sobre el montón de brasas ardientes, traídas de casa en un casco, y luego, con su manera rápida de hablar, se dirige a su ayudante, diciéndole:

— Tú, tú, tú, Andrús, venga, ve soplando poquito a poco, despacito, hasta que comience a arder.

Andrús, que me había traído de la jata en sus hombros y me había sentado en la artesa del carbón, cerca del fuego, agarra después el mango del fuelle y empieza a moverlo. El fuelle, al comienzo, tiene una respiración entrecortada, aún no ha absorbido bastante aire, no se ha hecho aún al trabajo y sólo esparce el carbón, sin avivar la llama.

— ¡Poquito a poco, Andrús! ¡Tú, tú, zagal, poquito a poco!

— ¡La bruja salvaje aún refunfuña! —dice en broma Andrús y se echa con todas sus fuerzas sobre la palanca, para que en el fuelle entre la mayor cantidad posible de aire.

Cuando él menciona a la bruja salvaje, yo me pongo a temblar.

— ¿Dónde está la bruja salvaje? —pregunto.

Andrús se ríe.

— En el fuelle. ¿Es que no oyes cómo refunfuña?

Yo aguzo el oído y llego a creer que es verdad, que refunfuña.

— Espera un poco; ahora cuando la apriete yo un poco más —dice Andrús—, empezará a gemir de verdad.

— ¡No quiero! ¡No la aprietes! —grito yo.

Ya estoy a punto de llorar. No comprendo las bromas de Andrús. Mi imaginación está llena de fantasmas, vampiros, difuntos: cada noche escucho los relatos que sobre ellos

cuentan nuestras dos criadas: Ustina la grande y Ustina la pequeña, mientras hilan con las ruecas. Ellas, más de una vez, hicieron también mención de la bruja salvaje voladora que, sentada en lo alto de la montaña Dil, echa humo desde allí. Andrús ha sido el primero en meterla en el fuelle de la fragua y, desde entonces, ese fuelle me infunde terror.

— ¡Oye, zagal! No le digas tonterías al niño. No le hagas caso, Ivás, no le creas, en el fuelle no hay ninguna bruja salvaje.

— ¿Pues qué es lo que allí refunfuña?

— El aire, hijo. Tú ves, el fuelle se llena de aire y, cuando se le aprieta, sopla. ¡Mira, yo también soplo así!

Y el padre sopla varias veces sobre el fuego.

Yo me tranquilizo. El fuego empieza a arder. Al principio unas llamitas azuladas se deslizan tímidas entre las brasas, pero la bruja salvaje empieza a soplar con más fuerza, las lengüetas azuladas se tornan rojas y saltan impetuosas del fondo del montón de carbón. Poco a poco el carbón negro va adquiriendo un tinte rojizo, la llama chisporrotea como un haz de brillantes cuchillos o flechas. Y la bruja salvaje ya ha hinchado su panza de cuero hasta casi el techo. Andrús presiona con las dos manos, el pecho y el vientre para bajar la palanca. Los cuchillos de fuego, por abajo, se ponen blancos; va perdiendo su color rojo para ponerse dorado, transparente, como si se fundiera. Yo no puedo apartar la mirada de ese pálido fuego, que aunque no se jacta de brillantez y apenas disipa la obscuridad de la pequeña herrería campesina, escupe grandes chispas a lo alto de la bóveda, en forma de tina, recubierta de arcilla y llena de hollín, de ese fuego que encierra un gran calor, una gran fuerza laboral.

Entre tanto, mi padre, que ha tomado en sus manos su pequeño martillo “de bolsillo”, ya está junto al yunque y descarga sobre él varios martillazos, rápidos, uno tras otro, como si redoblara en un tambor. El redoble se extiende por toda la aldea y es la señal de que en la herrería comienza el trabajo.

Después saca de debajo del fuelle distintos cajones con toda clase de hierros. Hay allí hachas embotadas, de las que es preciso fundir acero; una de ellas se parece a un perdido a quien le han roto la cabeza, pues tiene partida la suya; habrá que “refundirla” por completo, como se expresa mi padre en su pintoresco lenguaje. Cerca de la puerta, hay

una cuchilla que necesita arreglo. Y al lado de la herrería, debajo de un cobertizo pequeño, no lejos de la afiladora, se encuentran un par de ruedas de carro, traídas para ser herradas; allí mismo, yacen unas láminas nuevas de hierro para aros.

Mi padre fue el mejor herrero de toda la región; fama especial tenían sus hachas. Treinta años después de su muerte, un hombre de otra aldea, ya viejo, que entabló conversación conmigo, al recordar a mi padre, decía aún:

— No, otro herrero como él no lo encuentras ahora. Todavía conservo un hacha que él me hizo. ¡Se asemeja más a un alma viva que a un hacha!

Cuando la señal que mi padre daba, al golpear sobre el yunque, se expandía por el poblado, los vecinos solían reunirse en la herrería. En invierno, era cuando más se trabajaba en ella; en verano, sólo había dos temporadas cortas, durante la labranza y la siega; por ello, mi padre abría la herrería en verano sólo cuando le daban algún encargo importante y urgente.

En invierno son pocas las labores campesinas. En alguna que otra parte, en los graneros, repican los mayales; en los zaguanes susurran las sierras y zumba el cabrestante al enrollar la cuerda. Trabajos que admitan espera. En cambio, en la herrería reina la animación.

El que venía a encargar algún trabajo importante —ferrar el carro o hacer un hacha— no se olvidaba de traer consigo, metida bajo la camisa, una botella de vodka. Venían a casa del herrero como invitados, como se va a la casa del vecino y no a la del artesano, que, después de cumplir el encargo te da la despedida y luego, si te he visto no me acuerdo. Mi padre no tenía fijado ningún precio por su trabajo: “Que me paguen lo que pagan a otra gente”, decía y “si no tienen dinero, puedo esperar”. Pero le gustaba que reinara la alegría en la herrería, que hubiera allí bullicio. Con buena tertulia, charlando alegremente y bebiéndose algún que otro vaso de aguardiente, era como mejor trabajaba. Además, con frecuencia se necesitaban ayudantes. Por ejemplo, cuando había que poner los aros a las ruedas: tres o cuatro hombres cogían unos palos gruesos con ganchos de hierro; otros dos y mi padre, con unas tenazas largas, llevaban la llanta ardiente, la colocaban en el aro, en tanto los de los palos agarraban con los ganchos la lámina, apoyaban el extremo del palo en el aro y empezaban a apretar con

todas sus fuerzas. Mi padre agarraba un martillo grande y golpeaba el hierro donde era necesario. La madera del aro, al contacto con el hierro candente, ardía en alguna que otra parte, pero se apagaba pronto.

“¡Venga, venga! Tú, tú, tú” —se oían las expresiones del padre, que se entremezclaban con los martillazos dados sobre el hierro o sobre el aro y el chirriar de los ganchos que tiraban de la llanta hacia distintos lados. Después, tres o cuatro hombres cogían martillos igual de grandes y empezaban, al tacto, como cuando se está trillando, a golpear y meter en la rueda la tensa llanta. ¡Pam, pam, pam!, resonaba por todo el poblado hasta que el aro se ponía completamente en su punto. Los campesinos de edad avanzada, con ojos de gente entendedora, examinaban la rueda, observaban si había tensado bien el aro las partes de la rueda; si cada radio había entrado en su sitio, si se mantenía fuerte el cubo de la rueda. Después, uno u otro levantaba la rueda con sus fuertes manos y la dejaba caer en tierra con cuidado y escuchaba el sonido que hacía.

— ¡Esta rueda suena como una campana! —repetían uno tras otro. Y era la más alta alabanza para el herrero.

Entre tanto, en la herrería la bruja salvaje gime y gime, el hierro en la fragua ya está al blanco y en el fondo del mismo algo enrojece, reluce como el oro y suelta largas chispas que se desperdigan. Se está “cociendo” la futura hacha. Mi padre echa al fuego un par de puñados de clavos viejos, no muy grandes, hechos a mano, de hierro colado, los rodea de carbón y pone otro hombre, además de Andrés, para que infle el fuelle. En la herrería de mi padre existe la costumbre de que el que viene se sienta, charla; cuando llega el momento del convite, no se le olvida, pero, si es necesario ayudar en algo, mi padre, entonces, se dirige a él sin rodeos: ¡Tú, tú, tú, muchacho! —si es alguno de los jóvenes—, o llama: “¡Compadre, compadre! ¡Venga, coge el martillo!” o “¡Agárrate al fuelle!”, o lo que haga falta hacer. También mi pequeña persona era objeto de su atención en tales ocasiones. Cuando había que poner en el yunque algún trozo grande de hierro muy candente, del que saltaban chispas blanco-verdosas, mi padre siempre rogaba a alguno de los presentes:

— ¡Resguarden al niño!

Yo tenía mucho miedo a las chispas, pero me gustaba en extremo, no obstante, mirar cómo al igual que un enjambre

de moscardones de fuego, salían volando de debajo del ñartillo del padre y se expandían, salpicando, por todos ados. En particular, esto ocurría cuando había que fundir los trozos de hierro en uno. Pues cuando mi padre remachaba, haciendo una bola de los clavos derretidos en la fragua, de la bola, después de cocerla varias veces, forjaba un lingote alargado y plano de palmo y medio de longitud y tres dedos de ancho; después, en la costilla redonda del yunque, lo doblaba y remachaba juntos los dos extremos. Ahora era cuando llegaba el momento más importante en la concepción del hacha: hacer una buena y fuerte cabeza, fundir y emplar la cuchilla. El grueso y doblado lingote era metido de nuevo en el fuego y, cuando se ponía al rojo vivo, en el agujero sin forma había que encajar el gollete, dispositivo de hierro en el que debía hacerse el agujero de la cabeza del hacha. En dicho gollete mi padre forjaba la cabeza del hacha con gran esmero. Las cabezas que él hacía nunca se grietaban ni se partían, lo cual es una gran cualidad en el hacha del campesino, pues con frecuencia sirve de martillo. Junto con el gollete el hacha era metida de nuevo en el fuego, pero, ¿de qué modo? La parte donde ambos extremos del lingote se juntaban y donde se suponía que tenía que surgir la cuchilla, estaba toda cubierta de arcilla líquida, bien disuelta, lo cual debía facilitar la cochura del hierro. Una vez puesta al fuego el hacha, mi padre la cubría de carbón ardiente, y de carbón fresco por encima, con esmero, como si fuera una criatura; además, el combustible era salpicado con agua en la que había sido disuelta arcilla, para que se hicieran mejores brasas. Y la bruja salvaje empezaba a gemir con todas sus fuerzas hasta que, de la fragua, junto con las chispas corrientes, empezaban a saltar otras de brillante blancura. ¡No, aún no había llegado el momento! Cuando estas últimas empezaban a saltar de la llama en pesados enjambres, ello significaba que el hierro ya estaba cocido al punto. Mi padre tomaba con cuidado el metal candente, lo limpiaba, quitándole con un martillo el carbón y la arcilla fundida, lo ponía sobre el yunque y lo golpeaba libremente varias veces, con su martillo. En aquellos golpes, para mí, siempre se ocultaba cierto sortilegio. ¡Parecían tan leves! Entretanto, después de cada golpe se expandían con estrépito por toda la herrería enormes enjambres de hispas. Y aunque en tales momentos yo solía estar sentado en mi elevado puesto, protegido del yunque por los poten-



tes hombres de algún que otro “compadre”, mi mirada, desde aquel refugio seguro, corría por toda la herrería, seguía a cada chispa y no se apartaba, al mismo tiempo, del hierro que, bajo los golpes del martillo paterno, iba tomando cada vez una forma mas definida. Luego de darle al hierro blando la forma que necesitaba, mi padre les guiñaba el ojo a los presentes, en particular a los que eran más jóvenes, y decía:

— ¡Oye, tú, mozo! ¡Anda, coge el martillo! ¡Venga, rápido!

Dos de ellos empuñaban enormes martillos y, al compás, golpeaban el hierro. ¡Pam, pam, pam! —sonaban los golpes de los tres martillos. El pequeño, de mi padre, con voz fina; los otros dos, rudamente, con ardor, como si regañaran. . .

La cuchilla ya estaba cocida. Ahora era cuando empezaba para mi padre el trabajo más delicado; de nuevo, con la cabeza del hacha, hasta que no llegaba el momento de sacar el gollete, y después con la cuchilla y con el filo. Mi padre forjaba y reforjaba cada parte repetidas veces, cuidándose no sólo de la forma, sino, en particular, de que el hierro estuviera liso y duramente laborado, de que no hubiera en ninguna parte ningún defecto, ninguna grieta, y pareciera que el hacha había sido “fundida” de una pieza.

En la herrería conversan. Los vecinos cuentan las novedades de la aldea: de qué se habla en la administración rural, qué han visto en el mercado de Drogówich, de lo que contaba un viejo mendigo llegado de fuera. Hablan sobre todo de Borislav, de los pozos y de las minas. Por aquel entonces se iniciaba en gran escala la extracción de petróleo y cera mineral. Miles de gentes iban a Borislav, por unos kopeks les arrancaban a los campesinos trozos de tierra y empezaban a cavar “pozos”. En las aldeas vecinas comenzaba a aparecer el tipo de *ripnik*\*: habitualmente los mozos, no sólo los pobres, sino también otros más acomodados, “iban por la camisa negra y el pan blanco” —así era como caracterizaba este dicho campesino la vida del obrero petrolero—, producto primario del desarrollo industrial capitalista en aquel, hasta entonces, quedo y patriarcal lugar.

A nuestra herrería llegaban sólo algunos que otros detalles, bastante nebulosos por cierto, del nuevo fenómeno. Decían. . . Esta semana han perecido en los pozos cinco jóvenes

---

\* *Ripnik*: obrero petrolero.

y, no hace mucho, en un pozo se ahogaron tres; éste o aquél se cayó del cangilón y se mutiló al darse contra la caja, hecha de ramas, que sustituía el armazón de madera en esas minas, instaladas muy primitivamente. Tal era el tema constante de los relatos. Otro tema era el siguiente: uno de Borislav se ha puesto a mendigar, otro se ha entregado a la bebida, a otro lo emborracharon y, ebrio, lo tiraron a un pozo de la mina. Y después seguían interminables e incoherentes relatos sobre las trampas de los avaros amos, hebreos, sobre las borracheras de los petroleros, de lo mucho que ganaban y de cómo despilfarraban el dinero, sobre cómo brotaba el petróleo al llegar a una profundidad de cinco, diez o doce *sazhens*.

Yo escuchaba aquellos relatos como si fueran cuentos fantásticos sobre regiones lejanas, encantadas. Borislav, con sus horrores, bromas salvajes y saltos de la fortuna, con su asombrosa industria, su pasmosa manera de trabajar y sorprendente gente, cautivó mi imaginación. Nuestra aldea quedaba lejos del camino real; nadie de los nuestros iba a Borislav, pero, harto de escuchar durante el invierno relatos sobre dicha ciudad, decidí, para mis adentros, no compadecerme de mis pies en la primavera, salir al camino real, aunque estaba muy lejos, y esperar allí hasta ver a los obreros petroleros que, desde las aldeas más pobres y lejanas, iban a Borislav o regresaban de allí a sus casas los sábados. Pero mi curiosidad quedó satisfecha mucho antes; cuando aún era invierno, mi padre me llevó consigo un lunes a Drogóbich, y allí vi a toda una multitud de petroleros y a un gran número de hebreos que preguntaban a cada campesino con aspecto, a su parecer, de haber llegado de Borislav.

— ¡Amo, eh, amo! ¿Es usted de Borislav? ¿No tiene alguna parcela de tierra para vender?

A mi padre no le placía oír los relatos sobre Borislav. Se había acostumbrado tanto al patriarcal ambiente de la vida campesina que, en aquella barahunda de Borislav, no corriente para él, presentía algo extraño al viejo orden de vida. No dejaba ver su descontento, no criticaba ni se indignaba, como hacen algunos inveterados defensores de lo antiguo, pero cuando se agotaba la reserva de novedades, pasaba de buena gana a tocar otros temas, con preferencia, morales. A mi padre, trabajador diligente y sensato, le gustaba mofarse de los parásitos y vagos, de los papanatas y charlatanes. Para confirmar sus observaciones de tipo gene-

ral, le gustaba relatar pequeñas historias y fabulillas, habitualmente, de la vida de los herreros. Allí, en la herrería, oí, por primera vez, el relato sobre el niño que fue llevado por su padre a casa de un herrero como aprendiz, pero que, temiendo “que el niño se quemara o que le cayera alguna chispa en los ojos” pidió al herrero que metiera al hijo en un canasto, colgado de la pared. “El —decía— observará todo lo que se hace y así aprenderá el oficio”. El muchacho “estuvo estudiando” de esa manera siete años, pero cuando regresó a casa de su padre, en vez de hacer una reja de arado, no hizo nada.

Cuando la conversación entraba en el camino de los razonamientos y temas generales, se hacía más animada. Muchos eran los deseos de escuchar, pero entre nuestros vecinos surgían espontáneamente verdaderos maestros del relato. Llovían las anécdotas y los recuerdos, de lejanos tiempos pasados, sobre “la guerra de Koshut”, sobre los años difíciles, las marchas de nuestros aldeanos a Podol en busca de trabajo, a Pokut y Bukovina por maíz. Las aventuras personales se entrelazaban con características cortas y certeras de las gentes: podollanes, gutzulos, boikos; de los lugares Kolom, Gorodenki, Sadogori, Chernovtzy.

Por fin, el hacha quedaba terminada. Mi padre la caldeaba de nuevo, pero esta vez, sólo la ponía al rojo y después sumergía dos dedos de la hoja en el agua, se templaba. Luego la cogía con las tenazas y la metía bajo la raspa para amolarla y quedaba terminada la amiga inseparable del aldeano en el bosque o tras el arado, en el acarreo o en otras partes, donde las manos “necesitan ayuda”. El herrero contempla con alegría su obra, la admira durante varios minutos y luego la entrega a los vecinos. Y pasa la nueva hacha de mano en mano. Cada uno examina la cabeza, prueba con el dedo si está bien afilada la cuchilla, si está bien remachada, lo examina todo como si fuera su propia herramienta.

— ¡Esta sí que va a servir! —dice uno.

— ¡Si me dieran a mí todos los roblecitos que va a tallar! —suspira otro.

El dichoso dueño de la nueva hacha la mira con orgullo, con cariño. Había visto cómo la hacían desde el primer instante cuando aún era un puñado de clavos viejos. Había ayudado a inflar el fuelle, a golpear con el martillo, por lo tanto, el hacha era también, en parte, creación suya. Con alegría da las gracias al herrero, saca del saco una botella

de vodka, de media cuarta, aplanada. Mi padre dispone que traigan de casa un vaso, una hogaza de pan, media bola de queso en un plato de madera, y entonces empieza el agasajo, “el remojo” de la nueva hacha.

Mi padre se bebe un vaso de aguardiente, come un poco y emprende otro trabajo. El resto de la tertulia se agasaja, charla, bromea. Uno sueña despierto y dice: “¡Si tuviera dos o tres centenares de rublos, haría, pues, esto o lo otro, ya les enseñaría yo! Otro hace la cuenta del dinero que durante el último año pasó por sus manos.

— ¡Doce decenas, lo juro, compadres, doce decenas, kopek por kopek! ¡Qué par de bueyes podría haber comprado! Pero ¿qué? Por mis dedos pasó. ¡Aquí tienen a uno que ni comió, ni bebió, ni vestido alguno compró, sólo al diablo complació!

— Y si a usted, compadre Markó... —dirige uno la palabra al ingenuo de nuestro vecino—, si en sus manos cayeran doce billetes de a diez, ¿qué haría usted con ellos?

— Yo, yo... yo —tartamudea Markó—, yo pues, pues, ya sa-sabría don-do-de meterlos.

— Clara está la cosa: los envolvería en un trapito y los escondería en alguna parte —bromea otro. Markó ni hace muestras de querer contestarle, sólo menea la cabeza, como queriendo decir: “ríanse ustedes lo que quieran, que yo sé bien lo que tengo que hacer”.

Otros discurren sobre sus asuntos caseros: este dice que la vaca ha parido, aquel, que el niño tose; el de más allá se jacta de que ayer, de un trenal de trigo, trilló cinco cuartillas. Mi padre no aguantaba las maledicencias y chismes sobre los ausentes, y si alguien empezaba a hablar en tal dirección, él, con un acertado giro o moraleja le desviaba de ese camino y, a los más jóvenes, les llamaba al orden, diciéndoles, por ejemplo: “¡No metas las narices donde no te importa!” Tampoco le agradaba a mi padre nada que fuera obsceno en la conversación. El mismo y, ante él, toda la tertulia, se mantenía en los límites de la decencia, claro que tal y como se la imaginan los amos honrados, serios. A veces, se burlaban de las mujeres y a mi padre le gustaba contar la conocida fábula sobre la moza tentadora, para demostrar que “la naturaleza femenina es capaz de hacer pecar al más inocente”.

— Erase una vez un padre que vivía con su hijo en el bosque, ya durante veinte años. El muchacho se crió en la

foresta sin ver a ninguna otra persona más que a su padre. Cuando llegó a los veinte, su padre le dijo:

— ¡Bueno, hijo, vamos a ver un poco el mundo, observemos cómo vive la gente!

El hijo le responde:

— Bien, padre.

Se fueron. Llegan a una aldea, en un extremo de la cual está la herrería. Entran en ella, se sientan. El hijo mira cómo trabaja el herrero y luego le dice al padre:

— Padre, ¿qué le parece si me pongo a trabajar también un poco?

— Está bien, trabaja, hijo.

El muchacho se acerca al fuego donde se estaba caldeando el hierro, pero no lo agarra con las tenazas, sino que lo coge, candente como estaba, con las manos, lo deja en el yunque y lo forja, y el hierro no le causa quemadura alguna.

Al ver a tan extraordinario ayudante, el herrero puso unos ojos como platos mientras que el padre, no hacía más que preguntar al hijo:

— ¿Qué tal hijito, marcha bien el trabajo?

— ¡Bien, padre!

— ¡Si quieres, puedes quedarte aquí! Pero, primero, andemos un poco más, que poco mundo hemos visto.

Pues bien. Siguieron adelante por la aldea y, en la calle, tropezaron con una moza. El muchacho se para, la mira, pues nunca había visto nada semejante, y después, pregunta:

— Padre, ¿qué es eso?

— Eso, hijo, es la tentación —le responde el viejo.

Y los ojos del hijo rebrillaron de pasión.

— ¡Ay, padre!, ¡si hubiera en nuestro bosque semejante tentación!

El viejo comprendió que al hijo se le agitaba la sangre y dijo:

— ¡Vaya, hijo, basta! Regresemos a casa.

Regresan. Entran de nuevo en la herrería y el viejo le dice al hijo:

— ¿Qué, hijo, quieres trabajar un poco más?

— Bueno, padre —le contesta el hijo.

Y de nuevo se pone a trabajar a su manera: se acerca al fuego, donde había un hierro candente y lo coge con la mano. ¡Ay, cómo puso el grito en el cielo y qué bruscamente retiró la mano! La palma de ésta quedó hecha una llaga, quemada por completo. El viejo le dice:

— Ves, hijo, eso te pasa por haber deseado la tentación.  
Y regresaron al bosque.

Mi padre relataba este cuento en tono de broma. El ascetismo en que se basaba era completamente extraño a su naturaleza. Al contrario, él fue siempre un hombre muy sociable. “Con la gente y para la gente” era su constante divisa vital. Y hasta hoy día recuerdo la gran impresión que me causó su relato sobre el santo que pidió a Dios que le liberara del amor humano.

— En tiempos muy remotos vivía un célebre doctor. Ayudaba mucho a la gente y Dios le concedió la gracia de que todos le amaran. ¡Y así era, todos acudían a él como las moscas a la miel! Fuera a donde fuera, estuviera donde estuviera, en todas partes tenía conocidos y amigos, y aquel con quien hablaba siquiera una vez, se le entregaba en cuerpo y alma. Una vez, yendo por un bosque, vio a un viejecito completamente desnudo, cubierto de espesa pelambre de pies a cabeza, que estaba rezando en una cueva.

— ¿Qué haces aquí, viejo? —le pregunta el doctor.

— Estoy sirviendo a Dios —responde el anciano.

— ¿Cómo le sirves?

— Ya lo ves, he abandonado todo lo terrenal, he renunciado a todo, y rezo y deploro todos mis pecados.

— ¿No servirías, acaso, mejor a Dios, si te hubieras quedado en el mundo y trabajaras para la gente?

— No se puede servir a un mismo tiempo a Dios y a “mammona” —responde el viejo—. El género humano y todas sus penas, preocupaciones y esfuerzos son la “mammona”. El que sirve a otro, de él debe esperar el pago. Yo sirvo a Dios y Dios me recompensará, mientras que el que sirve a la gente, ¿cómo ésta se lo va a pagar el día del juicio final?

Dicho esto, se separaron. El viejo se quedó en el bosque y el doctor volvió de nuevo a su trabajo. Pero, desde entonces, empezó a cavilar sobre las palabras del anciano; estuvo piensa que te piensa hasta que llegó a tal extremo, que empezó a odiar a la gente y sintió deseos de apartarse de ella. Se retiró a un bosque, pero los hombres le encontraron, y como se negó a volver a la ciudad, se quedaron con él en la foresta. De nuevo se apartó de ellos, y le encontraron otra vez. Se escondió en una selva inextricable, pero también allí le hallaron. Se hizo, entonces, a la mar y ordenó que lo abandonaran en una isla rocosa, pero las gentes también le

hallaron en aquel lugar y se quedaron con él. Entonces comenzó a rogar a Dios: “¡Dios mío, haz que caiga enfermo de tal enfermedad, que toda la gente tema acercarse a mí y que dejen de tenerme apego!”

Empezó a rezar, a rogar a Dios y, por fin, Nuestro Señor le envió una enfermedad tan fuerte, que empezó a golpearse contra tierra, a agitarse, a echar espuma por la boca y a rugir como un energúmeno; por ello, todos se asustaban al verle y se apartaban de él presurosos. Cuando tenía esos ataques, alucinado, veía a diablos que le agarraban con tenazas candentes, le atraían hacia ellos con ganchos de hierro, le golpeaban con varas metálicas y gritaban:

— ¡Ven con nosotros! ¡Ven con nosotros!

Así estuvo penando durante doce años enteros, pero ya no corría a esconderse en los bosques y lugares inextricables. Ahora su alma tendía hacia la gente, pero los seres humanos huían de él. Vagaba por ciudades y aldeas, pedía asilo, pero la enfermedad le había puesto tan horroroso, que nadie quería darle cobijo. Si en alguna parte aparecía entre la multitud todos, espantados, echaban a correr. Ni siquiera podía entrar en las iglesias, porque los creyentes salían escapados de ellas en cuanto aparecía, y acabaron por prohibirle la entrada. Por fin, pasados doce años, oyó una voz que le decía:

— ¡Valenti! ¡Valenti!

El responde:

— ¿Quién me llama?

La voz dice:

— ¿Qué, es agradable vivir sin el amor de tus semejantes?

El contesta:

— ¡Señor, he sido pecador! ¡Envíame la muerte, no me castigues más!

La voz dice:

— ¡Ves! El que sirve a los seres humanos me sirve a mí. Yo creé al hombre para los hombres, y sólo con las personas y, gracias a ellas, puede ser feliz. Si yo quisiera que él fuera feliz para sí y sólo en sí, lo hubiera hecho piedra. Si yo hubiese querido que me sirviera sólo a mí, le habría hecho ángel. Así que yo le he dado al hombre el mayor de los dones, el amor a los seres humanos, y sólo por ese camino él puede llegar a mí. Tú has querido ser más sabio que nadie y marchar por el camino recto, pero te metiste en la selva,

donde están los dē las tenazas y varas de hierro. Bueno, ahora ya puedes quedar libre del castigo. Por haber servido antes a los hombres y haberles salvado, te dejo aquí conmigo, y tu enfermedad se la dejarás a las gentes como recuerdo. Que venzan su horror y repugnancia y aprendan a amar y salvarse mutuamente, incluso cuando estén en tan terrible estado.

— Y el doctor Valenti —culminó el cuento mi padre— se hizo santo y su enfermedad anda aún entre las gentes. Y el que cuida al enfermo de dicha dolencia y le ayuda, alcanza la gracia de Dios.

Cuarenta años han transcurrido desde que en la pequeña herrería, de madera, de nuestra aldea se oyó por última vez el repiquetear, sobre el yunque, del martillo manejado por mi padre. ¡Cuántos cambios han tenido lugar desde entonces! No sólo de la herrería, sino de casi todo lo que entonces era la base de la vida apacible y patriarcal en nuestro lugar, no ha quedado ni rastro. De toda aquella tertulia que alborotaba alrededor de la fragua, ayudaba a hinchar el fuelle, a poner las llantas de hierro en las ruedas, golpeaba afanosa con el martillo sobre el hierro candente y esparcía alegres chistes y anécdotas entre vaso y vaso de aguardiente, es probable que nadie quede vivo. La alegría y animación de aquellos días fueron apagadas, en muchos de ellos, por el destino bastante antes de su muerte, y seguramente, a nadie le vino entonces a la cabeza el pensamiento de que aquella herrería y aquella tertulia, su alegre y amistosa atmósfera, se conservarían vivas, no empañadas, en el alma del pequeño pelirrojo que, descalzo y en camisa, estaba sentado en un rincón cerca del fuego y cuyo solícito padre, pedía, de vez en cuando, que lo protegieran de las chispas que salían volando.

En el fondo de mis recuerdos arde, desde entonces, ese pequeño, pero ardiente fuego. En él resplandecen rayos azules, rojos y de un color blanco dorado; en su fondo enrojece, como carbón fundido, y arde algo mucho más brillante, luminoso, de donde, a cada instante, saltan ruidosas, volando, grandes chispas. Es el fuego de la herrería de mi padre y me parece que recogía reservas del mismo en mi alma, siendo niño, para el largo camino de mi vida. Y hasta hoy día aún no se ha extinguido.

*Krivorivnia, 24 de julio de 1902*



## EL MISMO TIENE LA CULPA

### I

“Se declara en venta en pública subasta el lote número veinte y nueve, según el registro, propiedad de Mikola Prach, valorado en ciento cincuenta guldenes, junto con todas las dependencias caseras, en las que entran un cobertizo para una vaca y la pocilga para un cerdo, con el fin de pagar la deuda a Mortko Shínder por la suma de cuarenta guldenes, que deben ser percibidos. El valor declarado es de ciento cincuenta guldenes. ¿Hay quien dé más?”

Todo esto lo gritaba con ronca voz de borracho empedernido, leyendo una larga cuartilla de azulado papel el ujier de juzgado, que desempeñaba al propio tiempo las funciones de alguacil subastador. Después de haberlo anunciado, dio varios golpes con un martillo en la tabla puesta sobre el tajo que hacía las veces de mesa oficial.

La casa y sus dependencias, de las que, como en broma, se hablaba en el escrito, eran en realidad una mísera choza de podridas y delgadas tablas, que se sostenía sobre unos troncos de sauce y estaba cubierta por un solo techo en el que había más musgo, cardos y ortigas que paja.

— ¿Hay quién dé más? —repitió el ujier en su jerga, parecida a la lengua oficial ucraniano-polaca—. La suma declarada asciende a ciento cincuenta guldenes.

Alrededor había varios aldeanos, vestidos con sayales rotos y cubiertos con sombreros de paja, y dos o tres sucios hebreos. Conversaban entre sí y miraban el patio donde tenía lugar aquella escena, pero nadie respondía a los gritos del ujier.

A un lado, cerca del derrumbado seto, estaba sentado en un tronco el mismo Mikola Prach, alto, de unos treinta y cinco años de edad, seco como un palo, con la cara demacrada por la necesidad y las enfermedades. Sobre sus rodillas estaba un niño de unos cinco años, agarrado al padre y mirando con terror a aquella gente extraña ocurrida cerca de la jata. A su lado se encontraba la mujer de Prach, que con el hijo menor en brazos se enjugaba las lágrimas con el delantal.

— ¿Hay quién dé más? —gritaba el ujier, mirando a su alrededor. De pronto, se le acercó el propio Mortko Shínder y, tocándose con la mano izquierda el bonete que cubría su cabeza, dijo:

— Bueno, ¿para qué pedir más, señor? Yo doy cuarenta.

— Mortko Shínder da cuarenta; ¿hay quién dé más? ¡A la una! —gritó el ujier.

Nadie contestaba.

— ¡A las dos! . . .

Todos callaban; sólo se oía el sordo sollozar de la mujer de Prach.

— ¡A las tres!

Los fuertes golpes del martillo, dados sobre la tabla, fueron la respuesta a aquel grito. Mortko Shínder por sus cuarenta guldenes se hacía dueño del lote y hacienda, valorados en ciento cincuenta guldenes, pero que valían, por lo menos, doscientos.

— ¿Ves tú, tontaina? —se dirigió a Mikola—. ¿No te decía yo que te las entendieras conmigo, que me dieras la mitad de tu lote? ¡Ahora ya ves, me he hecho con todo!

— ¡Dios te va a castigar por habernos humillado, vampiro! —le gritó en la cara la mujer de Prach.

— ¿Por qué Dios me va a castigar? ¿Qué he hecho yo contra la justicia? ¡Que Dios te castigue a ti, bellaca, a ti! ¡Venga, fuera ahora mismo de mi patio!

La mujer de Prach se enjugó rápida las lágrimas e iba a decirle algo a Mortko, pero Prach dio un manotazo en el aire y pronunció con voz sorda, quebrada:

— ¡Déjalo en paz! ¿A qué hablar más? ¡Nada se puede hacer! ¡Dios nos ha castigado, esa es su voluntad! . . . ¡Que se cumpla! ¡Vámonos!

Se levantó, cogió de la mano al niño y echó a andar; tras él, anegada en lágrimas, le siguió su mujer con el pequeño en brazos.

— Ya ves, compadre, un amo más que desaparece —comentaban los aldeanos en el patio.

— ¡Sí, se ve que es el castigo de Dios, que cae sobre el mundo cristiano!

— ¡Se ponen a razonar, hablan del “castigo de Dios”! —observó uno un poco mejor vestido que los demás—. ¡La misma gente es la culpable, eso es lo que pasa!

— Ay, compadre, compadre —le contestó el primero—, no hable así. Bien está que Dios le haya favorecido a usted y no sabe lo que es penar. El pobre, por muy buen amo que sea, nunca podrá vestir a dos con una sola camisa.

— ¡Bah! —le repuso el que era un poco más rico—. Todo

eso no son más que habladurías. ¡Hay que trabajar más, y no estarse curzados de brazos!

— Ay, ¿pero es que el pobre, compadre, no trabaja? Hay veces en que hasta los ojos se le saltan de las órbitas. . . ¿Y qué provecho saca de ello? Aquí estamos ahora y ¿quién sabe si mañana nos va a tocar a alguien la misma suerte que hoy le ha tocado a Mikola?

— La misma, la misma —objetó el que era un poco más acomodado—. No teman, al buen amo nunca le puede ocurrir semejante cosa; ¡eso le acaece a algún desordenado como ese Mikola!

Discurran, digan lo que quieran, que yo no cambio de opinión: él mismo tiene la culpa. . .

## II

Inmenso es el mundo, pero ¿dónde puede meterse el pobre, el indefenso? Mikola Prach iba por la aldea como un lunático y la mujer le seguía sollozando y gritando, como en un entierro. Era un día sofocante de verano. La gente trabajaba en el campo, y en la aldea no se veía a nadie. La mujer apretó el paso y alcanzó a su marido.

— Mikola, ¿adónde vas?

— Al río Svicha —le contestó sombrío.

— ¡Dios mío! ¿Pero qué dice?

— Pues, ¿adónde ir ahora? No nos queda otra salida. . .

— ¡Dios nos guarde de ello, Mikola! ¡No hables así! Oye, allí vive mi tía, vamos a su casa. Trabajaremos en verano y el invierno lo pasaremos como sea.

— ¿Y después?

— Después. . . después trabajaremos de nuevo y quizás podamos vivir de algún modo entre la buena gente.

— ¿Buena gente? ¡Sí, sí, no vale la pena vivir entre ella! No, nada adelantaremos con eso.

Y Mikola siguió avanzando. La mujer le agarró del brazo.

— Teme al castigo de Dios, hombre, ¿qué te has propuesto hacer? ¡Eso es un gran pecado! ¿Y a mí por qué me abandonas? ¿Y a los niños? . . .

— Bueno, y si me quedo vivo, ¿cómo te voy a ayudar a ti y a los niños? ¡Tonta, déjame ir!

Pero ella no le soltaba y con tesón tiraba de él por el puente hacia la jata de la tía.

— Sabes que —dijo, por fin, Mikola—, si quieres, vete a la casa de tu tía. . .

— ¿Y tú?

— Yo no voy.

— ¿Por qué?

— ¡Yo no puedo vivir ni un minuto más en esta aldea maldita! Si me retienes por la fuerza me voy a ahorcar. Así que, mejor será que me sueltes y me dejes ir.

— ¿Pero adónde vas a ir?

— Iré a trabajar a Liudvikovka, a la serrería.

— ¿A la serrería? ¡Santo Dios, si tú tienes menos fuerzas que un mosquito! ¿Qué podrás hacer allí?

— No temas, ya encontraré qué hacer. Allí hace falta gente, me admitirán.

— ¿Y cuándo volverás?

— Cuando ya tenga ganado lo suficiente para poder recuperar nuestros bienes del maldito Mortko. Antes no.

Ella le miró angustiada a la cara con ojos pasmados.

— Mikola, ¿pero qué dices?

— Lo que oyes.

— Si eso. . .

No pudo terminar la frase, algo la ahogaba, como si se le hubiera atravesado una piedra en la garganta.

— Pase lo que pase, pero algo tengo que hacer. O me gano ese dinero, o me pierdo. . . ¿Para qué vivir así?

Besó a la mujer y a los hijos y con paso lento, inseguro, siguió camino adelante. Ellos, llorando, le miraban desde el puentecillo, hasta que desapareció tras el montículo, en el recodo del camino.

### III

Ha pasado un año. De nuevo, es verano. Desde el límpido cielo, el sol esparce sus cálidos rayos sobre las altas montañas peladas, los verdes bajos junto al río, las construcciones de la serrería a vapor de Liudvikovka. El río Svicha bulle y se estrella contra las rocas; en las vertientes aún no taladas el pinar está como adormecido, envuelto en una transparente neblina azulenca. En medio de la hondonada se alza la fábrica, rodeada por todos lados, como si fuera una potente muralla de color gris, por altas pilas de gruesos troncos. Humea la chimenea roja, se expande una

pitada penetrante. En el interior de la serrería se oye un borbotar furioso, el piar, crujir y rechinar de la máquina de vapor, alternando con el ensordecedor ruido del agua y los gritos de los obreros. Y a lo lejos, en las cúspides de la montaña, resuena por doquier el golpear de las hachas y el crujido de los enormes pinos al ser abatidos.

— ¡Hurra! — gritan los leñadores cada vez que cae uno de esos gigantes forestales, y después empieza el golpeteo; al gigante le van cortando las ramas y, por la vía trillada, lo echan montaña abajo hacia el río, el cuál lo lleva derecho a la máquina. Un día tras otro, de todas estas cimas de los alrededores, se oyen estos golpes y gritos; un día tras otro, centenares de gigantes del bosque, se deslizan crujiendo por los pelados despeñaderos hacia el valle, para esperar allí, en el agua, a que llegue su turno de ponerse bajo los dientes de acero de las sierras de vapor. Día tras día catorce sierras unidas, como catorce enormes e incansables gusanos, roen los huesos de los gigantes del bosque.

Entre los leñadores hace ya cosa de un año que también trabaja Mikola. Su aspecto es de estar aún más agotado y escuálido, pero hoy tala con mayor ahínco, como si el abeto fuera su enemigo mortal.

“¡Quizás sea la última vez, Dios mío, quizás la última vez!” — piensa Mikola, alzando alta el hacha.

Hoy es dichoso. En su cinturón de cuero, envueltos en un trapo, están bien escondidos cincuenta guldenes, sus ganancias de un año. Cuarenta, razona Mikola, serán para Shínder, y diez para hacer compras. Hoy por la tarde termina su trabajo y mañana se irá a casa.

Y en efecto, al día siguiente, aún no amanecía, cuando Mikola Prach ya estaba lejos de Liudvikovka. Iba de prisa, hasta jadeante. Sus pensamientos volaban hacia el futuro, no queriendo recordar el pasado, donde nada vieran, más que necesidad y penas.

“Primero iré a ver a Mortko — pensaba el pobre —, desempeñaré el campo y la jata y después iré a ver a la mujer. . . ¡Vamos, le diré, ha llegado el momento de organizar de nuevo la vida en nuestra tierra!”

Esta idea daba fuerzas a sus débiles piernas. El sol ya iba poniéndose, cuando Mikola llegó a su aldea. El corazón se le agitó en el pecho, al ver desde lejos su jata semiderruida y la grande taberna a un extremo de la aldea.

Haciendo un último esfuerzo, se apresuró hacia ella.

— ¡Buenas tardes, Mortko! —gritó al entrar en la taberna.

— ¡Buenas las tenga! ¿Ah, es usted, Mikola? —dijo Mortko.

— ¿Dónde andaba metido que no se le veía tanto tiempo?

— Trabajaba —le contestó Mikola—. Escucha, Mortko, quiero decirte una cosa.

— Dila, ¿de qué se trata?

Mikola sacó del cinturón el trapito, lo desató y puso ante Mortko cuatro billetes de a diez guldenes.

— ¡Toma, ves! Devuélveme la tierra y la jata.

— ¿Qué, qué dices? —gritó Mortko y se echó atrás—. ¿Tú quieres comprar la tierra y la jata por cuarenta guldenes? ¡Ja, ja, ja!

— ¡No, comprarlo no, quiero que me devuelvas lo mío!

— ¿Que te lo devuelva? ¿Pero hombre, cómo es eso, que te lo devuelva?

— Yo te doy lo que te debía y tú dame la tierra y la jata.

— ¡Qué gracia! Ya veo, Mikola, que te has vuelto muy inteligente. Aquí esas cosas no se hacen así. Ahora por ese lote me dan trescientos guldenes. Yo quiero cuatrocientos, pero a ti te lo vendería por doscientos cincuenta. ¿Comprendes? . . . Al oír estas palabras, Mikola quedó pasmado. Mortko se asustó, por lo visto, pues se escurrió tras el tabique y cerró la puerta detrás de sí. En la taberna estaban varios aldeanos. Rodearon a Mikola y empezaron a hablarle, a consolarle, pero él permanecía rígido, sin apartar la mirada del lugar donde un minuto antes se encontraba Mortko. Largo rato continuó el pobre allí; luego, dirigió la palabra a sus paisanos:

— Buena gente, ¿pero es posible eso? —preguntó con voz sorda, trémula.

— ¿Y qué se puede hacer, compadre, si Mortko lo tiene todo en sus manos?

— ¿Es que no hay ley contra eso?

— No.

— ¡Ah! —profirió Mikola y se calló; sólo unos lagrimones se deslizaban ardientes por su demacrado rostro, cubierto de polvo.

— Buena gente —dijo al cabo de unos instantes—, cojan ese dinero, se lo ruego, y dénselo a mi mujer. No lo nece-

sito. Salúdenla de mi parte y díganle que volveré pronto. ¡De lo que ha pasado aquí con Mortko, no le digan ni una palabra! ¿Me oyen?, ¡ni una palabra!

— Bueno, compadre, bueno.

— ¡Y ahora, que gocen ustedes de buena salud!

Se encasquetó el gorro y salió. Ardía el sol, como un sangriento fuego dorado, sobre el mismo horizonte. El río Svicha brillaba, como una sangrienta franja, en medio del llano verdeoscuro, serpenteando entre las mimbreras. Bullía el agua al chocar contra las piedras. Los gorriones gorjeaban en el mimbreral, pero el corazón del desdichado Mikola estaba oprimido por el dolor.

#### IV

Por el tiempo en que ocurría todo esto, tuvo lugar en Liudvikovka un acontecimiento. En la taberna que, cerca del Valle, se alzaba solitaria en medio del campo, una noche, degollaron a toda la familia del arrendador. Sólo un chiquillo se salvó por milagro, pues se escondió detrás del horno, y relató después lo ocurrido. El no conocía a los culpables del crimen ni pudo comprender su habla. Se sospechó de dos italianos que trabajaban en Liudvikovka. Se les detuvo. Aquellos italianos trabajaban en el “descenso”. Era éste un trabajo muy peligroso. Una de las montañas forestales estaba situada lejos del río, y por tal motivo no se podían bajar de ella los árboles talados: alrededor no había más que un precipicio infranqueable, cubierto de enormes rocas. Pero en aquella montaña los árboles eran los mejores, los más altos. El director de la serrería estuvo cavilando largamente sobre cómo poder llegar a ellos hasta que, por fin, inventó el procedimiento. En la mitad de aquella montaña brotaba de las rocas un manantial pequeño; su chorro fino caía en el valle y, borbotando, se escondía entre los peñascos para, después, ya en la falda, tranquilizarse y afluir quedo al Svicha. Desde este manantial el director ordenó hacer un canalón directo hasta el patio de la fábrica. El tal canalón era simplemente un desagüe no muy grande, hecho de tablas gruesas de madera, que tenía la forma de una larguísima tina. Como una tirante cuerda, se extendía, desde la fábrica, sobre el espantoso precipicio erizado de rocas, cubierto, en alguna que otra parte, de hierbas silvestres y zarzamoras hasta el mismo corazón de la

montaña de enfrente. Desde el fondo del precipicio, el desagüe parecía una gruesa maroma y los caballetes en los que se apoyaba se asemejaban a largas pértigas que, de un momento a otro, podían vacilar y caerse. Por esta tina de madera corría el agua del manantial y, con su ayuda, era más fácil bajar los árboles de la montaña a la serrería. Pero el agua sola no podía llevar adelante troncos tan enormes, a pesar de que les quitaban previamente la corteza, para que se deslizaran con más facilidad. Por eso dos obreros, durante todo el tiempo debían tirar de los troncos hacia abajo por el deslizadero. Operación se hacía así: el obrero hundía el hacha profundamente en un extremo del tronco, se agarraba con ambas manos al mango y, andando por el borde del desagüe, con el cuerpo entero pendiente sobre el terrible precipicio, arrastraba tras sí el tronco por el resbaladizo fondo. Se andaba despacio, pues el trabajo era muy peligroso, porque si el hacha se soltaba del tronco o el mango se escurría de las manos del obrero, a éste le esperaba inevitablemente la muerte en el fondo del espantoso desfiladero. Por eso, los obreros locales no querían por nada del mundo hacer dicho trabajo, a pesar de que el director pagaba por él dos guldenes al día. Únicamente los ya mencionados italianos dieron su conformidad y, por cierto, hacía ya tres meses que venían cumpliendo felizmente dicha labor. Los demás obreros temían hasta mirarles, cuando, pendientes sobre el precipicio, tiraban de los troncos hacia abajo por el desagüe. Ciertamente es que junto al desagüe principal, habían sido puestas unas tablas sobre unos caballetes, para que fuera más cómodo moverse, pero en caso de que el hacha se saliera del tronco, las tablas no salvarían al obrero.

Pues bien, cuando Mikola regresó a Liudvikovka, la plaza de los dos italianos estaba libre.

— *Pan* director —dijo Mikola al entrar en la oficina de la empresa—, aquí estoy para pedirle a usted de nuevo trabajo.

— ¿Trabajo? —refunfuñó el director—. ¡Ah, bien! Ahí, en el deslizadero, hay trabajo, ¿quieres?

— ¿En el deslizadero? —exclamó Mikola.

— Te pagaré bien, dos guldenes por día, ¿quieres?

Mikola se quedó pensativo; la sola idea de trabajar allí le daba frío, pero no tenía otra salida. Pero, al fin y al cabo, ¿qué es lo que él podía ya deplorar?



— ¿Hace, *pan* director! —dijo—. ¡Iré a trabajar al deslizadero y sea lo que Dios quiera!

— ¿Qué, vas? —profirió el director, y le miró asombrado.

Ahora, parecía que él mismo se había asustado de la audacia de Mikola.

— ¡Sí, iré! —dijo Mikola con firmeza.

A la mañana siguiente, cerca del deslizadero, se congregó toda una multitud de obreros y guardianes de la fábrica. Querían ver cómo Mikola lograba hacer su difícil trabajo. Mikola ya estaba en el bosque. Allí resonaban las exclamaciones de los obreros, el golpear de las hachas y el crujir de los árboles al ser abatidos. Ya habían metido un enorme tronco en la canaleja; blanco, sin la corteza, resinoso, brillaba al sol. Apareció Mikola. Se santiguó, cogió con ambas manos la enorme hacha con el largo y fuerte mango y, levantándola sobre su cabeza, la hundió con todas sus fuerzas en el grueso extremo del tronco.

— ¡Ea, en nombre de Dios Nuestro Señor! ¡Adelante! . . .

Mikola se agarró al mango, agachóse, quedando colgado por completo sobre el precipicio y, con ayuda de otros obreros, se puso en marcha.

— ¡Poquito a poco! ¡Despacito! —gritaron desde abajo.

El tronco avanzaba con bastante facilidad por la canaleja. Mikola andaba seguro por la tabla, paso a paso. Ya se acercaba al lugar más espantoso sobre el abismo. Los más tímidos se volvían de espaldas, incapaces de mirar a aquel hombre que andaba como por un hilo entre la vida y la muerte.

— ¡Señor, sálvate! —musitaban los obreros.

— Es curioso, ¿pasará o no? —murmuró el director.

Y Mikola avanzaba. Miraba fijamente al tronco y a la brillante hacha que, como el enorme diente de una terrible fiera, se había hundido en el liso y blanco cuerpo del árbol. A excepción del tronco y el hacha, nada veía, nada sentía. Tampoco sentía miedo. Sólo le parecía que con los ojos se mantenía sujeto al tronco y que, si por un instante apartara la mirada, le vendría la muerte enseguida.

Pero, ¿qué le pasa?... ¿La mano le tiembla?... ¿O es que el hacha se ha aflojado en el tronco? Mikola sintió que algo le oprimía el corazón. Notó que el hacha estaba hundida muy débilmente y que iba a soltarse de un momento a otro. Quiso detenerse y afianzarla, pero una fuerza le

empujaba a seguir adelante. Miró hacia abajo, al abismo, y en aquel mismo instante le empezó a dar vueltas la cabeza, se le nubló la vista y sus labios únicamente profirieron: — ¡Dios mío!

Un solo grito de horror salió en aquel mismo instante del pecho de cuantos le observaban desde el otro lado. Mikola fulguró en el aire y, cabeza abajo, cayó en el precipicio. En el primer agudo saliente de las rocas su cabeza se hizo añicos, como una sandía machacada.

— ¡Dios mío! —exclamaron los obreros, al verlo, y corrieron hacia abajo, aún sabiendo que para el pobre Mikola ya no había salvación.

Le enterraron más allá del Svicha, al pie de una alta montaña. Un calvero verde, cubierto de musgo y flores silvestres, cercado por ambos lados por el río, se eleva tanto sobre él, que el agua nunca lo cubre. Ese calvero guarda en sus entrañas su cuerpo. El río Svicha salpica y ruge a su alrededor, impotente en su furia por la nueva víctima. Desde todos lados, pensativas, miran las altas montañas a la humilde y verde tumba que está en una orilla y a la gran fábrica con la chimenea roja que está en la otra. En el avellanar canta el cuclillo, como si preguntara: “¿Quién va? ¿Quién va?” Y el pardillo en la alta hierba canturrea prolongadamente: “¡Desdichado! ¡Desdichado!” Sólo el abigarrado y enojado arrendajo machaconea irritante en un aislado abeto blanco: “¡El mismo tiene la culpa! ¡Eso es!, ¡Eso es! . . .”

*Lvov, 20 de diciembre de 1880*

## BOSQUES Y PASTOS

### RELATO DE UN EX-APODERADO

¡Santo Dios, la de gritos que hubo por esos bosques y pastos! ¡Cuántas gestiones hicieron los *panes*, cómo enmarañaron el asunto, compraron a ingenieros y abogados para librarse de disgustos y penas! ¡Vaya unos tunantes! Ellos sabían que, a pesar de haber concedido la libertad a los mujiks y haber liquidado la servidumbre, si los señores no les daban los bosques y pastos tendrían que perecer o “agachar ante ellos la cabeza” y entonces volvería de nuevo

la servidumbre posiblemente disfrazada, pero, para el mujik, la vida no sería más llevadera.

¿Y creen ustedes que no apareció de nuevo en nuestras tierras la servidumbre? Vengan y miren nuestra aldea y se convencerán de ello. Verdad es que los intendentes y administradores no pasan ya a caballo frente a nuestras casas, con el látigo en la mano. En el patio de la casa señorial no está ya el tronco de roble en el que, habitualmente, cada sábado, se llevaba a efecto el “apaleamiento general”. Pero, observen a la gente, ¡hablen con ella! Las jatas, negras como la tierra, míseras, desmanteladas, viejas, se derrumban, inclinadas hacia un lado. Casi no hay setos. Y aunque el bosque rodea la aldea como un mar, la gente se ve obligada a cavar zanjas en el campo y plantar sauces como en la región de Podol. El ganado está extenuado, muerto de hambre, y raro es el campesino que lo tiene. Y pregunten también a esos que andan por ahí con las hoces y guadañas: “¿Adónde van, buenas gentes?” —y es muy seguro que les contesten: “Al campo del terrateniente a segar el trigo”, o “al prado del señor a segar el heno”. Y si usted se asombra de que van ahora a trabajar al campo del señor, cuando en su tierra todavía está todo por hacer, el tiempo es ya caluroso y las espigas se desgranán, se limitan a mover la cabeza y contestar con tristeza: “¿Qué podemos hacer? Ya lo vemos, el corazón se nos parte de pena, pero, ¿qué podemos hacer? Deudores somos del *pan* y ese es el orden establecido: primero hay que trabajar para él, aunque nos parta un rayo, después ya podemos hacer lo nuestro”. Y así van las cosas año tras año. Para el *pan*, todos los trabajos los hacemos a tiempo, bien y limpio, mientras que lo nuestro se pierde y se pudre en el campo. ¡Cuán astutamente nos la ha jugado el *pan*! El es el dueño del bosque y nosotros, sin que él lo sepa, ni una mala astilla podemos tener en casa. El es el dueño del prado, pero nuestro ganado se ha perdido, ha muerto y las pocas reses que quedan se tambalean como soñolientas. El tiene los campos bien labrados, limpios; el nuestro se ha cubierto de grama y otras malas hierbas. No tenemos estiércol para abonar la tierra; bestias para la labranza, tampoco. Y si por casualidad, llega a crecer algo allí, se pierde, de todos modos, por haber tenido que trabajar antes, mientras hacía buen tiempo, en la tierra del señor. Y nunca podremos arreglar nuestras cosas, no podemos enderezarnos, liberarnos de la dura mano del señor terrate-

niente. Y éste la aprieta más y más, ¡con toda su fuerza! Ahora él es nuestro alcalde; uno de sus servidores es el escribano y toda la comunidad debe someterse a su voluntad. Al pobre de la aldea no le deja salir de ella, para ir a ganarse la vida, ni tampoco a servir, no le dan la cartilla de identidad: “¡No te muevas de aquí, no vayas a meterte en ninguna parte, trabaja aquí para ti!” Pero como nada tienes que hacer en tu casa, te vas a trabajar para el *pan*. El *pan* te paga diez cruceros por jornada, los días de más faena, y hay que trabajar, ¡qué otro remedio te queda! ¡Así nos ha sometido y nos va sometiendo cada vez más!

Díganme ustedes, si tenemos necesidad de alguna otra servidumbre. Creo que la anterior, con sus palos y administradores, no era tan dura.

Pues bien, escuchen ustedes, cómo nos engañó para echarnos al campo y, después, apoderarse de él. De ello fui testigo y les puedo decir la verdad y confirmar cada palabra bajo juramento. ¡Escuchen, pues, lo que pasó!

Nuestra desdicha comenzó con el censo, ¿saben ustedes?, el que se llevó a cabo en el año cincuenta y nueve. Hasta entonces, vivíamos con el terrateniente en buena armonía. El tenía miedo de meterse con nosotros. En aquel entonces los *panes* aún estaban atemorizados, pues recordaban la mantanza de Mazur. Tampoco nosotros necesitábamos meternos con él: teníamos prado, en el bosque cortábamos leña como lo hacían nuestros antepasados, desde los tiempos más remotos, y considerábamos siempre que el bosque era propiedad común, hasta el guardabosque era pagado por ella. Y de repente, nos vienen con el censo. Ustedes saben que aquí la gente es ignorante, no comprende nada de nada, y se asustó. Nuestro mujik lo teme todo, y especialmente, que pongan más impuestos. Así ocurrió entonces. ¡Dijeron que serían registradas no sólo las personas, sino también el ganado!

Precisamente el domingo, después de la misa, salió la gente de la iglesia, como siempre, se reunió en el pradejón para discutir la cuestión. Allí el *voit* leía no sé qué disposiciones, otros hablaban de la siega. . . De repente, aparece el *pan*. . . “Deben ustedes saber, señores de la comunidad, que el censo es una cuestión importante. Soy su amigo, y ahora, un mujik como ustedes. Ya saben que el rey nos ha hecho a todos iguales; ahora ya no hay señores. . .” En fin, dicho sea más claro, empezó a persuadirnos. Nosotros quedamos boquiabiertos, pues era la primera vez que oíamos

hablar a nuestro *pan* en tono tan humano. “Así que —seguía diciendo—, el censo es una cuestión muy importante. Quien lo desee que venga a mi casa, pues tengo que decirles algo de mucha importancia, cómo deben ustedes portarse durante el censo”. Y se fue derecho a su hacienda y nosotros, todos los que allí estábamos, le seguimos en masa. Entramos en el patio de la casa del señor. El se plantó en la terracilla, echó una mirada a la gente, llamó después a unos cuantos hombres de los de más edad, y se metió con ellos en una habitación. Los demás estábamos parados, esperando.

— Saben ustedes, buenas gentes, respetables amos —empezaron a decir nuestros viejos, cuando de nuevo nos paramos en nuestro prado—, mañana vendrá el censo. Nuestro *pan*, que Dios le guarde sano y salvo, nos ha encomendado avisar a la comunidad. “¡Anden con cuidado con el ganado! Ellos también registran las bestias y después les pondrán un gulden de impuesto por cada una. Y si dicen que el ganado pasta en el bosque, también tendrán que pagar doble impuesto por el bosque: primero, por la foresta, y después, por pastar en ella...” Y el *pan* nos aconseja: “ante todo, no hay que decir que el ganado pastorea en el bosque; después habrá que esconder en el bosque, durante el día, parte del ganado, y cuando hagan el censo tendremos que mostrar menos bestias de las que tenemos”. Así, dice, lo hacen en todas las aldeas. El bosque, nos ha asegurado, tal y como era de ustedes, así quedará, pues el censo no se ocupa de la tierra”.

Estuvimos discutiendo largo rato y decidimos seguir el consejo que nos daba el *pan*. ¡Vaya unos tontos que fuimos! El que tenía cinco cabezas de ganado, escondía tres en el bosque y dos las dejaba para el registro; el que tenía diez, metía siete en el bosque y dejaba tres en casa. Una manada entera de vacas, de toda la aldea, escondimos en lo más espeso del bosque y nos fuimos a esperar tranquilamente el censo. Muy dura es la vida de uno con todos esos impuestos, y por si era poco, el *pan* nos asustó tanto con posibles nuevas cargas, que ni siquiera vacilamos en engañar muy simplemente al censo, para salvarnos, de alguna manera, de la desgracia.

Al día siguiente, a eso de la hora de la comida, los del censo ya estaban en la aldea. Comenzaron el registro. Todos nosotros nos portamos como habíamos acordado: declaramos la menor cantidad de ganado posible, negamos la

pastura en el bosque y hasta nos alegramos de que la cosa marchara sin contratiempos. Por fin le tocó el turno del registro al terrateniente. Algunos de los nuestros, por curiosidad, se fueron tras ellos. Poco después llegan corriendo a la aldea, sin aliento, asustados. . .

— ¡Buena la hemos hecho! —gritaban—. ¡Aquí hay gato encerrado, mal anda la cosa! ¿No nos buscará el *pan* la ruina? El ha registrado no sólo todo su ganado, sino que también el nuestro, el que estaba escondido en el bosque y la comisión se ha ido para allá.

Pasmados quedamos al oír semejante cosa. Nos juntamos todos en seguida y fuimos corriendo al bosque. La comisión ya no estaba allí. Preguntamos a los pastores. “Aquí han estado, decían, unos señores y nuestro terrateniente, escribieron algo, contaron el ganado, pero a nosotros no nos han preguntado nada”. Regresamos a la aldea, y allí nos dicen que la comisión había ya salido de la hacienda, dando un rodeo. Salimos tras ella y le dimos alcance sólo en la próxima aldea. Les empezamos a decir que ellos, los señores, habían contado nuestro ganado en el bosque y que. . .

— ¿Cómo puede ser de ustedes, si ustedes mismos han dicho que no tenían más ganado y que no utilizaban el pasto del bosque ?

— Sí, lo hemos dicho porque nos lo aconsejó el *pan*.

— ¿Pues qué quieren ustedes ahora? ¿Que hagamos otro censo en su aldea? ¿Eso quieren? ¡Adiós, que ustedes lo pasen bien! Reciban lo que se merecen. Lo ya registrado lo tienen perdido. Aunque, claro, ustedes pueden apelar; pero, por adelantado les decimos, que su apelación de nada les va a servir. Lo único que van a conseguir es que les juzguen y condenen por haber engañado a la comisión imperial.

Así, sin conseguir nada, regresamos. “Todo se ha perdido —dijimos—, ya veremos lo que va a resultar de todo esto”.

Esperamos un año, otro, y nada de nada. Ahora el terrateniente de nuevo nos trata bien; únicamente, cuando le recordamos lo del registro se sonríe y dice: “¡Pero si sólo fue una broma y nada más!”

Al tercer año, oímos decir que en la aldea iba a presentarse una comisión para deslindar el pasto.

“¿Qué diablos te han traído por aquí, qué falta nos haces? El pasto es nuestro desde los tiempos de nuestros abuelos y tatarabuelos; ¿qué necesidad hay de deslindarlo? Verdad es que en los últimos años nos repartimos entre

nosotros una franja y la labramos, pero, ¡cuánto campo ha quedado aún! Pues bien, la comisión fue a la casa del *pan*; comieron y después fueron al pastizal. Extendieron en el suelo los planos, el *pan* andaba sólo con ellos e iba mostrando: “desde aquí se extiende el campo, y hasta allá; este trozo lo han labrado ellos”.

Nos acercamos a la comisión, les saludamos desde lejos, nos acercamos un poco más, de nuevo les saludamos, pero los de la comisión ni nos miraban siquiera. Después, nuestro *voit* se animó un poco y dijo:

— Esto, señores, es nuestro pastizal, por lo tanto, ¿para qué lo miden ustedes y ponen jalones?

— ¿Y, quién eres tú? —preguntaron los *panes*.

— Soy el *voit* de la aldea.

— Está bien —le contestaron y siguieron haciendo lo suyo. Marcaron, por separado, con jalones, el trozo arado y el resto lo jalonaron también por separado. Nosotros, con el *voit*, íbamos tras ellos, observando lo que hacían, pero no entendíamos lo que decían, pues farfullaban en alemán. Terminaron y subieron a la carretela. El *voit* les seguía, no se apartaba de ellos y trataba de averiguar la verdad. Entonces, uno de los panes se puso de pie en la carretela y se dirigió a nosotros con estas palabras:

— ¿Han visto ustedes cómo la comisión medía el pastizal?

— Sí, lo hemos visto.

— ¿Y han visto cómo pusimos los jalones?

— También lo hemos visto.

— ¿Y saben ustedes que aquéllo de allá —e indicó la franja arada— es de ustedes, de la comunidad, y esto es del terrateniente?

— ¿Qué, cómo es eso? —gritamos todos a una, como si nos hubiéramos escaldado— y nos abalanzamos hacia la comisión. Esta se puso rápidamente en marcha, arreando a los caballos.

Al día siguiente nuestros pastores llevan el ganado al pastizal, pero allí ya estaban los criados del *pan*: “Fuera de aquí, dijeron, estos pastos son del terrateniente; no os atreváis más a poner el pie aquí”. Los pastores arrear el ganado hacia el bosque, pero allí estaban los guardas forestales y los *gaiduks*\*: “Fuera de aquí, el bosque es del *pan*, no in-

---

\* *Gaiduk*: policía.

tentéis siquière pasar la zanja”. Los pastores, que, como ustedes saben, son niños, empiezan a llorar y arrean el ganado atrás, a casa. ¡Qué alboroto se armó en la aldea!, como si la hubieran incendiado por los cuatro costados.

¿Qué podíamos hacer? Las mujeres gritaban: “¡Vamos a ir con las horquillas a romperles la cabeza a los criados del *pan*!” Pero los maridos, los de más edad, a duras penas las hicieron entrar en razón y eligieron en el acto a varias personas, para que fueran directamente a Lvov a ver a un abogado y consultar con él. Me eligieron también a mí. Fuimos a Lvov, dimos con un abogado, ucraniano, de mucha autoridad, nos dijeron, y honrado por cierto. Fuimos a verle y le contamos todo lo que nos pasaba. “Bueno, pues —nos dijo—, vamos a iniciar el proceso. Procuren encontrar testigos, compren papel sellado, junten dinero y, mientras tanto, estéense quietos, pues cualquier motín puede estropear el asunto”.

— ¡Pero, señor! —le dijimos—, cómo podemos estar quietos si no tenemos dónde apacentar el ganado y, sin prado, se nos va a perder!

— ¿Pues —dice el abogado—, en qué les puedo yo ayudar entonces? Si ganamos el proceso, el *pan* tendrá que pagarles todos los daños causados, pero mientras tanto, hagan ustedes lo que crean más conveniente.

Y así quedamos. Regresamos a nuestras casas. Comenzó el proceso. Sólo Dios sabe la cantidad de dinero que gastamos en él. Yo, solamente al abogado, en pólizas, le di más de setecientos guldenes. La comunidad hacía inusitados esfuerzos y miren que era dura la vida. Pues el bosque y el ganado quedaron en poder del terrateniente y nos vimos obligados a vender, sin demora, más de la mitad de las reses, casi de balde, porque no teníamos con qué alimentarlas. Las demás bestias se agolpaban y también ahora se agolpan por las charcas para los gansos, por los barbechos o por las huertas. Nuestros huertos se han perdido, por eso las colmenas han perecido y los pobres animales están en los huesos.

Siete años duró nuestro proceso, y podemos decir que aquello fue como si alguien hubiese estado tirando durante siete años de nuestras entrañas. Habíamos quedado extenuados durante ese tiempo, pero no íbamos a ver al *pan* por nada del mundo, ¡resistíamos! Y el *pan* hacía lo mismo. ¡Vete a saber en la de juzgados e instancias que estuvimos! En el regional y en el provincial, en el ministerio y sabe



Dios, dónde más. En un sitio perdemos y apelamos; en otro ganamos, pero el *pan* presenta recurso de casación, y no veíamos el fin del asunto. ¡Gracias a Dios, llegó por fin el momento tan deseado! Un día viene el ejecutor judicial y nos trae la resolución del Ministerio principal. En ella se decía que, para resolver el conflicto entre la comunidad y el terrateniente, se designaba una comisión provincial la cual analizaría todo en el lugar del litigio, comprobaría los documentos, escucharía a los testigos y tomaría la decisión definitiva y que ambas partes, en el día determinado, deberían presentarse en el lugar del conflicto con todas sus pruebas. La decisión de la comisión no podría ser apelada y se pondría en ejecución. “¡Vaya, gloria a Dios Nuestro Señor! —pensamos nosotros—. Ahora, con toda seguridad, la verdad estará de nuestra parte, si la comisión viene a juzgar en el lugar. Aquí cada uno podrá decir todo lo que sabe, cada uno será escuchado y, en tal caso, tendrán que reconocer que nosotros tenemos razón”.

Nuestro *pan*, al recibir semejante resolución, se puso muy triste, pero después, se ve que llegó a pensar algo, montó en su carretela y se fue a Lvov. No se sabía a dónde iba, pero dos de nuestra aldea estaban entonces en aquella ciudad y luego dijeron que le habían visto dando vueltas por allá, en compañía de nuestro abogado. Se comprende que lo contaron después, cuando ya todo había terminado. Baste decir, que al cabo de dos días o tres, regresó nuestro *pan* de Lvov ya más alegre y hasta casi contento. Le mirábamos y no llegábamos a comprender qué significaba aquel cambio.

También nosotros fuimos a ver a nuestro abogado. Se alegró mucho al vernos. “Vamos a ganar el pleito —nos decía—. Yo mismo intervendré con ustedes en el lugar del conflicto ante la comisión. Pero un día antes vengan aquí con el *voit*, los apoderados, los testigos; traigan consigo los papeles que ustedes tienen; habrá que revisarlo todo, tendremos que aconsejarnos. Ya saben ustedes que en la guerra, antes de un combate, la gente se prepara, pues así tenemos que prepararnos nosotros. Vengan lo mas temprano posible, y yo le explicaré a cada uno qué es lo que tiene que decir y cómo debe decirlo, pues ya ven que el asunto está embrollado. Y a eso de mediodía, nos montamos en el carro, y a la aldea, para estar cuanto antes, el día señalado, en el lugar del litigio”.

Escuchamos su consejo y además le dimos las gracias. Nos reunimos el *voit*, dos apoderados y los tres amos más viejos de la aldea, en calidad de testigos, recogimos todos los viejos papeles que cada uno tenía y partimos por la noche para Lvov, un día antes de la llegada de la comisión a la aldea. Por la mañana temprano llegamos a la casa del abogado, pero éste no estaba allí; nos dijeron que había salido, pero que pronto volvería y había pedido que le esperáramos. Estuvimos espera que te espera, pero el abogado no aparecía. Sonaron las diez, las once, las doce del día, y no venía. Hambrientos estábamos ya y nos acercamos a los carros a comer algo. Volvimos al poco rato, pero aún no estaba el abogado. ¡Se habrá visto mayor desgracia! Ya habían dado la una, las dos, pronto darían las tres, hora en que ya debíamos regresar a casa, para poder llegar al anochecer, pero el abogado seguía sin aparecer. Por fin, a eso de las cuatro, se nos presenta.

— Ay, perdonen ustedes —decía—, perdónenme, por favor, estimados señores, no es culpa mía el haberme retrasado tanto; he estado en el juzgado, se litigiaba un pleito y se dilató hasta hace poco. Pero no importa, tenemos tiempo para arreglarlo todo. ¡Por favor, pasen a la habitación!

— Mejor sería que montáramos en el carro y regresáramos a la aldea —dije yo—. Allí usted podría revisar los papeles e instruirnos para saber qué decir.

— ¿Para qué apresurarse? —decía—, llegaremos a tiempo y la revisión de los papeles nos va a llevar poco.

Entramos con él en su despacho, nos sentamos. Nosotros trajimos un montón de papeles. Y empezó a leerlos: lee, lee, sin darse prisa, con atención, a veces nos pregunta algo, nosotros le contestamos; sigue leyendo, pasa media hora, pasa una y sin darnos cuenta pasan dos, y él continúa leyendo, como si nada. Nosotros estábamos como sobre ascuas, como si tuviéramos hormiguillo, sudábamos, pero él seguía preguntándonos, como si estuviéramos en un interrogatorio. Leía todos los papeles, musitaba algo. ¡Qué desdicha! La cantidad de veces que le insinuamos que ya era tiempo de partir, pero él decía: “¡Ahora, ahorita mismo!”, y seguía leyendo. Las seis dieron cuando terminó la lectura. Gracias a Dios, pensamos, se acabó la lectura. ¡En marcha! ¡Sí, sí! Nuestro abogado empezó después a explicarnos todo el proceso desde su comienzo, pausadamente, con detalles, como si no estuviéramos enterados de nada. Hablaba,

hablaba sin cesar y nosotros, cada vez más impacientes. Otro cualquiera, en nuestro lugar, hubiera saltado de la silla, le hubiese escupido en la cara y se habría ido. ¡Pero no! Luego, empezó a instruirnos sobre cómo debíamos hablar ante la comisión y, a decir verdad, con mucha picardía lo hacía. Tan claro se nos presentó el asunto, tan bien aprendió cada uno lo que debía decir, que quedamos encantados. Lástima que, cuando terminó de instruirnos, ya habían dado las nueve. Ya era de noche y él, sólo ahora, parecía que se daba cuenta de ello, y para colmo de males, empezó a tronar.

— ¿Pero qué es eso?, ¿y es de noche? —dijo, asomándose a la ventana.

— Sí, ya es de noche, —le contestamos, como si estuviéramos sentenciados.

— ¿Qué hacer, pues? ¿Cómo ponernos en camino?

— ¡Qué se yo! —respondí—. ¡Ahora es difícil salir, el camino es malo, hay que ir lejos y por el bosque!

— ¡Nosotros mismos no sabemos qué hacer! —decían los nuestros.

— ¿A qué hora debe llegar mañana la comisión?

— ¡A las diez!

— ¿A las diez? Eso no es nada; pasen la noche aquí, mañana nos levantamos temprano y saldremos disparados hacia la aldea a toda marcha. A las ocho ya estaremos allí. Ahora, váyanse ustedes. Por cierto, aquí al lado hay una hostería y el hostelero es un hombre de bien; pasen allí la noche, y mañana, no lo olviden, no lleguen tarde. Yo ya les estaré esperando.

¿Qué podíamos hacer? Quieras que no, salimos. Parecía ser que el hostelero nos estaba esperando.

— ¿Vienen ustedes de casa del señor abogado? —nos preguntó.

— ¡Sí!

— Bienvenidos sean, entren, hallaré sitio para ustedes; ¡aquí podrán pasar bien la noche! ¿Desean que les sirva algo?

— Sírvanos, quizás, un vasito de vodka para cada uno; así dormiremos mejor.

Bebimos, nos acostamos en buena hora y nos quedamos dormidos en seguida, como liñones. Dios sabe el tiempo que estuvimos dormidos. Baste decir que cuando yo me desperté era completamente de día. Me acerqué corriendo a la ventana,

miré al sol y comprendí que era ya más de mediodía. Eché una mirada y vi que los nuestros dormían como troncos. Dios mío, ¿que había pasado? ¿Estaba soñando o era realidad? Grité con todas mis fuerzas y me convencí de que no era un sueño. Saltaron también los demás y se apresuraron a acercarse a la ventana. ¿Pero qué pasa? ¿Ya es más de mediodía? ¿Será posible que hayamos dormido tanto tiempo? ¿Qué desgracia! Empezamos a movernos agitados, atollados, la cabeza nos zumbaba, los huesos nos dolían, como si nos hubieran apaleado. Llamamos al hostelero:

— ¿Cuánto le debemos por el hospedaje? — Muy poco, sólo seis guldenes. — ¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Cómo es eso?—. Pero el ladrón de él, viendo que llevábamos prisa, que andábamos de coronilla, y que, desesperados, estábamos a punto de tirarnos de los pelos, se había plantado en la puerta y no hacía más que sonreírse, acariciándose la barba.— ¡Eso me pagan todos los huéspedes!

No sé quien de los nuestros empezó a regatear con él, pero no le dejaba decir palabra. Le echamos el dinero que él pedía y nos fuimos a casa del abogado. Llegamos y no estaba allí; por la mañana nos había estado esperando y después se fue solo, dejando dicho que le siguiéramos con la mayor rapidez posible. — ¿Y dónde están nuestros papeles? — preguntamos—. Los papeles los ha dejado, ¡aquí están sus documentos! — ¡Vaya! Se fue y no cogió los papeles—. ¡Santo Dios, cómo nos pusimos entonces; espanto me da recordarlo! “¿Pero, será posible, pensábamos, que allí hayan decidido ya la cuestión sin nosotros y la comunidad haya perdido el pleito? ¿Qué nos va a decir ahora la gente? ¿Qué desgracia más nos espera?” ¡Sabíamos de antemano lo que nos esperaba y, no era difícil, por cierto, adivinarlo por adelantado!

Arreamos los caballos hacia casa, pero no camino de la aldea, sino directamente al pastizal. Allí no había nadie. Nos echamos al bosque. ¡Tampoco encontramos a nadie! Y ya empezaba a anochecer. Nos dirigimos a la casa del *pan*. Allí cantaban, reían, bebían, comían, sonaba la música. El *pan* tenía invitada a toda la comisión. Miramos y allí estaba nuestro abogado, rojo como un tomate, alegre, parlanchín. ¡La de maldiciones que en aquel momento cayeron sobre él! ¡Posiblemente en toda su vida no se bebió tantas botellas de vino como maldiciones le echamos! Quedamos como petrificados, parecíamos estatuas, nada decíamos, nada

preguntábamos, ¿para qué? Ya sabíamos que una terrible desdicha se nos había venido encima. Así, pasmados, estábamos en la terracilla de entrada, esperando, sin saber a quién y para qué. Los señores nos vieron de pronto, se echaron a reír en las habitaciones, pero nadie salía a hablar con nosotros. Los criados del *pan* pasaban a nuestro lado, también se mofaban, nos empujaban para echarnos, pero sin pronunciar palabra. Los perros del señor se acercaban, nos olfateaban, algunos gruñían, otros se alejaban tranquilos. Y entretanto, nosotros seguíamos allí, parados, como muertos. Ya empezaba a anochecer, en las habitaciones encendieron las luces, los señores y señoritas empezaron a entonar algunas canciones; empezó a lloviznar, y nosotros seguíamos en la terracilla, con los ojos fijos en las iluminadas ventanas, nuestros cuerpos temblaban y nuestros corazones estaban llenos de desesperación.

Por fin, ya muy avanzada la noche, se abrieron las puertas y los huéspedes se dirigieron hacia sus carretelas. Los primeros fueron los señores de la comisión. Al pasar cerca de nosotros, el más gordo de ellos se paró, nos echó una mirada severa y dijo:

— ¿Quiénes son ustedes?

— Gente del lugar.

— ¿Qué desean?

— Saber cómo ha terminado el pleito.

— ¿Su pleito? ¿Y sólo ahora se presentan a enterarse de ello? ¡Borrachuzos malditos! ¿Pastos necesitan, bosques desean tener? ¿Y el zurrón del mendigo, no lo desean? ¡Váyanse a sus casas y no se atrevan más a recordarlo siquiera! ¡A cada cerdo le llega su San Martín! ¡Se perdieron, Iván, tus dineritos!

La comisión entera soltó la carcajada, montó en la carretela y se fue. Después de la comisión, salió nuestro abogado, furtivo, como un ladrón, confuso, fingiéndose borracho.

— ¿Ah, ustedes aquí? ¿Ustedes aquí? —balbuceaba—. Les estuve esperando, Dios es testigo, les estuve esperando, ¿por qué no vinieron?

— ¿Qué, le ha pagado mucho nuestro terrateniente para que usted nos retuviera en la ciudad, hasta que la comisión decidiera aquí el asunto a su favor?

— ¿Qué dicen? ¿Cómo? ¿Aún me ofenden? ... —balbuceaba al montar en su carretela, y partió a escape del patio.

— ¡Así té rompas la crisma! —le gritamos a sus espaldas. Y en vano, por cierto, pues no se rompió la cabeza, ¡maldito perro!

De repente, nuestro *pan* apareció ante nosotros, balanceándose, en la puerta.

— Ja, ja, ja —profirió con risa de ebrio—. Altos señores pancistas del lugar, propietarios de tierras, apoderados, ¿qué pasa por ahí? ¿Cómo marcha el pleitecito ese? ¡Vaya, vaya! ¡Esperen un poco más, y verán cómo les voy a enseñar que dos y dos son cuatro! ¡Ahora sí que les voy a hacer bailar! ¡Ya les daré a entender quién soy yo, me van a recordar por mucho tiempo!

Y cumplió su palabra. ¡Nos estrujó de tal manera que ni respirar nos deja! Ciertamente es que la comunidad no se dio por vencida en seguida. Presentamos una protesta, pero la denegaron. Entonces decidimos defender nuestros derechos por la fuerza, pero nos hicimos aún más daño. Las mujeres, los niños, los mayores y los viejos, todos como un solo hombre, salimos de la aldea, para no tolerar que el terrateniente se apoderara de los pastos. El *pan* llamó a la tropa. Nosotros nos tumbamos delante de los soldados, gritando: “¡Pueden pisotearnos, disparar contra nosotros, pero de esta tierra no nos iremos, es nuestra!” La tropa no disparó, ni tampoco nos pisoteó, pero dividida en dos compañías, a caballo, atravesando los trigales, saltando los setos, se dirigió a la aldea. El mejor ganado que teníamos lo mataron y se lo comieron, a todos nos dejaron en la ruina y, cuando se marcharon, el *pan* ya podía estar tranquilo: la comunidad había sido quebrantada y arruinada por completo y tuvo que entregarse en sus manos.

Ese es nuestro destino. ¿Viviremos alguna vez mejor?, ¿Tendremos ocasión de respirar un poco más libremente, aunque sea antes de morir? ¡Sólo Dios lo sabe! Pues el terrateniente hace inauditos esfuerzos para enredarnos más y más. En la aldea ha abierto cinco tabernas, no tenemos escuela, ha traído un pope que está con él en todo, mientras que nosotros no tenemos ni a quién pedir consejo; vivimos como el buey bajo el yugo; ni para nuestros hijos, esperamos mejor suerte. . . .

Mayo, 1883



# LA DICHA ROBADA

Drama de la vida rural,  
en 5 actos

---

## PERSONAJES

Mikola Zadorozhni, de unos 45 años,  
bajo de estatura, cargado de espaldas,  
calmoso.

Ana, su mujer, de unos 25 años.

Mijailo Gurman, gendarme, alto, fornido,  
de unos 30 años.

Olexa Bábich, campesino, de unos 40 años,  
vecino de Mikola.

Nastia, su mujer, de unos 35 años.

Alcalde, campesino de unos 50 años.

Shlioma, posadero.

Campesinos, campesinas, mozos  
y mozas, músicos, etc.

La acción se desarrolla allá por 1870, en la  
aldea montañesa de Nezvánichi.



## ACTO PRIMERO

Una jata aldeana. Es de noche. Afuera se oye el ulular del viento, la nieve da en las ventanas. En el horno arden las llamas, en primer término, hay unos pucheros. Ana y Nastia están atareadas cerca del horno. Sentados en un banco, en la litera junto al horno y en lo alto de éste, mozas y mozos hilan y devanan la hilaza; en medio del aposento, un mozo teje unas manoplas, otro retuerce un cordón.

### ESCENA I

Mozos y mozas, Ana y Nastia cantan.

Tras el monte, tras el monte pedregoso,  
Mal vive con su mujer un mando celoso.  
Ella le prepara el blanco lecho, con amor,  
El le prepara el largo látigo, con rencor.  
El blanco lecho de polvo se cubrió,  
El largo látigo todo se ensangrentó.  
Polvoriento está el lecho abandonado,  
Y de sangre está el látigo manchado.

Nastia (*interrumpe la canción, agitando una toalla*).  
¡Basta, basta! ¡Para qué cantáis esta canción tan lastimera? Se diría que lloráis a un difunto.

Primer mozo (*se ríe*). Y a vosotros se os ha puesto carne de gallina.

Nastia. Calla, desvergonzado. No te figures que yo soy la mujer de tu padre. La pobre andaba siempre llena de cardenales.

Primer mozo. Ja-ja, mi difunto padre no se cansaba de repetir: "Si el marido no pega a su mujer, ella se echa a perder".

Segundo mozo. Sí, tu padre fue un buen barbero. También sabía sangrar a los varones.

Primer mozo. ¡Y de balde! ¡Aunque eso también vale algo!

Nastia. Tendría que daros vergüenza hablar así y cantar esas cosas aquí, en esta casa. ¡Malditos! Eso es como mentar al diablo delante de un angelito. Pues por aquí pasan volando los ángeles de Dios; ésta es la única jata de todo el pueblo donde reina una bendita tranquilidad, la paz y la concordia, la buena armonía y el amor. Y vosotros habéis empezado a cantar unas cosas que hasta da asco repetirlas.

Primera moza. No tema, tía, no echaremos a los santos ángeles de la casa con nuestra canción.

Nastia. Y tú, ¿qué sabes? Puede que los echéis... Ya sabes lo que dicen los viejos: no llames al lobo del bosque... Porque, a veces, se desea algo malo a una persona, y eso se cumple inmediatamente. Mi difunta madre contaba que, una vez, una tal...

Primer mozo. ¡Cállese la lengua! Mejor será que se acerque al horno para ver si ya están listos los *varéniki*\*, pues pronto va a llegar Mikola de la ciudad y el que nos echará a todos a casa será él.

Nastia. ¡Qué impaciente eres, muchacho! No temas, que habrá *varéniki*. Tú preocúpate de acabar tu manopla a tiempo. (*Se acerca al horno*).

Primera moza. Venga, hermanitas, cantemos hasta el fin. La canción es muy bonita, y tan triste, que hasta dan ganas de llorar.

Ana (*de pie, cerca del horno*). Esperad, esperad, que cuando os caséis y más conozcáis todas esas delicias, más ganas os entrarán de llorar.

Las mozas. ¡Vaya, vaya! ¿Y cómo lo sabe usted? ¿Es que lo ha probado?

Ana. No me refiero a mí. Y además, lo que a mí me haya pasado, sólo lo sabemos Dios y yo.

Las mozas (*después de un breve silencio, cantan*).

¡Ay, marido mío, no me pegues más!  
No me martirices, me vas a matar.  
Déjame, marido, ir al cerezal,  
Una rosa roja quisiera encontrar.  
Tomaré la flor y la echaré al agua,  
Que el río la lleve a mi tierra amada.  
Nada, rosa mía, por el río Danubio,  
Si ves a mi madre, dile cuánto sufro.

Nastia (*saca, entretanto, los varéniki, escurre el agua, les echa aceite y sal y los sirve*). ¡Bueno, basta ya de cantar! ¡Dejad la labor! ¡Los *varéniki* ya están en la mesa!

Mozos y mozas dejan la labor y, con alegre murmullo, se sientan a la mesa y empiezan a comer. Nastia y Ana quedan cerca del horno. Nastia también se sirve *varéniki* y se sienta en el banco, de espaldas a la mesa.

---

\* *Varéniki*: pequeñas empanadillas con requesón, bayas u otro relleno.

¡Oye, comadre, ayúdame tú también!

A n a (*mira por la ventana*). ¡Dios mío, qué nevasca! ¡Ojalá los nuestros no pierdan el camino!...

N a s t i a. No temas; no es la primera vez que han ido allí.

A n a. No sé por qué, pero tengo mucho miedo, y una tristeza grande, como si me amenazara una gran desgracia.

N a s t i a. Ya lo veo, querida. ¡Todo el día estás pálida, demudada! Y no hago más que pensar:

¿Qué motivo puedes tener para estar triste?

¡Vives como en la gloria!

A n a. ¿Quién, yo?

N a s t i a. Tienes un buen marido, tranquilo, trabajador, y que se desvive por ti...

A n a (*suspirando*). ¿Y qué de bueno hay en ello?

N a s t i a (*en voz baja*). ¡Ah!, lo que te preocupa es lo de siempre: que no tienes hijos. No penes, Dios es misericordioso, y ya te los dará.

A n a (*con ademán de desaliento*). ¡No, no es eso!

N a s t i a. ¿Y qué es, entonces? ¿Qué más te falta? Crees que tus hermanos te engañaron, quitándote la dote? ¡No hagas caso de la dote! Pagarán cara esa ofensa.

A n a (*como mordida por una serpiente*). ¡Eh, comadre! ¿He dicho yo algo de la dote? ¿Y por qué me recuerda a mis hermanos? Ya sabe que son mis peores enemigos.

N a s t i a. Lo sé, querida, lo sé todo. Estoy bien enterada de cuánto has sufrido de moza.

A n a (*con viveza*). ¿Qué dices? ¿Qué yo he sufrido de moza? ¿Y qué sabe usted de eso?

N a s t i a (*bondadosa*). Todo lo sé, querida, todo lo sé. Cómo los hermanos te maltrataban, y te tenían de criada; no te dejaban ni salir a la calle, acabaron por casarte con un bracero, birlándote, además, la dote. Y ¡si fuera eso sólo!

A n a. ¿Qué es? ¿Sabe usted algo más?

N a s t i a (*riéndose*). Pero tú, comadre, no me temas. Te digo que lo sé todo, aunque tu aldea está lejos de nosotros, en otro distrito, y nunca vi a tus hermanos.

A n a. Entonces, ¿cómo lo sabe?

N a s t i a (*ríe*). Me lo contaron urracas y cornejas, corazón. Ha habido gentes que me lo han contado. Ni siquiera puedes adivinar quiénes...

A n a. Seguramente, ¿habrá visto a alguna amiga mía en cualquier feria?

Nastia. ¡Ay, comadre!, ¿voy yo a menudo a las ferias? No, la noticia llegó a mi casa ella solita, y no hace mucho, ayer mismo.

Ana. Pues no puedo de ningún modo adivinar quién sería.

Mozos y mozas (*levantándose de la mesa*). Gracias, tía Ana, y a usted también, tía Nastia, por la cena.

Primer mozo. Gracias a Dios, me he llenado bien la barriga.

Nastia (*le pega con la toalla*). ¡Vete, vete, mal educado!

Mozas. Ya es hora de volver a casa, porque si no, la nieve cubrirá el camino, y no llegaremos a casa.

Segundo mozo. ¡No temáis, golondrinas! Aquí estamos bastantes mozos, cada uno tomará en sus hombros a dos de vosotras y os llevará a vuestras casitas.

Primera moza. ¡Oh, qué fortachones! Del esfuerzo, ¡os podéis quebrar! (*Se ponen los abrigos, recogen cerros e hilaza y salen*). Buenas noches.

Besan a Ana, ella les ilumina el camino en el zaguán con una tea.

Ana. Buenas noches, mozas, buenas noches. ¡Venid mañana, haced el favor! (*Cierra la puerta tras ellos*).

## ESCENA II

Ana y Nastia.

Nastia. También yo debería haberme marchado.

Ana (*empieza a retirar la vajilla de la mesa*). Quédese un ratito más. Pues su jata no ha quedado abandonada y cuando su marido vuelva en el carro, pasará frente a nuestra jata y usted lo oirá. Y para mí será más llevadera la espera.

Nastia (*ayuda a recoger la vajilla*). Todo eso es verdad. Pero la casa necesita siempre el cuidado del ama. Bueno, por tratarse de ti, me quedaré... (*Se para en medio del aposento frente a Ana, con una escudilla en las manos*). ¿Y no te interesa saber quién me ha contado tu vida de moza?

Ana. ¡Qué le voy a hacer! Soy incapaz de resolver enigmas.

Nastia (*con picardía*). ¿Y no te dice nada tu corazón?

A n a. ¿Mi corazón? ¿Qué tiene que ver él con esto? ¿Qué es lo que me debe decir el corazón?

N a s t i a. ¡Ah!, ¿cambias de color? Primero te pones pálida, luego, ¡como la grana! ¡Pues no te asustes, amiga !Lo sé todo por él mismo.

A n a. ¡Espere, espere! ¿Qué dice? ¿Por quién?

N a s t i a. Por Mijailo, ¿quién otro podía ser?

A n a. ¿Qué Mijailo?

N a s t i a. Ay, comadre, no te hagas la tonta. No somos niñas. ¿Conoces tú a Mijailo Gurman?

A n a (*retrocede un paso y se santigua*). ¡Santo, Santo, Santo! ¿Qué dice, comadre? ¿A Mijailo Gurman? Sí, lo conocí, pero murió hace mucho. Pereció en Bosnia.

N a s t i a. ¿Quién te lo dijo?

A n a. Yo lo sé. Mis hermanos lo decían. . .

N a s t i a. ¡Claro, precisamente tus hermanos!

A n a. Su madre misma me mostró la carta, llorando.

N a s t i a. Debía ser una carta falsa, porque Mijailo está vivo y bien vivo.

A n a. Tenga temor de Dios, comadre, ¡no diga eso! Lo habrá soñado usted. . . O se le habrá aparecido su espíritu. . .

N a s t i a. No, comadre Ana, te lo repito, está vivo y bien vivo. Es gendarme desde hace ya tres años. Antes prestaba servicio en otro sitio, pero acaban de trasladarle aquí. Ayer vino a nuestra jata, preguntó mucho por ti.

A n a. ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Qué me pasa? ¡Comadre querida!, dígame que lo ha soñado, que ha sido una alucinación. . . Es como para volverse loca. . . Pues yo le prometí a Mijailo, le juré que preferiría ir a la tumba, antes que casarme con otro. Y ahora. . . Viene por mi alma. Pero no, eso es una broma suya, ¡lo dice usted por decir!

N a s t i a. ¡Santíguate, comadre! ¿Por qué te has asustado tanto? Está claro que tus hermanos te engañaron. Por consiguiente, tú no tienes ninguna culpa. El mismo lo dice. No te acusa de nada. ¡Oh, si supieras qué palabras tan buenas y sinceras dijo de ti! . . .

A n a. ¡No, no, no! ¡No siga! No quiero oír nada de él, ni quiero verlo. (*Va y viene por el aposento, retorciéndose las manos*). ¡Señor! ¡Santo Dios! ¿Séa verdad? ¿También en eso me engañaron, me vendieron vilmente?

N a s t i a. ¡Tranquilízate, comadre!, ¡a qué lamentarse de lo que ya no tiene remedio! ¡Que Dios los castigue por ello!

A n a (*sigue paseando por el aposento, sin comprender aún*): Y ¿por qué? ¿Por qué? ¡Ah, ya lo sé, lo sé! Tenían miedo a Mijailo, temían que les quitara mi parte de la herencia paterna. Sí, sí, eso fue. Y ese sumiso bracero aún se alegra de haber recibido algo. ¡Sálvame, Señor! ¡No me dejes perder el juicio!

N a s t i a (*poniéndole sus manos en los hombros*). ¡Recapacita, comadre! ¿Por qué te martirizas inútilmente? ¿No es esto un pecado? Ahora ya estás casada, hay que olvidarlo todo.

A n a (*la mira fijamente; luego de una pausa, dice*). Sí, tiene razón. ¡Tiene razón! Hay que olvidar. Aunque se parta el corazón, hay que olvidar. ¡Oh, Señor! ¿Cómo no se me ha partido hasta ahora? ¡Cuánto he sufrido en estos años! Y cuando ya pensaba que pronto acabaría por tranquilizarme, que me resignaría a mi suerte, que las viejas heridas dejarían de dolerme, ¡ya ves!... El que yo creía muerto, vuelve a aparecer. ¡Comadre querida, mi madrecita!, aconséjame lo que tengo que hacer. ¡Dáme una hierba para que no me duela más aquí, aquí!

N a s t i a. ¿Qué hierbas tengo yo, alma mía? No te aconsejaré más que una cosa: rézale a Dios, que El te libere de este mal.

A n a. ¡Ya he rezado, comadre, ya he rezado! Me rompía la frente contra los escalones de la iglesia, lavaba las lomas con mis lágrimas... Pero nada me ayuda.

N a s t i a (*prestando oído*). ¿Oyes? Parece que suena una campanilla. Seguramente, vienen ya los nuestros.

A n a (*junto a la ventana*). ¡Sí, suena! Apenas se oye entre el aullido del viento, pero suena. ¡Gracias a Dios que vienen! ¡Vamos a recibirlos!

L a s d o s se ponen de prisa los abrigos y salen.

### ESCENA III

Después de unos instantes entran A n a, N a s t i a y B á b i c h, todo cubierto de nieve, con un látigo en la mano.

B á b i c h. ¡A la paz de Dios!

A n a. ¡Buenas noches! ¿Dice que mi marido no venía con usted?

B á b i c h. No, comadre. Lo dejé en la salina. Estaba apilando su carga, y luego comenzó una disputa con el alcal-

de. No pude esperar hasta que terminaran, y me fui en pos de los demás.

A n a. ¡Por Dios! ¿Cómo lo dejó solo, con un tiempo tan malo?

B á b i c h. No tema, no estará solo. De seguro que se fue a Kupinia, con los de Peredelchi. Y los nuestros se fueron todos a Radlívichi, por la carretera. Pero él vendrá pronto, no tema. Tiene buenos caballos.

A n a. Pues yo siento temor. Dicen que han aparecido lobos en el bosque. ¡No permita Dios alguna desgracia!

B á b i c h. ¡Cálmese, comadre! Dios es misericordioso y no permitirá que pase nada malo. . . Mikola no es un niño. Y cuida de todo. Bueno, vieja, hay que ir a casa, porque los caballos se van a helar.

N a s t i a. Que descanses, comadre. ¡Rézale a Dios, querida, todo irá bien!

B á b i c h. ¡Buenas noches!

A n a. ¡Vayan ustedes con Dios!

B á b i c h y N a s t i a salen.

#### ESCENA IV

A n a (*sola, abrigada con una pelliza y una toquilla, se sienta a la ventana y escucha*). No se oye nada. Sólo el aullar y el silbido del viento. (*Se retuerce las manos*). ¡Y él vive, vive, vive! Me engañaron, estafaron y embautaron, ¡me han robado todo, todo! No, no quiero pensar en eso. Tengo marido, estoy casada. Le he jurado ser fiel, y lo seré. (*Escucha*). ¡Ah, ya viene! ¡Por fin! ¡Gracias a Dios! (*Sale*).

#### ESCENA V

M i k o l a y A n a.

Detrás de la escena se oye el tintineo de arneses. Luego, entra M i k o l a, todo cubierto de nieve, con burdo *caftán* sobre la zamarra, gorro de piel de carnero, manoplas y el látigo en el cinturón. Se para en medio del aposento, saca del cinturón el látigo y empieza a sacudirse la nieve golpeando las botas contra el suelo. Exhalando gemidos, comienza a quitarse la ropa.

M i k o l a. ¡Buenas ganancias tengo! ¡Así es la vida! ¡Oh, Señor, ni yo mismo sé cómo no me dejé el alma en el camino! ¡Vengo rendido! ¡Y helado hasta los huesos! (*Abre*

la ventana y grita). ¡Ana, hay que abreviar los caballos! Quería hacerlo en Kupinia, pero no fue posible.

A n a (*detrás de la escena*). ¡Bien, bien! Ya he preparado el agua.

M i k o l a (*cierra la ventana, se quita el kaftán, luego la zamarra y los cuelga en la pértiga*). ¡Y a esto le llaman ganancias! Por ocho monedas de cobre, se juega uno la cabeza. Trabaja todo el día, carga, descarga, arrastra, desloma a tu caballo, hiélate y mójate, como un perro, y por todo ello, ¡ocho cobres! Y cuando llega la hora de recibirlos, a esos vampiros les da lástima soltarlos. Hasta con eso se quedarían. Y cuando sueltan las ensangrentadas monedas, se ve que les va a dar un cólico. ¡Así reventéis todos, chupasangres, y se os salten los ojos, monstruos malditos! (*Se sienta junto a la mesa y empieza a quitarse las altas botas*). ¡Vaya, otra desgracia más! (*Grita*). ¡Mujer, eh, mujer! ¡Ana! ¿Dónde estás?

A n a (*entra*). ¿Me llamabas?

M i k o l a. Sí, te llamaba. ¿Qué, has dado ya de beber a los caballos?

A n a. ¡Claro que sí! Pobrecitos, venían tan helados, que temblaban como peces fuera del agua. ¡Pobres animales! Les he echado un poco de cerveza en el agua, se han bebido dos cubos cada uno. . .

M i k o l a. ¿Y pienso, tienen?

A n a. Claro, no iba a esperar a que tú se lo dieras. Le he dado un *garniets*\* de avena a cada uno y la paja que corté ayer con la máquina del arrendador; también les he echado heno en el pesebre. Pero, ¿por qué has tardado tanto en venir?

M i k o l a. ¡Ay, mejor será que no me lo preguntes! Anda, ayúdame a quitarme las botas. ¡Se han puesto rígidas, y temo que se me hayan helado los pies!

A n a. ¿Pero qué dices, hombre? ¡No puede ser! . . . ¡Sólo nos faltaba eso! (*Coge la bota y empieza a tirar de ella, pero al mirar al rostro de Mikola, suelta la pierna, da un paso atrás y se santigua*). ¡Santo, Santo, Santo! ¡Mikola! ¿Qué te pasa? ¡Si estás todo manchado de sangre!

M i k o l a. ¿Quién, yo?

A n a. ¡No tienes temor de Dios! ¿Pero qué es eso? ¿Te has peleado con alguien? ¿Te has herido?

---

\* *Garniets*: antigua medida rusa y ucraniana equivalente a 3.28 l.



Mikola. ¡No, no, no temas!

Ana (*se le acerca rápidamente y le desabrocha el chaleco*). ¡A ver, espera! ¡Dios mío, si tienes la camisa ensangrentada! ¿Pero qué te ha pasado, Mikola?

Mikola. Esto es obra de nuestro digno y respetable alcalde.

Ana. ¿Qué...? ¿Te ha pegado?

Mikola. Ya se ve que no me ha acariciado. (*Da un puñetazo en la mesa*). ¡Pera nunca se lo perdonaré! ¡Ya me las pagará!

Ana. ¿Qué ha pasado entre vosotros? ¿Por qué te ha pegado?

Mikola. Yo sé lo mismo que tú. ¡Por nada! Sin motivo alguno, se ha metido conmigo; el diablo debía haberse metido con él.

Ana (*sigue mirándolo*). ¡No blasfemes, Mikola, no irrites al Señor! ¡Dios mío, cuánta sangre has perdido! ¡Otra desdicha más! ¡Déjame que te lave! Ahí ha quedado un poco de agua caliente (*Se acerca al horno*).

Mikola (*grita*). ¡No, no hace falta! ¡Le quiero llevar a los tribunales! Mañana mismo, así como me ves, me presentaré ante el juez. ¡Que lo vean esos señores! ¡No lo laves!

Ana (*vierte agua en la jofaina y se acerca a él*). ¡Venga, venga, tormento mío! ¡No te conviertas en el hazmerreír de la gente! Al alcalde, no podrás hacerle nada, pero de ti, sí se van a reír bien.

Mikola. ¿Cómo que no le haré nada? ¿Acaso la ley del emperador permite maltratar a la gente de esta manera? Si él es el alcalde y, por contrato, abastece de leña las salinas, le da eso derecho a apalear a la gente hasta dejarla medio muerta?

Ana. ¿De seguro que has vuelto a vender leña?...

Mikola. ¡Claro que tuve que vender! Hazte cuenta, se desriñona uno trabajando en el bosque, se hiela hasta los huesos... No tiene uno ni un maldito crucero en el bolsillo, ¡y hay que tomar algo, para reparar las fuerzas!...

Ana. ¡Ay, Mikola, Mikola! ¡Cuántas veces te he dicho que es mejor que aguantes y no hagas semejantes cosas! ¡Y aún quieres ir al tribunal! ¡Por una cosa así! ¡El alcalde antes te mete a ti en la cárcel que tú a él!

Mikola (*la mira asustado*). ¡Ay, mujercita mía! ¡Es verdad lo que dices! ¡No se me había ocurrido eso! ¡Anda, lávame!

A n a (*lo lava*). Apuesto a que no sólo has vendido leña, sino que, además, has ofendido al alcalde.

M i k o l a. ¿Yo? ¡Dios es testigo que no! Se metió conmigo diciendo que no traía la carga completa. Yo, como siempre, acarreaba el último, y él se dirigió a mí. No sé quién le había ido ya con el soplo de que yo había vendido unos malditos leños.

A n a. ¿Puede ser que él mismo lo viera?

M i k o l a. Vete a saber, es posible... En fin, se dirige a mí y me dice: "No te pagaré hasta que la carga no esté completa". Yo le digo: "Traigo la carga igual que la cogí en el bosque". El me dice: "Mientes, has vendido cinco leños". Y yo le digo: "Si los he vendido, no soy el único que lo hace; también otros venden". Y él me sigue preguntando: "¿Quién vende, quién, dímelo?" ¿Qué le podía yo contestar? Honradamente, te aseguro que no había visto nada, y señalar a cualquiera sin motivo, me daba vergüenza. Y le contesté: "Usted mismo, antes de hacerse contratista, también vendía, por cierto". No había terminado aún de pronunciar esas palabras, y arremete contra mí y empieza a golpearme con una tranca en la cabeza, en todo el cuerpo. No me di cuenta de cuándo, cómo ni quién fue el que salió en mi defensa y me metió en el trineo.

A n a (*moviendo la cabeza*). Ya me figuraba yo que habías dicho alguna tontería. El alcalde no es hombre al que le guste meterse con la gente sin motivo.

M i k o l a (*con amargura*). Desde luego. Para ti todos son honrados, todos son inteligentes, menos tu marido.

A n a. Yo no digo que no eres honrado, pero no tenías por qué haber vendido leña.

M i k o l a. ¿Y sí tenía que pasar frío y hambre?

A n a. Debías llevarte unos cruceros de casa para el aguardiente, si es que no puedes pasarte sin él, pues no somos unos mendigos.

M i k o l a. ¡Buen negocio! ¡Salir para ganar un poco, y coger dinero de casa encima!

A n a. Entonces, ¿te has ganado lo que querías! (*Prepara la mesa para la cena*). Bueno, pero dime, ¿dónde te has retenido tanto?

M i k o l a (*irritado*). ¿Y tú qué? ¡Eso no te importa! ¡Ya que no te agrado, mejor será que no me preguntes nada!

A n a (*pone las escudillas en la mesa*). Pues si sigues hablándome de esa manera, no me agradarás más.

Pausa. Mikola tamboritea con los dedos en el cristal de la ventana. Ana sirve la cena. Mikola se vuelve y empieza a comer en silencio. En ese momento, suena un golpe en la ventana. Ana se estremece.

Mikola suelta la cuchara de la mano.

Ana. ¡Santo, Santo, Santo! ¿Qué es eso?

Mikola. ¡Alguien llama a la ventana! ¡Tan tarde y con tan mal tiempo! ¡Ay!, ¡alguna desgracia!

Una voz tras la ventana. ¡Eh, buena gente, abran, ¡no dejen que se muera aquí un cristiano!

Ana. Por lo visto, alguien ha perdido el camino. Voy a abrir.

Mikola. ¡Espera, Ana! ¿Y si es un malhechor?

Ana. ¿Pues qué, vamos a tolerar que muera un hombre? ¿Y qué nos puede hacer un malhechor? Nada tenemos que nos pueda robar, tampoco tenemos ninguna deuda con nadie, por lo tanto, ¿qué podemos temer? (*Sale*).

Se oye el chasquido del cerrojo.

## ESCENA VI

Mikola; un minuto después entra un gendarme con la carabina, todo cubierto de nieve, tras él, Ana.

Gendarme. ¡Buenas noches!

Mikola. ¡Dios nos la dé!

Gendarme. Perdóname por presentarme tan tarde en su jata, sin haber sido invitado. ¡Pero allí afuera sopla una ventisca de las que Dios nos libre! Me desvié del camino, y llegué a creer que me quedaría helado en algún montón de nieve o serviría de cena a los lobos.

Ana (*se santigua*). ¡Santo Dios!

Gendarme (*se vuelve hacia ella y le dirige una mirada penetrante, pero se domina*). Sí, sí, poco faltó para ello. Allá, en el lindero del bosque, se oye como aúllan. En cualquier momento, esas bestias malditas podían atacarme.

Mikola. ¡Quítese la capa, señor gendarme, y siéntese! Ahora, con la noche que hace, ya no irá usted a ninguna parte.

Gendarme. ¿Adónde voy a ir? Pues ni siquiera siento las piernas de lo frías que las tengo y lo fatigado que estoy. ¡Gracias a Dios por haberme salvado de este infierno de nieve! (*Se sacude la nieve y empieza a quitarse la capa. Mikola le observa fijamente*).

Mikola. ¿De dónde viene usted, señor gendarme?

Gendarme. De la ciudad, a pie.

Mikola. Bueno, a pie, ¿pero de dónde es usted? Perdone, pero me parece haberle visto en alguna parte.

Gendarme (*se ríe*). ¡Claro! ¡Por supuesto! ¡Mikola, viejo amigo! ¿Es posible que no me hayas reconocido? (*Le da amistosas palmadas en el hombro*).

Mikola. ¡Mijailo Gurman! ¿Pero eres tú? Pues nosotros creíamos... Ana, ¿pero no has reconocido a Mijailo?

Ana (*está como aturdida, cerca de la mesa, y, sin mirarlos, susurra una oración*). ¡Dios mío, perdóname y sálvame!

Gendarme (*riendo*). ¡Ana! ¡Señora ama! ¿A qué viene eso de rezar ahora? ¿No quiere saludar a un viejo conocido?

Ana (*le da la mano*). ¿Cómo está usted, señor gendarme?

Gendarme (*la mira con fijeza un instante, luego suelta su mano, aprieta los dientes, se vuelve de espaldas y se dirige sólo a Mikola*). Mientras viva, no olvidaré esta nochecita. ¿Sabes?, cuando oí, entre el ulular del viento, el aullido de los lobos, cerca, muy cerca, me dije, ya vienen por mí. ¡Y se me puso carne de gallina! Pero, de repente, vi una lucecita a un lado. Al principio, creí que eran los ojos de un lobo, que brillaban en la noche, pero noté que la lucecita no se movía, seguía en el mismo sitio... Y sin pensar más, me lancé a campo traviesa, hundiéndome en no sé qué zanjas, montones de nieve, saltando cercas. Sólo Dios sabe de dónde saqué tantas fuerzas. Verdad es que me caí más de una vez, pero, gracias a Dios, tengo los huesos sanos...

Mikola. ¡Menos mal, gracias al Señor! Pero dime, por favor, ¿qué ha sido de ti? ¿De dónde apareces? Porque decían que tú...

Gendarme (*se ríe*). ¡Ja, ja, ja! ¿Qué yo?...

Mikola. Sí, que habías perecido, que estabas muerto...

Gendarme (*ríe aún más fuerte y se acerca a Mikola. Este retrocede*). ¡Ja, ja, ja! ¡Y es verdad! ¡Soy un difunto! ¿No me crees, Mikola? ¡Soy un muerto! ¡Vengo de la tumba!

Mikola (*asustado, se santigua*). ¡Santo, Santo, Santo!... (*Sonríe levemente*). Qué tonterías dices, Mijailo. No hay que bromear con estas cosas.

Gendarme (*amenazador*). ¿Crees que es broma? ¡A ver, tócame! (*Alarga la mano*).

¿Ves? ¡Pero no importa! ¿Sabes, Mikola, a qué vengo?

Mikola. ¿Tú? ¿A mí? . . .

Gendarme. ¡Sí! ¡Vengo por tu alma! (*Ríe*). ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya un susto que te has llevado! ¡Bueno, no temas, infeliz! Tu alma no es una joya tan preciosa para que tengan que salir los muertos de sus tumbas a por ella. ¡No temas, que soy un ser vivo, tan vivo como tú! (*Le da unas palmadas en el hombro*). Ahora te diré cómo he llegado hasta aquí. Cuando volví del servicio militar, vendí la tierra que tenía y la jata y entré a servir en la gendarmería; ya hace tres años que sirvo. Primero, estuve en la frontera, cazaba contrabandistas; hace unas dos semanas que me trasladaron a esta región.

Mikola. ¿Y por qué no lo dijiste en seguida? Y ahora, ¿me lo sueltas! ¡Has querido asustarme con los difuntos! ¡Ay, Mijailo, Mijailo! Ya veo que sigues siendo el mismo bromista de siempre. (*Menea la cabeza*). Anda, siéntate y cena con nosotros.

Gendarme. Eso es ya entrar en razón. (*Toma una cuchara y se sienta a la mesa*). ¿Pero, por qué cenan tan tarde? ¡De seguro que es ya casi media noche!

Mikola. También yo me perdí en el camino, como tú. Hace poco que he llegado.

Gendarme (*come*). ¿De dónde?

Mikola. De la ciudad. Llevaba leña a las salinas y me he retrasado un poco. A duras penas he llegado a casa (*come*). Y además el diablo me llevó a Kupinia. Pensé que el camino por el bosque sería más corto, pero había tanta nieve, que estuve a punto de perder los caballos.

Gendarme (*deja la cuchara y le mira asombrado*). ¿Qué? ¿Dices que esta noche has ido por Kupinia?

Mikola. Sí, he ido.

Gendarme. ¿Has pasado frente a la posada de Kupinia?

Mikola. ¡Desde luego! Hasta me paré allí; quería abreviar los caballos, pero no sé qué diablos se había llevado el cubo. Llamé al posadero, pero nadie salió, y, pensando que mi casa estaba cerca, me marché sin esperar a que me abriesen.

Gendarme. ¿Y eso fue hace mucho?

Mikola. Hace unas tres horas. Aunque la posada de

Kupinia está a media milla de aquí, fueron tantas las vueltas y revueltas que di, tantas veces me equivoqué de camino, que me pareció que iba por el bosque medio año, por lo menos. ¡Solo, solito en el bosque!

G e n d a r m e. ¿De modo que ibas solo? ¿Y no recuerdas si iba contigo alguien más?

M i k o l a. ¡Qué va! Todos los nuestros salieron antes que yo, y todos fueron en dirección de Radlówichi, por la carretera.

G e n d a r m e. ¿Había luz en la posada?

M i k o l a. Sí, pero las cortinas de las ventanas estaban corridas, y cerradas las puertas. Seguramente, los posaderos dormían, ya pues nadie respondió a mi llamada.

G e n d a r m e (*barbota*). ¡Claro, claro!

Comen. Pausa. A n a, sentada en la litera del horno, se esfuerza por comer, pero no puede.

¡Muchas gracias, Señor amo, por la cena! (*Deja la cuchara y se levanta*).

M i k o l a. ¡De nada! ¡Buen provecho! (*Se levanta también*).

Los dos se sientan en el banco. A n a retira la vajilla de la mesa, en silencio.

G e n d a r m e (*mira a Mikola de lado*). ¡Oye, Mikola! ¿Por qué tienes la cara tan arañada? ¡No recuerdo que te gustara mucho pelearte!

M i k o l a (*perplejo*). ¿A mí? ¡Ja, ja, ja! ¿Pelearme? Yo soy hombre de paz. Me he puesto así cargando esa maldita leña. No había hecho más que empezar a coger troncos de la pila, cuando toda la fila de arriba se me vino encima y, ya me ves. ¡Suerte que no he quedado allí muerto!

G e n d a r m e. ¡Mal asunto, ya lo veo!

M i k o l a. ¡Dios me libre de tal jornal!

G e n d a r m e. ¿Y ganas mucho en un día?

M i k o l a. ¿Que si gano mucho? ¡Habas contadas! ¡Ocho cobres al día! ¡Y cómo trabaja uno! Tú te hielas, te agotas tú y dejas también rendidas a las bestias. Se enfurece uno tanto, que entran ganas de renunciar a semejante jornal.

G e n d a r m e (*le mira de nuevo la cara*). Pues los tronquitos esos te han acariciado bien, hermano. Te han pasado por toda la mejilla derecha como si fueran rastrillos.

Mikola. Ya te he dicho que fue tal la cantidad de troncos que cayeron sobre mí, de la derecha, que creía que me harían la cabeza añicos.

Gendarme (*se levanta; anda por la habitación, se sienta a la izquierda de Mikola y le mira fijamente*). ¡Atiza, pero si tu mejilla izquierda está aún más pintarrajeada!

Mikola (*perplejo*). Es que me caí de este lado, sobre unas ramas. Suerte he tenido de no saltarme un ojo.

Gendarme (*le mira a la cara*). ¡Oye, pero si tienes también una herida en la frente, como si alguien te hubiera arañado!... ¡Y te han puesto los ojos a la funerala! ¡Confiesa, Mikola, que no han sido los troncos!

Mikola (*aún más perplejo*). ¡Vaya, otra vez con lo mismo! ¿Pero qué quieres que confiese? ¡Te juro por Dios que no me he peleado con nadie! ¿Por qué tengo que engañarte?

Gendarme (*se ríe, le da unas palmadas en la espalda*). ¡Bueno, bueno, Mikola, no temas! Hoy soy tu huésped y no tienes por qué confesar nada. Pero te diré una cosa, querido: no naciste tú para embustero. ¡En seguida se ve cuando quieres mentir, pero no te sale!

Mikola (*atemorizado*). ¡Que el Señor me castigue si...!

Ana. Mikola, déjate ya de jurar. Mejor será que pienses dónde vamos a prepararle el lecho al señor gendarme. Ya es muy tarde, los dos estáis cansados y hay que acostarse.

Mikola. ¡Ay, ay, ay! ¡Verdad es, querida!, y yo, tonto de mí, estoy aquí charlando por los codos, y me olvidé de eso. ¡Ahora, ahora mismo! (*Aturdido, empieza a andar por la habitación, de un lado para otro. Luego se pone el gorro y la zamarra*).

Ana. ¿A dónde vas?

Mikola. ¡Vuelvo en seguida! ¿Sabes qué?, voy a traer una brazada de paja y le prepararemos el lecho aquí, en el suelo. Tú extiende un lienzo, dale una almohada, y que él se tape con una zamarra.

Gendarme. ¡Oh, gracias! Yo tengo mi capa.

Ana. Yo misma podría ir por la paja.

Mikola. ¡No faltaba más! Ahora la traigo corriendo. (*Coge el gorro y sale*).

ESCENA VII

Los mismos, sin Mikola. Ana prepara el lecho. El gendarme se acerca a ella y la toma de los hombros.

Gendarme. ¡Ana!

Ana (*casi imperceptiblemente*). ¿Qué quieres?

Gendarme. ¿Hasta te niegas a mirarme?

Ana vuelve la cara hacia él, pero inmediatamente baja los ojos y calla.

Gendarme (*la mira largamente*). ¡Monstruos! ¡Canallas! ¡Cumplieron su palabra, enterrándote viva! ¡Dios no les perdonará jamás!

Ana. ¿De quién hablas?

Gendarme. ¿De quién puedo hablar más que de tus queridos hermanos? Ya sabes que, cuando me llevaron al ejército, uno de ellos me dijo sin rodeos, en la posada: "Tú, Mijailo, vete en buena hora, pero deja de pensar en Ana. No será tuya, aunque tengamos que enterrarla viva". Yo me reí entonces en sus propias barbas, pero ahora veo que se salieron con la suya.

Ana (*tímidamente*). ¿Así que... tú no estás enojado conmigo? ¿No me maldices?

Gendarme. ¿A ti, infeliz pobrecita? ¿Acaso no sé yo que no tienes culpa alguna, que no podías hacer tu voluntad, que te acosaron, engañaron y martirizaron?

Ana llora.

No; debo reconocerlo: al principio, cuando supe que te habías casado con ese tontaina me puse hecho una fiera... Te habría matado si hubieses caído en mis manos. Me pasaba los días enteros corriendo por los campos como un loco, te maldecía, pedía a Dios que te castigara severamente, que cayera sobre ti la más terrible desgracia.

Ana (*asustada*). ¡Mijailo!

Gendarme. No temas, Dios no es un niño, y no va a hacer caso de las maldiciones de una persona enloquecida.

Ana (*sollozando*). ¡Ah, a pesar de todo, temo que te haya oído!

Gendarme (*con alegría*). ¿Qué dices? ¿No me has olvidado? ¿Aún me amas, Ana?

Ana (*asustada, lo rechaza*). ¡Cállate, cállate! ¿Qué estás diciendo? ¡No hables así conmigo! ¡Estoy casada y tengo marido!



G e n d a r m e. ¿Marido? ¡Hoy lo tienes, mañana puedes no tenerlo!

A n a. ¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso?

G e n d a r m e. Nada, es hablar por hablar. Pero si él no existiera, tú. . .

A n a. ¡Calla, cállate! ¡No quiero oírte! ¡Y no intentes pensar nada malo de mi marido!

G e n d a r m e. Bueno, ya veremos. Lo que yo pienso de él es cosa mía.

A n a (*agarrándole de los hombros*). ¿Mijailo, qué piensas?, ¡dímelo, te lo ruego!

G e n d a r m e. ¡Déjame! Mañana lo verás.

A n a. ¿Mañana? ¿Entonces es que intentas algo? ¿Qué has tramado? ¿Algo terrible? ¡Sí, sí! ¡Lo veo por tus ojos! Lo he notado en tu voz cuando le preguntabas sobre sus magulladuras. ¡Oh, te conozco bien, tienes un corazón de piedra! No te voy a pedir que tengas compasión de nosotros, que no nos pierdas. ¡Sólo te digo una cosa: que sobre tu conciencia pesará la suerte de dos inocentes!

G e n d a r m e. ¡Espero que ni la de uno siquiera! Pero debo decirte que tu marido habría hecho mejor si hoy se hubiese quedado en casa y no hubiera salido a ganarse el jornal.

A n a. ¡Eres una fiera, una fiera salvaje! ¡Te has propuesto despedazarnos y crees haber encontrado ya la ocasión propicia! Pero Dios te castigará, te castigará terriblemente.

G e n d a r m e (*se ríe*). ¡Ja, ja, ja! ¡Es magnífico! Se encuentran dos muertos que en vida se querían tanto, que ni aún después de la muerte podrían olvidarse; pero, al verse de nuevo, no encuentran nada mejor que insultarse. ¡Ana, vida mía! ¿Es posible que me odies tanto?

A n a. ¿Qué quieres de mí? ¿Para qué has venido aquí?

G e n d a r m e. Juro por Dios que no quería venir. Hace ya dos meses que estoy aquí, y bien sabes que he procurado siempre pasar lejos de tu casa. Pero hoy no sé si ha sido Dios o el maldito destino quien me ha traído a tu casa.

A n a. ¡Basta ya! ¡Ahí viene mi marido! (*Prepara el lecho*).

El g e n d a r m e se sienta ante la mesa y hace como si dormitara.

ESCENA VIII

Los mismos y Mikola,  
que trae una brazada de paja.

Mikola (*deja caer la paja en medio de la habitación*). ¡Vaya ventisca, Dios nos libre de ella! Al amanecer, nuestra jata estará cubierta de nieve casi hasta el techo. A duras penas, me he abierto paso hasta el pajar cobertizo. (*Se quita la zamarra*). ¿Qué, Mijailo, dormitas? Pues yo creía que querías hablar con tu vieja conocida (*hace un guiño, señalando a Ana*). ¿No estabais enamorados el uno del otro?

Gendarme. ¡Bah! ¡Cuántas tonterías se le meten a uno en la cabeza cuando es joven! Pero ahora, cuando a uno lo han adiestrado en el ejército y ha andado tanto por esos montes de Bosnia, cuando está bien templado en la gendarmería, ¿puede uno acordarse de un viejo amor? Además, perdona, pero tu mujer ya está bastante ajada... Por lo visto, ¿la tienes bien sujeta?

Mikola. ¿Yo? ¿A ella? ¡Santo Dios!, si ella es para mí... Si yo pudiera... Bueno, ¿a qué hablar? Me da risa de que yo, un viejo... Pero eso de que está mustia y apenada a mi lado sí es verdad.

Gendarme. Eso es cosa vuestra. ¿A qué tengo yo que meterme en ello?

Mikola. Sí, hermano, tienes razón. Marido y mujer uña y carne deben ser, y nadie en sus asuntos se debe meter.

Ana (*prepara la cama al gendarme en el suelo*). Oye, Mikola, ¿has cerrado las puertas?

Mikola. Claro que sí (*bosteza*). ¡Ya es hora de acostarnos! (*Se santigua ante los iconos y musita una oración*).

Gendarme. También yo voy a quitarme la ropa (*se desnuda, se santigua y se acuesta en el lecho que le han preparado en el suelo*). Si no me despierto temprano, despertadme, por favor, en cuanto os levantéis.

Ana. Bien, bien. (*Pone la carabina en el banco, echa una mirada al interior del horno y cierra la portezuela. Entre tanto, Mikola, terminada su oración, se quita el cinturón y se acuesta en el lecho*).

Mikola. ¿Duermes ya, Mijailo?

G e n d a r m e. Dormitando estoy. ¿Qué quieres?  
M i k o l a. ¡Nada, hombre! ¡Buenas noches!  
G e n d a r m e. ¡Buenas noches!

A n a se santigua, después se pone de pie en la litera y apaga la luz.

T E L O N

## ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Es de día. Arde el fuego en el horno. M i k o l a pone al vapor unas varillas de abedul y las entrelaza luego, haciendo cuerdas. A n a unas veces trajina cerca del horno, otras, le ayuda.

ESCENA I

M i k o l a y A n a.

M i k o l a. ¡Sujeta fuerte, mujer, no la sueltes! (*Entrelaza*). Está bien. Tira para acá. ¡Así le entre la peste a ése con su leña! Habría que dejar ese jornal, pero no es posible, tengo que ir otra vez a cargar esa maldita leña.

A n a. Quizás esté hoy el camino mejor que ayer. Mira cómo se ha serenado el tiempo.

M i k o l a. Sí, se ha serenado. Pero ayer cayó tanta nieve que difícil será dar con el camino. No, hoy no voy. ¿Para qué matarse a trabajar y rendir a los caballos? ¡Que reviente él con su leña!

A n a. Cierto. Mejor será que no vayas a pasar fatigas por la nieve con semejante carga. La leña seguirá en su sitio, mientras que en casa hay bastante que hacer. ¡Ay, si ayer me hubieras hecho caso y no hubieras salido!...

M i k o l a. ¿Pues, qué?

A n a. Nada, no te preocupes. Pero mi corazón presiente una desgracia. ¡La de cosas malas que he soñado esta noche, Dios me guarde! Soñé que desparramaba corales por el suelo de la jata, por el patio, por toda la aldea, y eran tan grandes, tan rojos...

M i k o l a (*como para sí*). Corales, eso significa lágrimas.

A n a. Después soñé que muchos perros ladraban a nuestra jata desde los cuatro costados; se asomaban por las puertas, metían sus hocicos por las ventanas, tan rabiosos y hambrientos...

Mikola. Perros furiosos, eso significa una desgracia.

Ana. Después soñé que me vestían para casarme, toda de blanco: zapatos blancos, falda blanca, velo blanco.

Mikola. ¡Santo, Santo, Santo! ¿Pero qué te pasa, mujer? ¡Señor Todopoderoso, aparta de nosotros esa desdicha! ¿Qué me dices?

Ana. ¿Es que eso anuncia algo malo?

Mikola. ¡Ah, mejor será no recordarlo en mala hora! ¡No lo permita el Señor! ¡Un sueño, una alucinación! ¡En todo está la voluntad de Dios! ¡Pero no hay que adelantarse a sus designios! ¡El dispondrá! (*Sigue entrelazando varillas*). Hum. . . ¿Y qué hacer con la leña?, ¡la verdad es que no lo sé!

Ana. Podrías ir a preguntarle a Bábich si va a salir.

Mikola. Tienes razón. Si él sale, no estará bien que yo me quede. En cuanto arregle el trineo, iré a verle. (*Tira la cuerda terminada y se sienta en el banco*). ¡Ay!, ¡cómo me duelen los riñones! Santo Dios, cuántas fuerzas ha derrochado uno trabajando para otros, y ahora, para uno, no le quedan más que los restos. . . ¡Ana!

Ana (*cerca del horno*). ¿Qué quieres?

Mikola. ¿Por qué se ha levantado tan temprano el gendarme? Ni siquiera he visto cuándo se ha ido. . .

Ana. Dijo que tenía que marcharse, a asuntos del servicio. . .

Mikola. ¿Sabes?, cuando le vi me quedé de piedra. A tal hora y de uniforme; me pareció que era un muerto, venido del otro mundo. Sólo después me di cuenta de que era un ser vivo.

Ana. ¿Acaso no sabías que andaba por estos contornos?

Mikola. ¿Quién, yo? ¿Cómo iba a saberlo? Estaba completamente seguro de que ya se había podrido en las tierras de Bosnia. Pues tu hermano me juró que Mijailo había muerto allí, hasta me enseñó el certificado militar de defunción. Lo malo es que, como soy analfabeto, no pude leerlo.

Ana. Resulta que a ti también te engañaron como a mí.

Mikola. No comprendo qué necesidad tuvieron de casarte y mandarte a una aldea tan lejana.

Ana. Pues yo sí lo sé. No querían darme mi parte de la herencia. Pero, si yo me hubiese casado con Gurman, él se la habría arrancado a éstos, ¡de las mismas entrañas! Tú ya sabes qué clase de hombre era. Le temían como a un rayo, y

por eso, con la ayuda del alcalde, se las arreglaron para quitarle a la madre el único hijo que tenía y mandarlo al frente; después, aprovecharon la ocasión para deshacerse también de mí. Ya ves qué cosa más simple.

M i k o l a. ¡Dios mío, y yo no podía adivinar de dónde soplabla el viento! Como uno no ha tratado nunca con ricos, no comprende sus tretas.

A n a pasa junto a él. M i k o l a la atrae hacia sí y le da un beso en la frente.

¡Pobrecita mía, mi corazón! ¿Y tú amabas mucho a este Mijailo?

A n a (*ruborizándose*). ¿Para qué hablar de ello? Si le quería o no, ¡es agua ya pasada! Mejor será que vayas a arreglar el trineo. La comida ya está preparada. Si tardas, se enfriará.

M i k o l a. ¡Es verdad, Ana! (*Se levanta y toma las cuerdas*). El pobre nunca tiene tiempo para recordar su pasado, ¡ha de trabajar! Echa la sopa, que ahora mismo vengo. (*Sale*).

## ESCENA II

A n a y M i k o l a (*éste detrás de la escena*).

A n a (*echa sopa de coles en una escudilla, habichuelas en otra y pone las dos en la mesa*). “¿Y tú amabas mucho a este Mijailo?” Al parecer, mucho, incluso ahora empiezo a temblar, me entran escalofríos sólo de pensar en él. Al parecer, lo amaba mucho. ¡Qué fuerte es! Podría coger a un toro por los cuernos y derribarlo a tierra. Y, Dios mío, no ya a mi marido, a dos como él es capaz de aplastarlos de un manotazo. Cuando mira, parece que te quema y te atraviesa como un hierro candente. ¡Ay, qué miedo le tengo! ¡Le temo ahora como al peor enemigo! Si arremete contra nosotros, nos aniquilará, nos arruinará por completo. ¿Acaso mi marido podrá luchar con él?

M i k o l a (*detrás de la escena*). ¡Ana, eh, Ana!

A n a. ¿Qué quieres?

M i k o l a. ¿Dónde has dejado el saco? Hay que darles heno a los caballos.

A n a. Está por ahí en el zaguán, hace tiempo que lo llené de heno. Ven a comer. (*Saca las brasas del horno*).

Mikola. Ahora voy, en cuanto arregle los travesaños del trineo. No sé qué ha sido de dos que tenía por aquí.

Ana. ¡Déjalos, que no se van a escapar! Ay, Dios mío, cuanto más tiempo pasa, mayor es mi zozobra. Me parece que se acerca una terrible desgracia. . .

### ESCENA III

Mikola y Ana.

Mikola (*entra, la puerta rechina*). ¡Aquí estoy!

Ana. (*apartándose bruscamente del horno*). ¡Ah! ¿Eres tú?

Mikola. ¿Qué te pasa, mujer? ¡Tienes la cara descompuesta!

Ana. No es nada, nada. No me siento bien. Seguramente, por estar cerca del horno. Me he atufado un poco, me da vueltas la cabeza. Siéntate y come; yo voy a tomar una taza de agua y se me pasará.

Mikola (*se sienta a la mesa, se santigua y coje la cuchara*). Siéntate tú también a comer. No puedo tragar nada cuando como solo.

Ana. ¡Vaya, hombre! ¡No digas tonterías, come! Mientras, iré a casa de Bábich y le preguntaré si piensa ir al bosque.

Mikola. Bueno, ve. Date una vuelta y se te pasará el dolor de cabeza. ¡Ve, ve! (*Come*).

Ana se cubre la cabeza con un pañuelo y se dirige hacia la puerta. En este momento la puerta se abre. Entran el gendarme, el alcalde, Bábich, un testigo y un campesino.

### ESCENA IV

Mikola, Ana, gendarme, alcalde, Bábich, el testigo y el campesino.

Alcalde (*entrando*). ¡Alabado sea Cristo!

Mikola. ¡Sea por siempre alabado! Siéntese a comer con nosotros.

Alcalde. ¡Coman con Dios y que él les bendiga!

Mikola. Siéntese usted, señor alcalde. ¿Qué le trae por esta casa?

Alcalde (*se sienta en un taburete de espaldas a la*

*mesa, el gendarme se sienta en el banco, el testigo y el campesino siguen de pie, miran alrededor*). ¡Hum, pues nada! Tenemos que hablar con usted de un pequeño asunto.

M i k o l a. ¿Conmigo? ¿De qué se trata?

A l c a l d e. ¿Usted le dijo ayer al señor gendarme que había estado en la posada de Kupinia?

M i k o l a. Sí, estuve. No en la posada, sino cerca de ella.

A l c a l d e. ¿Y era tarde?

M i k o l a. Sí, tarde. Probablemente después de mí nadie paró por allí.

A l c a l d e. ¿Usted llegó a casa manchado de sangre?

M i k o l a. Sí... sí.

G e n d a r m e. ¿Qué dice? ¿Que llegó a casa manchado de sangre? Eso no me lo dijo usted, señora ama, ¿es verdad eso?

A n a. Sí. Yo misma le lavé las manchas de sangre.

G e n d a r m e. ¡Ah, eso es muy importante! (*Toma nota en su libreta*). ¡Pero usted me dijo que se había herido en el bosque cuando cargaba la leña! ¿O resulta que usted fue ensangrentado a la ciudad y ensangrentado volvió de ella?

A l c a l d e. ¿Eso le dijo? Pues no es verdad. En la ciudad, él estaba bien sano y no tenía sangre ninguna. Yo mismo le vi en las salinas.

M i k o l a. En tal caso, diga toda la verdad, señor alcalde.

A l c a l d e. ¿Qué verdad?

M i k o l a. ¡Si fue usted el que me puso así!

G e n d a r m e (*se levanta de un salto*). ¿Qué, qué dice?

A l c a l d e. ¡Mientes, Mikola! Verdad es que reñimos un poco, por aquellos troncos, pero ni siquiera pensé pegarte.

M i k o l a. Tengo testigos. Adrede no me lavé la sangre y vine a casa con ella, para llevarle a usted al juzgado.

A l c a l d e. ¡Ja, ja, ja! ¡A mí!, ¡al juzgado?

G e n d a r m e. ¿Qué testigos tienes?

M i k o l a. Los compadres Bábich y Kalínich, ellos estuvieron allí, y bien pueden confirmarlo.

B á b i c h (*rascándose el cogote*). Cierto es que estuve allí, no tengo por qué negarlo; pero yo no vi, compadre, que el señor alcalde le golpease hasta hacerle sangrar. Sé que le dio un puñetazo en la oreja, es verdad, pero que le pusiera de esa manera, no puedo afirmar.

G a m p e s i n o. Ni yo tampoco.

Gendarme. Mikola Zadorozhni, queda Usted detenido. (*Saca del macuto unas esposas*). Alargue las manos y no piense hacer resistencia, porque será mucho peor.

Ana. ¡Ah, desdichada de mí! . . .

Mikola. ¿Me detienen? ¿A mí? ¿Y por qué?

Gendarme. Usted, seguramente, lo sabe mejor que yo. La noche pasada en Kupinia han degollado a toda la familia del posadero.

Mikola. ¡Ay, Dios mío! ¿Y yo soy el culpable?

Gendarme. No lo sé. ¡Dios quiera que no sea así! ¿Pero diga, acaso todos los hechos no atestiguan contra usted? Si no es culpable, nada tiene que temer, en el juicio se aclarará todo. Pero yo debo cumplir con mi deber. ¡Tienda las manos!

Mikola. Dios, que todo lo ve, sabe que no soy culpable. Hagan conmigo lo que quieran. (*Tiende las manos; el gendarme le pone las esposas*).

Gendarme. ¡Eso está bien! Ahora, díganos donde están las botas que llevaba ayer puestas.

Mikola. ¡Ahí están, sobre el horno!

Gendarme. ¡Testigo, tráigalas!

El testigo entrega las botas, el alcalde y el gendarme las miran, cerca de la ventana.

¡Ah! ¡Aquí hay sangre!

Alcalde. Y aquí también.

Gendarme. ¡Eso es triste! Déjenlas a un lado.

Mikola. Es mi sangre, me corría cuando regresaba a casa.

Gendarme. Eso lo explicará en el juicio, a nosotros no nos compete. ¿Llevaba consigo un hacha? ¿Dónde está?

Mikola. Allí, debajo del banco.

Gendarme. Testigo, tráigala.

El testigo se la da; el gendarme y el alcalde la examinan.

Vaya, también aquí hay huellas de sangre. Aquí, en el mango.

Alcalde. Y en la cabeza del hacha, y también en la cuchilla.

Gendarme. Déjenla a un lado. ¡Ahora muéstrenme la zamarra! (*Examina la pelliza*). ¡Oh, y también aquí! . . . Déjenla a un lado. (*Se acerca al lecho y busca debajo de la almohada, entre la paja*). (*A Ana*). ¡Abra el arca!



A n a, durante todo este tiempo, está como pasmada; no se mueve del sitio y sólo mira al g e n d a r m e.

¡Me oye, ama?, ¡abra el arca!

Como ella sigue sin moverse del sitio, el g e n d a r m e le saca la llave de debajo del cinturón, abre el arca y, con el alcalde, empieza a registrarla.

Aquí no hay nada. ¡Señor alcalde, usted y los testigos vayan con él y registren la despensa, el pajar, el patio, ¡todos los rincones! Yo voy a interrogar al ama.

A l c a l d e. ¡Mikola, vente con nosotros!

M i k o l a. Señor, sólo tú sabes por qué me cargas con esta terrible cruz. Cúmplase tu voluntad. (*Sale, tras él van el alcalde, el testigo y el campesino*).

## ESCENA V

G e n d a r m e y A n a.

G e n d a r m e (*después de marcharse todos, queda callado un instante, inmóvil, frente a Ana, en medio de la jata; Ana está cerca del horno apagado. Luego, él se yergue y alza la cabeza. Con brusquedad*). ¡Ana!

A n a levanta la cabeza, le mira, llena de indecible inquietud, y baja los ojos.

G e n d a r m e. ¡Ven aquí!

A n a se acerca un poco a él y se detiene.

¡Más cerca, más! ¡Mírame a los ojos! ¡Derecho!

A n a (*procura mirarle a los ojos, tiembla toda ella; luego cae de rodillas ante él*). ¡Mijailo! ¡Mijailo! ¡No me martirices! ¡No puedo mirarte! ¡Eres tan terrible!

G e n d a r m e. ¡Tonta! ¿Por qué me tienes que temer? ¡A los ladrones y bandidos sí que debo infundirles terror, tal es mi profesión! Tú no temas.

A n a. ¡Pero él no es culpable de nada! ¡Te juro que no es culpable!

G e n d a r m e. ¿Quién? ¡Ah!, ¡tu Mikola! Pues quizás lo sea. . .

A n a. ¡No, no, no! ¡Es tan bueno! ¡No es capaz ni de matar a una mosca, y no digamos a una persona!

G e n d a r m e. ¡Pero a mí me mató! ¡Me hizo un desdichado! No, no me hables de él. ¿Qué me importa? No soy enemigo suyo, pero hay pruebas contra él y debo detenerle.

Debo, ¿comprendes? Cumplo con mi deber. Si no es culpable, la verdad se descubrirá en el juicio.

A n a. Entonces, ¿qué quieres tú de mí? Yo no estuve con él, no sé nada. Sólo sé que vino manchado de sangre y dijo que el alcalde le había golpeado.

G e n d a r m e. Eso a mí me tiene sin cuidado. Ya lo dirás en el juicio. Contigo quiero hablar de otra cosa. ¡Ana, mírame a los ojos! (*La toma de los hombros y la mira fijamente a los ojos*). ¡Qué guapa estás aún, y qué joven! Ana, ¿me amas?

A n a (*tiembla*). ¡Mijailo, déjame!

G e n d a r m e. ¡No, no te dejo! Dilo ahora mismo, ¿me amas?

A n a (*se vuelve*). ¡No, no te quiero! ¡Eres terrible! ¡No te amo!

G e n d a r m e (*amenazador*). ¡Mírame a los ojos!, ¿me oyes?

A n a le mira a los ojos.

Dime ahora, ¿me amas?

A n a. ¡Mijailo!, ¡como a un hermano, te ruego que no me martirices! Cuando me miras así, siento una pena y un espanto tan grande, que pierdo la razón. . .

G e n d a r m e. ¡Tonterías! ¿Dime, me amas?

A n a (*casi imperceptiblemente*). Te amo.

G e n d a r m e. ¡Dilo otra vez! ¡Más fuerte!

A n a. Te amo.

G e n d a r m e. No lo olvides. Entonces, ¿serás mía? ¡Ponte derecha y no tiembles, mujer! ¡Ya sabes que de mí no te vas a escapar! Si después de tantos años la dicha me sonríe al fin, ¡no la soltaré! ¡Me aferraré a ella con las uñas, con los dientes! Dime, ¿serás mía?

A n a. ¡Por Dios, Mijailo! ¡No hables así! ¡Ya sabes que estoy casada! Juré ser fiel. Pecando estoy al escucharte, ¡pues un pecado es pensar en ello!

G e n d a r m e. ¿Y no fue pecado prometerme que serías mía y casarte después con otro? ¿No es pecado el haberme robado mi dicha?

A n a. ¡También la mía me la robaron, querido! ¡También mi corazón lo desgarraron y me obligaron a casarme con un hombre al que yo no quería! Con este tontaina con el que no puede una presentarse en ninguna parte. . . Da

vergüenza, todos se ríen de él. ¡Y tú, ahora, vienes a rematarme!

G e n d a r m e. ¡Déjate de sandeces! Si lo que dices, es verdad, ¡debes ser mía! ¡Mía, para despecho de los que nos separaron, de los que nos robaron nuestra dicha! Se la arrebataremos, ¡porque esa dicha es nuestra!

A n a. Dios nos castigará, ¡Dios!

G e n d a r m e. ¡No lo creas! Dios no necesita nuestras penas. Y ya que ha sucedido así, vivamos libres y gocemos la felicidad.

A n a. ¿Y crees que durará mucho?

G e n d a r m e. La dicha nunca dura mucho. La dicha completa puede durar un día, una hora, un minuto.

A n a. ¿Y después?

G e n d a r m e. ¿Después? ¿Para qué marearse la cabeza con lo que pueda ocurrir después? Hasta ahora no hemos hecho más que sufrir y penar, y más tarde será lo mismo. ¡Qué importa! ¿Es que tienes miedo?

A n a (*sin apartar los ojos de él, en un susurro casi imperceptible*). No, no tengo miedo.

G e n d a r m e. ¿Y quieres ser feliz?

A n a (*con igual susurro*). Sí, quiero.

G e n d a r m e. ¿Serás mía?

A n a (*con igual susurro*). Lo seré.

G e n d a r m e. No lo olvides. ¡Me has dado tu palabra! Y si también esta vez me engañas, ¡pobre de ti! Me vengaré de ti y de él terriblemente.

A n a (*igual*). ¡No, no te engañaré!

G e n d a r m e. Bueno, ¡despierta! Parece, que hablas en sueños. (*Zarandeándola levemente*). Ahí vienen ya. Lloro, retuércete las manos, para que no puedan adivinar nada. Pídeme que le tenga compasión. Y yo, en cuanto se lo lleven a la ciudad, vendré a verte.

A n a, con las manos retorcidas, queda en silencio, cerca del horno.

## ESCENA VI

Los mismos, Mikola esposado, Bábich, el alcalde y el campesino.

G e n d a r m e. ¿Qué, alcalde, han encontrado algo sospechoso?

A l c a l d e. Nada, señor gendarme. Sólo que en el tri-

neo faltan dos travesaños y el tercero está un poco manchado de sangre.

Gendarme. Eso también es importante. (*Toma nota en su libreta*). Bueno, ya pueden llevárselo. Cojan también esas cosas. ¿Han sacado el travesaño del trineo?

Testigo. Yo lo he sacado, aquí está.

Gendarme. Bien. Cójnalo con cuidado para que las huellas de sangre no se borren. Usted, señor alcalde, búsqenos caballos, porque será difícil llevar al detenido a pie a la ciudad por la nieve. Además, quizás tenga cómplices, y pueden atacarnos en el bosque para salvarle.

Mikola. ¡Dios mío! ¿Pero cómo es esto? ¿Qué pecado he cometido para que caiga sobre mí un castigo tan espantoso?

Alcalde (*rascándose el cogote*). Dificilillo será, señor gendarme, obligar a alguien a que nos dé caballos. El que los tiene se ha ido a ganarse el jornal, unos a cargar leña, otros a arrancar tocones. Lo único que se podría hacer es aparejar los caballos de Mikola.

Gendarme. Bueno, también está permitido.

Alcalde. Alguien de aquí puede ir con ustedes, conducirá los caballos y regresará con ellos.

Gendarme. Muy bien. De todos modos, tendré que regresar a buscar los cómplices.

Alcalde. Tanto mejor. ¡Eh, compadre Bábich!, vaya y enganche los caballos.

Bábich sale.

Mikola (*sentado todo este tiempo en el banco, se limpia las lágrimas con la manga*). ¡Ana!

Ana (*como petrificada*). ¿Qué quieres, Mikola?

Mikola. Tú, que tienes un alma pura e inocente, ruega a Dios que pronto se aclare también mi inocencia.

Ana. Alma pura... ¿Acaso la tuya lo es menos?

Mikola. ¡Cuida de nuestra hacienda! Que no se pierda lo poco que tenemos. No gastes nada en abogados para mi defensa. Confío en Dios; Nuestro Padre misericordioso, me sacará sin ellos de esta desgracia.

Ana. Si así lo mandas...

Mikola. Sí, sí; no hagas nada de eso. Confía en Dios. Sólo... (*tiembla, su cara se contrae del llanto, la abraza convulsivamente*). ¡Ana!, ¡Anushka, querida! Sólo te pido... ¡que no me olvides! (*Se limpia las lágrimas*).

A n a. ¡Pero hombre, Mikola! No está bien que llores ante gente extraña. ¡Tranquilízate! Dios no nos abandonará en la desgracia.

M i k o l a. ¡Cúmplase su voluntad! Que haga con nosotros lo que se ha propuesto. ¡Vamos, buena gente! (*Besa a Ana y sale; tras él salen el gendarme, el alcalde y los demás*).

A n a (*después de que él ha salido, quiere lanzarse hacia la puerta, pero se detiene, se coge la cabeza con ambas manos, después se las retuerce*). ¡Ven cómo los angelitos de Dios pasaron volando sobre mi jata!

TELON

### TERCER ACTO

Lugar ante la posada. A la derecha, un camino vecinal; a la izquierda, un seto alto; al fondo de la escena se ve la posada, con las puertas abiertas de par en par. Delante de la posada hay unos bancos; cerca del seto, unos gruesos troncos que pueden servir de asiento.

#### ESCENA I

De la posada salen tres mozas vestidas de fiesta.

P r i m e r a m o z a. ¡De prisa, muchachas, corred de prisa y llamad a los muchachos!

S e g u n d a m o z a. ¿Para qué? ¿Qué ha dicho Shlioma?

P r i m e r a m o z a. Que habrá música. ¡Daos prisa!

T e r c e r a m o z a. ¿Y el alcalde lo ha permitido?

P r i m e r a m o z a. Por lo visto, cuando Shlioma lo dice...

#### ESCENA II

El alcalde y las mozas.

A l c a l d e (*viene por la calle y tuerce hacia la posada; al oír las palabras de las mozas*). ¡Ah!, ¿ya esperáis la música? Pues el alcalde no lo ha permitido; no lo ha permitido, ¡ni lo permitirá por nada del mundo!

T e r c e r a m o z a. ¡Veis! ¿No os decía yo?

S e g u n d a m o z a. ¿Cómo es eso? ¿Ni en vísperas de la Cuaresma va a haber música?

Alcalde. No habrá, no habrá.

Primera moza. ¡Eh, chicas, no le hagáis caso! Id corriendo, pues cuando Shlioma lo ha dicho, ¡es seguro que la habrá!

Se cogen de las manos y, riendo, echan a correr.

Alcalde. ¡Vaya con la cotorra! ¿De modo que le hacéis más caso a Shlioma que a mí? ¡Espera, espera! (*La amenaza con el bastón; luego, se arregla la zamarra y se dirige hacia la posada*).

### ESCENA III

Nastia y dos mujeres más salen de la posada.

Nastia. ¿Adónde va, comadre?

Primera mujer. A casa debería ir.

Nastia. ¡Ya tendrá tiempo! Gracias a Dios, allí no la esperan hijos que lloren. Sentémonos en este tronco. Miren como calienta el solecito, da gusto estar aquí sentada. Aunque estamos en víspera de la Cuaresma, aquí parece que empieza ya la primavera.

Segunda mujer. Bueno, sentémonos. Nada urgente nos espera. Han dicho que habrá música, así que, veamos como se divierte la juventud.

Se sientan.

Primera mujer. ¡Conque dices, comadre Nastia, que los asuntos de Mikola van mal!

Nastia. ¡El Señor nos ampare, comadre! Dicen que le van a ahorcar.

Las dos mujeres. ¡Dios mío! (*Se santiguan*).

Primera mujer. ¿Quién hubiera podido pensar que era un asesino? Siempre tan sosegado, tan pacífico. . .

Segunda mujer. ¡Ah, comadre!, la persona nunca deja de ser persona, y el diablo, al que Dios confunda, siempre puede tentar a cualquiera.

Primera mujer. Cuentan que al posadero Abramka le robaron mucho dinero. ¿Se sabe si lo han hallado?

Nastia. ¡Qué va, ni el menor rastro! Mikola sigue sin decir esta boca es mía; no quiere delatar a sus cómplices.

Primera mujer. ¡Valiente tonto! Como si le fuera a servir de algo pudrirse en la tierra, mientras ellos vivan tranquilamente.

Segunda mujer. Es que los criminales tienen sus leyes, y uno no puede delatar a los demás, aunque le cueste la vida.

Primera mujer. ¡Son gente con el corazón de piedra! ¡Santo Dios! ¡Y semejantes gentes nacen en el mundo, maman la leche materna, andan por la tierra y cantan canciones!

Segunda mujer. No, comadre. Canciones no cantan. ¿Acaso oíste alguna vez que Mikola cantara?

Primera mujer. ¡Cierto es! Desde que le conozco nunca le oí cantar. ¡Que cosa más rara!

Segunda mujer. ¿Y cómo está su mujer? ¡Qué desdichada! ¡Tan joven y tan hermosa y de una familia tan buena! . . . Su padre era un hombre que tenía fama en todas las aldeas. Era el más rico de la provincia, y diputado de la comunidad. ¡Y ya ven a lo que ha llegado la pobre!

Nastia. ¡Ay, comadre! ¡Usted no sabe qué clase de mujer es ésa!

Primera mujer. ¿Qué es?

Nastia (*bajando la voz y en tono significativo*). ¡La última de las últimas!

Las dos mujeres (*juntando las manos con asombro*). ¿Qué dice usted?

Nastia. Lo que oyen. Ya saben ustedes que somos vecinas. Yo hago como que no miro, pero veo bien lo que pasa en su casa.

Las dos mujeres. ¿Y qué has visto? ¡Cuéntanoslo!

Nastia. ¡Qué les puedo contar! Asco me da hablar de ello. ¿Saben con quién se ha liado? Pues con el gendarme, con el mismo que metió en la cárcel a su marido.

Las dos mujeres. ¡Dios mío!

Nastia. Hace ya mucho tiempo que tenía amores con él, desde cuando era moza. Son de la misma aldea. Sus hermanos la casaron a la fuerza con Mikola.

Las dos mujeres. Eso ya lo sabemos, ¡pero con el gendarme! . . .

Nastia. Dos veces por semana pasa él la noche en su jata. Llega de noche y se marcha al amanecer. Dice que todo el tiempo anda buscando a los cómplices de Mikola. El mismo se lo ha dicho a mi marido. ¡No faltaba más!

Las dos mujeres. ¡Santo Dios!

## ESCENA IV

Ana, las mujeres y Nastia.

Durante esta conversación la escena poco a poco se va llenando de mozos y mozas. Están en grupos, conversan, se ríen. Las mujeres ya entradas en años pasean con sus maridos por la calle; unos entran en la posada, otros salen de ella.

Ana (*entra vestida de fiesta, mira temerosa a su alrededor y se acerca a las mujeres que están sentadas*). ¡Alabado sea Cristo!

Primera mujer (*con frialdad*). ¡Sea por siempre alabado!

Ana. No ha estado aquí... (*sin terminar la frase, mira a su alrededor*).

Segunda mujer. ¿Busca usted a su marido? No, no ha estado aquí.

Ana (*atemorizada, vuelve la cabeza*). ¿Mi marido? No, al marido no...

Nastia (*con mordaz reproche*). Precisamente acabábamos de recordarle, comadre Ana, ¿me oye usted? Dicen que se ha puesto muy enfermo.

Ana (*como distraída*). ¿Ha caído enfermo? No he oído nada. ¿Y qué le pasa?

Nastia (*en el mismo tono de antes*). Lo van a ahorcar.

Ana (*se estremece, pero al darse cuenta de la mordacidad de Nastia, le contesta en el mismo tono*). ¿Ahorcarlo? Pues esa es una enfermedad en la que yo nada puedo ayudarle. Si es culpable que pague por ello.

Nastia (*se vuelve de espaldas a ella. A la primera mujer*). Sabe usted, un hombre de Nepítovo estuvo encerrado con él en la misma celda y acaba de salir de la cárcel. A mi marido le contó que Mikola, el de nuestra aldea, le había rogado transmitir lo siguiente: "Pídanle a mi mujer que, al menos, me visite una vez. Que me envíe un poco de dinero y me traiga una camisa limpia. Y que me busque un abogado.

Ana se dirige a la calle y desaparece.

## ESCENA V

Los mismos sin Ana. Se acercan mozos y mozas. Bullicio.

Primera mujer. ¡Ruin!

Segunda mujer. ¡Maldito veneno!

Nastia. ¡Desalmada! Eso se notó en seguida. Cuando se lo llevaron arrestado no dijo ni una palabra, y en vez de



llorar, como corresponde a una esposa honrada, ¡no derramó ni una lágrima! ¡Ni una siquiera!

Primera mujer. ¡Sería curioso saber a quién buscaba por aquí!

Nastia. Claro que a él, a su gendarme.

Primera mujer. ¿Es que está aquí?

Nastia. Hoy le he visto en la iglesia... Por lo tanto, debe estar aquí.

Segunda mujer. Me parece haberle visto cuando él iba a casa del alcalde.

Nastia. Estoy segura que ella le esperaba en la jata, pero, al ver que no llegaba, ha salido a buscarle por la aldea.

Segunda mujer. No; eso sería demasiado. ¿Es que ha perdido por completo la vergüenza?

Nastia. ¿Y creen ustedes que no la ha perdido? Ya verán como vendrá aquí a bailar con él.

Mujeres. ¡Huf! ¡Así se la trague la tierra!

## ESCENA VI

Los mismos, músicos, después aparece el alcalde. Voces de jóvenes: "¡Ya vienen los músicos! ¡Los músicos! ¡Preparen sitio para los músicos!"

Varios mozos sacan del zaguán de la posada un banco y lo ponen en el patio, cerca de la pared: "¡Así! ¡Aquí estará bien!" Los músicos —tres campesinos, uno con el violín, otro con el contrabajo, el tercero con el pandero— entran, se inclinan saludando a todos lados, después suben al banco, sobre el que les han puesto unos taburetes. Se sientan y empiezan a afinar sus instrumentos. Bullicio alrededor, risas, bromas. La escena se llena de gente.

Alcalde (*sale de la posada, amenazador*). ¿Qué pasa aquí? (*Al ver a los músicos*). ¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Quién les ha dado permiso?

Músicos (*se levantan, se quitan los gorros, habla el del violín*). Señor jefe, nos han llamado. Y nosotros vamos adonde nos pagan. No es cosa nuestra pedir el permiso. Nos han llamado y nos han dicho que se podía tocar.

Alcalde. ¿Quién les ha llamado?

Violinista. Los mozos, ¿quiénes podían ser? El Andruj, el Olioksa y también Stepán.

Cesa el bullicio. Tres mozos avanzan y saludan respetuosamente al alcalde.

Alcalde. ¿Qué queréis vosotros?

Primer muchacho (*inclinándose*). Le rogamos, señor jefe, que nos permita bailar un poco. Estamos en vísperas de la Cuaresma, por eso se lo pedimos hoy por última vez.

Alcalde (*severo*). ¿De quién eres tú hijo?

Mozo. De Vasil Pivperechni, soy Olioksa.

Alcalde. ¿Has estado hoy en la iglesia?

Mozo. He estado, señor jefe.

Alcalde. ¿Oíste lo que dijo el pope?

Mozo. Lo oí, señor jefe.

Alcalde. Acaso os ha mandado él que vengáis a la posada para oír música y bailar?

Mozo. No, no lo dijo.

Alcalde. ¿Y es así cómo obedecéis sus mandatos?

Mozo (*se rasca el cogote y sonríe*). ¿Pero quién le va a obedecer?... ¿señor jefe? Nuestro pope es ya viejecito, ¿y puede él, acaso, saber lo que necesita la juventud? Permítanoslo usted... Eso depende de usted y no del pope.

Otros mozos. ¡Sí, sí! Se lo rogamos, señor jefe, permítanoslo.

Alcalde. ¡No lo permito! ¡No se puede!

## ESCENA VII

Los mismos y Shlioma.

Shlioma (*sale corriendo de la posada con una botella en la mano y una copa*). ¿Cómo que no se puede? ¿Por qué no se puede? (*A los mozos*). No, no, no teman; el señor alcalde bromea. ¿Y por qué no se puede? (*Llena la copa*). ¡Vaya, señor alcalde, beba usted y que Dios le dé mucha salud!

Alcalde. No, no Shlioma, cuando yo digo que no puede ser, es que no puede ser. Esta copa me la bebo, porque me lo pide el cuerpo. (*Bebe*). Y te la voy a pagar, pero aquí no habrá ni música, ni baile.

Shlioma. Pero usted, señor alcalde, no tiene derecho a prohibírselo. Yo lo pago con lo que gano. Además, tengo mi patente.

Alcalde. ¿Patente? ¿Qué patente?

Shlioma. ¿Qué patente? Una patente del emperador. ¡Y con el sello! ¡Mírela! (*Saca del bolsillo un papel plegado en varios dobleces y se lo da al alcalde*).

Alcalde (*despliega torpemente el papel, lo mira por todos lados, seguramente no sabe leer, y se lo devuelve*). Si tienes patente, es otra cosa. Eso ya no entra en mis funciones.

Shlioma. ¿Lo veis? ¿No os he dicho que tendríamos música? ¡Eh, mozos!, ¿a qué esperáis? ¡Agarrad a las mozas! ¡Fijáos qué ganas tienen de bailar! Y ustedes, músicos, ¿quieren beber?

Músicos. ¿Cómo no? Por derecho nos corresponde.

Contrabajo. El mismo Dios lo mandó.

Shlioma (*les agasaja*). ¡Hala, beban, beban, pero a tocar bien!

Músicos. En eso, estamos al corriente.

Alcalde. Pero ándense con cuidado, que no haya desorden, y sin sacrilegio alguno.

Shlioma. ¿Oyen lo que dice el señor jefe? Sin sacrilegios.

Alcalde. Y tan pronto como se ponga el sol, cada mochuelo a su olivo. Ya mandaré yo a alguien para que nadie intente...

Shlioma. ¿Para qué, señor jefe? ¿Para qué recargar a alguien con ese trabajo? ¿Acaso no sé yo como hay que portarse? Cuando llegue el momento, diré que se termine el jolgorio. ¡Venga, venga, alégrese! Y a usted, señor alcalde, le ruego que venga conmigo. Tengo que decirle algo muy importante. (*Entra con él en la posada*).

## ESCENA VIII

Los mismos sin el alcalde ni Shlioma.

La multitud se aparta, dejando sitio libre en medio. Los campesinos de más edad y sus mujeres se sientan cerca de los músicos, en los bancos que están cerca de las paredes, y sobre los troncos. Los niños se encaraman en el seto; mozos y mozas forman corro en dos filas. Los músicos empiezan a tocar.

Mozo. ¡Eh, y cómo nos vamos a divertir! ¡Fuera penas! ¡A ver, músicos, toquen la *kolomiika*! Toquen algo tan alegre que los mismos pies salten a bailar.

Los músicos tocan la *kolomiika*, varias parejas bailan. Pasado algún tiempo los músicos dejan de tocar, las parejas interrumpen el baile.

Mozo. ¿Qué pasa? ¿Por qué han dejado de tocar?

El del violín señala con el arco hacia la calle.

V o c e s . ¡El gendarme! ¡El gendarme! ¡El que metió a Mikola en la cárcel!

Todos se callan; los rostros denotan intranquilidad, y hasta temor.

#### ESCENA IX

Los mismos, el gendarme y Ana.

G e n d a r m e (*trae a Ana de la mano y tira de ella*).  
¡Anda, vamos! ¿Por qué tienes que avergonzarte?

A n a . ¡Teme a Dios, Mijailo! ¡Déjame! ¿Ves?, la gente nos mira.

G e n d a r m e . Qué me importa, el que sea curioso que mire. ¡Y a mí qué! ¡Eso a mí no me da ni frío ni calor!

A n a . La cara me quema de vergüenza. La gente murmura, me señala con el dedo.

G e n d a r m e (*la mira severo*). Ana, yo creía que eras una mujer inteligente, pero no dices más que tonterías. Después de todo lo que ha ocurrido ¿cómo puedes hacer caso de las miradas de la gente ni de las murmuraciones? ¡Bah, eres una miedosa como todas!

A n a . ¡Mijailo!

G e n d a r m e . ¡No, no me digas más! No quiero saber nada de ti; ni verte, ya que eres así.

A n a . ¡Mijailo!

G e n d a r m e . ¿Qué, vienes?

A n a . ¡Dios mío! ¿Cómo no ir? . . .

G e n d a r m e . ¿Y bailarás conmigo?

A n a (*aterrorizada*). ¿Aquí? ¿Ante todo el mundo?

G e n d a r m e . ¿Otra vez con lo mismo? ¡Ni una palabra más! ¿Vienes o no?

A n a (*en un susurro*). ¡Dios mío, infúndeme valor! (*Le da la mano*).

Los dos se acercan a la gente que está ante la posada.

G e n d a r m e . ¡Alabado sea Cristo!

C a m p e s i n o s y c a m p e s i n a s . ¡Sea por siempre alabado!

G e n d a r m e . Acabo de oír que tocaba la música y he visto que bailaban.

M o z o . ¿Es que está prohibido?

S e g u n d o m o z o . Estamos en vísperas de la Cuaresma.

T e r c e r m o z o . El señor alcalde nos lo ha permitido.

Gendarme. Pero si yo no digo nada. Bailen y que les aproveche. ¡Eh, músicos, empiecen! Quiero oír cómo tocan ustedes aquí, en Nezvánichi. A lo mejor, a mí también me entran ganas de dar un par de vueltas. ¿Qué, mozos, me lo permitís?

Mozos. ¡Claro, por favor!

Música. El gendarme, después de oír unos compases, toma a Ana de la mano y se va con ella a la posada.

## ESCENA X

Los mismos, sin el gendarme y Ana.

Primera mujer. Fíjense, efectivamente se ha ido con él.

Segunda mujer. Se ve que al principio estaba avergonzada. Se resistía un poco.

Nastia. Aún no se ha acostumbrado, comadre; pero pronto se hará a ello. El la domará.

Segunda mujer. ¡Qué terrible es! Sobre todo da espanto cuando ríe. Enseña los dientes, tan blancos y tan grandes, como si te fuera a morder.

Música, baile. Poco después salen de la posada el gendarme y Ana, se cogen de las manos y empiezan a bailar.

## ESCENA XI

Los mismos, el gendarme y Ana bailando. Poco a poco, las parejas que bailan se van retirando. En los rostros de todos se nota indignación. El gendarme y Ana se quedan solos.

Gendarme (*al darse cuenta, se detiene, amenazador*). ¿Qué significa eso? (*Mira alrededor*). ¿Por qué no bailáis?

Mozos (*se inclinan, saludando con malicia*). Ya hemos bailado bastante.

Gendarme. ¿Cómo? ¿No queréis bailar más?

Uno de los mozos. No, estamos ya cansados.

Gendarme. ¡Eh, muchachos!, ¿lo hacéis por mí?

Mozo. Es posible.

Gendarme. ¿Qué? . . . ¿Cómo os atrevéis a humillarme de tal modo?

Mozo (*con audacia*). ¿Y el señor gendarme tiene derecho a deshonrarnos de tal manera?

Gendarme. ¿Cómo?

Moz o. Bailando con semejante mujer.

Gendarme. ¿Con quién?

Moz o. Bien sabe usted, con quien. Con ella nosotros no bailamos.

Gendarme. Pues yo sí bailo con ella. Vosotros no tenéis derecho a humillarme, soy un servidor del emperador.

Moz o. Y nosotros también, pero, a la fuerza, no nos obligará usted a bailar.

Gendarme (*en tono más suave*). Pues es muy posible que les obligue. (*Grita*). ¡Posadero! ¡Eh, Shlioma!

## ESCENA XII

Los mismos y Shlioma, tras él sale el alcalde.

Shlioma (*con una pipeta para trasegar el vino del tonel*). ¿Qué desea el señor jefe?

Gendarme. Un cubo de aguardiente y medio barril de cerveza para todos los presentes. ¡Yo pago!, ¿comprendes? ¡Anda, rápido!

Moz o. Usted, señor gendarme, no se gaste el dinero en vano, pues no vamos a beber ni su cerveza ni el aguardiente, ni bailaremos junto con esa mujer. Y no lo tomen como una humillación, ni usted, ni ella. Como quieran, pero con ustedes no vamos a bailar. Si es su voluntad prohibir que sigamos divirtiéndonos, nos marcharemos. ¡Eh, muchachos, muchachas, vámonos a casa!

Alcalde (*sale al centro*). ¡Esperen! ¿Qué ha pasado aquí?

Moz o (*saludando*). Nada, señor alcalde; hemos ya bailado y ahora nos vamos a casa.

Alcalde. ¿Cómo, tan pronto?

Moz o. El pope nos lo aconsejó severamente.

Alcalde. ¡Oye, tú, mocososo! ¿Cómo te atreves a recordármelo? Eso se lo cuentas al que no tenga olfato, pero no a mí. ¿Crees que soy tonto y no veo lo que aquí pasa?

Moz o. Entonces, ¿para qué el señor alcalde nos lo pregunta?

Alcalde. ¡Cállate, imbécil! ¡Eh, muchachos, vergüenza os debiera dar portarse así! El señor gendarme es hoy vuestro huésped, vosotros mismos le invitasteis, no me lo vais a negar, pues yo mismo lo vi desde la ventana. ¡Y ahora le hacéis este feo! ¡No está bien eso!

Moz o. ¿Y a usted le parece bien que bailemos junto con semejante...?

Alcald e. ¡Ana es una mujer decente! ¿Qué queréis de ella?

Moz o. Van a ahorcar a su marido y ella está aquí bailando. ¿Es que una mujer decente puede portarse así?

Alcald e. ¡No hagáis caso, muchachos, de habladorías! Eso es mentira. A su marido aún no le han juzgado y no se sabe si es culpable o no, y, sin juzgar, no se ahorca a nadie. ¿Si el señor gendarme no se avergüenza de bailar con ella, por qué tenéis que avergonzaros vosotros? No refunfuñéis y estad contentos de que os hayan permitido divertirlos. Y a usted, señor gendarme, le ruego que no discuta con estos chiquillos. Ya ve que no lo han hecho con mala fe. ¡Eh, músicos, a tocar!

Los músicos tocan; poco a poco, con desgana, se reanuda el baile. Pasado algún tiempo el gendarme y Ana empiezan de nuevo a bailar. De repente, los músicos dejan de tocar, los que bailan, a excepción del gendarme y Ana, se paran y quedan, como clavados en el sitio.

### ESCENA XIII

Los mismos; poco después, Mikola.

Los músicos y parte de los que bailan ven a Mikola antes de que aparezca en la escena. El gendarme y Ana están vueltos de espaldas a Mikola.

Gendarme (*dando una patada en el suelo*). ¡Malditos demonios! ¿Qué pasa otra vez? ¿Por qué habéis parado? Eh, músicos, queréis que...

Los músicos, en silencio, señalan con el arco a Mikola.

Gendarme (*da la vuelta; al ver a Mikola*). ¡Atiza! ¿Qué es esto?

Mikola (*con su zamarra, la barba crecida y un hatillo a la espalda, entra y se inclina saludando a todos los presentes*). ¡Alabado sea Cristo!

Todos. ¡Sea por siempre alabado!

Ana (*al verle, da un grito*). ¡Santo Dios! ¡Estoy perdida! ¡Mikola!

Mikola (*sonríe tristemente*). ¡Pero qué veo!, ¿también mi mujer está aquí? Qué gracia tiene. ¿Y usted también está aquí, señor gendarme? Veo que les he aguado la fiesta.

Gendarme. ¿Hombre, qué tal, cómo te encuentras, Mikola? ¿Cómo van tus asuntos? ¿Te han soltado?

Mikola. Sí, gracias a Dios, me han soltado.

Gendarme. Me alegro mucho. (*Se acerca a él y le da la mano*). ¿Pero sabes tú a quién debes agradecérselo?

Mikola. ¿Cómo lo voy a saber? ¿Acaso dicen allí esas cosas? Vinieron, abrieron la celda y me mandaron que me fuera al quinto diablo. Y nada más.

Gendarme. A mí me lo tienes que agradecer.

Mikola. ¿A ti? ¿Por qué?

Gendarme. Porque he dado con el verdadero criminal. Y no uno solo, sino toda una banda. El detenerles es cuestión de días. Cierto es que me ha costado mucho trabajo. A poco me cuesta la cabeza. ¿Sabes tú?, desde el momento en que te detuve no podía dormir tranquilo. Siempre me parecía que tú no eras el culpable y que pensarías que yo, adrede, te había metido en este mal asunto. Y no me quedé tranquilo hasta que no di con el rastro de los asesinos.

Mikola (*inclinándose*). Que Dios te lo pague por todo el bien... Y el mal... (*Lanza una mirada de reproche a Ana*). ¡El mal que Dios os lo perdone!

Gendarme (*riendo*). ¿Hombre, hacerte mal? A nadie he hecho mucho mal. Puede que alguien me haya hecho a mí mucho más mal, pero a nadie se lo recuerdo.

Mikola (*apresuradamente*). ¡Ni yo tampoco, tampoco! ¡Dios me guarde de ello! ¡Para qué recordarlo!

Gendarme. Pues a tu mujer hoy a duras penas la he sacado de casa para que se airease un poco y estuviera entre la gente.

Mikola. Te lo agradezco, te agradezco que tú, al menos, te hayas preocupado de ella. Ya he oído, ya he oído en la cárcel cómo tú te preocupabas de ella. ¡Gracias! (*Se inclina*). ¿Oye, Ana, por qué estás ahí quieta, como una condenada? ¿Por qué no me saludas?

Ana. Aún tendremos tiempo de saludarnos. ¿Para qué hacerlo aquí ante todo el mundo?

Mikola. Es verdad. Ese es asunto de familia, y no hay por qué mostrarlo a la gente. (*Saluda y se dispone a marcharse*).



A n a le sigue.

G e n d a r m e. ¡Eh, tú, Mikola, aguarda un poco!

M i k o l a (*mira*). ¿Qué quieres?

G e n d a r m e. ¿Cómo es eso, y a mí no me invitas a tu casa? Hoy es día de fiesta y hay que celebrarlo. Anda, ¡no creas que vas a escaparte de rositas!

M i k o l a (*turbado*). Bueno, si así lo deseas. . . Con franqueza te digo que no había pensado en. . .

G e n d a r m e. ¿Es que tú, en toda tu vida, has pensado en algo? Siempre han sido otros los que han pensado por ti. Bueno, espera, ya que tú no sabes invitar a la gente, seré yo quien te invite. ¡Eh, posadero!

S h l i o m a (*sale corriendo, con un par de vasos vacíos*). ¿Qué desea el señor?

G e n d a r m e. ¡Una botella de aguardiente, otra de guinda y alguna que otra cosilla buena! ¡Ponlo todo en una cesta! ¡De prisa! ¡Pago yo!

S h l i o m a. ¡De ninguna manera! ¿Cómo voy yo a cobrarle al señor jefe? ¿A dónde lo mando todo?

G e n d a r m e. ¡A casa de Mikola! ¡Y cuanto antes!

S h l i o m a. ¡Bien, bien! (*Se mete en la posada*).

G e n d a r m e (*agitando su gorro*). ¡Eh, buena gente, que les vaya bien! ¡Adios! (*Se va*).

N a s t i a (*murmura, dirigiéndose al gendarme*). ¡Así te rompas la cabeza por ahí!

Música: m o z o s y m o z a s empiezan de nuevo a bailar.

TELON

## CUARTO ACTO

La casa de Mikola.

ESCENA I

A n a sola.

A n a (*cerca de la ventana, enrolla la hilaza en la devanadora y cuenta los hilos*). Once, doce, trece, catorce, quince. (*Se detiene*). Ya es el séptimo día que no le veo. Quizá venga hoy. Le temo, y no puedo vivir sin él. (*Continúa enrollando el hilo*). Dieciséis, diecisiete, dieciocho, die-

cinueve, veinte. (*Se detiene, entorna los ojos y queda pensativa*). ¡Qué terrible es! ¡Da espanto! Sin duda alguna, si quisiera, nos aplastaría a los dos, a mí y a ese... baboso mío. Sólo con una mirada nos aniquilaría a los dos. Y cuanto más terrible y fiero se pone al hablar conmigo, me parece que tanto más le quiero. Tiemblo toda, y me da la impresión de que me fundo con él y me convierto en parte de él. Y entonces no tengo ni fuerza, ni juicio, ni voluntad, ni resistencia, nada, nada en absoluto. ¡En tales momentos todo me da igual, y estoy dispuesta a entregarle todo, a hundirme en el fango si él lo quiere! ¡Ay! (*Sigue enrollando*). Veintiuno, dos, tres, cuatro. (*Anuda los hilos*). ¿Y acaso no le he dado todo, todo lo que una mujer puede dar al hombre amado? ¡Hasta mi alma, mi honra, mi buena fama! ¡He faltado a mi juramento! ¡Por mi propia voluntad, me he convertido en el hazmerreír de la gente! ¿Y qué? ¡Me da lo mismo! Para mí él es todo: luz, gente, honra y juramento. (*Enrolla*). Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

## ESCENA II

El gendarme y Ana.

Gendarme (*entra*). ¡Buenos días, Ana! ¿Estás sola?

Ana (*se le caen de las manos el ovillo y el huso*) ¡Ay! ¿Eres tú? ¿Dónde has estado tanto tiempo? ¿Por qué no has venido en tantos días?

Gendarme. ¿Dónde está tu marido?

Ana. Trillando en la era.

Gendarme. Bueno, y él, ¿qué?

Ana. ¿Qué quieres decir?

Gendarme. ¿No te reprocha, no te pega, no te insulta...?

Ana. ¿Quién, él? Ni palabra. Ni siquiera me pregunta por qué no iba a verle a la cárcel. Anda por la jata, atareado con la hacienda, igual que antes.

Gendarme. ¿Y tú, no has intentado hablar con él?

Ana. ¿De qué tengo que hablar con él? Se me ha hecho odioso. Mejor habría sido que se hubiera podrido en la cárcel.

G e n d a r m e. ¿Qué te parece, adivina él lo que ha pasado entre nosotros?

A n a. ¡Quién sabe! Ni siquiera me lo ha dado a entender, ni con una palabra, ni con un gesto.

G e n d a r m e. Pero puede que los vecinos le hayan hablado de ello.

A n a. Puede ser. ¿Pero, qué me importa a mí eso? Ahora estoy ya tranquila, nada temo, no pienso en nada y no quiero saber nada de nadie; sólo te quiero ver a ti. (*Se acerca a él, tímidamente*). ¿Mijailo, me dejas que te abrace?

El g e n d a r m e la abraza.

¿Y darte un beso? (*Se besan*). ¿Sabes? Antes, creo, que me habría muerto de vergüenza, sólo al pensar que yo, una mujer casada, podía besar así a un hombre que no fuera mi marido. ¡Pero ahora!... (*Lo besa con pasión*). ¡Querido mío! ¡Ahora ya no tengo ni inquietud ni remordimiento!

M i k o l a abre la puerta, pero al ver que M i j a i l o y A n a se están besando se echa atrás y cierra la puerta.

G e n d a r m e (*en un susurro*). ¡Era él!

A n a. ¡No importa! ¡No le temo!

G e n d a r m e. Yo tampoco soy de los cobardes. Pero ahora no quiero hablar con él. He venido sólo por un instante. Tengo que ir aún a ver al alcalde y entregarle una carta; después volveré y estaré aquí unas horas. ¡Adiós! (*Toma la carabina y sale*).

A n a. ¡No dejes de venir! ¡Te espero al anochecer! (*Emprende de nuevo la labor*). Sí, nos ha visto. Bueno, ¿y qué? Si no está ciego lo debe haber visto. Si no hoy, el jueves lo tuvo que ver. Ni siquiera pienso esconderme de él. ¡Y que haga conmigo lo que quiera! (*Cuenta en voz baja los hilos, los anuda*).

### ESCENA III

M i k o l a y A n a.

M i k o l a (*entra con un mayal en la mano*). ¿Ana, estás sola?

A n a. Sí, sola.

M i k o l a. ¿Y ése... el gendarme... se ha ido?

A n a. Ha ido a ver al alcalde; ¡ha dicho que volverá pronto! ¿Acaso querías hablar con él?

M i k o l a. ¿Yo? No... Sólo... sólo... decirle una palabra... ¡Aunque, no! ¿Qué tengo que hablar yo con él? ¿Ves? La correa del mayal se ha roto y vengo a anudarlo. ¿Tienes por ahí una cuerdecita?

A n a. No. Toma la hilaza y entrelaza una.

M i k o l a. Así habrá que hacerlo. (*Coge la hilaza, hinca la lezna en la mesa, separa unas hebras de la hilaza, las moja con saliva y comienza a trenzar una cuerda. Ana sigue enrollando y en voz baja cuenta los hilos. Mikola, después de una pausa*). ¡Ana!

A n a. ¿Qué quieres?

M i k o l a. Así que, ese gendarme, ese Mijailo Gurman...

A n a. Di. ¿Qué quieres de él?

M i k o l a. Bien sé, que cuando aún eras moza lo amabas... y también ahora le amas.

A n a (*deja de hacer el ovillo y le mira*). ¿Y qué, qué quieres decir con eso?

M i k o l a (*agacha la cabeza*). Nada. ¿Acaso te digo yo algo? (*Calla durante cerca de un minuto, después llora, inclinada la cabeza sobre la mesa*).

A n a. ¿Por qué lloras, hombre? ¿Por qué me haces pedazos el corazón?

M i k o l a. Porque... porque... el mío está hecho pedazos. (*Se levanta y se acerca presuroso a ella*). ¡Ana! ¿Será posible que... no me ames ni un poquito siquiera?

A n a. ¡No!

M i k o l a. ¿Y nunca me amaste?

A n a. No.

M i k o l a. ¿Y no puedes tú forzarte a vivir conmigo como antes?

A n a. No (*inclina la cabeza*). Todo se ha perdido.

M i k o l a (*se vuelve de espaldas*). ¡Qué le vamos a hacer!, veo que ésa es la voluntad del Señor. Dios mío, ¿para qué me sacaste de la cárcel? ¿Por qué no me dejaste pudrirme allí? Y creía yo que no había peor martirio que la cárcel. Cuando vinieron los señores y me dijeron: "Mikola, estás en libertad, vemos que eres inocente", ¡Dios mío!, el corazón casi se me saltó del pecho, de la inmensa alegría. Le pedí a Dios que me diese alas para llegar a casa cuanto antes, y llegué a casa y me encontré con algo, con algo...

¡que hasta la lengua se resiste a decirlo! Algo que, en comparación con ello, la cárcel me parece ahora un paraíso. (*Llora amargamente*). ¿Y por qué delito me castiga Dios tan duramente? ¿Qué he hecho yo para ofenderle, con qué lo he agraviado tanto?

A n a. ¡Deja ya de llorar, Mikolá! Y no me culpes a mí. Muy bien sabes que no es mía la culpa. A la fuerza me casaron contigo. Mientras pude aguantar, te fui fiel, aunque amaba a otro. Pero ahora he perdido ya el dominio de mí misma, todas las fuerzas.

M i k o l a. Bueno, ¿y qué vamos a hacer en adelante? ¿Cómo vivir?

A n a. Haz lo que te parezca, lo que te diga tu conciencia. Puedes matarme o echarme de casa, puedes dejarme a tu lado; me da lo mismo.

M i k o l a. ¡Oye, Ana! ¡Yo te comprendo! ¡Yo te quiero! Te tengo tanta compasión, como a mí mismo. No quiero ser tu verdugo, pues muy bien sé que tú, sin necesidad de mí, has sufrido ya mucho. Sólo te pido una cosa: ¡ten en consideración lo que dice la gente! ¡A mí puedes no hacerme caso, nada soy para ti, pero los demás! . . . ¡Que la gente no se ría de nosotros!

A n a. ¿Acaso puedo yo prohibirles que se rían? ¡Que se rían hasta reventar, si les hace gracia!

M i k o l a. De todos modos. . . , te ruego que no salgas con él por ahí. No me tires por el barro, infeliz de mí; ¡o mátame para que yo no lo vea!

A n a. ¡Eso no depende de mí, Mikola! Ahora sólo a él le reconozco como dueño y señor, igual que antes te reconocía sólo a ti. Haré lo que él diga, y no tendré en cuenta nada más. Si me cubro de vergüenza, pues me cubro de vergüenza, si viene la muerte, que venga. Con él nada temo. Y tú haz lo que te parezca.

M i k o l a (*se coge la cabeza con las manos*). ¡Dios mío, Dios mío, ha perdido por completo la razón! Habla como si estuviera delirando. ¡Ese maldito la ha hechizado, le ha dado algún filtro amoroso, la ha vuelto loca, para reírse de mí! (*Va y viene por la habitación, su cara refleja profundo dolor*).

A n a sigue enrollando el ovillo.

ESCENA IV

Los mismos y el gendarme.

Gendarme (*entra*). ¡Alabado sea Dios! ¡Buenos días, Mikola!

Mikola (*hosco*). ¡Buenos días, Mijailo!

Gendarme (*riéndose, le da unas palmadas en el hombro*). Bien podrías hablar conmigo alguna que otra vez, como se habla con los viejos conocidos.

Mikola. Mejor habría sido que no nos hubiéramos conocido.

Gendarme. ¿Pero hombre, por qué? ¡Uf!, ¡Mikola, pero qué mala cara pones! Como si yo hubiera degollado a tu padre.

Mikola. Mucho peor me has hecho.

Gendarme. ¡Vaya, hombre, no digas tonterías! ¡Mejor será que te sientes aquí! (*Por la fuerza le obliga a sentarse a la mesa, deja la carabina y el gorro sobre el borde; luego saca de la bolsa una botella de aguardiente*). ¿Sabes qué?, le vamos a preguntar a esta adivinadora cómo hay que vivir en este mundo. Ana, por favor, sácanos unas copitas.

Ana se levanta y pone sobre la mesa dos copas, pan y requesón.

Mikola. Gracias, yo no bebo.

Gendarme. ¿Cómo que no bebes? ¡Vaya un embuste, Mikola! ¿La semana pasada bebiste y ahora no? Déjate de sandeces. (*Llena la copa*). ¡A tu salud, Mikola! (*Bebe*). ¡Ah!... ¿Ves?, bebo yo solo. (*Llena la copa*). ¡Toma, bebe! ¡Y no penes! ¡Quítate de encima esa pena y esa tristeza! ¡Que pene el caballo, que grande tiene la cabeza!

Mikola (*toma la copa*). ¡Ah!, ¡ya veo que nada puedo hacer contigo! ¡Que revienten, Mijailo! (*Bebe*).

Gendarme (*se ríe*). ¡Ja, ja, ja! ¡Que reviente! ¡Vaya una buena salud que me deseas! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué bromista eres, Mikola, pero qué bromista! (*Le da unos golpes en la espalda*).

Mikola. ¿Y qué quieres, Mijailo?, a cada uno lo que se merece.

Gendarme. ¿Así que tú crees que yo debo reventar?

Mikola. Sí, creo que sería lo mejor para mí, para ti y también para ella (*señala a Ana*).

Gendarme. Y para ella. ¡Pero si hemos olvidado al ama! (*Llena el vaso*). ¡Venga, Ana, bebe a la salud de tu marido!

A n a. A tu salud, Mijailo. (*Bebe*).

G e n d a r m e. ¡Ja, ja, ja! ¿Lo ves, Mikola?, ¡tu esposa me desea todo lo contrario! Bebamos ahora a la salud de ella. (*Beben*).

M i k o l a. ¡Qué aguardiente más fuerte es ése, Mijailo! ¡Dos copas he bebido y ya me da vueltas la cabeza!

G e n d a r m e. ¡No hagas caso, hijo mío! ¡Lo que te pasa es que tienes la cabeza débil! Una cabeza fuerte no se pone así ni con diez copas.

M i k o l a (*apoya la cabeza en la mano*). ¿Dices que tengo la cabeza débil? ¡Pues dices la pura verdad! Ya antes de beber tu aguardiente, me daba vueltas, pero ahora la tengo mucho peor. Oye, Mijailo, ¿sabes qué te quiero decir en tono amistoso, por nuestra vieja amistad?

G e n d a r m e. ¿Qué quieres?

M i k o l a. ¿Por qué no dejas de venir por aquí, por mi casa?

G e n d a r m e. ¿Y por qué, Mikola? ¿Estás harto ya de mis visitas?

M i k o l a. Harto o no, pero... Me parece que sería mejor si tú no vinieras por aquí.

G e n d a r m e. Te juro por Dios, hermano, que no puedo. Mi trabajo es tal que mi camino pasa al lado mismo de vuestra jata. Y, además, amigo del alma, tengo aquí un asunto liado.

M i k o l a. ¿Cuál? ¿Qué asunto?

G e n d a r m e. Aunque se trata de un secreto del servicio, te lo voy a decir, ¿qué hacer? Pero antes que nada vamos a beber. ¡A nuestra salud! (*Llena los vasos, beben*). Pues escucha de qué asunto se trata, amigo. Parece ser que te han soltado de la cárcel...

M i k o l a (*salta de la silla*). ¿Parece ser? ¿Por qué te parece?

G e n d a r m e. ¡Vaya, hombre, tomas las cosas con tanta seriedad como si tuvieras cierta culpa! ¡Ay, Mikola! Si tú mismo te consideras inocente, ¿no es así? (*Insistente*). ¿Tu conciencia te dice que tú eres inocente? ¿Cierto? (*Le mira fijamente a los ojos*).

M i k o l a (*aturdido, gritón*). ¡Juro por Dios que digo la verdad!

G e n d a r m e (*irónico*). ¡Bueno, deja, Mikola! ¡No hables así! Por cierto, delante de un gendarme no digas nunca esas palabras. Nosotros, los gendarmes, pensamos así, her-

mano: si alguien que es sospechoso empieza a poner a Dios por testigo, eso quiere decir que su conciencia no está limpia. Así que algo debe haber que no está bien.

M i k o l a (*asustado*). Entonces... quieres decir que... tú piensas que yo...

G e n d a r m e (*se ríe y le golpea en el hombro*). ¡Ja, ja, ja! ¡Eres un niño, Mikola! ¡Mira lo que pienso! A ti se te puede asustar con cualquier tontería. ¡No temas, hombre, que no es tan fiero el león como lo pintan! ¡Lo que a ti te parece tan terrible, no lo es en tal grado! Y la persona se acostumbra a todo.

M i k o l a. ¿De qué estás hablando? ¡No acabo de comprenderte!

G e n d a r m e. Lo comprenderás, hermano, lo comprenderás cuando llegue el momento. ¿Sabes lo que te aconsejaría ahora?

M i k o l a. Bueno, ¿qué?

G e n d a r m e. Que te tranquilices. Que no hagas ningún ruido. Vive tranquilamente, en paz, como Dios manda, y no hagas caso de lo que pasa a tu alrededor.

M i k o l a. ¿No hacer caso? ¿Y crees tú que eso es posible?

G e n d a r m e. ¿Y por qué no? Claro que sí. Créemelo, amigo. Yo he recorrido mucho mundo, he visto mucho y algo he aprendido. Y sabes lo que te digo: miles de gentes viven como tú y ni siquiera preguntan cómo ocurren esas cosas, cómo empezaron, ni quién es el culpable. ¿Qué persona puede tener tanta inteligencia para poder comprender todo eso? Lo que tiene que ocurrir, ocurre, y evitarlo no se puede. ¡Qué le vamos a hacer! Hay que tomar la vida tal y como es; hay que vivir como uno puede.

M i k o l a. ¿Con el corazón destrozado?

G e n d a r m e. ¡Pero qué tonterías dices! ¡El corazón! ¿Quién lo conserva entero?

M i k o l a. ¿Y ser el hazmerreír de la gente?

G e n d a r m e. ¡No hagas caso de la gente! ¿Para qué la necesitas? Si tú te ríes de ellos, ellos no se reirán de ti. Incluso vendrán a tu jata a verte.

M i k o l a (*pensativo*). Prudente consejo me das. Pero, quizá, demasiado fuerte para mi débil cabeza. (*Se coge la cabeza con las manos y solloza*). ¡Oh, demasiado, demasiado fuerte! ¡No aguantará semejante carga!

G e n d a r m e. No temas, aguantará. Yo te ayudaré. Le retorceré el pescuezo al primero que intente mofarse de ti.



Mikola. Muchos pescuezos tendrás que retorcer entonces.

Gendarme. No temas, que eso ya es asunto mío. ¿Sabes, amigo Mikola?

Mikola. ¿Qué?

Gendarme. Veo que estás muy cansado. Tienes sueño. Anda, vete a la era y acuéstate.

Mikola. ¿Y tú?

Gendarme. De mí no te preocupes. Voy también, descansaré un poco y después me iré a casa.

Mikola. ¿Puede ser que vayas tú, Mijailo, a la era y que duermas allí?

Gendarme. ¡Vaya, déjate de comedias! Aquí tienes el chaquetón (*coge de la percha el chaquetón, se lo echa en los hombros, la almohada y la manta se las pone también sobre los hombros*). ¡Anda, vete! (*Le empuja hacia fuera de la puerta*).

Silencio. Detrás de la escena, se oyen los profundos suspiros y los lentos pasos de Mikola.

## ESCENA V

El gendarme y Ana.

Gendarme (*abrazando a Ana*). Bueno, ya estamos solos.

Ana. ¡Chits! Temo que se haga algún mal.

Gendarme. ¡No temas! ¡Ahora está demasiado débil y abatido! Se hundirá en la paja y se quedará allí dormido.

Ana (*se estrecha a él*). ¡Mijailo, Mijailo! ¿Qué será de nosotros? ¿Hasta dónde llegará esto? ¿Y en qué parará?

Gendarme. ¡Tonta! ¡Eso es lo que te inquieta! ¿Como si alguien en el mundo supiera qué fin tendrá esto o aquello y hasta dónde llegará? ¡Vive y respira mientras vivas! ¿O estás mal? Si no estás mal, dale gracias a Dios. ¡Y cuando lo estés, ya habrá tiempo para pensar en ese mal! ¡¿En qué parará?! Pues en nada. Vivamos hasta que sea posible. Amemos hasta que sea posible. Riamos en la cara de las gentes hasta que sea posible, hasta que, a pisotones, nos hundan en el fango. ¿Y luego? Luego, el fin es uno: todos moriremos e iremos a parar a los colmillos del diablo. En eso parará, si quieres saberlo (*la abraza*).

## QUINTO ACTO

La jata de Mikola. Es de día. La mesa está puesta, apartada a un lado; sentados a la mesa y a lo largo de la pared, en bancos, campesinos y campesinas; entre ellos, Bábich y Nastia. Mikola, un poco bebido, está de pie, en medio de la jata, con una copa en la mano. En la mesa hay un botellón de aguardiente, pan y sal.

### ESCENA I

Mikola, Bábich, Nastia, campesinos y campesinas. Los campesinos con voces de borrachos cantan la canción "Cigüeñas".

¡Eh!, en el bosque, en el bosque, hay un arado,  
Un arado, —do,—do, un arado.  
Una parcela ya se ha desbrozado,  
Se ha desbrozado, desbrozado, desbrozado.  
¡Eh!, un labrador cáñamo sembró,  
Cáñamo sembró, —bró, —bró  
A la cigüeña mucho le gustó,  
Le gustó, le gustó, a la cigüeña le gustó,  
¡Eh! A esa cigüeñita yo atraparé  
Cigüeñita, —ñita, cigüeñita, te atraparé  
con un palo las patitas te romperé,  
Te romperé, —ré, ré, te romperé.

Campeños y campesinas, al cantar las últimas estrofas, se balancean, se empujan unos a otros y señalan hacia Mikola, el cual está con la cabeza gacha; en su mano, que tiembla, tiene una copa. Cuando termina la canción:

Mikola. ¡A tu salud, compadre! (*Bebe*).

Bábich. ¡Que Dios nos ayude en todo!

Mikola. ¡No, no diga eso! ¿Qué nos puede dar de bueno? Nada bueno pido a Dios. Ya tengo bastante con lo bueno que he recibido. (*Llena una copa y se la pasa a Bábich*). ¡Bebe, haz el favor!

Bábich. ¡Se agradece con toda el alma! ¡No, compadrecito, no irrites a Dios! ¡Lo que da Dios, nunca es malo! A veces, piensas que has caído en la mayor de las desgracias, pero pasan unos días y resulta todo lo contrario, ¡todo sale en provecho tuyo! ¡A tu salud, vecino! (*Se vuelve hacia otro campesino y bebe*).

Primer campesino. ¡Que Dios se la dé a usted también con creces!

Mikola. ¡Oh!, no me digan semejantes cosas. Yo ya he probado en mi propio pellejo el provecho que recibo de todo

ello. No, honrados compadres míos; pueden ustedes creerme o no, pero a mí me parece que Dios, a veces, nos convierte en monigotes para reírse de nosotros.

C a m p e s i n o s. ¡Tema la ira de Dios, compadre! ¿Pero qué dice usted? ¡Si eso es un sacrilegio!

M i k o l a (*agitando la mano*). Sólo una cosa me mantiene aún en este mundo: el aguardiente. (*Toma la copa, la llena y bebe*).

N a s t i a (*cerca de la ventana, moviendo la cabeza, habla a otra mujer*). Ya sabía yo que así tenía que terminar la cosa. Te juro por Dios, que esa mujer no tiene ni corazón ni vergüenza.

P r i m e r a m u j e r. ¡Ay, así es! Mi viejo me ha dicho que va a pedir en la reunión que la azoten ante todo el pueblo para que no dé mal ejemplo a otras.

N a s t i a. No estaría mal. ¿Qué te parece lo que he visto hoy en la iglesia? ¡Líbrenos el Señor! ¡Te juro que nadie en el mundo ha visto nada semejante! Llegó a la iglesia con otro hombre, se plantó... ¿crees que ante el mismo altar mayor, de cara a él? Nada de eso. Se volvió de cara a ese hombre y se puso a rezar, la maldita, a él, susurrando una oración. Las mujeres que estaban a su lado se apartaron de ella, como quien huye de la peste, pero ella seguía rezando como si no se diera cuenta de nada. Y así estuvo durante toda la misa. ¡Ah, no, no toda!, porque tan pronto como acabaron de cantar el "Gloria", el gendarme, desde la iglesia, le guiñó el ojo, y ella salió tras él.

P r i m e r a m u j e r. ¿Y a dónde se han ido?

N a s t i a. De seguro que a la posada. Allí se han encerrado los dos en un camarín, y emborrachándose están. (*Susurra*).

B á b i c h. ¡Compadre Mikola! ¿Dice usted que su mujer le está matando de hambre?

M i k o l a. ¿Quién? ¿Yo? ¿Cuándo y dónde he dicho eso? ¿Dónde?

B á b i c h. Pues yo lo he oído decir.

P r i m e r c a m p e s i n o. Y yo también lo he oído. Por toda la aldea lo dicen.

M i k o l a (*animado por el aguardiente*). ¡Esos rumores son mentira! Mienten los que los propagan. ¿Qué le importa a nadie lo que me pasa con mi mujer?

N a s t i a. Verdad es que nada nos importa. Pero alguien se interesa por ella.

Mikola. ¿A quién le importa lo que comemos, lo que guisamos, y si estamos hartos o hambrientos?

Bábich. Pero no se enfade usted, compadre, por que se lo haya preguntado. No lo he hecho con malicia. Pero debe saber usted, que alguien quería en la reunión de los vecinos...

Mikola. ¿Qué, qué, qué dice? ¿Qué tiene que ver la reunión vecinal con mi mujer? ¡No tiene derecho a ello!

Bábich. Bueno, si usted no se siente ofendido, allá usted. Pero la gente habla por ahí que ella da muy mal ejemplo y, perdone usted, se presenta en público liada con ese Gurman.

Mikola (*se coge la cabeza con ambas manos*). ¡Ay!, ¡ay! ¡Buena gente! ¡No me maten con cuchillo de palo! ¡No me martiricen! ¡No desgarran más mi corazón! ¡Que mi mujer no les hiera los ojos! ¿Saben que?, beban bien, honradamente, ya que han venido a mi casa, coman lo que quieran, cuenten alguna cosa alegre. Porque si no... ¡Huf, ya tengo yo bastante pena, y ustedes aún me están abriendo más la llaga!

Nastia. ¡Ah, compadre, acaso no sabemos bien lo que usted pena! (*Bebe*).

Mikola. ¡Ay, comadre, cuánto sufro, cuánto sufro! (*Llena la copa y bebe*).

Nastia. ¿Dice la gente que durante días enteros no se digna hablar con usted?

Mikola. ¿De qué podemos hablar? Ella calla y yo también. Y así pasan los días. Ella está siempre cerca de la ventana mirando a ver si viene él, pero a mí no me dice ni una palabra.

Nastia. ¡Ay, compadre, pobrecito compadre! (*Llena la copa y bebe*).

Mikola. ¡Ay, comadre, qué desgraciado soy! ¡Estoy completamente solo en este maldito mundo! (*Llena la copa y bebe*). Como una yerbecita en medio del campo. (*Llora*).

Nastia. ¿Crees tú que yo no sé que con frecuencia te mueres de hambre, y que todo lo que ella guisa es para ese bribón? ¡Compadre, ya sabes que soy tu vecina más cercana! ¡Todo lo sé, lo veo todo; a veces, sin querer verlo, porque mi corazón se desgarran! ¡Te juro por Dios que se desgarran! (*Llora y lo abraza*).

Bábich. Oye, oye, mujer, ¿no es hora ya de irnos a casa?

C a m p e s i n o s. Sí, ya va siendo hora.

M i k o l a. ¡Por favor, buena gente! ¡Honrados vecinos míos! Esperen un poquito más. Ya ven como me alegro al oír voces humanas en mi casa. ¡Hablen, coman, por favor! ¡Tomen esta copa! ¿Pero qué es esto? ¡La botella está vacía! ¡Ahora mismo traigo otra! Tengo escondido un barril lleno en el establo. ¿Qué otra cosa puedo yo hacer, pecador de mí? ¿Qué puedo hacer cuando tan terrible desgracia pesa sobre mis hombros? No hay trabajo que me salga bien, no quiero vivir, mi hacienda, ¿para qué la quiero? He vendido los caballos, el dinero lo he escondido y ya ven que lo voy gastando poco a poco en estas borracheras, ¡qué más me da! Cuando se me termine, venderé alguna otra cosa más.

B á b i c h. ¡Ay, compadre, compadre, qué mal haces! Te has llenado la cabeza de tonterías por esa mujer indecente y despilfarras lo que has acumulado con el sudor de tu frente.

M i k o l a. ¿Pues, para qué lo necesito? ¿Es que voy a poder vivir? ¡No, compadre! ¡Todo se ha hundido ya! ¡Nunca más volveré a ser dueño de mi casa, de mi hacienda; que se pierda, pues, que se hunda todo! ¡Venderé la tierra y la casa! ¡Que se pierda todo!

B á b i c h. ¡Bueno, bueno! ¡Venderé, venderé! ¿Y qué harás después?

M i k o l a. ¿Cuándo, después? ¿Cómo, después? Compadre, para mí ya ha llegado ese “después”. Desde este momento, para mí todo ha terminado, y, después, no habrá nada más. Nada, absolutamente nada. ¡Ay!, ¡que se hunda todo para siempre! (*Sale con la botella*).

P r i m e r a m u j e r. ¡Le ha buscado la ruina a este pobre hombre! ¡Hasta el juicio le ha hecho perder!

S e g u n d a m u j e r. Poco juicio tenía el pobre, y lo ha perdido por completo.

N a s t i a. ¡Apuesto lo que quieran, a que ésa le ha dado algún veneno!

B á b i c h. Lo que más siento es que se pierda la hacienda. Y cuánto trabajó ese hombre, toda su vida; hasta los ojos se le saltaban de las órbitas de tanto esfuerzo y sacrificio. ¡Dios mío, cuánto ha sufrido! Y cuando ya tenía bien ganado su mendrugo de pan, cuando sólo tenía ya que vivir tranquilo, alabar a Dios y esperar hijos, viene de pronto ese incendio que todo lo devora, esa tormenta inesperada, como piedra caída del cielo.

Primera mujer. ¡Cierto es, compadre, cierto es! ¿Dice usted que esperar hijos? En eso está toda su desgracia, en que no tienen hijos. Si ella tuviera hijos, no habría llegado a tal extremo. Y déjenme decir algo en su defensa.

Primer campesino. Yo no creo en eso. Cuando una mujer nace así, ni con amarras la sujetas en casa y hasta capaz es de abandonar a los hijos.

Primera mujer. No tienes razón, compadre, ¡Dios sabe que no tienes razón! ¡Los hijos son algo grande! Son la segunda mitad de la madre. La primera mitad tal vez fuese capaz de permitirse alguna que otra cosa, pero la segunda la sujeta y le grita: “¿Qué será de nosotros, madre?” Y no dejan que se vaya.

Mikola (*entra con la botella y la pone sobre la mesa*). ¡Aquí está! ¡Nuestra alegría! ¡Mi único consuelo! (*Levanta la botella, la agita y la pone de nuevo sobre la mesa*). ¡Llenita! ¡Ya tenemos bastante! ¡Venga, compadres, mis queridos vecinos!, ¡que Dios les dé mucha salud! (*Llena la copa, bebe y la va pasando a los demás en corro*).

Bábich. ¡Compadre Mikola, eh, compadre!

Mikola. ¿Qué quieres?

Bábich. Quisiera, compadre, decirte una cosa, pero temo que te vayas a enfadar conmigo.

Mikola (*se sienta a su lado, le pasa el brazo por el hombro, llora*). ¡Dime, compadrecito, háblame! Tú eres mi vecino más próximo y mi consejero. ¡Habla!

Bábich. Tú, compadre, y no lo digo para ofenderte, eres demasiado blando, demasiado pacífico.

Mikola (*agita la cabeza y suspira profundamente*). ¡Ay! sí, sí, demasiado blando, demasiado pacífico.

Bábich. Ellos ven que tú eres así y hacen contigo lo que les da la gana.

Mikola (*se coge la cabeza con ambas manos*). Así es, así es. A veces creo que se me parte la cabeza. (*Llora*).

Bábich. ¡Cállate, compadre, puf! ¡No llores, hombre! ¡No seas niño!

Mikola. ¿Que no sea niño? ¿Pues cómo?

Bábich. Debieras ser más severo con tu mujer. Debes reñirla, amenazarla y no estaría mal que le zurrases la badana de vez en cuando. Ya sabes que la mujer es como el caballo, que ama el látigo, y sin él se echa a perder.

Mikola. ¡Ay!, verdad es, se echa a perder, se echa a perder.

B á b i c h. Y a ese Gurman también debes ponerlo en su sitio. ¿Acaso te hizo prisionero? Demuéstrale que en tu casa el amo eres tú. Prohíbele venir a tu casa.

M i k o l a. ¡Ay!, se lo he rogado, pero sabéis qué ha hecho; reírse, pues.

B á b i c h. ¿Se lo has rogado? ¡Ten temor de Dios, compadre! ¿Pero quién pide esas cosas? Claro está que él no te va a hacer caso, si se lo pides. ¡Tú exígesele, con severidad!

M i k o l a. ¡Ay, compadre, le tengo miedo! ¡Es terrible, como un verdugo!

B á b i c h. ¡Puf, compadre! ¡Que no eres un niño! ¿Por qué debes tenerle miedo si él nada te puede hacer?

M i k o l a (*se endereza*). ¡Es verdad! ¿Por qué debo temerle?

B á b i c h. Amenázalo con que le vas a llevar al juzgado por no dejarte vivir con tu mujer.

M i k o l a. ¡Cierto es! ¡Claro que, por encima de él, habrá gente que le mande! ¡Me voy a quejar ante el tribunal!

B á b i c h. Por ser un escándalo para toda la aldea, por deshonar a toda la gente.

M i k o l a. ¡Es verdad, por cierto, que por tal culpa el castigo debe ser muy severo!

B á b i c h. ¡Naturalmente!, ¿qué creías tú? ¡Lo trasladarán a otro sitio inmediatamente! ¡Y después, ya te las entenderás tú con tu mujer de cualquier manera! ¡Lo único que hace falta es que el diablo se lo lleve lo más lejos posible!

M i k o l a. Claro que sí, con ella yo me entenderé bien. Ya saben ustedes, vecinos queridos, qué buena era, qué fiel y qué buen corazón tenía, hasta que la maldita suerte trajo a ése a mi jata. Era más blanda que la cera. ¡Sí, sí! (*Llora*).

N a s t i a. ¡Oye, tú, compadre!, ¡lo que debes hacer es no dejarlo entrar en casa! ¡Cierra la puerta ante sus propias narices, y si no hay otra salida, le sacudes con el trillo en la cabeza! ¡Eso haría yo en tu lugar!

M i k o l a. ¡Sí, sí, sí! ¡Un trancazo con el trillo! ¡Le destrozo el uniforme! ¡Y después, que vaya a quejarse! ¡Ya sabré yo como defenderme!

B á b i c h. Nos puedes llevar de testigos, compadre. Bien sabremos demostrar cómo te trataban.

C a m p e s i n o s. ¡Sí, sí! ¡Todos lo vamos a atestiguar! ¡A él le echarán del servicio, mientras que a ti no te harán nada!

Mikola (*da un salto*). Bien. Todo lo haré, me armaré de valor. Al fin y al cabo ¿quién soy yo, el marido, el amo de la casa, o quién? ¡Hala, a beber, vecinos! Muchas gracias por el consejo. ¡Ya veremos quién es aquí el jefe! (*Bebe e invita a todos los demás por turno*).

## ESCENA II

Los mismos. Entran el gendarme y Ana.

Gendarme (*un poco bebido*). ¡Vaya, vaya! ¿Qué pasa aquí? ¿Están de fiesta, de juerga u honran la memoria de algún difunto?

Mikola. Exequias, exequias.

Gendarme. ¿Por quién?

Mikola. Por mí mismo. Por mi honra perdida, por mi tranquilidad, por mi vida.

El gendarme se acerca a la mesa, todos se apartan, dejándole paso, se sienta; Ana también se sienta en la litera del horno.

Gendarme. ¡Ah, ya veo que . . . se te traba un poco la lengua!

Mikola. ¿Cómo que se me traba? ¡No se me traba, estoy diciendo la verdad! Tú eres, Mijailo, quien me has enredado la vida de tal manera, que no encuentro salida.

Gendarme. Oye, Mikola, no digas sandeces, y tanto más ante gente extraña; mejor sería que agasajaras a tu huésped.

Mikola. ¡Ah, cómo me has agasajado tú! ¡No es ése el agasajo que te mereces!

Gendarme (*se levanta de un salto y se le acerca*). ¿Qué dices? ¿De qué agasajo hablas?

Mikola (*le escupe en la cara*). Toma, ahí lo tienes, si querías saberlo.

Gendarme (*le da un puñetazo en la cabeza*). Y toma tú, por eso.

Mikola cae al suelo. La gente se lanza hacia Mikola. Ana se acerca a Mijailo.

Ana. Mijailo, tranquilízate, ¿qué haces?

Gendarme. ¡Ya estoy tranquilo, y no hago nada, pero a nadie le voy a permitir que me escupa! No temas, que no le va a pasar nada, sólo unas chispas le han saltado de los ojos, pero eso no tiene importancia. Mas pronto se le



quitará la borrachera y yo quería tener con él una conversación seria y tranquila.

Mikola se levanta con dificultad, le ayudan a sentarse en un banco

Mikola. ¿Así me pagas tú por el bien que te hago?

Gendarme. ¡Por el bien no, Mikola! Por el bien que haces, sólo Dios te lo pagará. Te he dado por el mal, por haber mancillado el uniforme imperial.

Mikola. Yo no he escupido al uniforme, sino al canalla que deshonra la divina imagen del hombre. ¿Le conoces? ¡Pues es Mijailo Gurman!

Campesinos. ¡Sí, sí!

Gendarme (*conteniendo su furia*). ¿Sabéis qué, señores testigos? Quiero hablar con Mikola, de un asunto importante. Vosotros estáis aquí de más; así que, ¿no os iríais todos al cuerno?

Mikola. ¡No, vecinos! ¡Quédense, no se marchen! ¡Les ruego, por favor, que no se marchen! ¡Yo les he invitado y él no tiene ningún derecho a echarles de mi casa!

Gendarme (*da un salto y coge la carabina*). ¡Pues yo os digo, borrachos malditos, que fuera de aquí! ¡Y el que no se vaya va a probar esta culata ahora mismo! ¡Largo de aquí!

Campesinos y campesinas salen de prisa. Algunos hacen la señal de la cruz y escupen con rabia.

### ESCENA III

Mikola, gendarme y Ana.

Mikola (*abalanzándose a él*). ¿Con qué derecho echas de mi casa a mis invitados? ¿Han venido a tu casa? ¿Han bebido tu aguardiente?

Gendarme (*rechazándole*). ¡Cállate, imbécil! Escucha lo que te voy a decir. Siéntate aquí.

Mikola se sienta de mala gana.

Gendarme. Oye, Mikola, ¿en qué piensas?

Mikola. ¿A qué lo preguntas?

Gendarme. ¿Por qué te haces daño a ti mismo? Has dejado de trabajar, has abandonado tu hacienda, has vendido los caballos y no haces más que andar con borrachos despilfarrando tus bienes. ¿Está bien eso?

Mikola. Eso es mejor que hacer caer en el pecado a la mujer ajena.

Gendarme. Mikola, Mikola, mejor sería que no lo recordaras.

Mikola. ¡Vaya! ¿Mejor no recordar aquello, por lo que mi corazón se destroza y mi cabeza revienta, de tanto dolor? Te agradezco la fineza. Pero dime, ¿qué es lo que yo debo recordar? ¿De quién debo preocuparme?, ¿para quién debo trabajar?

Gendarme. Por lo menos, para ti.

Mikola. No te preocupes, que de mí yo ya me cuido. Vendo, regalo, despilfarro, gasto en borracheras lo que no me hace falta y, a cambio, sólo tomo lo que necesito. ¡Y ahora sólo necesito una cosa, mira qué! (*Agita la botella*).

Gendarme. ¡Oh, Mikola, avergüenzate!

Mikola. ¡Yo tengo que avergonzarme! ¡Ja, ja, ja! Y tú, qué, ¿te avergüenzas? ¿Y esa mala mujer se avergüenza de vagar un día y otro contigo por la aldea? ¿Que tenéis vosotros vergüenza?

Gendarme. ¿Y qué te importamos a ti nosotros?

Mikola (*da un salto*). ¿A quién? ¿A mí? ¿Y quién eres tú en esta casa? ¿Qué derecho tienes a prohibirme hablar de lo que me dé la gana?

Gendarme (*le sienta a la fuerza*). ¡Bueno, bueno, no te angalles! Ahora te diré qué derecho tengo. ¡Oyeme, Mikola! ¿Sabes tú, cómo era yo hace ya tiempo, allá en nuestra aldea?

Mikola. ¿Cómo eras? Un calavera, un camorrista.

Gendarme. ¡Mientes, amigo! Yo era un muchacho honrado, puede ser que un poco exaltado, impetuoso, pero nunca aguanté las injusticias, y esa fue mi desgracia, mi perdición.

Mikola. Aún hubo desgracia mayor.

Gendarme. Es verdad, y ahora mismo voy a decirte lo que aún hizo mayor mi desgracia. Yo me enamoré de esta infeliz muchacha, de Ana, la huérfana olvidada y humillada por los verdugos de sus hermanos. Ese amor era mi único y preciado tesoro; él era lo único que hubiera podido haber hecho de mí un hombre de bien. Y tú, Mikola, junto con aquellos verdugos, me robaste mi única dicha.

Mikola (*salta agitado*). ¿Yo? ¿Qué te he robado? (*Se coge la cabeza con ambas manos*). Señor, ¿pero qué pasa conmigo? ¿Es que el mundo ha cambiado? Me han tirado

al cieno, me han quitado la honra, la tranquilidad, me han perdido el respeto, me han arruinado, me matan con cuchillo de palo y resulta que todavía, según tú, ¿soy un ladrón?

Gendarme. No te agarres la cabeza, ¡Mikola! Tu misma conciencia te dice que yo tengo razón.

Mikola. ¡No, mientes! ¡Yo no la obligué! Hasta me lo agradecía.

Gendarme. Ya ves como te lo agradece ahora.

Mikola. Tú, bandido, eres el que la has desviado del buen camino, la has engañado, embrujado.

Gendarme. Tres años has tenido a tu disposición para embrujarla. ¿Por qué no lo has conseguido?

Mikola. ¿Por qué? ¡Pues porque no soy un brujo, por eso!

Gendarme. Porque eres un trapo, y no un hombre, por eso.

Mikola. ¿Quién es un trapo? ¿Yo, un trapo?

Gendarme. Claro que no yo.

Mikola. ¡Ahora te voy a demostrar que no soy un trapo! ¡Fuera de mi casa! (*Le agarra por los hombros*).

Gendarme (*rechazándole*). ¡Anda, Mikola, échate a dormir!, ¡ya ves que estás un poco borracho!

Mikola. Si estoy borracho o no, eso a ti no te importa. ¡Hala, fuera de mi casa!

Gendarme. Ni lo pienso siquiera. Si me viene en gana, pasaré aquí la noche.

Mikola (*sin aspereza*). ¡Piénsalo bien, Mijailo! No me hagas perder la paciencia.

Gendarme (*en voz baja*). Y tú, amigo, no te enfurezcas, que eso es malo para la salud. En realidad, yo pasaré la noche en tu casa, y mañana nos iremos juntos a la ciudad.

Mikola. ¿Juntos? ¿Para qué?

Gendarme (*saca un papel y se lo enseña*). Mira, ¿sabes qué papel es éste?

Mikola. ¡Que lo sepa el diablo si le interesa, y no yo!

Gendarme. ¡Eso no está bien, Mikola! ¡Deberías enterarte de lo que aquí se dice! En este papel se dice algo referente a ti.

Mikola. ¿Qué ponen ahí de mí?

Gendarme. Es una orden del tribunal para que te presentes. Hoy la debo entregar al alcalde. En el juicio, no sé qué nuevas cosas han hablado de ti.

Mikola. ¡Ah, Judas! ¿Conque de nuevo me quieres perder? ¿Quieres hundirme por completo? (*Le arranca el papel de las manos y lo rompe en pedazos*). ¡Toma, tómallo, tómallo!

Gendarme. ¡Imbécil! ¿Pero qué has hecho? ¿Sabes tú lo que te van a hacer por eso?

Mikola. A mí, no, a ti.

Gendarme. ¡No, a ti! ¡Toma, cobra! (*Le golpea en la cara*). ¡Por anticipado! ¡Toma otra vez! (*Extiende el brazo*).

Mikola (*coge la carabina*). ¡Toma, cobra tú también! (*Se lanza sobre Mijailo*).

Ana (*se interpone entre ellos*). Mikola, vete de aquí.

Mikola (*la rechaza*). ¡Vete tú misma!

Gendarme. Déjale, Ana. Ya ves que no le temo. (*Agarra la carabina, y forcejea queriendo arrancarla de las manos de Mikola*). ¡Suelta, idiota! ¡Con esto no se gastan bromas!

Mikola. ¡Vas a ver mi broma! (*Suelta la carabina, coge el hacha y la hunde de un golpe en el pecho del gendarme*).

Este cae.

Ana. ¡Dios mío! ¿Qué te pasa, Mijailo? (*Lanzándose hacia él*).

Gendarme (*se cubre el pecho con la mano; del pecho mana sangre*). ¡No es nada! Nada. No necesito nada.

Ana. ¡Sangre! ¡Sangre! ¿Estás herido, Mijailo? ¡Te ha matado! ¡Amado mío! ¿Dónde tienes la herida?

Gendarme. No es nada, Ana, no es nada! Ha sido una broma. Me dolerá un poco, y después pasará. Basta ya, Mikola. ¿Por qué tiemblas? Dame tu mano.

Mikola (*tira el hacha*). Sí... , sí... , pero es posible que no sea nada.

Gendarme (*con voz desfallecida*). ¡Dame la mano! (*Le tiende la mano ensangrentada*).

Mikola le da la suya.

¡Te lo agradezco! ¡Me has hecho un buen servicio y no estoy enojado contigo! Yo mismo lo quería hacer, pero mi mano se negaba.

Ana. ¿Mijailo, corazón mío, dime; qué te pasa? ¿Dónde tienes la herida?

Gendarme. Ya estoy del todo bien. ¡Ni medicinas necesito! ¡Y los testigos han llegado! ¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!

#### ESCENA IV.

Los mismos, alcalde, Bábich, Nastia, campesinos.

Alcalde. ¡Eh!, ¿qué pasa aquí? ¿Quién grita?

Nastia. ¡Ay, qué desgracia! Han muerto al gendarme.

Alcalde. ¿Pero es posible que esté muerto? ¡Mikola, Ana! ¿Qué es esto? Pero hablen, por qué están ahí clavados como estatuas?

Gendarme (*con voz muy débil*). ¡Señor alcalde! ¡Déjeles en paz! ¡Ellos no son culpables!... He sido yo, yo mismo...

Alcalde. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué te has suicidado?

Gendarme. Era necesario... Es cosa mía. ¡Ana!... Mikola... Adios... y perdonadme. (*Muere*).

Ana (*se lanza sobre el cadáver*). ¡Mijailo, Mijailo! ¿En manos de quién me dejas? ¿Qué voy a hacer sin ti en este mundo?

Mikola. Ana, tranquilízate, ¿no tienes acaso para quién vivir?

TELON

# SUMARIO

## I. POESÍA

<b>Himno</b> (A manera de prólogo) . . . . .	17
<b>Canciones de primavera</b>	
Se asombró el invierno . . . . .	18
¡Truena! El buen tiempo se acerca . . . . .	19
Tierra, madre buena que todo lo engendras . . . . .	20
<i>Vivere memento!</i> . . . . .	20
<b>Canciones de pesares</b>	
Yo no tengo la culpa de cantar con tristeza . . . . .	21
La gente ahora me mira desdeñosa . . . . .	22
<b>Pensamientos en la noche</b>	
En la chimenea los leños se acaban . . . . .	22
<b>Pensamientos de un proletario</b>	
Ante el tribunal . . . . .	23
<i>Semper idem!</i> . . . . .	25
Por doquier se persigue a la verdad . . . . .	25
No son los hombres nuestros enemigos . . . . .	26
<b>Excelsior!</b>	
El bracero . . . . .	27
El águila real . . . . .	29
Canteros . . . . .	39
<b>Ucrania</b>	
Mi amor . . . . .	32
<b>Cuadros de Galitzia</b>	
Pensamientos en la linde . . . . .	33
<b>Hojas marchitas</b>	
De nuevo la canción se alza . . . . .	38
¿Por qué, mi bella, yo tanto te quiero...? . . . . .	38
Tú, sólo tú, eres mi único amor . . . . .	39
<b>“Mi Izmaragd”</b>	
Habla el poeta . . . . .	42
Habla Ucrania . . . . .	42
<b>Moisés</b>	
Prólogo al poema . . . . .	43

## 2. PROSA

El albañil . . . . .	47
El petrolero . . . . .	53
Bajos fondos . . . . .	98
¡Hacia la luz! . . . . .	158
Con motivo de la fiesta . . . . .	180
Cochina constitución . . . . .	191
En la herrería . . . . .	199
El mismo tiene la culpa . . . . .	212
Bosques y pastos . . . . .	221

## 3. DRAMA

La Dicha robada . . . . .	235
Sumario . . . . .	297

## AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le da usted a conocer su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como de la traducción, presentación e impresión del mismo. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección: Editorial Progreso,  
Zúbovski bulvar, 21, Moscú, URSS





**La Editorial Progreso comenzará  
a publicar en 1973 una nueva serie  
de obras literarias.  
Se publicarán entre otras:**

**M. GORKI. La madre. (Novela)**

En toda la historia de la literatura mundial no ha habido una sola obra que haya tenido tan inmenso número de lectores ni haya influido con tal fuerza y tan directamente en los destinos de las gentes como este libro de Gorki. Ha sido editada en tiradas de millones de ejemplares en 127 idiomas de los pueblos del mundo.

“Este libro es necesario —dijo V. I. Lenin, refiriéndose a la novela *La madre*, después de haberla leído aún en manuscrito—, muchos obreros tomaban parte en el movimiento revolucionario inconscientemente, de una manera espontánea, y ahora la lectura de *La madre* les será muy útil. . .”

La novela está basada en hechos reales, históricos. Los prototipos de los protagonistas de la novela —Pável Vlázov y Nílovna— fueron el excelente revolucionario Piotr Zalómov, obrero de una fábrica de Sórmovo, y su madre Anna Kirílovna, ambos bien conocidos por Gorki.

En tela, con sobrecubierta. 11×17 cm, 352 págs.

**La Editorial Progreso comenzará  
a publicar en 1973 una nueva serie  
de obras literarias.  
Se publicarán entre otras:**

**D. FURMANOV. Chapáev. (Novela)**

La novela *Chapáev* fue escrita por el relevante escritor Dmitri Fúrmanov (1891-1926), uno de los iniciadores de la literatura soviética.

Es un libro que trata de una época heroica en la vida del País soviético, de la guerra civil, y de uno de sus legendarios jefes militares salidos de las entrañas del pueblo: de Vasili Chapáev. Es un libro que nos habla del pueblo liberado, forjador de la historia y creador de sus héroes. El propio Fúrmanov tomó parte en la guerra civil como comisario del Ejército Rojo. Combatió junto con Chapáev, fue amigo suyo. El libro, en lo fundamental, es documental.

*Chápaev* ha sido traducido a muchos idiomas. Basándose en esta novela, los directores de cine G. y S. Vasiliev crearon el filme del mismo nombre que recorrió con éxito las pantallas de numerosos países.

El prefacio de la novela ha sido escrito por el escritor francés Rol-Tanguy.

En tela, con sobrecubierta. 11×17 cm, 336 págs.

**La Editorial Progreso comenzará  
a publicar en 1973 una nueva serie  
de obras literarias.  
Se publicarán entre otras:**

**V. KATAEV. Una vela blanca se avizora...**  
(Novela.)

Este libro es una obra clásica de la literatura soviética. Su argumento está basado en sucesos auténticos de la primera revolución rusa.

“Mi infancia coincidió con la revolución de 1905” —escribe en el prólogo del libro el antiguo escritor soviético Valentín Katáev (nacido en 1897). “Yo tenía ocho años. Pero recuerdo bien cómo recibieron al sublevado acorazado *Potiomkin*, cómo pasó éste, arbolando la bandera roja, junto a las costas de Odesa. Fui testigo de los combates en las barricadas... Muchos años después escribí *Una vela blanca se avizora...* Esta obra me fue inspirada por el fresco aliento de la vida generada por la primera revolución”.

“Yo leí *Una vela blanca se avizora...* cuando tenía la edad de Petia Bachéi” —recuerda el escritor Vasili Axiónov, joven contemporáneo de Katáev. “El sentimiento que experimenté al leer este libro puede ser calificado de embrujo... El embrujo de una vida que jamás has vivido... Precisamente esa retención de los instantes que vuelan veloces, ese retorno de lo que hace mucho pasó para siempre, es característico en artistas rusos tan refinados como Alexéi Tolstói, Bunin y Bábel”.

En tela, con sobrecubierta. 11×17 cm., 304 págs.

Художественный редактор *В. Пушкарева*  
Технические редакторы *Г. Кочеткова, Н. Рабина*

Подписано к печати 21/XI-72 г. Формат 84×108<sup>1</sup>/<sub>32</sub>.  
Бум. л. 4<sup>3</sup>/<sub>4</sub>. Печ. л. 15,96+0,11 п. л. вкл. Уч.-изд. л. 17,56.  
Изд. № 1896. Заказ № 1554. Цена 1 р. 75 к. Тираж 24000.

Издательство «Прогресс»  
Государственного комитета Совета Министров СССР  
по делам издательств, полиграфии и книжной торговли.  
Москва Г-21, Зубовский бульвар, 21

Ордена Трудового Красного Знамени  
Московская типография № 7 «Искра революции»  
Главполиграфпрома Государственного комитета Совета Министров СССР  
по делам издательств, полиграфии и книжной торговли.  
Москва, пер. Аксакова, 13.

